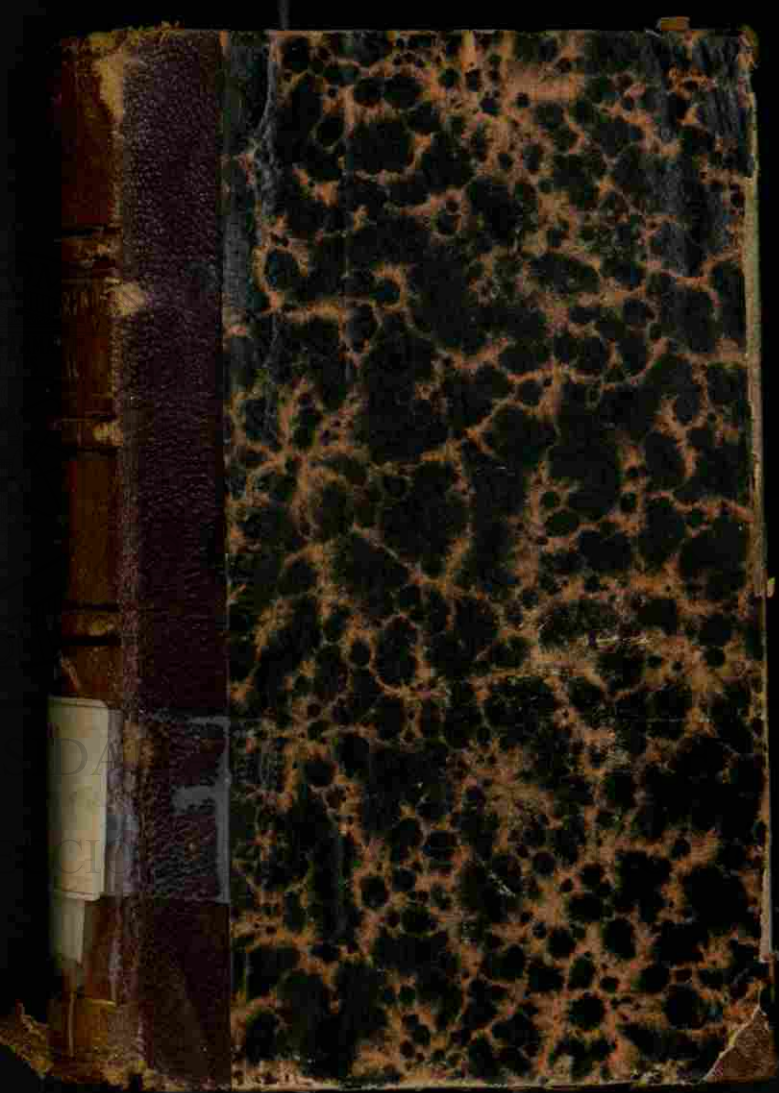






BIBLIOTECA
POPULAR



PQ7161
P6

003203

CA



1080019186



EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

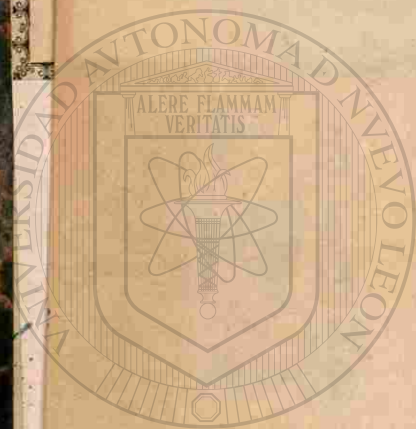
Nº 2

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA UNIVERSAL

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XLV.

POESIAS LIRICAS MEXICANAS

DE

ISABEL PRIETO, ROSAS, SIERRA, ALTAMIRANO, FLORES,
RIVA PALACIO, PRIETO Y OTROS AUTORES,

COLECCIONADAS Y ANOTADAS

por

ENRIQUE DE OLAVARRIA Y FERRARI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Enrique de Olaverria y Ferrari
PRESIDENTE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.^o

1878.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tejada



40493

P07161

P6



ONDO E...
ALVERDE Y...

MADRID, 1878. — IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.^{ta},
SUCCESORES DE RIVADENEYRA,
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

AL LECTOR.

Nada puede ser tan nuevo para España con respecto á las Américas, á las que llevó en su día los gérmenes de civilización de que pudo disponer, como una noticia de los escritores que en aquel vasto continente honran á las letras castellanas. Injustas preocupaciones, incomprensible indiferentismo formaron en lo que va de siglo una especie de muralla entre aquellas modernas naciones y su antigua metrópoli. Pero como tal muralla no tiene razón de ser, yo, que tengo en España mi cuna y en México la de mis hijos, me he propuesto derribarla. ¿Cree el lector que estas palabras son hipérbole de mi vanidad? Mal haría en creerlo así. Por humilde que sea mi personalidad, y yo creo lo es mucho,

003203

nadie puede disputarme la gloria de haber sido el primero que ha dado á conocer en España á más de cien escritores mexicanos. Y yo bien sé con qué trabajos. Hace tres años no pude encontrar en Madrid ni oyentes ni editores para aquellos literatos. En 1878 he conseguido para ellos entusiastas é ilustrados admiradores, empresarios para dos ediciones de un estudio crítico de autores de México, y por último, en el eminente artista Director de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, nuevo editor para esta pequeña coleccion de bellisimas poesías. He abierto las puertas y por ellas ha entrado ya, con su mérito esclaro, álguien que figura en las siguientes páginas. ¿Aparece ya ménos hiperbólica mi vanidad?

Es evidente que el éxito se debe á que mis presentados son todos ellos poetas de sobresalientes condiciones: bastará á mis nuevos lectores para convencerse de ello abrir por cualquier página este tomo: y no deben echar en olvido que la literatura mexicana acaba casi de nacer: su origen es posterior á 1821, en que México se constituyó en nacion independiente. En los an-

teriores siglos sólo tres autores mexicanos pudieron hacerse conocer en España; el gran Alarcon, una de las glorias del Teatro Español, Sor Juana Inés de la Cruz y don Eduardo Gorostiza. Pero desde la fecha indicada han surgido de la oscuridad, con exuberancia americana, poetas mexicanos en tan gran número, que España debe estar orgullosa de haber dejado como herencia á aquel pueblo el espléndido idioma de sus Alfonso X y Cervántes, de sus Calderon y Garcilaso, de sus Quintana y sus Espronceda.

Todo se halla floreciente en aquel encantador país, único del continente de Colon que mereció ser llamado NUEVA ESPAÑA, nombre que durante tres siglos llevó. La inteligencia vuela allá majestuosa y magnífica como el águila sobre los Andes, y esto aún en medio de las guerras extranjeras y las luchas civiles que han agitado al país, no porque sus hijos sean ingobernables como locamente se ha supuesto, sino porque al fin descendientes de españoles son, y como ellos tienen aún muchas conquistas intelectuales que hacer, y en

su sangre arde tambien ese fuego que hizo que España se adelantase, no en años, sino en siglos, á las grandezas del gigante Napoleon.

Pero demos punto á estas palabras: sólo necesita recomendarse mucho lo que tiene escaso mérito. Lo grande se recomienda por si solo.

ENRIQUE DE OLAVARRIA Y FERRARI.

Madrid, 25 de Setiembre de 1878.

ISABEL PRIETO DE LANDÁZURI.

Isabel Prieto de Landázuri nació en Alcázar de San Juan, en España, durante un viaje de sus ilustres progenitores por la Península, y falleció el 28 de Setiembre de 1876 en Hamburgo, donde su esposo D. Pedro de Landázuri, distinguido escritor y político, ejercía el cargo de Cónsul General de la República. Ejemplar madre de familia, jamas hizo uso de sus altísimas dotes poéticas sino para cantar con ternura infinita la vida y los goces del hogar. Su instruccion era vastísima y poseía con perfeccion los idiomas aleman, inglés, frances é italiano. Dotada de prodigiosa y facilísima memoria, concebía y daba forma á sus composiciones sin auxilio de la pluma, y las dictaba despues á su esposo: puede decirse, á pesar de la gran extension de la mayor parte, que todas ellas son verdaderas improvisaciones. Enemiga de hacer ostentacion de su talento, se opu-

su sangre arde tambien ese fuego que hizo que España se adelantase, no en años, sino en siglos, á las grandezas del gigante Napoleon.

Pero demos punto á estas palabras: sólo necesita recomendarse mucho lo que tiene escaso mérito. Lo grande se recomienda por si solo.

ENRIQUE DE OLAVARRIA Y FERRARI.

Madrid, 25 de Setiembre de 1878.

ISABEL PRIETO DE LANDÁZURI.

Isabel Prieto de Landázuri nació en Alcázar de San Juan, en España, durante un viaje de sus ilustres progenitores por la Península, y falleció el 28 de Setiembre de 1876 en Hamburgo, donde su esposo D. Pedro de Landázuri, distinguido escritor y político, ejercía el cargo de Cónsul General de la República. Ejemplar madre de familia, jamas hizo uso de sus altísimas dotes poéticas sino para cantar con ternura infinita la vida y los goces del hogar. Su instruccion era vastísima y poseía con perfeccion los idiomas aleman, inglés, frances é italiano. Dotada de prodigiosa y facilísima memoria, concebía y daba forma á sus composiciones sin auxilio de la pluma, y las dictaba despues á su esposo: puede decirse, á pesar de la gran extension de la mayor parte, que todas ellas son verdaderas improvisaciones. Enemiga de hacer ostentacion de su talento, se opu-

so constantemente á publicar sus poesías, que al fin vieron la luz, causando colosal sensacion, gracias al empeño de sus amigos, que con noble intencion lograron sustraérselas.

Sus poesías líricas forman dos tomos, uno de ellos compuesto de traducciones que las más veces superan á los originales. Sus obras dramáticas pasan de catorce y son las principales: *Las Dos flores*, *Los Dos son peores*, *Oro y orapel*, *La Escuela de las cuñadas*, *Duende y Serafin*, *Abnegacion*, *El Angel del Hogar*, *Una Noche de Carnaval*, *Sóñar despierto* y *Un lirio entre zarzas*. El 19 de Diciembre de 1861 dió su primera obra á la escena, y el 21 de Junio de 1872 la última. Todas ellas se presentaron con un éxito verdaderamente extraordinario, valiéndole envidiables obsequios, entre ellos una medalla de oro expresamente acuñada en honor suyo. No habido periódico alguno mexicano que no la haya consagrado entusiastas elogios, ni círculo literario que no se honrase colocando el nombre de la poetisa entre los de sus socios de mérito, ni mexicano que no rinda á su memoria el respeto debido á la que será siempre para aquella República una gloria nacional. Modesta, sencilla é inspirada, sus obras se distinguen por su dulzura, armonia y pureza. Pulsaba su li-

ra en la tierra, la templaba en el cielo, y la hacía sonar en los corazones: sus composiciones suenan como notas arrancadas de cuerdas de oro por dedos de diamante: todas la virtudes las recitan como escritas para ellas, y nadie que las conozca duda que la poetisa haya sido recibida en los cielos como uno de esos seres privilegiados que jamas han dejado de usar bien la inteligencia, ese supremo destello de la divinidad y el genio, esa chispa iluminadora de las pupilas de Dios.

Á MI HIJO DANDO LIMOSNA.

Dios te bendiga, arcángel adorado,
Por la dulce bondad que tu alma llena,
Y te hace, compasivo, toda pena
Con cariñoso anhelo consolar;
Encanto y embeleso de mi vida,
En cuya dulce faz se mira el cielo,
Presto la flor divina del consuelo
Logra en tu tierno corazon brotar.

Cuando al traves contemplas de la reja
Al sér desventurado que te implora,
—; *Oh madre!* me preguntas ¿por qué llora?
Con tu argentina y armoniosa voz;
Y al ver al niño que desnudo, hambiento,
En tí fija sus ojos con angustia,

Y en su faz débil, macilenta y mustia
El sello lleva de miseria atroz:

— *Madre, tiene hambre*, tu purpúreo labio
Con tierno acento de piedad murmura;
Y una perla del alma fresca y pura
Humedece tu rostro encantador;
Y tendiendo tus blancas manecitas,
Tu ofrenda presentando con cariño,
Das sonrisas y pan al pobre niño,
Y al desgraciado caridad y amor.

¡Es un cuadro tan bello! No podrían
Los sueños del artista y el poeta
Arrancar á su lira ó su paleta
Una imagen más fresca é ideal
Que ese querub de rubia cabellera
La indigencia afectuoso consolando,
Sus dulces ojos húmedos alzando,
Sonriendo sus labios de coral.

Hijo, en esos instantes me pareces
Más que los mismos serafines bello;
Brilla en tu faz el fúlgido destello
De la santa y sublime caridad.

Tu ángel custodio al verte se sonríe,
Y extendiendo sus alas dulcemente,
Cubre con ellas tu rosada frente,
Formando una aureola á tu beldad.

¡Hijo, es tan dulce al alma de tu madre
Contemplar, al traves de tu belleza,
La generosidad y la grandeza,
De tu tierno, inocente corazón!

¡Le es tan dulce sentir que tu alma pura,
Que aún no desciende al fondo de la tierra,
Esa infinita compasión encierra,
Del cielo mismo inapreciable dón!

Y no obstante, una idea dolorosa,

Un triste pensamiento, vida mía,
Empaña con su sombra esa alegría,
Destello de mi orgullo maternal.
¿Qué harás en las borrascas de la vida
Que el porvenir destrozan inclementes,
Cuando á su embate tu bondad presentes
Como escudo á tu seno virginal?

Apénas has cumplido tres abriles,
Y comprendiendo el mundanal quebranto,
Las candidas primicias de tu llanto
Ofreces al ajeno padecer.

¡Ay! apénas al cáliz de la vida
Pretendes acercar tus labios rojos,
Y empiezan á punzarte los abrojos
De la senda que debes recorrer.

¡Y estás en el umbral! En este instante
Sólo alcanza tu vista una llanura,
Que, cubierta de flores y verdura,
La imagen muestra del perdido Eden.
El cielo es siempre azul; el sol naciente
Con blondos rayos el paisaje dora;
De celajes de púrpura, la aurora
El velo arranca á su rosada sien.

Todo es frescura, aromas y armonía;
En derredor de tí se abren las flores,
De la luz matutina los albores
Se miran en el lago de cristal;
Inocente y risueño jugueteas
Sobre esa verde y perfumada alfombra;
Duermes tu sueño á la bendita sombra
Del inmenso cariño paternal.

Eres feliz, mi bien... ¡Ay! es la hora,
La hora de la indolencia y la alegría;
Es el amanecer de un bello día....
Hijo, ¡bien corto ese momento es!

Presto se nubla el luminoso cielo,
Brama la tempestad con sus horrores....
Hoy yo sufro al pensar en los dolores
Que romperán tu corazón despues.

Es la suerte comun de los mortales,
Y es inútil luchar contra la suerte;
Al abrigo tan sólo de la muerte
Se libra de sufrir el corazón.
Y es bien larga la senda de la vida,
Y por tumbas queridas señalada,
Se llega siempre al fin de la jornada
Encerrando en el pecho un panteón.

¡Oh! ¿Por qué hablaste así? ¡Pobre ángel mio!
¿Por qué la amarga voz de la experiencia
Ha de mostrarte del dolor la ciencia,
Que presto por tu mal conocerás?
Sé bueno y haz el bien; un lenitivo
Daré á tus penas el placer ajeno;
Hijo del corazón, haz bien, sé bueno,
Y un goce en tus pesares hallarás.

Hijo, mi bien, mi hechizo, mi esperanza,
Realización de mi ilusión más bella,
Diáfana luz de inmaculada estrella,
Que lo ilumina todo en mi redor;
Pura gota de nítido rocío,
Que del alma refrescas la dolencia,
Blanca flor, que embalsamas mi existencia
Con el casto perfume de tu amor....

¡Hijo! ¿A qué decir más? ¡Hijo! Este nombre
Lo dice todo en su inefable encanto;
Es la voz de un afecto inmenso y santo,
Como no existen en la tierra dos.
Este nombre es un beso, una sonrisa,
Una plegaria tímida y ferviente;
Es un himno de amor, que reverente

Eleva el alma agradecida á Dios.
Vén, acércate á mí; tu frente pura
Apoya con amor sobre mi seno;
Fija en mis ojos tu mirar sereno;
Sonríeme.... ¡Cuán bello estás así!
¡Cuán dichosa me siento en este instante!
Dame un beso, otro aún, otro... ¿Me quieres?
Sé bendito, mi bien, porque tú eres
La bendición del cielo para mí.

EL «NO ME OLVIDES».

Hijo, ¿por qué has arrancado
Esa pobre florecilla?
¿Por qué cruel la separa
Tu preciosa manecita
Del verde tallo en que alegre
Y lozana se mecía?
Hace un instante tan sólo,
Llena de encanto y de vida,
Al rayo del sol naciente
Que prestaba blandas tintas
A sus pétalos azules,
Amorosa sonreía;
Hace un instante que fresca
Y embalsamada la brisa,
Besaba con un suspiro
Sus delicadas hojillas;
La fuente le murmuraba
No sé qué canción sentida,
Presentándole el espejo
De su trasparente linfa,

Y ella, coqueta y graciosa,
En el cristal se veía,
Con la corona de perlas
La pura frente ceñida,
Que en el cáliz de las flores
La mañana deposita.
El colibrí que jugando,
La miel de las flores liba,
Mil amorosas protestas
Apasionado le hacía;
La traviesa mariposa,
Que en torno del pensil gira,
Al detenerse á su lado
La miraba con envidia,
Al ver que de sus colores
El brillo palidecía
Ante esa flor, que á los cielos
Robó la suave tinta,
Del limpio azul que reviste,
En nuestra patria querida,
En esas noches de otoño
Embalsamadas y tibias.
Era su vida la imagen
De tu existencia tranquila,
Por la luz iluminada
De mi ternura infinita,
De las caricias paternas
Al blando aliento mecida....
Y como la dulce flor
En el arroyo se mira,
Tú te miraste en mis ojos,
Vida de la vida mía.
— Madre, era para adornarte,
Clama, fijando la vista,
En la mística flor el niño,

Con voz dulce y compungida.
— Hijo, mi mejor adorno
Son tus alegres sonrisas,
Tus apacibles miradas,
Tus candorosas caricias,
Tus virtudes inocentes.
Y tu amor, prenda bendita,
Que es mi joya más preciosa,
Es mi presea mas rica.
De tu inocencia el destello
Dulce mi frente ilumina,
Y ni diamantes ni flores
Su brillo igualar podrian.
Una madre, alma de mi alma,
De adornos no necesita,
¡Qué más adorno que un ángel
Que el cielo mismo le envía!
¡Pobre flor! hace un momento
Feliz en su tallo erguida,
De Dios la bondad inmensa
Afectuosa bendecía;
Porque su aroma suave,
Su belleza peregrina,
Son el himno reverente,
Son la plegria sencilla
Que elevan á Dios las flores
Humildes y agradecidas.
¡Pobre flor tímida y dulce
Que el recuerdo significa!
Y «No me olvides» repite
Con su tierna voccecita,
Muy bajo al sol que se esconde,
Cuando la tarde declina.
«¡No me olvides!» Tú no sabes
La deliciosa armonía

Que encierran esas palabras
En su elocuencia expresiva.
«¡No me olvides!» Los ausentes
Murmuran con ansia viva,
Estas palabras tan tiernas,
Que entre el llanto se deslizan;
Y los seres adorados,
Que bajo la losa fría
De su sepulcro reposan,
Desde la mansion divina
Do vive gozosa el alma,
Libre de mundanas ligas,
Esos sentidos acentos
Tiernamente nos envían
En el canto de la aves,
En el soplo de la brisa,
Y en el susurro armonioso
De la fuente cristalina.
¡Pobre flor, antes tan bella,
Que ahora mustia y marchita
Sobre tu mano de nieve
Se dobla descolorida!
De la brillante diadema
Con que su frente ceñía,
Queda una perla tan sólo,
Que en su cáliz escondida,
Es una lágrima dulce
Con que llora su agonía;
Y su perfume ya vago
E imperceptible, suspira
Un sollozo contenido,
Una queja dolorida.
—«¡Pobre flor! exclama el niño
Con expresion pensativa,
¡Pobre florecita azul

Tan delicada y tan linda!
Yo no quiero que se muera,
Yo no quiero..... Madre, mira,
Voy á ponerla de nuevo
En su rama..... No te aflijas.
Y en la esperanza risueña
Que su inocencia le inspira,
Junto á la modesta planta
Poniéndose de rodillas,
Al tallo despedazado
La flor moribunda aplica.
Sus inútiles esfuerzos,
Hondamente conmovida,
Observa la Madre absorta
Con inefable sonrisa;
Hasta que viendo imposible
Lograr lo que pretendía
El pobre niño, angustiado,
La rubia cabeza inclina,
Y cruzando sobre el pecho,
Afligido, las manitas,
Lleva la flor macilenta
A su boca purpurina,
Mientras una gota de llanto
Humedece su pupila,
Y rodando lentamente
Por su rosada mejilla,
Cae en las azules hojas
De la dulce florecita.
Al embalsamado soplo
De esa cándida caricia,
A la frescura celeste
De esa gota diamantina,
Rocío refrigerante
Que del corazón destila,

Y la ternura demuestra
De esa alma serena y limpia,
La mustia flor se estremece,
Apura la perla nitida,
Que sus agotadas fuerzas
Blandamente reanima,
Y enderezando su tallo
Cobra la color perdida.
La madre estrechando al hijo
En sus brazos con delicia,
Imprimiendo un tierno beso
En su frente alabastrina,
Murmura con un acento
En que confundidas vibran,
De su seno conmovido
Las emociones distintas;
—Hijo, una lágrima pura
El mal más acerbo alivia....
Cuando los ángeles lloran
Nuestros dolores mitigan.

—
A UNA MARIPOSA.

Eres un alma que vuelve
De un mundo desconocido,
Llamada por el gemido
De otra alma que aquí dejo;
Y entre la tierra y el cielo
Por su esencia suspendida
Busca la dicha en la vida
Del cielo que abandonó.

Por un recuerdo acosada
De más completa ventura,
Hacia otra region más pura
Intenta el vuelo elevar;
Y por la voz cariñosa
Hacia la tierra atraída,
El cielo de nuevo olvida
Y vuelve al mundo á viajar.
Yo comprendo bien que un alma
Se encuentre en el cielo inquieta
Si por su mal incompleta
Aquí dejo su mitad,
Que para hacerla olvidarse
De ese irresistible anhelo,
La felicidad del cielo
Es débil felicidad.
Mariposa, si es un sueño
Extravagante esta idea,
Al corazón que la crea
Es dulce y consolador
Pensar que puede la fuerza
De un sentimiento profundo,
Volver un alma á este mundo
En las alas de ese amor.

JOSÉ ROSAS.

José Rosas Moreno nació en la ciudad de Lagos en 1838 y concluyó su educación profesional en 1854.

Afiliado en el partido liberal, sufrió persecución y prisiones durante la administración reaccionaria del ilustre general-presidente D. Miguel Miramón. En 1862 fué regidor del Ayuntamiento de la ciudad de León, y posteriormente, á la caída del imperio de Maximiliano, fué elegido diputado á los tres congresos de 1867, 70 y 72.

Publicó su primera colección de poesías con el título de *Hojas de rosa* en 1864. Como dramático ha producido las siguientes obras: *Flores y espinas*, *Una Mentira inocente*, *Nadie se muere de amor*, *Un Proyecto de divorcio*, *Los Parientes*, *El Pan de cada día*, *Sor Juana Ines de la Cruz*, *La Mujer de César*, *Al rededor de la cuna*, *El Bardo de Alcohuacan*.

Dedicado á escribir libros de primera enseñanza ha producido bellísimas obras infantiles: *Fábulas* (3 ediciones), *Nuevo libro segundo* (16 ediciones), *La Ciencia de la dicha* (3 ediciones), *Ortología* (3 ediciones), *Recreaciones infantiles* (3 ediciones), *Libro de la infancia* (2 ediciones), *Un Viajero de diez años*, *Excursiones al cielo y la tierra*, y otras. Con el mismo fin instructivo y moralizador, ha escrito bellísimas comedias infantiles para ser representadas por niños; *El Año nuevo*, *El Premio de la virtud*, *Amor filial*, etc.

Como periodista ha redactado diez publicaciones políticas ó recreativas que en su mayor parte fundó también.

Quizá ningún otro poeta mexicano ha sabido imprimir tan inefable ternura á sus composiciones como Rosas á las suyas. Es flúido y natural en altísimo grado; su lira está formada de ramos de mirto, y sus cuerdas, de estambres de las flores. Su inspiración se desliza como un arroyo sin cauce por un campo primaveral; más que el ruiseñor de los bosques, es la tórtola de los jardines.

LA PRIMAVERA.

¡Cuánta luz, cuántos colores
Derrama el naciente día!
La estación de los amores
Llena el aire de armonía,
Llena los campos de flores.
Con inefable dulzura
Gime el céfiro volando
Por la escondida espesura,
Y las aves suspirando
Le responden con ternura.
Al través del bosque umbrío
Pasan las ondas del río
Que las auras estremecen,
Y los álamos se mecen
Abrumados de rocío.
Vuelan y cantan las aves,
Y entre la selva la fuente
Se desliza mansamente,
Suspirando ecos suaves
Que le responde el torrente.
Pasando de rosa en rosa,
Entre el trémulo follaje
Se agita la mariposa,
Ostentando vanidosa
Las galas de su ropaje.
Palomas y ruiseñores,
Fuentes, árboles y viento,
Todos se dicen amores,
Los céfiro y las flores,
Las flores y el firmamento.
En los últimos confines

Que limita el horizonte,
Hay verjeles y jardines,
Y hasta en la cumbre del monte
Crecen blancos los jazmines.

Todo á los ojos encanta,
Todo es espléndido, hermoso,
Todo goza, todo canta;
Pero, ¡ay! entre dicha tanta
Sólo yo no soy dichoso.

Todo se agita gozando
Con sonrisa placentera
Y está de amor suspirando...
Sólo yo vivo llorando
En la dulce primavera.

Sus encantos seductores
No mitigan mis dolores,
Y me son indiferentes
Los árboles y las flores
Los céfiro y las fuentes.

Con su mágica belleza
La feraz naturaleza
Mis sufrimientos no calma.
Siento en el fondo del alma
La opresión de la tristeza.

En vano entre mil fulgores,
Viene, de flores ceñida,
La estación de los amores,
Pues no trae entre sus flores
Ni una flor para mi vida.

Ya nada me halaga, nada;
Me hace sufrir cuanto existe,
Porque viendo la mirada
Y todo lo encuentro triste
Como la dicha pasada.

Sin amor, sin ilusión

Y en eterna agitacion,
Camino trémulo, incierto...
Mi existencia es un desierto,
Ya no tengo corazon.

Ese viento, esa armonía,
Esas flores que se mecen,
Esa sonrisa del día
Con su luz, con su alegría
Mi corazon entristecen.

¡Ay del que llora perdida,
Lleno de afán y dolor,
Su esperanza más querida!
¡Ay del que pasa la vida
Sin esperanza de amor!

No hay dolor que no me hiera,
Muy desdichado nací:
Nada el corazon espera:
Para mí no hay Primavera,
No hay ventura para mí.

EL VALLE DE MI INFANCIA.

Salud, ¡oh valle hermoso!
Albergue del placer, donde dichoso
Entre sueños espléndidos de amores,

Vi deslizarse un día,
Cual se desliza el agua entre las flores,
Los dulces años de la infancia mía.

Valle umbroso, salud: hoy el viajero
Tu abrigo lisonjero
Busca ansioso con ávida mirada;
Bendice la quietud de tus verjeles,

Y reclina su frente ensangrentada
A la sombra feliz de tus laureles.

Aquí está la montaña, allí está el río,

Allá del bosque umbrío

La silenciosa majestad se admira;
Allí el lago retrata el firmamento;
La fuente más allá, lenta suspira,
Y agitando los sauces gime el viento.

Allí la cruz está donde inspirado,

El bien del desgraciado

Imploraba con místico cariño,
Elevando á los cielos mis plegarias,
Y estas agrestes rocas solitarias,
Las mismas son que amé cuando era niño.

Pero es otro el rocío, otra la brisa
Que hoy el Abril te da con su sonrisa;
Otras las rosas son de encanto llenas
Que brillan entre el césped de tu alfombra,
Y otras, y otras también las azucenas

Que crecen á tu sombra.

Cual las olas que pasan suspirando,

Los años van pasando;

Un instante con flores se embellecen,

Un punto brilla su fulgor mentido,

Y al fin se desvanecen

En las oscuras sombras del olvido.

¿Adonde están ahora aquellas rosas?

Tan puras, tan hermosas?...

Están, ¡oh valle! donde está la calma

De aquellos bellos días tan risueños;

En donde está mi amor, gloria del alma,

Y en donde están también mis dulces sueños.

Yo era feliz aquí; yo me adormía

En plácida alegría,

Por la dulce inocencia acariciado,

Sin más amor que tú, sin otro anhelo
Que amar tus flores y cruzar tu prado,
Cantar tus fuentes y mirar tu cielo.
Una tarde las aves se alejaban,
Y al ver cómo volaban,
Sentí el alma agitarse en ansias locas,
Y quise como el águila atrevida
Cruzar las selvas, dominar las rocas,
Y aspirar otro ambiente y otra vida.
Y al huracán seguí, y al ver el mundo,
Sentí en el corazón horror profundo;
Anhelé las tranquilas soledades
Donde feliz reía,
Y sentí que mi espíritu oprimía
La atmósfera letal de las ciudades.
Gozó y placer busqué, gloria y ventura;
Y sólo hallé amargura,
Inquietudes y afán, tedio y congojas;
Del viento del dolor al soplo ardiente,
Cual de tus bellos árboles las hojas,
Se secó la guirnalda de mi frente.
En vano allí busqué la dulce calma
Y el casto amor del alma:
Sólo en la multitud con mis pesares
Me confundí gimiendo,
Y apagóse perdido entre el estruendo
El tímido rumor de mis cantares.
Esquivando el furor de la tormenta,
Cual ave voy que el huracán ahuyenta,
Y ansioso busco ahora
En tu silencio placido y tranquilo,
El apacible asilo
Donde al menos en paz el alma llora.
También ¡oh valle! á marchitar tus galas
La airada tempestad tiende sus alas;

Tus flores huella y con furor se agita
Marchitando sus vívidos colores...
¡Dichosas esas flores
Que el huracán marchita!
Léjos contemplo ya la infancia mía,
Y muy léjos la tumba todavía;
Oculto afán me mata,
Mi destino en la tierra es muy incierto,
Y lúgubre á mi vista se dilata
Inmenso el porvenir como un desierto.
Sin oír una voz dulce y querida,
Solo estoy en el valle de la vida,
Cual el ciprés doliente
Que en eterno abandono se consume,
Sin guirnalda de hiedras en su frente,
Sin que le dé una flor grato perfume.
Nadie piensa en mi amor, nadie me mira,
Nadie por mí suspira;
Tan sólo la tristeza
Con mis dolores gime,
Y entre sus brazos trémula me oprime
Y reclina en su seno mi cabeza.
El alma ardiente que en mi afán seguía
Dulce hermana inmortal del alma mía,
Me niega su ternura,
Y sin oír mi queja,
Insensible á mi amarga desventura,
Sin enjugar mis lágrimas se aleja.
Ya que en vano la llamo cariñoso
Para cruzar con ella el bosque umbroso;
Para contarle amante mi querella
Y dividir con ella mi alegría;
Para soñar con ella.
Esta sombra de amor que dura un día,
Á lo menos gozar el alma quiere

En el sueño ideal que nunca muere,
Del infinito anhelo
En que Dios le revela su destino,
La esperanza feliz del bien divino
Con que existen las almas en el cielo.

Aquí morir quisiera
Al rumor de tu brisa lisonjera;
Pero ¡ay! deliro, mi ansiedad es vana,
Y el soplo sigo del destino airado...
¡Quién sabe en dónde me hallaré mañana!
¡Quién sabe en dónde moriré ignorado!
Queda en paz, dulce valle, umbrroso asilo,
Donde existí tranquilo,
Plácido albergue de mi amor primero.
Ya va el sol ocultando sus fulgores,
Y adios te dice el infeliz viajero
Empapando en sus lágrimas tus flores.

ADAN Y EVA.

Del sol á los postreros resplandores,
Desalentado, y triste, y sin ventura,
Cruza Adan por el árida llanura,
Devorando en silencio sus dolores.

Al pasar los alegres ruisñores,
Se acuerda de su Eden con amargura,
Y piensa sin cesar en su hermosura,
Y en sus tranquilas fuentes y en sus flores.
Eva que mira su penar doliente,
Le acompaña á llorar dando un gemido,
Y amorosa le mira tristemente.
El, entonces, la estrecha conmovido,

Estampa un beso en su serena frente,
Y hasta se olvida de su Eden perdido.

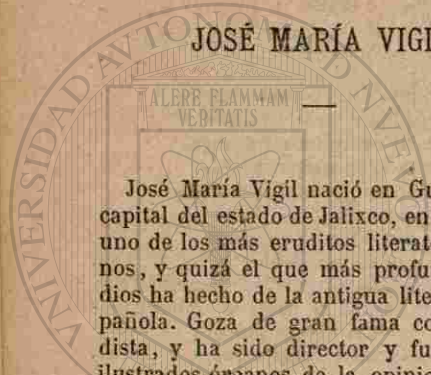
Á LAURA.

Graciosa junto á mí pasaste un día;
Me viste con placer y con ternura,
Y esclavo de tu voz y tu hermosura,
Sintió mi corazon tu simpatía.

Desde entonces inquieta el alma mia
Cifra sólo en mirarte su ventura,
Tus sonrisas disipan mi amargura,
Tus miradas me llenan de alegría.

Siempre por tí de amor triste suspiro;
Sin verte ¡oh Laura! de pesar me muero,
Y á verte siempre sin cesar aspiro.

Mirarte siempre sin cesar espero,
Y más te quiero cuanto más te miro,
Y más te miro cuanto más te quiero



JOSÉ MARÍA VIGIL.

José María Vigil nació en Guadalajara, capital del estado de Jalisco, en México. Es uno de los más eruditos literatos mexicanos, y quizá el que más profundos estudios ha hecho de la antigua literatura española. Goza de gran fama como periodista, y ha sido director y fundador de ilustrados órganos de la opinion pública. Emigrado durante el imperio de Maximiliano, fundó en San Francisco de California *El Nuevo Mundo*, periódico que aún hoy subsiste. Antes de 1863 organizó la biblioteca pública de Guadalajara, de la que fué director. Ha sido diputado á siete Congresos, y Magistrado de la suprema corte de Justicia. Fué uno de los más decididos partidarios del presidente de aquella república D. Sebastian Lerdo de Tejada, y uno de los que más trabajaron con su pluma por su elevacion á la presidencia, con riesgo de su persona é intereses. Co-

menzó con D. Juan Ilijar y Haro la publicacion de una voluminosa y notable *Historia del ejército de Occidente*. Ha dado á luz dos gruesos tomos de poesías bajo el título de *Flores de Anáhuac*, que contienen más de 200 composiciones líricas y cinco obras dramáticas: *La Hija del carpintero*, *Victimas y verdugos*, *Dolores*, *El Demonio del corazon*, *Un Demócrata al uso*.

Forman aquéllas tres grandes divisiones en el orden siguiente: *El Libro de la patria*; se refiere á las glorias adquiridas por sus compatriotas ya en el terreno de la ciencia y la literatura, ya en los campos de batalla: *El Libro del corazon*; casi en su totalidad es inspiracion de la musa erótica: todo el mundo de fases que reviste el sentimiento se encuentra en él representado con sus múltiples formas: *El Libro de la familia*, flores del hogar, consagradas á su esposa é hijos.

Vigil es un poeta de sosegada inspiracion, sencillo en las imágenes y claro en la manera de expresar su pensamiento. La forma de sus composiciones es perfectamente clásica, un tanto anticuada, pero á la manera de Lope y Calderon. El fondo es siempre filosófico, y las más veces hace meditar, porque escribe más para conmover al espíritu que para halagar al oído.

I.

Silencio, corazón mío,
Reposa tranquilo y deja
Dormir tu destino impío,
Que encadena tu albedrío
Con la ilusión que se aleja.

Devora sólo la suerte
Infeliz que te tocó;
Busca y hallarás la muerte
En ese descanso inerte
En que el mundo te encerró.

Duerme un sueño, sin soñar
Con ilusiones traidoras;
No vuelvas á despertar,
A sentir ni acariciar
Esperanzas seductoras:
Pues sabes bien que no existe
En el fondo del placer
Más que un desengaño triste.....
Corazón, mucho sufriste:
¡No vuelvas á padecer!

II.

— En la cárcel de tu pecho
Aspiro en vano á vivir;
No puedo estar satisfecho
Cuando zozobro deshecho
Sin vida ni porvenir.

Noche triste, cielo oscuro,
Muda y silenciosa calma,
Aire de tumbas impuro,

Turbado por el conjuro
De dichas que llora el alma.....

¿Puedo por ventura así
Vivir sin amor ni gloria?
Puedo ¡ay! arrancar de mí
La dicha que concebí
Y que guarda la memoria?

No sentir es no sufrir,
Pero tampoco es gozar.....
No sentir es no vivir,
Y no vivir es dormir
Sin placer y sin pesar.—

III.

Sin pesar y sin placer,
¿Por qué corazón te quejas?
¿Para qué no obedecer
Y llorar y hácia atrás ver
El mundo de que te alejas?
¿No oyes que el viento arrebató
El eco de tus cantares?
¿No ves cómo el tiempo mata
La esperanza que hoy dilata
La esfera de tus pesares!

Presto la risa se hiela
Entre esos labios de grana;
La agitación que desvela
Sin dejar vestigio vuela
Cual vapor de la mañana.

Leve sombra, frágil sueño,
No deja la vida en pos
De su fatigoso empeño,
Ni ese recuerdo halagüeño
Que deja el último adios.....

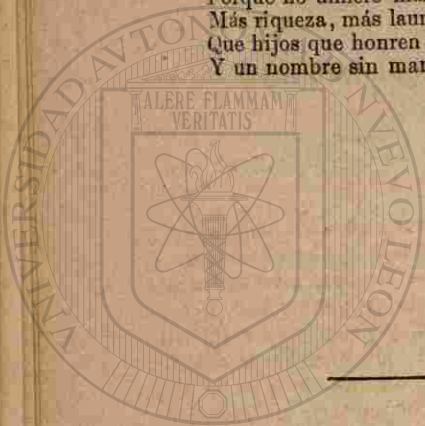
Lágrimas, risas, amores,
Desengaños.... todo cede....
Pasa cual débiles flores,
Que del tiempo á los rigores
Nada resistirse puede....
Ese polvo que hoy pisamos,
Cifra de lo que sentimos,
Es el bien que abandonamos
Cuando al abismo bajamos
De donde tristes salimos.
Un sueño nos precedió,
Y un sepulcro nos espera....
Luz que los aires cruzó,
Es la vida un *qué se yo*;
La ventura, una quimera.
¿Para qué es, pues, devorarse
Por saciar un sentimiento,
Que jamas ha de llenarse,
Que jamas ha de fijarse
Cual jamas se fija el viento?.....
Corazon, mira hácia atrás
Y latidos más serenos
Por dicha tuya tendrás;
Pues si no hay placer de más,
Hay sufrimiento de menos....

A MI HIJO.

Si sufres, que mis consejos
En tu pecho se conserven.
Nunca adules al dichoso,
Nunca al infeliz desprecies,

A la virtud y á la ciencia
Inclina sólo la frente.
Trabaja, que esa es del hombre
Sobre la tierra la suerte,
Y no hay un pan más sabroso
Que el que el sudor humedece.
Del magnate los favores,
Hijo mío, nunca anheles;
Ni pidas al poderoso
Ni al desventurado niegues.
No cambies tu independencía
Por efimeros placeres,
Que sólo dejan hastío,
Desesperacion y muerte.
En el silencio, en la calma
Del estudio, únicamente
Hallarás los dulces goces
Que la existencia embellecen.
Cada verdad que conquistes
Es una joya esplendente
Que ni el tiempo deteriora
Ni el mundo robarte puede.
Si la fortuna enemiga
Acaso tu frente hiere,
A sus golpes inhumanos
Nunca jamas te doblegues.
Jamás bajo la desgracia
Te abatas ni desesperes,
Tu dignidad humillando
O no haciendo lo que debes;
Que es el bien sumo del hombre
Estar bien consigo siempre,
Presentándose ante el mundo
Sin que nada le avergüence.
Conserva en tu corazon,

Hijo, mis palabras fieles,
Evocando mi recuerdo
Cuando del mundo me aleje;
Porque no anhelo más dicha,
Más riqueza, más laureles,
Que hijos que honren mi memoria,
Y un nombre sin mancha lleven.

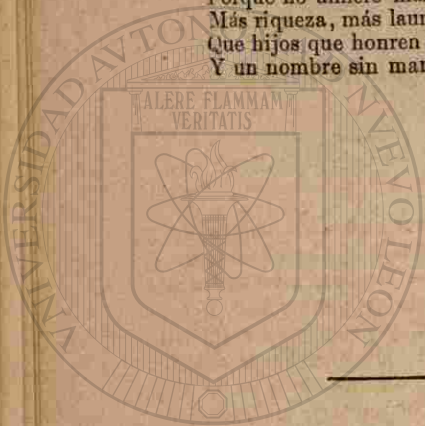


IGNACIO RAMIREZ.

Ignacio Ramirez, que sus discípulos y admiradores llaman y hacen llamar *el Maestro*, es una de las más eminentes personalidades de su patria, por cuya libertad intelectual y progreso ha luchado con firme tesón, sin arredrarse ante los peligros y persecuciones de que ha sido objeto, no sólo por parte de sus enemigos, sino también de sus propios correligionarios en ideas.

Siendo muy joven aún y concluida apenas su carrera de abogado, disputábanse sus cátedras las más notables escuelas de Derecho, y su aparición como periodista avanzado y de combate, hizo vacilar y estremecerse en sus cimientos al autocrático gobierno del famoso general Santana, que temblaba al solo nombre de aquel Voltaire del Nuevo Mundo, y ni él ni sus sucesores descansaban sino teniéndole en prisión y encadenado.

Hijo, mis palabras fieles,
Evocando mi recuerdo
Cuando del mundo me aleje;
Porque no anhelo más dicha,
Más riqueza, más laureles,
Que hijos que honren mi memoria,
Y un nombre sin mancha lleven.



IGNACIO RAMIREZ.

Ignacio Ramirez, que sus discípulos y admiradores llaman y hacen llamar *el Maestro*, es una de las más eminentes personalidades de su patria, por cuya libertad intelectual y progreso ha luchado con firme tesón, sin arredrarse ante los peligros y persecuciones de que ha sido objeto, no sólo por parte de sus enemigos, sino también de sus propios correligionarios en ideas.

Siendo muy joven aún y concluida apenas su carrera de abogado, disputábanse sus cátedras las más notables escuelas de Derecho, y su aparición como periodista avanzado y de combate, hizo vacilar y estremecerse en sus cimientos al autocrático gobierno del famoso general Santana, que temblaba al solo nombre de aquel Voltaire del Nuevo Mundo, y ni él ni sus sucesores descansaban sino teniéndole en prisión y encadenado.

El ilustré presidente Juárez, á cuya vista de águila no podía ocultarse la importancia de hacer cooperar á su obra regeneradora á un hombre como Ramírez, le llamó varias veces á formar parte de su Consejo de Ministros, y como tal, desempeñó las carteras de Justicia, Instrucción pública y Fomento.

El voto popular le elevó desde los primeros momentos de su vida pública á la magistratura de la Suprema Corte de Justicia, y constantemente le ha reelegido para tan importante cargo, sin necesidad de apoyo ni recomendación oficial.

Con el triunfo del general Díaz, actual presidente de la República, volvió á desempeñar una cartera de su primer ministerio, que dejó para pasar nuevamente al Supremo Tribunal.

Sus notabilísimas cátedras de literatura no han producido verdaderos discípulos, pues sus lecciones se refieren, más que á los textos, á su modo especial de ejercer su crítica, elevada, pero burlona, incisiva, cáustica y escéptica sobre todo en grado inverosímil.

Este carácter especial ha hecho que no haya obtenido más conquistas que las de la admiración y el temor: si se le ama, es sólo por la atracción que ejerce la majestad con que ha soportado sus desgracias.

Es estoico por naturaleza; á quien se acerca á él demandándole consuelo, le aconseja que destruya y pulverice el corazón, para que no teniendo, no le duela. Compara los infortunios ajenos con sus propios infortunios, y los desprecia y ríe de ellos, no como filósofo, sino como ser insensible. En cuanto al arte, le ha soñado ó visto tan perfecto, que no cree posible llegar á él: á sus composiciones, en su mayor parte magníficas, no da él valor alguno, no por modestia, sino por conciencia que tiene de que así debe hacerlo; y cuando elogia las de los demás, lo hace por bondad de carácter, no porque las crea capaces de resistir á su severa, profunda y realista crítica.

Ignacio Ramírez es una grandiosa figura literaria, filosófica y política, que, como Voltaire, con el cual tiene gran semejanza moral, no podrá ser verdaderamente juzgado sino en el porvenir. Lo único que puede predecirse es que será considerado como una de las más legítimas glorias de su nación.

AL AMOR.

¿Por qué, Amor, cuando espiro desarmado,
De mí te burlas? Llévate esa hermosa

Doncella tan ardiente y tan graciosa
Que por mi oscuro asilo has asomado.

En tiempo más feliz yo supe osado
Extender mi palabra artificiosa
Como una red, y en ella, temblorosa,
Más de una de tus aves he cazado.

Hoy de mí mis rivales hacen juego,
Cobardes atacándome en gavilla,
Y libre yo mi presa al aire entrego;

Al inerte león el asno humilla.....
Vuélveme, Amor, mi juventud, y luego
Tú mismo á mis rivales acaudilla.

FRAGMENTOS.

I.

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
Cuyo precio es el precio del deseo
Que en él guardan Natura y el Acaso?

Si derramado por la edad le veo,
Sólo en las manos de la sabia tierra
Recibirá otra forma y otro empleo.

Cárcel es, y no vida, la que encierra
Privaciones, tormentos y dolores,
Ido el placer, la muerte ¿á quién aterra?

Madre Naturaleza, ya no hay flores
Por do mi pecho vacilante avanza;
Nací sin esperanza ni temores.
Vuelvo á tí sin temores ni esperanza.

II.

Anciano Anacreon, consagró un día
Un himno breve á Venus orgullosa.
Solitaria bañábase la diosa
En ondas que la hiedra protegía.

Las palomas jugaban sobre el carro
Y una sonrisa remedó la fuente;
Y la Fama cantó que ha visto preso
Al viejo vate por abrazo ardiente
Y las aves murmuran de algun beso.

MANUEL M. FLORES.

Manuel M. Flores es el poeta de ese amor que necesita para desarrollarse el clima abrasador del verano de Nápoles, y tener bajo sus piés el suelo palpitante del Vesubio, y estar iluminado por el reflejo de una erupción de aquel sepultador de ciudades: las más veces le inspira lo que se ha llamado el demonio de Byron: como éste, estremece aún con su ternura. Los cantos eróticos de Flores son la voz de la tormenta de la pasión. Su lira de hierro enrojecido sólo tiene acentos para la mujer, de la que hace una diosa mitológica tan pronto rebotando virtudes, tan pronto miserias, pero grande y magnífica siempre, como Luzbel antes y después de su caída. Tal es su afición. Recorred sus irreprochables traducciones ó imitaciones de los mejores poetas, y veréis que siempre ha elegido los pasajes de más sublime ó demente pasión: del Dante, *Francesca*; de Horacio,

Glicere; de Shakspeare, *Ofelia* y *Julietta*; de Goethe, *Fausto*; de Heine y del cruel Lessing, los más sangrientos epigramas.

Flores es en su género lo que en el suyo son sus dos compatriotas Justo Sierra y José Rosas: joyas de altísimo precio.

Flores es un poeta de grande inspiración; su versificación, llena, conceptuosa y musical. Tiene el solo defecto de descuidar mucho la prosodia: él mismo lo confiesa en las cuatro palabras que puso al frente de sus poesías. El que conoce y descubre sus faltas, bien puede corregirlas sin dejar este trabajo á sus amigos, que si son buenos, no es posible se resignen á ser sus cómplices en su extraña manera de detener los golpes de la crítica.

EVA.

Era la sexta aurora. Todavía
El ámbito profundo
Del éter el *Fiat-lux* estremecía.
Era el sereno despertar del mundo,
Del tiempo la niñez. Amanecía,
Y del Criador la mano soberana
Ceñía con gasas de topacio y rosa,
Como la casta frente de una esposa,

La frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera ligera
Las olas de oro de la luz primera.
Y levantando púdica su velo
Gentil la Primavera,

Al ostentar magnífica sus galas,
Iba en los campos vírgenes del suelo
Regando flores al batir sus alas.

Opulentas cascadas de verdura
Tapizaban soberbias los barraucos,
Y eran su espuma caprichosa y rica
Rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque, presintiendo el día,
Llenaba su follaje de rumores;
Flotaba en el espacio la armonía,
Y la colina desbordada en flores;
El agua alegre, juguetona, huía
Entre cañas y juncos tembladores,
Y de la aurora bajo el ancho velo
Se besaba la tierra con el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas
De los ríos, las fuentes y los mares,
Juntándose amorosas, preludiaban
Un ritmo del Cantar de los Cantares.
El incienso sagrado del perfume
Se exhalaba de todas las corolas.
Vagorosos los tímidos cefiros
Al rumor de sus alas ensayaban
Un concierto de besos y suspiros;
Y cuántas aves de canoro acento
Se pierden en las diáfanas regiones,
Desatando el raudal de sus canciones
Inundaban de músicas el viento.

Era la hora nupcial. Naturaleza,
De salir del caos aún deslumbrada,

Ebria de juventud y de belleza,
Virginal y sagrada,
Velándose en misterio y poesía,
Sobre el tálamo en rosas de la tierra
Al Hombre se ofrecía.

¡El Hombre! Allá en el fondo
Más secreto del bosque, do la sombra
Era más tibia del gentil palmero,
Y más mullida la musgosa alfombra,
Más tupidas las flores

Y más rico y fragante el limonero;
Y llevaba la brisa más aromas,
La fuente más rumores,
Y cantaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas;
Dó más bello tendía

Sus velos el crepúsculo indeciso,
Allí el Hombre dormía,
Aquel era su hogar, el Paraíso.

El mundo immaculado
Se mostraba al nacer grande y sereno.
Dios miró lo criado
Y encontró que era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de Aurora,
De aquel instante en la sagrada calma,
A la sombra, dormido, de una palma
Estaba Adán. Su frente pensadora,
Su noble faz augusta de belleza
En medio de su sueño se cubrían
De una vaga tristeza.

Oreaba sus cabellos el cefiro;
Blandamente su pecho respiraba,
Pero algo como el soplo de un suspiro
Por su labio pasaba.

¿Padecía?..... ¡Quizás!..... En su retiro

Sólo el Criador con el dormido estaba.

Era el hombre primero, y ya su labio
De la existencia en el primer momento
Bosquejaba la voz del sufrimiento.
La inmensa vida palpitaba en torno;
Pero él estaba solo..... El aislamiento
Trasformaba en proscrito al soberano.....
Entonces el Señor tendió su mano
Y el costado de Adán tocó un instante.....

Suave, indecisa, sideral, flotante
Cual ligero vapor de las espumas,
Cual casto rayo de la luna errante
En un jirón perdido de las brumas;
Cual nacida del cáliz de las flores,
Con sus pétalos hecha y sus colores,
Viviente perla de la aurora hermosa,
Lampo de luz del venidero día
Condensado en la forma voluptuosa
De un nuevo sér que vida recibía,
Una blanca figura luminosa
Alzóse junto á Adán..... Adán dormía.

La primera mujer..... ¡Fúlgido cielo
Que bañó con su lumbré
La mañana primer^a de las mañanas,
Viste luego en la vasta muchedumbre
De las hijas humanas,
Alguna más gentil, más hechicera,
Más ideal que la mujer primera?.....
La misma mano que extendió los cielos
Y los alumbró con auroras bellas;
La que salpica los etéreos velos
Con rocío de estrellas;
La que visto de azul los horizontes,

Los campos de esmeralda,
Y de nieve la cumbre de los montes
Y de verde oscurísimo su falda;
La que hace con el iris esplendente
Diademas al magnífico torrente
Que su raudal de plata
Entre nube de espumas
Desborda en tormentosa catarata;
La que toma del iris los colores
Para con ellos colorar las plumas,
Para con ellos matizar las flores;
La mano que en la gran naturaleza
Pródiga vierte perenal hechizo,
La del eterno Dios de la belleza,
¡Oh primera mujer..... esa te hizo!.....

La dulce palidez de la azucena
Que se abre con la aurora,
Y el blanco rayo de la luna llena,
Dejaron en su faz encantadora
La pureza y la luz. Los frescos labios,
Como la flor de la granada, rojos;
Esa luz, que es un sol para las almas
En la limpia mirada de los ojos;
Y por el albo cuello,
Voluptuoso crespon de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en ondas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreía,
Su aliento perfumaba,
Y el mirar de sus ojos encendía
Una inefable luz, que se mezclaba
Al albor del crepúsculo indeciso.....
Eva era el alma en flor del Paraíso.
Y de cila en derredor, rica la vida

Se agitaba dichosa :
Naturaleza toda, palpitante,
Cefia sus contornos voluptuosa :
Las hojas la cantaban
La cancion del susurro melodioso,
Al compas de las fuentes que rodaban
Su raudal cristalino y sonoro :
La arrullaba la brisa con rumores,
Su cabello empapaba con aromas,
Y trinaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas,
En tanto que las flores,
Húmedas ya con el celeste riego,
Temblando de cariño á su presencia,
Su pié bañaban de fragante esencia
Y se inclinaban á besarle luego.
Iba á salir el sol, amanecía ;
Y á la plácida sombra del palmero
Tranquilo Adán dormía.
Su frente majestuosa acariciaba
El ala de la brisa que pasaba,
Y su labio entreabierto sonreía.
Eva le contemplaba,
Sobre el inquieto corazon las manos,
Húmedos y cargados de ternura
Los ya lánguidos ojos soberanos.
Y poco á poco, trémula, agitada,
Sintiendo dentro el seno comprimido
Del corazon el férvido latido ;
Sintiendo que el aliento que salía
Del labio abierto del gentil dormido
Abrasándole el suyo, la atraía,
Inclinóse sobre él....
Y de improviso
Se oyó el ruido de un beso palpitante.....

Se estremeció de amor el Paraíso !...
Y alzó su frente el sol en ese instante.

BAJO LAS PALMAS.

Morena por el sol de Mediodía
Que en llama de oro fúlgido la baña,
Es la agreste beldad del alma mia,
La rosa tropical de la montaña.
Dióle la selva su belleza ardiente,
Dióle la palma su gallardo talle ;
En su pasion hay algo del torrente
Que se despeña desbordado al valle.
Sus miradas son luz, noche sus ojos,
La pasion en su rostro centellea,
Y late el beso entre sus labios rojos
Cuando desmaya su pupila hebrea.
Me tiembla el corazon cuando la nombro,
Cuando sueño con ella me embeleso,
Y en cada flor con que su senda alfombra
Pusiera un alma como pongo un beso.
Allá en la soledad, entre las flores,
Nos amamos sin fin á cielo abierto,
Y tienen nuestros fervidos amores
La inmensidad soberbia del desierto.
Ella, la régia, la beldad altiva
Soñadora de castos embélesos,
Se doblega cual tierna sensitiva
Al aura ardiente de mis locos besos.
Y tiene el bosque voluptuosa sombra,
Profundos y selvicos laberintos,

Y grutas perfumadas con alfombra
De enlodos, y tapices de jacintos.

Y palmas de soberbios abanicos
Mecidos por los vientos sonorosos,
Aves salvajes de canoros picos
Y lejanos torrentes caudalosos.

Los naranjos en flor que nos guarecen
Perfuman el ambiente, y en su alfombra
Un tálamo de musgos nos ofrecen
De las gallardas palmas á la sombra.

Por pabellon tenemos la techumbre
Del azul de los cielos soberano,
Y por antorcha la potente lumbre
Del espléndido sol americano.

Y se oyen tronadores los torrentes,
Y las aves salvajes en concierto,
En tanto celebramos indolentes
Nuestros libres amores del desierto.

Los labios de los dos, con fuego impresos,
Se dicen el secreto de las almas;
Después..... desmayan lánguidos los besos.....
Y á la sombra quedamos de las palmas.

HOJAS.

I.

Amaba mi corazón,
Y mi corazón vendieron;
Más «perdona» le dijeron
Y ¿cómo no perdonar?....
Mi corazón sollozaba,

Sangrando estaba la herida,
Y le dijeron «olvida»,
Pero no pudo olvidar.
«Entre el perdón y el olvido
»Hay una distancia inmensa;
»Pude perdonar la ofensa
»Pero olvidarla..... jamás.»

II.

Vuelve á mi corazón, queda escondida.
Ilusión imposible de mi vida,
Ternura de poeta, pasión loca...
Si no has de ser dichosa ni creída,
Vive en mi corazón, calla en mi boca.

III.

Así es la vida. Niebla pasajera
Que cruza vagabunda por la esfera
Deshaciéndose en vaga lontananza;
Y nuestra dicha, frágil é indecisa,
Un suspiro que pasa con la brisa,
Y un sueño nada más nuestra esperanza.

IV.

Allá cuando era joven, el alma en primavera
Soñando ya en amarte, mi dulce compañera,
Se desbordaba en flores
Y músicas de amor.
El aura de la vida ungió mi cabellera

Con el celeste aroma de la esperanza en flor.

Entonces una noche.... el cielo nos veía

Con sus miradas de astros; la bóveda sombría

Era un inmenso templo;

El sacerdote, Dios.

Ante él tu fe me diste, ante él te dí la mía.

Quedaron desposadas las almas de los dos.

Peró hoy la noche es negra. La bóveda enlutada

Es una inmensa tumba.... Murió mi desposada

Y mi alma con la suya

Muriendo se llevó.

El templo está desierto, la lámpara apagada....

¿Quién llora en las tinieblas?... ¿Aun puedo llorar yo?

AGUSTIN F. CUENCA.

Agustín F. Cuenca nació en 1850, y es, por tanto, uno de los más jóvenes poetas que en este libro figuran. Apenas comenzada su carrera de Jurisprudencia la abandonó para darse al cultivo de la literatura y tomar parte en las luchas periodísticas que, como prólogo de otras más sangrientas, agitaron los últimos años de la presidencia de D. Sebastian Lerdo de Tejada, y en ellas dió verdaderas pruebas de un noble valor civil.

En aquella época dió á la escena su drama *La Cadena de Hierro*, que en una sola noche le colocó en primera línea como poeta dramático, cimentando con justicia su reputación.

En sus primeras composiciones como lírico llevó tan al extremo el deplorable defecto de los Góngoras, que dudo que él mismo pudiera haber descifrado aquellos ampulosos enigmas.

003203

Léjos de irritarse con las sangrientas críticas de que fué objeto, su buen sentido le hizo cambiar de ruta, y es hoy día un distinguido poeta justamente apreciado, y una sólida esperanza de la literatura de su patria.

Sus poesías tienen un colorido brillante; las imágenes que emplea son por lo regular atrevidas, y su estilo y el giro que le imprime tienen casi siempre novedad y elegancia, por más que aún tengan mucho que purgar en cuanto á gongorinas reminiscencias.

LA MAÑANA.

Tiende el sol cuándo amanece,
Gasas de oro en la esmeralda
De los campos; la humedece
Con sus perlas, y parece
Cada campo una guirnalda.
Caen sus nacientes fulgores
Sobre el templo solitario,
Y es florón de resplandores.
La vidriera de colores
Del esbelto campanario.
Del monte incendia el selvoso
Laberinto de retamas,
Y se alza el monte boscoso
Como se alzara un coloso

Con un turbante de llamas.

Matiza el cristal del río,
Y lleva el río en sus ondas
Copiando un pinar sombrío,
Ramajes en que el rocío
Se envuelve en doradas blondas.

De carmin tinte al rosál,
De oro tinte al girasol,
Y es la escarcha matinal
Una hamaca de cristal
Bajo un velo de arrebol.

Sobre la cumbre ríscosa,
En los témpanos de hielo
Pinta ráfagas de rosa,
Y hace de la mariposa
Un iris que cruza el cielo.

Abrense cuando desata
A la fuente, cuyo rastro
Es una estela de plata,
Junto á adelfas de escarlata
Azucenas de alabastro.

Presta al rizado plumaje
De los pájaros, colores:
Da colores al encaje
De las nubes, y al paisaje,
Perlas, pájaros y flores.

Todo es luz, aves, aromas;
Fuego el sol; llanto el rocío;
Flores el juncal; las pomas,
Boja grana; las palomas,
Blanca nieve; espuma el río.

La oscura selva, rumores;
El torrente, centelleos
De divinos resplandores;
La alameda, ruiseñores;

Los ruiseñores, gorjeos.

Toda la naturaleza,
Cuando el sol la da calor

Al peso de su grandeza,

Es mujer cuya belleza

Entra á un tálamo de amor.

Lasciva al placer, arroja

Del pudor los blancos velos,

Cesa su febril congoja,

Y cuando ella se sonroja,

Ya tienen, bajo los cielos,

Los arroyos más cristales

Las rosas ménos espinas,

Más flores los florestales,

Más espigas los trigales,

El torreón más golondrinas!

NIEVE DE ESTÍO.

Copia fiel de tu belleza

Pediste ayer al espejo,

Que es el más puro reflejo

De la más noble franqueza,

Y siento de mi tristeza

Crecer los fieros enojos,

Porque para ver tus rojos

Labios y tu blanca frente,

No hay cristal más transparente

Que las niñas de mis ojos.

La luz, de copiarte ufana,

Dió al espejo sus destellos,

Y entre tus negros cabellos

Viste colgando una cana:

Fué entónces marfil la grana

Que el rostro á besarte mueve,

Y trémula, fiera, aleve

Rompiste el cabello cano,

Que era un cisne de verano

Envuelto en plumas de nieve.

Presa de terribles luchas,

Como agravio á tus hechizos,

Viste despues en tus rizos

Otra cana y otras muchas,

Y triste en silencio escuchas

Cómo la razon proclama,

Que es el pensamiento llama

Que cuando más se enrojece,

Más el cabello emblanquece

Con el fuego que derrama.

Fijos en el claro espejo

Tus más claros todavía

Ojos, que causan al día

Rubores con su reflejo,

Las blancas hebras del viejo

Cabello en su edad lozana

Arrancaste, y la galana

Luz de tu mirada, al verlas,

Fué luz que disuelta en perlas

Bajó á besar cada cana.

Un rizo blanco me envias,

De tus letras adoradas

Envuelto en las desmayadas

Misteriosas melodías;

Y en tus congojas sombrías

Pienso al ver tus canas bellas;

De unas y otras te querellas,

Unas son la noche oscura

Que nubla tu frente pura,
Las otras son sus estrellas.
Con odio á torpes amaños,
Y venciendo tu alívez,
Me has mostrado la vejez
Que agobia á tus ventiuñ años;
Y sin temer desengaños,
Ni temer fieros desdenes,
Déjame besar tus sienes;
Vano fuera tu temor
Cuando sé que son de amor
Todas las canas que tienes.
Cuando en tí regocijado,
Forma mis dulces antojos
Llevar el alma en los ojos
Para verte enamorado;
Cuando en mi pecho ha formado
Tu alma su caliente nido,
Y tiene allí por sentido
Rui señor que la corteja
El amor que en mí se queja
Receloso del olvido.

Quando al verte sólo veo
Que eres claridad del día,
Romántica fantasía
De espiritual devaneo;
Llama de febril deseo;
Ave en el árbol, que el río
Copia en su cristal bravío
Querellándose de amor,
Madreselva cuya flor
Por galan tiene el rocío.
Noche de las estrelladas
Noches en que los rosales
Forman los lechos nupciales

De los silfos y las hadas;
Randal que en despedazadas
Hebras de cristal undoso
Errante baja, impetuoso,
De los empinados riscos
Y entre los verdes lentiscos
Va rodando rumuroso.
Queden tus negros cabellos
Cifando tu faz morena,
Y el negro ángel de la pena
Quede aprisionado en ellos;
El rizo de los más bellos
Que fueron nieve de estío,
Guardo yo en el pecho mío
Viendo tus congojas grandes;
Hay siempre nieve en los Andes
Y espuma en el mar bravío.

JUSTO SIERRA.

Justo Sierra es natural de Yucatan, é hijo de una familia que es gloria de su patria por tan distinguidos políticos y literatos como á su país ha dado.

Siendo muy jóven todavía se presentó como poeta en México, conquistando desde el primer instante puesto elevadísimo entre los literatos de la capital. De nadie se han hecho más entusiastas ni justos elogios; nadie como él ha sabido mantenerse en primera línea sin flaquear ni retroceder. Nació poeta, y es en su género el primero.

Los incidentes de su vida se empuñan y llegan á desaparecer ante las glorias de su talento, y así es que sólo apuntaré que como letrado pertenece al personal de la Suprema Corte de Justicia, y como representante del pueblo ha figurado con honor en distintos Congresos Constitucionales.

Su inspiracion es torrentosa y magnífica, valientes las imágenes que emplea, pindárico su estilo y llena y severa su versificación. Sus defectos, que mucho ha corregido, consisten en la demasiada licencia con que abusa de los neologismos, y en su empeño de imitar la oscura fraseología de un grande y moderno escritor frances, lo cual le hace muchas veces desnaturalizar el espíritu propio de la literatura española, á la que no tiene más remedio que ajustarse el escritor de América, mientras tenga la fortuna de que su idioma sea el magnífico castellano.

Como prosista tiene las mismas virtudes y defectos, y su firma en los periódicos atrae á éstos gran número de suscritores, seguros de que habrán de encontrar en los artículos de Justo Sierra trascendentales asuntos elevadamente desarrollados.

Como poeta dramático ha obtenido también grandes éxitos, pero no tan entusiastas como los que no se apartan jamás de él en el terreno genuinamente lírico.

PLAYERAS.

Baje á la playa la dulce niña,
Perlas hermosas le buscaré,

Deje que el agua durmiendo cña
Con sus cristales su blanco pié.

Venga la niña risueña y pura,
El mar su encanto reflejará,
Y mientras llega la noche oscura,
Cosas de amores le contará.

Quando en Levante despunte el día,
Verá las nubes de blanco tul,
Como los cisnes de la bahía,
Rizar serenas el cielo azul.

Enlazarémos á las palmeras
La suave hamaca, y en su vaiven
Las horas tristes irán ligeras,
Y sueños de oro vendrán tambien.

Y si la luna sobre las olas
Tiende de plata bello cendal,
Oirá la niña mis barcarolas
Al són del remo que hiende el mar.

Mientras la noche prende en sus velos
Broches de perlas y de rubí,
Y exhalaciones cruzan los cielos,
¡ Lágrimas de oro sobre el zafir !

El mar velado con tenue bruma
Te dará su hálito arrullador,
Que bien merece besos de espuma
La concha-nácar, nido de amor.

Ya la marea, niña, comienza;
Ven, que ya sopla tibio terral;
Ven y careyes tendrá tu trenza,
Y tu albo cuello rojo coral.

La dulce niña bajó temblando,
Bañó en el agua su blanco pié;
Después, cuando ella se fué llorando,
Dentro las olas perlas hallé.

DIOS.

Sólo hasta allí, donde el oscuro velo
Del misterio insondable se descoge;
Donde la luz del cielo
Extingue su onda, apaga su mirada;
Allí el alma del hombre es la penumbra
Del sér y de la nada.
¿ Hasta allí? Nada más; donde perdido
Grano de arena de la playa eterna
Gira ignorado el sol; en donde mueren
Sin clamor, sin ruido,
Del ilímite océano las olas,
Do forman los planetas densa bruma,
En donde son los cúmulos de estrellas
Fosforescentes átomos de espuma.
¡ Ah ! yo iré más allá; la inteligencia
Sólo un paso ha medido,
Desde el mundo raquítico y vencido
A do alcanzan los ojos de la ciencia.
Como el condor pujante de los Andes
Que dejando á sus piés la cordillera
Cual una lista oscura
En la niebla del mar desvanecida,
Se lanza á los espacios sin ribera
Y sube siempre y sube
A do jamás el huracán impera
Ni se forma la nube,
Volaré así; me siento yo con alas
Para alcanzar las planetarias moles
Y yendo más allá, tocar el límite
En que acaban los mundos y los soles.
Partí; no se dilata más ligera
La luz en los espacios

Que mi audaz fantasía
Al punto mismo en que tendiera el vuelo
Sola se comprendía,
Con la indecible soledad del cielo.
Muy lejos ya, la tierra,
Como en pos de una sombra misteriosa,
Iba en perenne círculo
Arando el firmamento silencioso;
Pálida luna, en el azul sombrío
Su disco melancólico elevaba;
¿Qué invisible cadena en el vacío
A ese blanco cadáver arrastraba?
Marcha en paz, exclamé, momia gastada
Cuya rugosa tez ya marchitada
Aun puedo contemplar, marcha á perderte
En un mañana oscuro
Do encontrarás tal vez reposo y muerte;
Rueda en la inmensidad, es tu destino,
Pordiosera de goce y de ventura;
Prosigue tu camino,
Alienta sin cesar en la amargura.
Hay engendrado en tu alma
Un espectro, un verdugo,
Y tus propios delirios han pesado
En tu cerviz como inflexible yugo.
Amor llamaste á tu estupor cobarde;
Fe, á la impotencia de tu sér; humillas
La frente al humo, porque en zarzas arde,
Y ante tu propio oprobio te arrodillas.
Oye la historia de tu Dios; naciste
Á la tarde del caos moribundo,
La luz del día por creador tuviste,
Por crisálida el mundo:
Pobre hijo de la noche, ya empezaba
Del globo la agonía

Cuando tu cuna, que el dolor formaba,
El soplo del diluvio estremecía.
Ya eran entónces viejas las praderas,
Y en derredor de sus arcadas viudas
Al cielo de las nieves levantados
En inmensas pirámides austeras
Yacían esos plintos arruinados
De templo de otra edad: las cordilleras.
Trémulo el hombre á contemplar llegaba
Sobre la flecha de cristal del monte
La pupila de luz que lo miraba
Desde el ocaso, fúnebre horizonte.
El sol, clave inmortal del firmamento,
Que hizo brotar con la oración primera
El primer pensamiento.
Y tuvo miedo el hombre, pavorido
Huyó al través del tiempo y del espacio,
Sintiéndose vencido.
Al rayo oblicuo del fulgor febeo,
De su camino rápido delante,
Proyección de su cuerpo de pigmeo
Se dibujó la sombra de un gigante.
Esa gran sombra es Dios, el hombre dijo;
Pero al fin llegó un día
En que la sombra negra decrecía,
Mientras el sol interior, el sol del alma,
En su cielo sin término ascendía.
Dios va á morir, la gran naturaleza;
He allí la eternidad; y la cabeza
Del hombre, coronada de poesía,
Dará su luz á la región sin nombre,
Y en la tumba de un Dios de fantasía
Habrá nacido el único, el Dios-Hombre.
Queda en paz; aún esclavo eres del polvo,
Pobre mundo proscrito;

Yo voy á sorprender en rauda vuelo
El germen de la vida en lo infinito.
Un segundo flotó en el firmamento
Su ancha cauda de sombra,
Al traves de la cual se percibía
Como enlutada por siniestro velo
La legion de los astros, tristes cirios
De la eterna mansion del desconsuelo.
Fué luego un punto negro que oscilaba
Al umbral de la noche del abismo:
Giró otra vez sobre su helado polo
Y todo quedó limpio. Estaba solo.
Allí me hallaba en el dintel del templo;
Junto á mí la verdad brillar debía,
Y al tiempo que volaba,
El éter más y más se oscurecía,
Más y más la razon se iluminaba.
De súbito la luz fulgura intensa;
Miríadas de astros en pasmoso vuelo
Miré llegar, disgregacion inmensa
De todas las moléculas del cielo.
Los puntos todos del espacio en soles
Tornábanse: mi vista fascinada
Los miraba llegar, globos gigantes
Que un minuto despues eran diamantes
Perdidos en la bóveda estrellada.
Entónces yo, llamando
La voz hasta mis labios, decir pude:
Dios, misterioso Dios, te estoy buscando.
¿Dónde guardas los rayos
Y la tremenda voz que al israelita
Puso espanto al pasar por el desierto?
Yo soy tambien de la region maldita.
¡Oh Dios del Sinail... tal vez has muerto.
Yo vengo á tu presencia,

Misterioso hacedor de lo creado,
En busca de la eterna inteligencia
Que el alma de los hombres ha engendrado.
Y nadie me responde, y no hallo nada.
¡Oh mentira infinita
Que reinas en los mundos!
Muéstrame uno no más de tus destellos;
Traigo en el alma la inflexible espada
Que ha de romper el libro de los sellos...
Y rodó en el abismo mi risada.
Pero helóse al momento entre mis labios;
Yo no sé que sentí, que me dió miedo;
Mis miembros de pavor se estremecían;
¿Alguno se acercaba?
Las estrellas veían...
Yo creí que un relampago rasgaba
La negra inmensidad... ¡Ah! ¿por qué entónces
Cegué, cegué sintiendo en torno mío
Y en mi interior el soplo de un aliento
Que daba al alma de la tumba el frío?
Los mundos en sus ejes vacilaron,
No proyectaban sombra las esferas,
Estáticos los soles se pararon...
Cuando á ser tornó el tiempo,
Me comprendí por siempre quebrantado:
Alguno había pasado...
Las estrellas cantaban:
«Bendito aquel que con su soplo anima
Del arroyuelo el plácido murmullo
Y los bramidos de la mar inquieta,
El firmamento inmenso y el capullo,
El insecto que canta y el poeta:
Llegue hasta él nuestro perenne canto,
Santo, tres veces Santo.»
Entónces exclamé... Yo te bendigo,

Déjame unirme al inexhausto coro,
Y perdona, Señor, mi loco empeño.
Pude dudar, Señor, pero te adoro...
¡Oh Dios!... Y desperté. Tal vez fué un sueño.

COLON.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA DRAMÁTICO.)

¿Quién es? ¿qué afán le guía?
¿Qué busca ese hombre en los perfiles rojos
Del remoto Occidente?
¿Por qué ese eterno pliegue en esa frente?
¿Por qué esa eterna llama en esos ojos?
¡Un visionario! ¡Ah, sí! Cuando ha dejado
La sombra un horizonte; cuando avanza
Del corazón en lo infinito una hora,
Rayo de luz que basta á la esperanza
Para encender en el zafir su aurora;
Cuando aparece un astro en el oriente
Mostrando al hombre en el dolor su ruta;
Cuando bebe un anciano la ciencia;
Cuando el sol de los libres centellea,
Y un profeta agoniza en el Calvario,
Es que la augusta antorcha de una idea
Brilla en manos de un pobre visionario!...

Para alzar de la noche un hemisferio
Eden de amores que la mar engasta,
Dadme un punto de apoyo, les dijiste,
Que la palanca de la fe me basta.

Y en pié en la proa del bajel hispano
Clamaste con acento sobrehumano:
«En el nombre de Dios omnipotente
»En cuyo arbitrio la creación se encierra,
»¡Despierta, continente!»
Y como un eco enorme y de repente
Gritó una voz en lontananza: ¡Tierra!

Mártir padre de América; el futuro
En la hora fatal de su justicia
Te hará salir de tu sepulcro oscuro;
Un himno estallará de polo á polo,
Y tu América entónces, santo anciano,
Hará de tu corona de martirio
El sol de tu apoteosis soberano.

Cuando llegue ese instante,
Poned en la balanza, grandes reyes,
Vuestro sol sin ocaso, vuestras leyes,
De vuestro nombre el ominoso culto,
Vuestra justicia, que era la venganza,
Vuestro triste perdón, que era el insulto;
Y pon, historia humana escarnecida,
Del otro lado de la fiel balanza
Los grillos de Colon.—Que Dios decida.

MANUEL PEREDO.

El Doctor Manuel Peredo nació en México en 1830. A los veinte años de edad comenzó su carrera de Medicina, que terminó tomando el grado de Doctor en 1859, después de haber merecido por su ciencia ejercer el cargo de médico de los alumnos de la Escuela de la Facultad.

Ha sido redactor de los principales periódicos científicos y literarios, y es autor de un bello proverbio en dos actos titulado *El que todo lo quiere*, y hábil traductor de *El Duelo*, de Ferrari, y de *Serafina*, de Sardou.

Su especialidad es la crítica teatral, que ejerce con un tacto, profundidad y erudición de primer orden. El más notable de sus trabajos de esta especie es el que escribió sobre *El Edipo*, de Martínez de la Rosa.

En 1870 trabajó en la creación del Conservatorio dramático, del cual es uno de

los más distinguidos profesores, habiendo escrito para su cátedra la mejor obra tal vez que existe sobre la materia. Es profesor de Gramática, Retórica y Poética en los primeros establecimientos de educación, y miembro de las principales Sociedades médicas, de Historia Natural, de Geografía y Estadística, de la Academia de Ciencias y literatura, y correspondiente de la Española.

Es un verdadero clásico; sus poesías son severas ó chispeantes de gracia, según los asuntos que tratan, y seducen por su pureza y corrección.

Es el más profundo y cortés de los críticos de su patria.

ESPERANZA.

Vino ya con sus sombras
La amiga noche á recoger cual ántes
Mis suspiros amantes,
Muda depositaria
De este secreto que en mi pecho mora;
Y el ángel cuya imagen bienhechora
Vive en mi corazón, cual solitaria
Perla escondida en ignorada concha,
Vuela á llevarle en las veloces alas
De su brisa callada,

Mi suspiro de amor, las ansias mías,
No cual en otros días
Con lágrimas mezcladas,
Con lágrimas de sangre envenenadas.
¡Qué largas son las noches
Del dolor sin consuelo!
¡Ni una luz en la tierra,
Ni una estrella en el cielo!
Y el que en tan negra oscuridad sumido
Cruza el campo, perdido,
Y amparo busca, y luz y compañía,
Aguarda en vano el día;
Porque para el que llora
No hay celajes, ni aurora,
Ni brisa matinal, ni luna llena;
¡Su pena nada más, sólo su pena!
Tal vez allá á lo lejos
Anhelante descubre los reflejos
Que el tibio rayo de la luna envía,
Y se figura el triste que es el día,
Y de esa luz menguada,
Con tanto afán deseada,
El escaso fulgor llorando adora;
Que esa luz bienhechora
Que al fin piadoso el cielo le depara,
Es para él la clara
Antorcha que le guía en el camino
Por do va, fatigado peregrino.
¡Con qué placer registra cuidadoso,
De la escarpada senda
Que hasta allí recorrió con pié medroso,
Ambas orillas que galano viste
El floreciente Mayo!
Y al efímero rayo
Con que se anima el triste,

Avido busca las pintadas flores
Que allí desparrainadas se le ofrecen,
Y aspira sus olores,
Y en tanto sus pesares se adormecen.
¡Oh si pudiera detener el curso
De la tupida nube
Que ya rápida sube
A eclipsar los escasos resplandores
De aquella luz incierta,
A sus ojos un punto descubierta!
¡Oh si dado le fuera
Que hasta en su hora postrera
Bañase su abatida
Frente, ya sumergida
En el letal deamayo,
De la bendita luz el tibio rayo!
¡Y si la bañara! porque es reflejo
Esa luz bienhechora
Del sol eterno á quien cantando adora
En himnos de celeste melodía
Cuanto creado existe;
Bálsamo de consuelo para el triste,
Fuente de bendición para el que llora:
Porque esa luz que alcanza
A descubrir entre la noche oscura
De su negra amargura,
Viene de Dios, se llama la *Esperanza*.
En ella fia el vacilante paso
Al continuar; á ella se encomienda
De nuevo al emprender la áspera senda
En su largo camino;
Y cual el peregrino
Que al tocar los umbrales
Del santuario á do va con fe piadosa
Siente desvanecerse por encanto

El cansancio, la pena y la ardorosa
Sed que antes le rendía,
Así de aquella luz al fulgor santo
Nuevo vigor y nuevo aliento cria,
Y ligero se apresta
Del monte á trasponer la áspera cresta.
Porque en el fondo oscuro
De su cerrado porvenir, y escritas
Cual por la mano compasiva y santa
De aquel que lo levanta
Y las perdidas fuerzas le devuelve,
Ha leído seguro
Estas letras benditas,
Este anuncio que el alma le recrea,
Y que le hace exclamar: ¡bendito sea!
«Dios no llevó á sus hijos en el mundo
Por senda que á la dicha no encamine
Y en la dicha termine;
Ni un suspiro jamás de lo profundo
Del corazón arranca que no sea
En himno convertido,
Himno del corazón agradecido» (1).
Vén pues, dulce bien mío,
Tú que la senda del dolor cruzando
Y en pos de tí dejando
De lágrimas un río,
A mi lado caminas valerosa;
Vén, y tu cariñosa
Mano me enjague las que vierto triste:
Que si nublado viste
El horizonte de la dicha nuestra,
Hoy esa luz te muestra,
Roto el oscuro velo,

(1) ZIMMERMAN, *La Soledad*.

Dichas sin fin en el azul del cielo.
Juntos vivir, y hasta la muerte juntos,
Tal es nuestro destino;
Sigamos pues en paz nuestro camino,
Y confiada espera
Que hasta en la hora postrera
Bañe nuestra abatida
Frente, ya sumergida
En el letal desmayo,
De la bendita luz el tibio rayo.

GUILLERMO PRIETO.

Guillermo Prieto lleva más de cuarenta años de estar conquistando sólida fama como inspirado poeta y literato. Sincero amigo y mentor de todo joven que se dedica á las bellas letras, es llamado por muchos *su maestro*, y goza del respeto y cariño de cuantos le conocen y admiran.

Es un distinguidísimo economista, cuyas obras le han abierto las puertas de las principales academias de sabios de Europa, especialmente de Francia y Alemania. Es á la vez orador fácil y brillante, periodista hábil y variado.

Ha ejercido importantes cargos públicos, tales como Administrador de la Renta de Correos, Ministro varias veces, diputado á casi todos los Congresos Constitucionales.

Como poeta es quizá el más popular de su patria; en todos los géneros se ha ensayado, dejando en todos obras notabilísi-

mas; describiendo costumbres y tradiciones, raya á la más envidiable altura.

ENSUEÑOS.

Eco sin vez que conduce
El huracan que se aleja,
Ola que vaga refleja
A la estrella que reluce;
Recuerdo que me seduce
Con ensueños de alegría;
Amorosa melodía
Vibrando de tierno llanto,
¿Qué dices á mí quebranto,
Qué me quieres, quién te envía?

Tiende su ala el pensamiento
Buscando una sombra amiga,
Y se rinde de fatiga
En los mares del tormento;
De pronto florido asiento
Ve que en la orilla aparece,
Y cuando ya desfallece
Y más se acerca y le alcanza,
Ve que su hermosa esperanza
Es nube que desaparece.

Rayo de sol que se adhiera
A una gota pasajera,
Que un punto luce hechicera
Y al tocar la sombra muere.
Dulce memoria que hiere

Con los recuerdos de un cielo,
Murmurios de un arroyuelo
Que en inaccesible hondura
Brinda al sediento frescura
Con imposible consuelo.

En inquietud, como el mar,
Y sin dejar de sufrir,
Ni es mi descanso dormir,
Ni me consuela llorar.

En vano quiero ocultar
Lo que el pecho infeliz siente;
Tras cada sueño aparente,
Tras cada mentida calma,
Hay más sombras en el alma,
Más arrugas en la frente.

Si vienen tras este empeño
En que tan doliente gimo
La esperanza de un arrimo,
De un halago en un ensueño,
Si de mí no siendo dueño
Sonreír grato me veis,
Os ruego que recordeis
Que estoy de dolor rendido...
Pasad... dejadme dormido...
Pasad... ¡no me despertéis!

JOSÉ PEON CONTRERAS.

José Peon Contreras es un médico distinguidísimo, que entregado al sacerdocio de su profesion y conquistando en ella meritorios y humanitarios laureles, quiso un día darse á conocer como poeta, y con sorpresa general y sin oposicion alguna se transfiguró, por así decir, en un sacerdote de Apolo tan notable como éralo ya de Hipócrates.

Sin embargo, su mayor mérito como literato no puede fundarle en el género lírico, sino en el dramático, en que tal fama ha conquistado, que mereció de sus entusiastas amigos una corona de oro y el título de Restaurador del Teatro en la patria de Alarcón y Gorostiza. En dos temporadas teatrales ha dado á la escena unas doce obras dramáticas: *Hasta el cielo*, *El Sacrificio de la vida*, *Gil Gonzalez de Avila*, *Luchas de honra y amor*, *Esperanza*, *Anton de Alaminos*, *Un amor de Hernan-Cortés*, *El Con-*

de de Penalca, La Hija del Rey, Por el joyel del sombrero, Entre mi tío y mi tía.

Su oda á Hernán-Cortés obtuvo el primer premio en un concurso literario, y se ha reproducido con elogio en *La Ilustración Española* de Madrid.

Peon Contreras ha sido comparado al grande y extraño genio de D. José Echegaray por la gran semejanza que con él tuvo en las circunstancias que acompañaron á su aparición como dramático, y porque, como él, logró imponerse á un público asombrado, dividiendo las opiniones de los críticos de modo y manera que aún no han sido ni definidos ni juzgados.

EL SALTO DE BARRIO-NUÉVO.

I.

Al pié de dos montañas colosales,
Un río transparente
Remueve sus cristales,
Y entre riscos y juncos y zarzales
Con estrépito lanza su corriente.

Cercado de perpétua primavera
Regala su frescura
Bañando la pradera,
Retratando á su paso por doquiera

Palmas y cielos en su linfa pura.

Crece la flor en su escarpada orilla
Luciendo sus colores,
En tanto que sencilla
Canta infeliz la tímida avecilla
Querellando sus rústicos amores.

Allí el pastor respira los aromas
De lirios y alelíes;
Y al par de las palomas,
Bajan de tarde las cercanas lomas
A mitigar su sed los jabalíes.

Interrumpe su curso de repente,
Cortada en dura peña
Hondísima pendiente,
Y convertido desde allí en torrente,
Sobre un lecho de roca se despeña.

Un iris forma de belleza suma
Cuando su mole agita
Cayendo entre la bruma,
Cuando sus ondas de sonante espuma
En multitud confusa precipita.

Y hierve el agua en el revuelto seno
Del hondo abismo frío,
Zumbando como el trueno,
Y las ondas avanzan, y sereno
Sigue su marcha majestuoso el río.

II.

Un instante contemplé
Tu belleza singular,
Y breve y amargo fué,
Porque en tus aguas miré
La humana vida pasar.
En tu curso misterioso

Por sendas desconocidas,
Corres tranquilo y medroso,
Ya en un cauce pedregoso,
Ya sobre alfombras mullidas.

Encuentras á cada instante
Un escollo en tu camino,
Y andas y andas anhelante
Siempre adelante, adelante!
Sin conocer tu destino.

Humilde como las fuentes
Lamiendo vas tus orillas,
Al murmurar tus corrientes
Los amores inocentes
De las tórtolas sencillas.

O acaso tu lecho ahondando
Rugiente y negro te lanzas,
Y van tus aguas pasando
Como en la tierra llorando
Los hombres sus esperanzas.

Y sin que sepa jamas
A dónde tus ondas ruedan
Cuando caminando vas,
Caminas ¡ay! sin que puedan
Volverse un instante atras:

Como nunca retornaron
Las ilusiones que fueron,
Ni los seres que se amaron,
Ni las horas que pasaron,
Ni las flores que murieron.

Sobre el espejo en que nacen,
Tus blancas espumas miro
Pasar en rápido giro;
Y cuán pronto las deshacen
Las brisas con un suspiro.

Así su dicha tambien,

Los que sollozan sin calma
Por el mundanal Eden,
Volar presurosas ven
En un suspiro del alma.

Tú en la gaya primavera,
Al pasar por la ribera,
Coges las flores que tocas;
Las amas, y en tu carrera
Se van quedando en las rocas.

Así el hombre en sus errores.
Con indecible cariño
Guarda avaro sus amores,
Y va, desde que es muy niño,
Perdiendo en el mundo flores.

Y al fin, despues de luchar
En esta mundana guerra,
Tendremos que descansar,
Los hombres bajo la tierra,
Y tú en el fondo del mar.

JUAN DE DIOS PEZA.

Juan de Dios Peza nació en México en 1852. Empezó la carrera de Medicina, y muy adelantado ya en ella la abandonó para dedicarse al cultivo de la literatura y al ejercicio del periodismo. Discípulo de Ignacio Ramírez y muy distinguido por él, y siguiendo con religiosidad los consejos de este eminente crítico, sus composiciones se distinguen por un buen gusto especial en su concepción y desarrollo, y es á la vez mucho más correcto y natural que todos los jóvenes literatos de su edad y de su círculo, y ha escrito mucho más que todos ellos.

Sus primeras poesías forman dos tomos, cuyo principal mérito consiste en el sentimiento vivo de la juventud, que en todas ellas palpita visiblemente.

En 1873 dió á la escena su primera obra dramática, *La Ciencia del hogar*; que obtuvo un éxito brillante, como también su

Epitogo de Amor y su *Colon*, drama elevado, majestuoso y de rica versificación.

Sus triunfos literarios le han valido merecidas distinciones, y entre ellas la de haber sido nombrado segundo Secretario de la Legación de México en España, puesto que en la actualidad ocupa.

Su amable y fino trato y un hábil conocimiento del empleo de la oportunidad le han relacionado en Madrid con muchos y muy distinguidos literatos, á quienes ha hecho copocer sus composiciones, que han sido muy elogiadas por la prensa.

Se distinguen entre todas, las últimas, algunas de las cuales son tan bellas, que con dificultad podrán señalárseles defectos salientes. El cuarteto endecasílabo es el metro que mejor maneja y en que están escritas las principales.

MI PADRE.

Yo tengo en el hogar un soberano,
Único á quien venera el alma mía;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley y la virtud su guía.
En lentas horas de miseria y duelo,
Lleno de firme y varonil constancia,

Guarda la fe con que me habló del cielo
En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscricion y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades,
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pié sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,
Y sólo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho: «¿á quien es bueno la amargura
Jamás en llanto sus mejillas moja,
En el mundo la flor de la ventura
Al más ligero soplo se deshoja.

«Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

«Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protege al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
Guarda tu honor para vivir honrado.

«Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo es la conciencia,
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.»

Este código augusto en mi alma pudo,
Desde que lo escuché, quedar grabado;
En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno

Reflejo fiel de su conciencia honrada.

¡Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;
La gloria del deber forma su gloria;
Es pobre, pero forma su pobreza
La página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
La suerte quiso que al honrar su nombre,
Fuera el amor que me inspiró de niño
La más sagrada inspiracion del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira
Siempre sus ojos con amor lo vean,
Y de todos los versos de mi lira
Estos los dignos de su nombre sean.

UN CONSEJO DE FAMILIA.

¿Quién la miseria y el amor concilia?
Esto más que un problema es un misterio;
Para hablar de un asunto que es tan serio
Hubo ayer un consejo de familia.

Hizo de presidente del consejo
Un hombrecillo á quien la edad agobia,
El que además del chiste de ser viejo
Es nada ménos padre de mi novia.

A su lado, y en cómoda poltrona,
Con franco y natural desembarazo,
Estaba una señora setentona
Con un perro faldero en el regazo.

Y en derredor, con rostros muy severos
Y animados de cólera no escasa,

Estaban cual prudentes consejeros,
Seis ó siete visitas de la casa.

Entre todos, causando maravilla,
De gracia y juventud rico tesoro,
Como un ángel sentado en una silla
Estaba la mujer á quien adoro.

«Conque vamos á ver, dijo indiscreta,
La madre, por anciana impertinente:

¿Es verdad que eres novia de un poeta
Que ya ciñe un laurel sobre la frente?

—Puesto que lo sabeis, dijo la niña,
No lo puedo negar, le quiero mucho.

—Mereces, dijo el padre, que te riña,
Y la madre exclamó:— ¡Cielos! ¿qué escucho?

— ¡Blasfemia intolerable que me irrita!
¿Habrás visto niña descarada?

Dijo en tono burlón una visita
Pegándose en la frente una palmada.

—Los versos nada más son oropes,
Dijo la anciana en tono reposado,

Y apuesto á que no sirven sus laureles
Ni para sazonar el estofado.

¡Un novio soñador y sin dinero!
Hija, esto sí que nadie lo perdona;

Ya que tiene corona y no sombrero;
Fuera mejor que usara su corona.

Los hombres, dijo el padre, son perversos,
Pero más los poetas de hoy en día;

Quizá te piensa alimentar con versos,
Y eso vas á comer ¡pobre hija mía!

—O ¿quién sabe? agregó con triste acento
Una visita al parecer piadosa,

Si se irán á poblar el firmamento
O á vivir en el cáliz de una rosa.

—Puede ser, interrumpe otra persona,

Que intenten levantar, llegado el caso,
A orillas de la fuente de Helicon

Un palacio en las faldas del Parnaso.

El regalo de boda, amigo mío,
Tendrá joyas riquísimas y bellas:

Junto á un collar de perlas de rocío,
El manto azul del cielo y sus estrellas.

Envidia te tendrán los serafines,
Pues tendrás deleitando tu hermosura

Una alfombra de nardos y jazmines,
Y un ruiseñor que cante en la espesura.

El marido feliz te dará un beso,
Diciendo tengo un ángel por esposa,

Y á la hora de comer ¿quién piensa en eso?
Para el poeta la comida es prosa.

Un coro de estridentes carcajadas,
Satíricas, terribles, infernales,

Convirtió las mejillas en granadas
Al ángel de mis sueños celestiales.

¿Cómo piensas seguir esos amores,
Tú, la más infeliz de las mujeres?

¿Soñando en astros, pájaros y flores,
Vas á encontrar la dicha y los placeres?

¿A qué alta sociedad, hija querida,
Te llevará este amor del cual abusas?

Ha de ser muy monótona la vida
Sin tener más visitas que las musas.

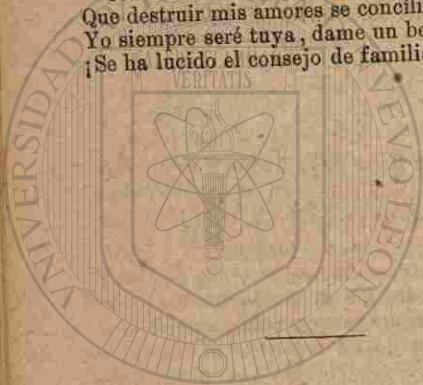
Otra risa estalló, ¡bendita risa!
Entonces ella abandonó su asiento,

Y con grave ademán y muy de prisa,
Salió sin titubear del aposento.

Llamáronla mil veces, pero ella,
Espléndida, graciosa, soberana,

Como asoma en los cielos una estrella,
El rostro fué á asomar por la ventana.

Vén, me dijo, mitad del alma mía,
Dicen que amarte es prueba de torpeza,
Que te deje por pobre, ¡qué ironía!
Que por pobre te olvide, ¡qué tristeza!
Como no nos comprenden, es por eso
Que destruir mis amores se concilia,
Yo siempre seré tuya, dame un beso.
¡Se ha lucido el consejo de familia!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

JUAN B. HIJAR Y HARO.

El Doctor Híjar cuya dedicación al ejercicio de la Medicina, en el que es una eminencia, y cuya azarosa vida han cubierto su cabeza de prematuras canas, es á la vez un distinguido poeta tierno y soñador, en lo cual se distingue de la mayor parte de sus colegas profesionales, que han tenido y siguen teniendo la desgracia de imaginarse que su ciencia y su escalpelo pueden ser capaces de demostrar que el alma es un mito religioso cuya lápida es el marmol del anfiteatro, como la del cuerpo es la piedra del cementerio.

Como médico militar hizo toda la campaña de la larga y sangrienta guerra de Reforma, y estuvo á punto de ser fusilado por el general reaccionario Marquez, sin otro delito que el de haberle encontrado curando á los heridos del ejército liberal derrotado en Tacubaya.

En Guadalajara, su país natal, ha desem-

peñado largo tiempo cuatro cátedras de la Escuela de Medicina, y ha tenido la gloria de formar distinguidos facultativos.

En Madrid y París ha obtenido por su ciencia las más altas distinciones de las eminencias médicas europeas.

Escribió con Vigil, en México, la notable y voluminosa *Historia del Ejército de Occidente*.

Con el ilustre general D. Ramon Corona, actual Ministro de México en España, vino Híjar de primer secretario de la Legación, y durante un viaje de su Jefe por Europa, ha desempeñado más alta misión diplomática como encargado de Negocios de la República.

Como literato goza de la intimidad de los más distinguidos escritores madrileños, que admiran en las composiciones de Híjar la profundidad de la idea, el lujo y novedad de las imágenes, y la bella versificación.

MISTERIOS DE LA NOCHE.

Las doce son... La noche está tranquila,
Y en silencio imponente las montañas,
Del manso arroyo en las sonantes cañas
Apénas se oye el viento murmurar.

Sólo turba el misterio de la noche,
Aquí, el aullar de un perro que despierta;
Allí, de un gallo el matutino alerta;
Allá, del triste cárrabo el graznar.

Fantástica silueta de una torre
Se levanta en el valle solitario...
Sube la luz del templo al campanario,
Como sube á los cielos la oración.
De un terso lago en la saucedá umbría,
Mil garzas y palomas en bandadas,
Van á plegar el vuelo sosegadas
De las ondas purísimas al són.

Al fresco halago del medroso viento
Que de los sauces el ramaje ondea,
De Sirio esplendoroso centellea
El rayo melancólico al pasar.
Blando silencio y apacible calma
Consuelo dan al corazón herido,
Duermen las aves en agreste nido,
Las brisas cantan y suspira el mar.

Allá del monte por la cima oscura
La casta luna con misterio asoma,
Y de su cáliz virginal aroma
Exhala pura al despertar la flor.
En su carro de nubes y de estrellas
Se aleja ya de su oriental palacio,
Mientras recoge el alma en el espacio
Dulce tristeza, bálsamo de amor.

Forma su trono, en apiñado grupo,
Tenue, sereno, pálido celaje,
Como de un cisne el cándido plumaje
Flotar su manto en el azul se ve.
Nada interrumpe el soñoliento paso
Con que la maga del espacio rueda,
Lámparas de oro alumbran la vereda

Que el sol bordando de luceros fué.
 ¡ Oh solitaria virgen del que yace
 En la region oscura de los muertos!
 Si mañana al cruzar estos desiertos
 Encuentras removido el arenal,
 Será que en él sin tumba ni memorias
 Mi último sueño dormiré tranquilo.
 ¡ Piadosa alumbra mi postrer asilo
 Con la pálida luz de tu fanal!

Mas entre tanto sigue tu carrera
 La celeste llanura trasponiendo,
 Perlas llorando y súplicas oyendo
 Al blando preludiar de mi laud.
 O bien sumerge tu brillante carro
 En el seno de roncadas tempestades,
 Y chozas, y palacios, y ciudades
 Sepulta de la muerte en la quietud.
 Siempre bella serás: siempre cantando
 Iré el misterio que tu luz encierra;
 Ya que he perdido cuanto amé en la tierra,
 Yo tu amante seré, tu trovador.
 Con tu blonda bordada de celajes,
 Sonámbula feliz, vaga en el cielo
 Y brille hermosa en tu flotante velo
 La blanca estrella que alumbró mi amor.

Todo muerto parece, y todo vive;
 Todo es al alma misterioso y vago;
 Cuando suspira el céfiro en el lago
 Parece que suspira un corazón.
 ¿ Qué es el rumor que del desierto llega
 En fugitivas ondas á mi oído?
 ¿ Es el oscuro genio del olvido
 Que borra de una tumba la inscripción?
 ¡ Ni lo quiero saber! El alma herida,

Pliega las alas con letal desmayo,
 Y de la luna al silencioso rayo
 Pide consuelo á su apagada fe.
 Profundo arcano el universo encierra,
 Y ante el abismo inmenso recogido,
 El mundo en brazos de la paz dormido
 En silencio magnífico se ve.

En sus tallos las flores se columpian,
 Como en mis brazos se mecía algún día
 La blanca flor de la esperanza mía,
 Al resplandor del astro matinal.
 Tal vez olvida que por ella vivo
 Con su recuerdo en lágrimas deshecho;
 Tal vez suspira lánguida en su lecho,
 Soñando que le doy beso nupcial.

¡ Quién sabe qué será! Mi frente anubla
 El airado huracán de una memoria...
 Cubre el misterio su ignorada historia,
 Y entre sombras resbala el porvenir.
 Hondo volcan de tormentosa duda
 Mi sangre enciende con terrible llama...

¡ El veneno en mi copa se derrama!...
 ¡ Dejadme, cielos, por piedad morir!
 ¡ Maldita la mujer que miente amores,
 Del hombre profanando el embeleso!
 ¡ Maldita la mujer que deja impreso
 En el labio un dolor con un placer!
 Mas... la amo tanto, que al pensar en ella
 De amor me torno en manantial fecundo;
 Y en éxtasis feliz levanto un mundo,
 Que compendia el encanto de mi sér.

Dejadme que la invoque, cual se invoca
 Á Dios en la oración... en honda calma,
 Que baje sola y cándida á mi alma
 A vivir en silencio para mí.

Si es ilusion, dejad que la recuerde;
Ella mi vida fué, mi cielo, ella;
Nunca en la ausencia se nubló la estrella
Que allá en mis horas de ventura vi.

Era su voz más suave y melodiosa,
Que del sinsonte el matinal arrullo;
Más dulce que del árbol el murmullo
Que daba sombra á mi paterno hogar.
Era su acento el eco de un suspiro
Que allá en la noche cariñoso suena;
Era el canto fugaz de la sirena
Que cruza solitaria por el mar;

Era un lucero, un ángel vaporoso,
El trasunto ideal del universo;
Era de mi arpa de dolor el verso
En que se alzaba mi plegaria á Dios:
Mas ¡ay! pasó, cual pasa un meteoro,
Sombras y luz regando en su camino;
¡Quiso que fuera el bárbaro destino
De mi ventura la desdicha en pos!

Todo ante mí pasó: pasó la aurora;
Con perezoso vuelo pasó el día,
Y pasará también la noche fría,
Y el incierto mañana pasará.
Vendrá la primavera perfumada,
Flores regando por el bosque umbrío,
Y al viento irá la música del río,
Que entre frondosas vegas correrá.

Mas bramarán despues los vendavales,
Barriendo en el jardín frutos y aromas,
Y cantarán de miedo las palomas,
Ocultas en el fúnebre sauz.
Será la tempestad negra y bravia,
Que despoja á los valles de sus galas;

Serán del aquilon las roncacas alas;
Será del rayo la tremenda luz.

Pasó tambien mi juventud florida,
La hermosa edad de la ilusion ardiente;
Cayó la nieve, emblanqueció mi frente,
Y la sentí en el alma resbalar...

Todo concluye así; todo concluye
Ante el imperio de la suerte airada;
Por el oscuro reino de la nada
Todo tiene cual sombra que pasar.

Mas aquí donde acaba cuanto empieza,
¿No acabará la hiel de mi destierro?

¿De uno y otro eslabon, el duro hierro
De mi cadena lograré romper?

Tal vez el hado satisfecho vuelva
Á la acerada vaina la cuchilla;

Tal vez mañana en apartada orilla
Mire la aurora tropical nacer.

¡Oh! Si al soplo voraz de la tormenta,
Tras de rudo bregar en mar bravío,

Abierto hubiera el piélago sombrío
Una ignorada tumba al corazon,

No suspirará por la costa errante
De la espaciosa playa en las arenas.

¡Dichosos los que escuchan en sus penas
De su piadosa madre una oracion!

Yo tambien, como ellos, fui dichoso
Cuando en mi hogar pacífico vivía,

Cuando cantaba al despuntar el día
Melancólicas trovas á mi bien.

Volaron ya tan bellas alboradas,
Y mis noches de amor tambien volaron;

¡Noches felices que al pasar dejaron
Sin vida al corazon junto á su eden!

Mas lánguida la luna y soñolienta,

En el distante ocaso palidece,
El alba en el Oriente resplandece,
Y baña el cielo de templado azul.
Ya la plácida aurora sus colores
Con vaporosas gasas multiplica,
La fimbria de oro de su veste rica
Al aire entrega su ligero tul.

Ya se abren los rediles y se mueven
Las ovejas pacíficas balando,
Y despiertan las aves saludando
De la mañana el dulce roscicler.
Himno feliz que de la tierra sube,
Y el viento inunda y el espacio puebla,
Que en las tranquilas ondas de la niebla
Tras la bóveda azul se va á perder.

Gratos effluvios de oriental fragancia
La rosa, el nardo, el tulipán difunden,
Y mis sentidos lánguidos confunden
La esencia, el canto, la risueña luz.
El arpado sinsonte, en la espesura,
Melancólico canta, enamorado,
Como canta el poeta desterrado
De un solitario bosque ante la cruz.

Ya el matinal lucero desfallece
Entre el crespón dorado de las brumas,
Y entre nubes de encajes y de espumas
Se mira el sol gigante aparecer:
¡Levántate, grandioso rey del día,
Que indiferente á todo está el proscrito:
Así lo quiso Dios: estaba escrito
Que fuera mi destino padecer!

SUSPIROS DEL ARPA.

Nada temas, mi bien, los infortunios,
La envidia de los hombres, los pesares,
La tierra en lucha con los hondos mares,
El rudo batallar de la pasión;
El hambre, la orfandad, el desamparo,
La gloria, la fortuna, las mujeres,
La guerra, los dolores y placeres,
No han podido cambiar mi corazón.

Aunque en mi frente pálida resbale
La sombra aterradora de un naufragio,
No temas por tu amor, es el presagio
Conque el destino me marcó al nacer;
¡Ay! á tu lado volverá la dicha
Como vuelve la luz tras noche oscura,
Y el sol te alumbrará de la ventura
En la atmósfera ardiente de mi sér.

Vén á mi corazón; en él tu imagen
Con inmortal buril verás grabada,
De inefable tristeza coronada
De mis blandas canciones al rumor.
Es un altar que consagré á tu gloria
Con atrevida timidez alzado:
Cuanto himnos en él han resonado
Los arranqué al olvido por tu amor.

Quando vuelvo al pasado la mirada,
Sin tí el paisaje me parece muerto:
Como muere la tarde en el desierto
Morir mis sueños de ventura ví.
Cuántas veces trepando por los riscos,
Donde el torrente su ímpetu desata,
Tu nombre, al retumbar la catarata,

Entre la espuma y el cristal oí.
¡Cuántas veces dormido entre las rocas,
En donde cuelga el águila su nido,
Al borde del abismo suspendido
Soñando en tus encantos desperté!
¡Cuántas, también, perdido en las montañas,
Entre arboledas de silvestre aroma,
Al canto gemidor de la paloma,
Durmiendo entre las zarzas te soñé!

¡Ay del que anhele penetrar osado
De las horas que fueron el misterio!
En el yermo sin luz de un cementerio
Sólo hallará un vasto panteón;
Porque hay recuerdos que en la mente moran
Para ahogar entre sombras nuestra vida...
Feliz aquel que, por su bien, olvida
Que envenenó el infierno su ilusión;

Mas ¿á qué recordar, si ahora dichoso
Apuro el cáliz de tu amor sediento,
Si fresco aroma y virginal aliento
En tus caricias lánguida me das?
¿Qué importa que la noche se eternice,
Ni que en tus brazos me sorprenda el día?
¡Tú eres la luz de la existencia mía!

¡Tuyo es mi corazón, tuyo no más!
Tú la púdica flor de mis ensueños;
Eres la redención, el misticismo:
Yo soy de los arcanos el abismo,
La estrella tú eres y la noche yo.
Sobre las huellas que mi frente surcan
Viértan tus labios bálsamo de vida:
¡Ah! si mustia la ves, nunca vencida
Ante el hado enemigo se inclinó.
De luz vestida tu gallarda imagen,

De mi destierro en el dolor profundo,
Al navegar el piélago del mundo,
Siempre me dió valor para sufrir.
Mas ya en dichosa unión navegaremos,
Al són del arpa, por el viento herida,
El borrascoso mar de nuestra vida,
En brazos uno de otro, hasta morir.

Deja que amante por tus bellos ojos
Te infunda ardiente mi insaciable anhelo;
Y nunca temas que desgarre el velo
Casto, sin mancha de tu ansiado bien.
Paz é inocencia, libertad y gloria
Disfrutarás por siempre al lado mío,
Y de rodillas el destino impío
Te ceñirá laureles á la sien.

Si en tus labios el néctar apurára,
El cristal del pudor se empañára,
Y el cáliz virginal se rompería
Al soplo de mi aliento abrasador.
¡Entonces, ay, entonces...! ¡qué amargura
Al mirarte ultrajada por mí mismo!
¡Cuán hondo fuera, para mí, el abismo
De tan culpable y maldecido error!

Ni lo quiero pensar. La nueva aurora
Ilumina risueña mi esperanza,
Y cuanto avaro el corazón alcanza
Es de ilusiones dilatado mar.
Cuando canta la tórtola apacible
De la enramada bajo el toldo espeso,
Su blando arrullo me parece un beso
Que me manda tu pecho al suspirar.

Cuando miro esa flor que te engalana,
Quisiera loco, en mi delirio ardiente,
Con un beso de aromas en la frente
Agostarme de amor sobre tu sien,

Beso por beso renovar la vida,
Cambiando el alma con febril aliento,
Y atravesar el mundo, el firmamento,
Hasta plegar el vuelo en el Eden.

Mas ¡ah! de los humanos el destino
En su cárcel oscura nos encierra:
Si no hay un cielo para ti en la tierra,
Si no existe un altar para tu amor,
Ven en silencio á mi apartado albergue,
Y del mundo en mis brazos escondida,
Siglos serán las horas de la vida,
Y quimeras la muerte y el dolor.

De la florida vega entre las sombras,
De la gruta y el bosque á los rumores,
Al despertar los pájaros cantores,
Sus cláusulas de amor nos cantarán.
Y si al secreto encanto que me infundes
Huyen de ayer las horas intranquilas,
Rayos de luz brotando tus pupilas,
La noche de mi vida alumbrarán.

Al calor de tu aliento, entre los nardos,
Que en tu seno palpitan pudibundos,
Como cisne que canta entre dos mundos,
Tu virginal belleza cantaré.
Cuando el oscuro manto de la noche
Descuelgue sus crespones sobre el suelo,
Cuando rueden los astros en el cielo,
Yo tu tranquilo sueño velaré.

Cuando de forma cambien nuestros seres,
Cuando termine nuestra humana historia,
Oda inmortal, en páginas de gloria,
Nuestras almas ardientes dejarán.
Nunca á la muerte sucumbir podemos;
Dios á los seres que ama diviniza:
Tras de ese cielo que la luz matiza

Nuestras frentes cual soles lucirán.

No más enlute tu sereno rostro
La sombra aterradora de la ausencia:
Tuyo es el universo, la existencia
Se dilata en el mar del porvenir.
Todo á la dicha y al placer convida,
Y abre á tu paso virginal tesoro,
Ya el mar rodando sus arenas de oro,
Ya el cielo abriendo golfos de zafir.

Con murmullos y brisas y misterios,
Primavera balsámica y gallarda
La blanca flor de la ilusión nos guarda
Para ungir tu cabello con su olor.
Sombra las palmas nos darán gentiles;
Y si el deleite púdico nos toca,
Al acercar mis labios á tu boca
Nuestra santa oración será de amor.

Huirá la tentación arrepentida,
Y el alma libre, en vagaroso vuelo,
Con el amor purísimo del cielo
Tierna y tranquila volverá hacia ti.
¿Qué nos importa el mundo ni sus leyes,
La negra tempestad, la dulce calma,
Si tú conmigo vas, alma de mi alma,
Viviendo y suspirando junto á mí!
Si es la verdad mentira, infierno el cielo;
Si es la dicha una forma del delirio,
Acepto la ventura del martirio,
Y en vez de maldecir quiero cantar.
Si eres sombra, mi bien, si eres un sueño,
Que caprichosa me forjó la suerte,
Hasta bajar al reino de la muerte
En tu seno de amor quiero soñar.

JOAQUIN GOMEZ VERGARA.

Joaquin Gomez Vergara nació en la capital del Estado de Jalisco en 1840, é hizo sus primeros estudios en el Seminario Conciliar obteniendo siempre la calificación *suprema*, como convenia á la honra del establecimiento y al contentamiento de mis padres*, como él mismo dice, satirizando finamente á esos maestros que otorgan premios á sus discípulos sólo por asegurar la mensualidad que por ellos reciben.

Estudiando en México la carrera de farmacéutico, tuvo la desgracia de perder á sus padres, quedando al cuidado de una hermana que le sirvió de madre, y que murió por contagio, asistiendo á Vergara en una grave enfermedad.

Militó como voluntario contra el ejército francés que invadió á México, y cayó prisionero de guerra en el sur de Jalisco. Caido el Gobierno imperialista, fundó con varios amigos un periódico político-satírico,

que le valió serios disgustos, y hubo de emigrar á la capital, donde redactó mucho tiempo el *Juan Diego*. Pasó más tarde á *El Federalista* y á *El Porvenir*, y fué nombrado segundo secretario de la Legación de México en España en 1874. Supo conquistarse en Madrid la amistad de muy distinguidos literatos españoles, y publicó artículos y poesías en varios periódicos de importancia, mereciendo espontáneos elogios.

Apreciado en todo su valer por el eminente jurisconsulto y Ministro de Estado y Relaciones Exteriores D. Ignacio Luis Vallarta, ascendió Gomez Vergara á primer secretario de la Legación en Italia, y obligado á renunciar por el mal estado de su salud, regresó en Setiembre último á su patria.

El género satírico que Gomez Vergara domina, le ha proporcionado grandes triunfos, y tiene gran mérito como escritor de costumbres: su obra más notable de esta especie se titula *Fotografías á la sombra*, que contiene bellísimos cuadros.

Como poeta lírico ha escrito varias composiciones, entre las que se distinguen sus fluidos romances.

MIS MONTAÑAS.

Léjos estoy de mi patria,
De mi patria tan querida,
Y de mi abatida frente
La palidez enfermiza,
No vienen á refrescar
Sus embalsamadas brisas.
Montañas americanas,
Hermosas montañas mías,
En donde canta el zentzontle
Y do el huilacoche anida;
En cuyas agrias pendientes,
De eterno verdor ceñidas,
El indio cuelga su choza
Cual nido de golondrinas;
En donde el hogar del pobre
Con alegre fuego brilla,
Que alimenta el liquidámbar
Con su aromosa resina,
Y del cedro y linaloe
Las maderas exquisitas.
¿Dónde están vuestros rumores
Y aquella dulce armonía
De las frondas apiñadas
Que el suave viento agita?
¿Dónde el salvaje mugido
Que los ecos repetían
Del espumoso torrente,
Que por gargantas sombrías,
Rodando de roca en roca,
Airado se precipita?
¡Ah! Si yo viera aquel valle

De espléndida perspectiva,
Con sus lagos transparentes
En que los cielos se miran;
Con sus azules canales,
Con sus chinampas floridas,
Y su cerco de montañas
Que los pinares erizan;
Si yo viera un solo instante
Las siempre nevadas cimas
Del alto Popocatepetl
Y del gigante Ixtacihuatl,
¡Ay, cómo gozára mi alma!
¡Ay, cuánta fuera mi dicha!
Pero estoy léjos, muy léjos,
De aquella tierra bendita
Donde las flores no mueren
Ni el helado cierzo silba;
Do el árbol no se despoja,
Y entre sus frondas abriga
Enjambres de colibries
Que al volar rápidos brillan
Cual primorosa cascada
De luciente pedrería.
Allá es más azul el cielo,
Allá más hermosa brilla
La luna, y el sol ardiente
Benigno calor envía;
Allí al cansado viajero
Frescura y descanso brindan
El platanar rumoroso
Y las fuentes cristalinas;
Allí se meció mi cuna,
Allí mi madre querida
Me alimentaba á su seno
Y en sus brazos me adormía;

Allí pasé de mi infancia
Aquellas horas benditas
En que el alma no conoce
Los pesares de la vida ;
Y allí de mis tiernos padres
Las veneradas cenizas
Duermen, bajo los rosales
Que sus rosas no marchitan.
¡Oásis del Nuevo Mundo!
¡Adorada patria mía!
Quiera Dios que vuelva á verte,
Y que al acabar mi vida,
Exhale mi último aliento
Entre tus fragantes brisas,
Bajo tu estrellado cielo,
Y escuchando la armonía
De tus pájaros cantores
Que en tus arboledas trinan.
¡Montañas americanas!...
¡Hermosas montañas mías!...

Con tristísimo són...
Y los ramos de flores amarillas
Mi llanto marchitó.
Con ella vine... y la dejé ¡muy sola!
Y lleno de aflicción
Solo tornéme, y en mi hogar desierto
Me faltaron la vida y el calor.
Hoy vuelvo aquí despues de muchos años;
Este es el panteon ;
Pero esa tumba encierra otro cadáver
Y rota está la cruz que clavé yo.
La piedra en que aquel nombre idolatrado
Grabé con santo amor,
No ocupa ya su sitio... ¡Madre mía!
¡Madre de mi alma!... Adios!!!

EN EL PANTEON.

Llorando, un día aquí dejé á mi madre,
Transido de dolor...
La tarde estaba triste, sí, ¡muy triste!
Tan triste como yo.
Las campanas doblaban á lo léjos,
Y al ocultarse, el sol
Doraba con sus últimos fulgores
De los sauces el fúnebre verdor.
El viento susurraba entre las hojas

EN LA MUERTE
DEL GENERAL ZARAGOZA.

Pálida está la frente
Que con divino rayo
De luz brillante circundó la gloria,
Al alumbrar su espléndida victoria
El quinto sol del memorando Mayo;
Apagada la ardiente
Eléctrica mirada,
Que al enemigo de terror cubriera,
Que cual vivo relámpago luciera
Para anunciar el rayo de su espada.
Está ya el labio mudo
Que, apenas se movía,
Agitaba terribles batallones,
Jinetes y corceles y cañones,
Y mandaba vencer, y se vencía;
Yerto el brazo nervudo,
Nunca al afán rendido,
Asolacion del galo aventurero,
Y, al envainar el victorioso acero,
Noble sosten y amparo del vencido.
Inmóvil yace, inerte,
Dentro del pecho frío,
El corazón en el valor templado,
De capitán y de último soldado,
Noble modelo de constancia y brío.
¡Duerme ya el hombre fuerte
En eterno letargo,
El hijo que á su patria dar debía
Con su victoria el más glorioso día,

JOSÉ FERNANDEZ.

José Fernandez nació en Silao el 7 de Diciembre de 1837, dedicándose desde muy joven al cultivo de la poesía, que puede decirse abandonó en 1862 para atender al desempeño de los importantes cargos públicos con que le han distinguido, ya los Gobiernos federales, ya el voto público.

Fue diputado al Congreso general de 1873; nombrado más tarde Oficial Mayor, ó sea Subsecretario del Ministerio de Estado y Relaciones, llegó á ser Ministro interino del departamento, al que todavía pertenece; en las últimas elecciones fue nombrado Senador.

Entre sus poesías, las más conocidas son las que en Méjico publicó en un lujoso cuaderno. Se distinguen por su levantada entonación patriótica y por la redondez y sonoridad de sus estrofas.

Con su temprana muerte el más amargo!

Hoy el galo se goza,

De vergüenza desnudo,

Viendo que el rostro nos volvió la suerte,

Viendo que aleve derribó la muerte

Al que vencer su ejército no pudo.

«No existe Zaragoza.

¡Valere! Inerte está la diestra

Que en ocio vergonzoso nos mantiene.

Ya murió el vencedor, ¿quién nos detiene?

¡A combatir, que la victoria es nuestra!»

«Las águilas angustas,

Que ya han tendido el vuelo,

Victoriosas do quiera en la pelea,

En Africa, y en Asia y en Crimea,

En Magenta, Palléstro y Montebello,

«Agitarán robustas

Sus alas majestuosas,

Y, atravesando raudas el espacio,

Irán á reposar en el palacio

En que tú, bella México, reposas.»

«Allí, en cercano día,

De Luis soldados fieles,

De oro, de gloria y de placeros llenos,

Reclinaremos en hermosos senos

Nuestras frentes cubiertas de laureles.»

Así con burla impía

Los invasores claman;

Y, al escuchar su risa mofadora,

Olvido este pesar que me devora,

Y la venganza y el valor me inflaman.

Lloremos, mexicanos,

Mas breve el llanto sea,

Y dejemos el llanto por la espada,

¡Ay! para que de Francia la mirada

Estas acerbos lágrimas no vea.

Juntemos nuestras manos

En la tumba que encierra

Los venerandos restos del guerrero,

Y pronunciando nuestro adiós postrero,

Sólo se oigan despues gritos de guerra.

¡Guerra, si, patria mia!

¡Guerra por tus montañas,

Guerra por tus inmensas soledades,

Guerra por tus caminos y ciudades,

Guerra en los templos, guerra en las cabañas!

Tiempo sobrára un día

De llorar al que muera;

El soldado inmortal que tú perdiste

Y con su grande espíritu te asiste,

No quiere llanto ya: triunfos espera.

VICENTE RIVA PALACIO.

El general Vicente Riva Palacio, actual Ministro de Fomento de la República de Méjico, es una de las más simpáticas figuras políticas de su patria. Su vida está llena de pasajes novelescos y heroicas acciones, y en la larga práctica de sus virtudes civiles y militares ha cimentado su fama de superior inteligencia.

Hijo de una ilustre familia acostumbrada al fausto y la comodidad, todo lo abandonó por lanzarse á los campos de batalla á luchar por la civilizacion y la libertad, y fué uno de los caudillos que más dieron que hacer al ejército intervencionista de Napoleon III. Durante el épico sitio de Querétaro, donde por una y otra parte se llevaron á cabo acciones y tuvieron lugar episodios dignos de Homero, se distinguió como un héroe el general Riva Palacio, cuya historia militar es brillantísima.

Restablecida la República, fué elegido

Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, puesto á que renunció por no hallarse conforme con la política del Presidente; en aquella época fué cuando visitó á España, residiendo mucho tiempo en Madrid, donde dejó numerosos amigos y admiradores, que aún se conservan fieles á su grata memoria.

Enemigo de la Administracion del presidente Lerdo de Tejada, tomó las armas contra él, y sólo su serenidad y reposado valor pudieron sacar ilesa su vida, que se encontró en terrible riesgo á consecuencia de una derrota, poco tiempo despues de la cual volvió con nuevos bríos á la lucha, hasta que triunfó el ejército al mando del actual presidente, Porfirio Díaz, quien le llamó al Ministerio de Fomento, en el que ha desplegado una actividad é inteligencia tan sin ejemplo, que su memoria será imperecedera.

Como poeta lirico, ha producido numerosas obras; como dramático, una porcion de piezas representadas con gran éxito; como novelista, interesantísimos volúmenes; los más notables son: *Calvario y Tabor*, *Monja y casada*, *Virgen y mártir*, *Martin Garatuza*.

Escribió también, asociado con D. Manuel Páyno, una obra monumental histórica, titulada *El Libro rojo*. Con Juan A.

Mateos, otro distinguido poeta, publicó *Las Liras hermanas*.

Ha fundado y redactado famosísimos periódicos satíricos, entre ellos *La Orquesta* y *El Ahuizote*, ilustrados ambos con caricaturas.

Riva Palacio es uno de los ingenios más fecundos y variados de su patria.

EN EL ESCORIAL.

Resuena en el mármoleo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El gemido trístísimo del viento.

En la historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita ahí el recuerdo; que ahí en vano
Contra su propia hiel buscó un abrigo
Esclavo de sí mismo un soberano,

Que la vida cruzó sin un amigo;
Águila que vivió como un gusano;
Monarca que murió como un mendigo.

MANUEL ACUÑA.

Manuel Acuña fué un estudiante de Medicina que en la primavera de su existencia, y revelado ya como un gran poeta, se hundió voluntariamente en el sepulcro, como si no hubiese podido soportar su despejada frente el peso de su genio.

Planta de un día sobre la tierra, no dejó historia de que poder sacar rasgos biográficos, y sólo el gran mérito de sus composiciones ha podido hacer que no se olvidase la pasajera memoria del niño.

Las poesías de Acuña son inspiradas y filosóficas cuando se ocupa de asunto grave y serio; sus composiciones eróticas son tiernas, apasionadas y rebosan lágrimas y profundo dolor.

Escribió y dió á la escena su drama *El Pasado*, que tuvo por intérprete al gran actor español D. José Valero, y cuyo tema es la rehabilitación de la mujer.

La fecha de su muerte señala uno de

los días más tristes para las letras de su patria.

ANTE UN CADÁVER.

¡Y bien! Aquí estás ya... sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La extensión de sus límites ensancha.
Aquí donde la rígida experiencia
Viene á dictar las leyes superiores
A que está sometida la existencia.
Aquí donde derrama sus fulgores
Ese astro á cuya luz desaparece
La distinción de esclavos y señores.
Aquí donde la fábula enmudece,
Y la voz de los hechos se levanta,
Y la superstición se desvanece.
Aquí donde la ciencia se adelanta
A leer la solución de ese problema
Que sólo al enunciarle nos espanta.
Ella que tiene la razón por lema
Y que en sus labios escuchar ansía
La angusta voz de la verdad suprema.
Aquí estás ya, tras de la lucha impía
En que romper al cabo conseguiste
La cárcel que al dolor te retenía.
La luz de tus pupilas ya no existe,
Tu máquina vital descansa inerte,
Y á cumplir con su objeto se resistió.
Misericordia y nada más... dirán al verte
Los que creen que el imperio de la vida
Acaba en donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu misión cumplida,
Se acercarán á tí, y en su mirada
Te mandarán la eterna despedida...
Pero no, tu misión no está acabada,
Que ni es la nada el punto en que nacemos,
Ni el punto en que morimos es la nada.
Círculo es la existencia, y mal hacemos
Cuando, al querer medirla, le asignamos
La cuna y el sepulcro por extremos.
La madre es sólo el molde en que tomamos
Nuestra forma, la forma pasajera
Con que la ingrata vida atravesamos.
Pero ni es esa forma la primera
Que nuestro ser reviste, ni tampoco.
Será su última forma cuando muera.
Tú, sin aliento ya, dentro de poco
Volverás á la tierra y á su seno,
Que es de la vida universal el foco.
Y allí, á la vida en apariencia ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu ceno;
Y al descender de la raíz al grano,
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano,
Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar, donde la triste esposa,
Sin encontrar un pan, sueña contigo.
En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,
Que en los ensayos de su vuelo incierto
Irá al lecho feliz de tus amores
A llevarle tus ósculos de muerto.
Y en medio de esos cambios interiores,
Tu cráneo, lleno de una nueva vida,

En vez de pensamientos dará flores,
En cuyo cáliz brillará escondida
La lágrima, tal vez, con que tu amada
Acompañó el adios de tu partida...

La tumba es el final de la jornada,
Porque en la tumba es donde queda muerta
La llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansion, á cuya puerta
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
Que de nuevo á la vida nos despierta.

Allí acaban la fuerza y el talento,
Allí acaban los goces y los males,
Y allí acaban la fe y el sentimiento...

Allí acaban los lazos terrenales,
Y mezclados el sabio y el idiota,
Se hunden en la region de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota
Y perece la máquina, allí mismo
El sér que muere es otro sér que brota.

El poderoso y fecundante abismo
Del antiguo organismo se apodera,
Y forma y hace de él otro organismo.

Le abandona á la historia justiciera
Un nombre, sin cuidarse, indiferente,
De que ese nombre se eternice ó muera.

El recoge la masa únicamente,
Y cambiando las formas y el objeto,
Se encarga de que viva eternamente.

La tumba sólo guarda un esqueleto;
Mas la vida en su bóveda mortuoria
Prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esta existencia transitoria,
A la que tanto nuestro afán se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas, pero nunca muere.

FRANCISCO G. CÓSMES.

Francisco G. Cósmes, amigo y compañero de Acuña, hizo con él sus primeros ensayos poéticos, y como él desplegó un carácter analítico y filosófico. Pero así como Acuña se reveló casi siempre materialista, Cósmes se hizo espiritualista, y se complació en buscar bellísimas antítesis á los mismos pensamientos de su camarada.

Como periodista es notable por la facilidad con que maneja el idioma y por su instinto crítico que, tomando ligeras formas, es razonador y profundo.

Es también autor dramático, y en sus composiciones líricas seduce por la naturalidad y delicadeza de sus pensamientos.

ANTE UN CADÁVER.

No, no puede ser cierto:
; El pensamiento que el espacio hiende,
Que en eléctrica luz el orbe enciende,

Convertido en detrito de algun muerto!
¡Subir del fango y remontarse al lodo
El alma que lo ignoto enseñoera!

¡La potestad que crea
Acostumbrada á conquistar el todo,
Demandando á la lluvia cual mendigo,
Algun gérmen fecundo
Para con él formar del rey del mundo
Un grano microscópico de trigo!
¡Implorar los calores del verano
El fuego celestial del pensamiento!
Y al separarse de su tallo el grano,
Leve paja llevada por el viento
Ser el residuo del ingenio humano!

No, no puede ser cierto:
La vida no es el círculo mezquino
Que comienza y acaba justamente
En la miseria del sepulcro yerto.
La vida no es el áspero camino
Do la caída y la ascension reunidas,
Al sér ofrecen que por él avanza
Tinieblas nada más, misterio, duda,
Sin tener ni siquiera por ayuda
El pálido fanal de la esperanza.

La vida es adelante:
La luminosa escala
Que Jacob en sus sueños entrevia,
Do en cada tramo la creacion exhala
Un cántico sublime
Que se pierde en la eterna melodía.
La vida es el progreso
Que de la nada al infinito asciende,
Que en puro fuego sin cesar se enciende,
Del inmortal Creador á cada beso:
Que en cada forma adquiere nuevo nombre,

Que á cada paso nueva luz destella,
Que sube audaz del infusorio al hombre,
Desde la hierba efímera á la estrella.

No: prefiero creer: ¿que le quedará
Al pobre sér que entre dolores vive,
Si despues de la muerte, no pensará
Que algo de grande en él le sobrevive?
¿Cuando al romper del existir los lazos
El sér amante que su pecho adora,
No pudiera estrechar entre sus brazos
La dulce sombra cuya ausencia flora?
No: prefiero creer: cuando mi pecho
Por el dolor desgárrase á pedazos,
Cuando en vínculo estrecho
Mi aliento sollozante se comprime,
Y triste gime el corazón deshecho,
Y mi alma herida por la pena gime;
Cuando en la noche el llanto de mis ojos
Rueda en silencio de mi rostro al suelo,
Y en el mundo no hay quien compasivo
Mi llanto enjague, ni me dé consuelo:
Hay en la sombra seres que me aman,
Que con dulces caricias me embelesan,
Y con sus voces débiles me llaman,
Y con sus alas trémulas me besan.

Desde el fondo más íntimo del alma,
¿No es verdad que me hablas, Madre mía?
¿No es verdad que en la calma
Que despues del dolor mi pecho siente,
Tu imagen bella cual la luz del día
Se presenta dulcísima á mi mente
Y no entre el polvo y la ceniza fría?
¿No es verdad que á mi vista en dulce giro
Vagas mostrando el rostro que yo adoro,
Suspirando conmigo, si suspiro,

Llorando mis pesares, cuando lloro?

No, no puede ser cierto: si no hubiera
Más allá de la tumba nueva vida,
Si el pensamiento humano se extinguiera
Como se extingue, débil y perdida,
La última nota del nocturno canto,
Sin vacilar mi mente prefiriera
El pavoroso no existir, la nada,
A esa profanación desatentada
De cuanto muestra la conciencia santo.
Hay más allá: la muerte, sí, es la vida,
Mas no cual dice la mundana ciencia:
Es el alma del cuerpo desprendida
Que se remonta ufana
A otro mundo mejor, á otra existencia,
Y al abrirse la fosa,
Al pisar de la tumba los umbrales,
Ante el sér desterrado de este suelo
Se ensanchan los espacios celestiales.

Hay otra vida, sí: lo dice el pecho,
Que al respirar la atmósfera del mundo
El universo le parece estrecho;
Lo dice algo profundo
Que en nuestro cuerpo misero llevamos;
Algo que es superior á la materia,
Algo que vale más que nuestra vida
Llena de podredumbre y de miseria.
Hay otra vida, sí: no el polvo inerte
Que el hombre en su ceguera diviniza,
Algo que queda en pie tras de la muerte,
Algo que sobrevive á la ceniza.
La tumba, un esqueleto
Descarnado, no más en su antro guarda,
Mas libre al fin de su pasión impura,
El espíritu, grande, soberano,

Se eleva gigantesco hasta la altura,
Y allí, inmortal y poderoso y fuerte,
La duda y el misterio enseñorea,
Y si en caos el mundo se convierte,
Sobre ese caos flotará la idea!

REMEMBER.

Habia en su dulce semblante, aquello
Que vive poco, que ya se va;
Ojos azules que reflejaban
Lo misterioso, la inmensidad.
En sus mejillas el terciopelo
De los geráneos al despuntar,
Labios de grana que le envidiaban
Las amapolas del florestal...

La estoy mirando: su esbelto talle
Como la garza que va á volar,
Sus manecitas sobre su pecho
Que suspiraba por lo inmortal...

Y aquellos labios que me decían;
«¿Por qué te alejas, por qué te vas?»
Y aquellos ojos que me miraban
Del alma al fondo y aún más allá...

Hoy, esos labios se han marchitado;
Hoy, esos ojos sin vida están...
¡Ay! esos seres, todo cariño;
¿Por qué se mueren, por qué se van?

EDUARDO E. ZÁRATE.

Eduardo E. Zárate, nacido en Jalapa en 1853, es, á pesar de su juventud, un distinguido poeta y una inteligencia superior. Abogado y escritor político, ha redactado importantes periódicos, entre ellos el muy ilustrado órgano oficial del Gobierno de Puebla, y ha ejercido ya el cargo de Diputado al Congreso de la Union. Se comprende la importancia que ha logrado adquirir sabiendo que pertenece á una familia ilustradísima en la que figuran sus hermanos Julio y Clotilde, distinguido político, orador é historiógrafo el primero, tierna y delicadísima poetisa la segunda.

Sus poesías, que son muchas, han merecido generales elogios, y sus artículos literarios y políticos le revelan como profundo pensador.

ADORACION.

El templo de mi amor se alzaba un día,
Por himnos de ventura saludado,
Y ante el dios en el ara colocado,
De aromas rico el incensario ardía;
Mas luego al soplo de infortunio helado
Tendió el olvido su tiniebla fría,
Y envueltos quedan en la noche umbría
Sólo el altar y el templo abandonado.

Hoy no brota en las ruinas una palma,
Ni viene á interrumpir ningún suspiro
Aquella triste y silenciosa calma;

Pero yo á solas con mi amor deliro,
Y aunque esté ausente el dios, dentro del alma
Cual una estrella fulgurar le miro.

JOAQUIN TÉLLEZ.

El general D. Joaquín Téllez es un poeta satírico de gran mérito, que á semejanza de D. Francisco de Quevedo, lo mismo maneja el látigo de la crítica, que vierte de su correcta pluma hermosas composiciones consagradas á graves y elevados asuntos.

Su carrera militar está llena de acciones de valor desplegado en treinta y seis años de servicio, en batallas nacionales y extranjeras.

Su instruccion es grande, su trato agradabilísimo, modesta su vida y su genio variado, incisivo y burlesco.

AL POPOCATEPETL.

Eleva altiva tu soberbia frente
A la region del trueno que amedrenta,

• Volcan, y en la alta nube cenicienta
Audaz sorprende al rayo prepotente,
Que si estalla su cólera imponente,
Y al inflamarse súbito revienta,
En vez de anonadarte, la tormenta
Te vestirá de luz resplandeciente.

Entonces en el cielo de zafiro,
En presencia del Dios de las bondades,
Cuyo poder en tu grandeza admiró,
Te aclamarán las roncadas tempestades,
Parando, al verte, su voluble giro,
El vencedor del trueno y las edades.

A UNA FUENTE.

En los cristales de la mansa fuente
Pensé mirar la imagen de mi amada,
Y mi boca, de amores abrasada,
La persiguió en la plácida corriente.

En sus diáfanas ondas, impaciente
Posé mi amante labio, y engañada
El alma mira su ilusión dorada
Perderse entre la linfa trasparente.

¡Oh ingrata fuente, por mi mal querida,
Y hallada en esta soledad hermosa!
¿Por qué no te mostraste condolida
De mi incesante pena lastimosa?
Porque eres ¡ay! espejo de la vida
Y pérfida como ella, y engañosa.

A LAS GOLONDRINAS.

Voladoras, alegres y livianas,
Cual del lago las candidas ondinas,
Incansables viajeras peregrinas
Que cantando anidais en mis ventanas;
Si de regiones tristes y lejanas
Venís á despertarme, golondrinas,
De mi pecho el amor, y estas ruinas
Sólo os puedo ofrecer, entrad ufanas.

Que si la pompa, honores y riqueza
El mundo me arrebatara fementido,
Jamás podrá arrancarme la terneza

Con que á mi afecto habeis correspondido;
Entrad á visitarme en la pobreza,
Que Dios bendice al ser agradecido.

GUSTAVO ADOLFO BAZ.

Gustavo A. Baz es hijo de un importante hombre público, orador y Ministro, Don Juan José Baz, y de una distinguida dama, doña Luciana Arrázola, que á las gracias de su sexo ha sabido unir una ilustración nada común y un inteligente empeño para abrir á la niñez desvalida los horizontes del porvenir y el tesoro de las conquistas intelectuales.

Gustavo A. Baz es, de todos sus jóvenes compañeros literatos, quizá el más profundo en erudición, y el más apto para señalarse en trabajos de importancia históricos y críticos. Ha estimado menos las glorias del poeta que los triunfos científicos, y se distingue por un claro espíritu analítico. ®

Ha escrito y publicado dos obras de importancia suma: *La Historia de Juárez*, y *La Historia de Hidalgo*, fundadas en documentos inéditos del mayor interés.

En una edicion monumental ha encerrado la historia del notable ferro-carril de Veracruz á México.

Tambien ha dado á luz interesantes estudios sobre *Literatura española*, de la que es entusiasta admirador, como todo aquel que puede creer que la conoce y ha estudiado.

Ha escrito un drama original, *Celos de Mujer*, y traducido otro de Sardou: tiene publicados dos tomos de poesías, que se distinguen por su armonía, naturalidad y sencillez.

Ultimamente residió en París, donde ha colaborado en importantes periódicos franceses, cuyo idioma posee con perfeccion.

TROPICALES.

I.

Ni los besos de amor de otras mujeres,
Ni el aplauso comun, nada ha bastado
Para borrar tu imagen;
Vives en mí como la vez aquella
Que de rodillas yo, y tú á mi lado,
Perdonarme rehusabas,
Desmintiendo tus ojos la querella
Que vagaba en tu labio,
Severo juez de imaginado agravio.

Aun recuerdo tu acento,
Aun brilla tu mirada
En la noche sin luz de mis insomnios;
Aun perdida en el viento
Cuando baja la noche tan callada,
Vuelvo á escuchar la nota enamorada
Del último sollozo que exhalaste,
Cuando de tu alma, de dolor transida,
Me enviaste la suprema despedida.

Jamas pensé que imaginar pudieras,
Ni agravio entonces, ni despues olvido;
¡Cómo agraviarte yo, si eras mi vida!
¡Cómo olvidarte yo, mi amor perdido!

En la tierra, en el mar, cuando la aurora
Tíñe con su arrebol la nivea frente
Del enhiesto volcan, y cuando llora
El ave de la selva habitadora
Con el postrer fulgor del claro día
Que pálido ilumina el Occidente;
Cuando la luna fria
Riela sobre las olas dulcemente,
Y suspira el terral, y su armonía,
De la playa hasta el monte,
Recorre cuanto abarca el horizonte,
En vano busco á mi congoja abrigo,
En vano busco á mi penar consuelo,
Me falta un eco amigo
Y una luz más brillante
Que ilumine las sombras de mi cielo.
Me falta en mi abandono
La nota cariñosa
Con que se unen las almas en la tierra;
Su luz esplendorosa
Con que enciende el amor en los espacios,

Esa dulce alborada
Donde nace á vivir el pensamiento,
En el mundo inmortal del sentimiento.
Y tan sólo un murmurio,
Algo como una queja y un suspiro,
Escucho en vago giro
En la tierra, en el mar y el firmamento:
La nota adolorida
De tu última y suprema despedida.

II.

Cerca la noche está, pausadamente
Se deslizan sus sombras por el llano;
El onda mansamente
Bafia de espuma la arenosa playa;
Brilla en ocaso el sol, y majestuoso
Alumbra en su agonía
Las cúspides del alta serranía.
Fresca la tarde, el viento cadencioso,
Brindan la paz cabe la dulce sombra
De aquestos altaneros
Bosques de perfumados limoneros.
Naturaleza toda
Palpita melancólica, sublime;
El pájaro que gime
Con tierna voz sobre verdosa rama,
El murmurio del mar que blandamente
De la playa á la selva se derrama,
Todo palpita amor, todo lo anima
Misteriosa atracción, sólo en la tumba
De sus dorados, juveniles años,
Nuestra humana flaqueza sus rencores
Viene á llorar, en medio á la armonía
De este concierto universal que elevan

Los pájaros, los vientos y las flores,
Y de la onda en la playa los rumores.
Conmigo vén, poniendo ya en olvido
Nuestro inmenso dolor, angustia y pena,
Harémos nuestro nido,
Cabe la dulce sombra
De aquestos altaneros
Bosques de perfumados limoneros.

III.

Fresca y linda está la tarde,
Olorosa la pradera,
Despejado el horizonte
Y gallardas las palmeras.
Cielo azul y claro río,
Monte enhiesto y altas ceibas,
Insectos, flores, perfumes,
Todo en torno nos rodea.
Tus manos sobre las mias,
En tu seno mi cabeza,
Al compas de nuestros besos,
Al arrullo de tus quejas,
Parece que se iluminan
Valles, montes y praderas,
Y en misterioso concierto
Nuestros amores celebra,
Con el canto de las aves,
La madre naturaleza.

IV.

¿Qué me importa la luz de las estrellas
Brillando entre las sombras intranquilas,
Si es más dulce la luz de tus miradas,
Y más dulce la sombra en tus pupilas?

AURELIO LUIS GALLARDO.

Nació en 1832 en Leon, Estado de Guanajuato; fué hijo de una familia distinguida y opulenta; no obstante, la suerte le predestinó á sufrir todo linaje de infortunios, originados por un amor desgraciado que combatió tenazmente su aristocrática familia. Este amor fué la historia de su vida y el origen de todas sus desgracias.

Su esposa, dignísima del altar que le levantára, bajó al sepulcro tres años después del día de su matrimonio, dejando dos niños, que unos años después quedaron también huérfanos del padre, cuya muerte hoy lamenta la literatura mexicana.

Gallardo floreció en Guadalajara, cuya ciudad amó tanto como á la de Leon, donde vió la luz.

En poesia cultivó todos los géneros, siendo en todos fecundo, pero sobresalió en el erótico y descriptivo, en los cuales

nunca falta el sello de la tristeza que le imprimieron sus desdichas.

Murió emigrado en la alta California.

Su muerte la originó la más profunda nostalgia: su último deseo fué que sus restos se condujeran á Guadalajara, donde queria dormir el sueño eterno al lado de su inolvidable Mercedes, conocida en sus obras bajo el nombre de Elodia.

FLORES DE UN DÍA.

Todos los sueños se van,
Que ménos que espumas son;
Flores que ajó el huracan...
¿Mis ilusiones do están?
Muertas en el corazon.

Distante, en sutil desmayo
La luna hiriendo las flores
Con melancólico rayo,
O el sol brillando al soslayo,
Tras dos nubes de colores.

Tal pasaron ¡duelo impío!
Mi amor, mi felicidad,
Como el naufrago navío
Que se hunde en el mar bravío
Durante la tempestad!

¡Esperanza pasajera
Mintiendo ventura y calma,
Flor no más de una quimera,

Triste cual la flor postrera
En el desierto del alma!

Adios á lo que se quiere,
Lágrimas por lo que huyó:
¡Ah! recuerdo que nos hiere
El corazon que se muere
Sin los objetos que amó.

Triste el pecho suspirando
Y sin ilusiones ya,
El corazon recordando,
Y nuestros ojos llorando
Por aquel bien que se va.

Temblando en la hoja el rocío,
Libando en la flor la abeja,
Fugitivo el manso río,
Y allá en el bosque sombrío
Un ruiseñor que se queja.

Todo en confusion pasando,
Todo poco á poco huyendo,
A las rosas deshojando,
Los ensueños disipando,
Y los celajes barriendo.

Mariposa que abandona
Entre el espino sus alas,
Sin astros oscura zona,
Flor que la nieve corona
Con sus efímeras galas.

Una música á lo lejos
De armonioso y triste són,
Fuente de azules espejos,
Los postrimeros reflejos
De la más bella ilusion.

Una lágrima, una rosa,
Una fragancia, un vapor,
Una vision misteriosa...

¡Quién sabe! ¡No sé qué cosa
Fué en este mundo mi amor!
Una nube perfumada,
Un suspiro vago y tierno,
Sólo una noche estrellada...
En la luz de una mirada
El paraíso, el infierno!...

ELLA Y YO.

Sombra furtiva de un ayer perdido,
Flota en las alas de amoroso halago,
Semejante al tristísimo quejido
Que el viento forma en el cristal del lago.
Ave que gime en el desierto sola,
Que al sol ardiente á su pesar desmaya;
Yo soy tal vez en la existencia una ola
Que no ha de hallar, para morir, la playa.

EL SUEÑO BAJO EL ROSAL.

Ave del cielo, alma mía,
¿Por qué no te oigo cantar
Al par de las dulces mirlas
Que habitan el bejucal?
Es la estacion de las flores,
Perfumado el aire está,
Suspiran las hojas verdes,
Murmura azulado el mar,
Se alejan los chupa-mirtos

Y tú á seguirlos no vas,
Ni en los espejos te miras
Del arroyo de cristal.
Di qué tienes, niña hermosa,
Cuéntame, mi bien, tu afán;
¿Por qué en mitad de tu sueño
Te sueles, niña, quejar?
Ya al alba no te despiertas
Con devoción celestial
Para llevar ramilletes
A la Virgen del altar.
Ya de tu arpa melodiosa
Flojas las cuerdas están.
Ya en mis rodillas no juegas,
Ni rezas al despertar.
A través de los senderos
Del prado, en silencio vas,
Suelos al aire tus rizos,
Descompasado el andar.
Te he sorprendido llorando...
Cuéntame, mi bien, tu afán,
Visión del cielo que alumbras
Mi marchita ancianidad,
Paloma de mis ensueños,
Mi azucena virginal.
— Es este afán, abuelita,
Que devorándome va,
Vago deseo sin nombre,
Desconocida ansiedad,
Pues río á veces sin causa,
Lloro y suspiro á la par;
Paso las noches en vela,
Me matan los días sin paz,
Y me causan sobresalto
Una hoja al caer no más,

El aleteo de un ave,
Las ondas al murmurar.
Leyendo ayer á la sombra
De aquel florido rosal
Llegué á quedarme dormida
Y soñé... ¡no lo creerás!
Soñé un apuesto doncel...
¡Más atrevido y galán!
De ojos negros... chispeantes...
De altivo y donoso andar...
De rizada cabellera
Y melancólica faz.
Sobre el césped sus pisadas
Sentí temblando sonar...

Mañana, abuelita mía...
¿Por qué ya no lo será?...
Bajo ese arbusto oloroso
Iré al jardín á soñar.
— ¡Dios te libre de esos sueños!
¡Son sueños de Satanás!
— ¡Ay, Jesús! ¿qué es lo que has dicho?
Sueños de... ¡abuelita!... ¡Bah!
— Tentó Luzbel tu alma pura.
— ¡Qué hermoso tienta Satan!

JOSE MONROY.

José Monroy se ha distinguido en su patria como militar, como poeta y como periodista. Su genio y sus aficiones son profundamente filosóficas, su versificación es facilísima y rebosa imágenes brillantísimas desplegadas con una sorprendente naturalidad.

Sus obras son muy numerosas: las del género lírico son las siguientes: *Ecos de amor*, *Memorias y Lágrimas*, *Album de María*, *Ensayos literarios*, *Armonías de Ultramundo*, *Cantos de un cautivo*, *Churubusco*, poema; *El Libro de Hebert*, inspirado en la muerte de su hijo; *El Mal de la vida*. Ha escrito también un drama, *Churubusco*, y una comedia, *La Otra vida*, representados con gran éxito, especialmente la última, que es delicadísima, y cuyo estreno fué una verdadera solemnidad y una de las más notables conquistas de su talento.

José Monroy, que por su nombre y apellido recuerda al eminente poeta español moderno que los llevó iguales, y que, desgraciadamente, tan joven bajó al sepulcro, recuerda también, por su manera de escribir, á otra de las más puras y modernas glorias literarias españolas, á Gustavo Adolfo Becquer, cuyas obras ha imitado Monroy con verdadero ingenio y manifestación veneración por aquel malogrado y sobrenatural hijo de Apolo.

En México nadie como Monroy ha sabido seguir tan difícil y luminosa senda.

EL MENSAJERO DE LA MUERTE.

FRAGMENTO.

En nombre de Dios infinito,
Desciendo á tu voz,
Y soy mensajero de ciencia,
De dichas, de amor.
Que tu alma la luz recibiendo
Del astro del bien,
Se llene de amor, de esperanza,
De paz y de fe.

— ¡Oh invisible mensajero
De la mansion de la calma,
Que á dar vienes á mi alma
La luz del sol verdadero !

Tú que conoces la suerte
De los seres de ultramundo,
Alumbra el caos profundo
Donde se oculta la muerte.

Haz á mi alma concebir
La idea de su destino.....
¡Oh! mensajero divino,
Respóndeme : ¿ qué es morir ?

— ¡Alma! Morir es dejar
La existencia pasajera
Por la vida verdadera;
Es al día despertar.

Perfume, flor, mariposa,
Perla, espuma, gota, aliento,
Tras la vida de un momento
Caen en la misma fosa;

Peró á la luz desprendida
Del sol que la vida emana,
Se levantarán mañana
A otra nueva y mejor vida.

Es ley de la creacion
De vida en vida pasar,
Y morir es efectuar
La eterna trasformacion.

La mariposa mañana
Será flor, la flor rocío,
Y las espumas del río
Nube diáfana y liviana.

Tú también, alma gentil,

Sujeta á la misma suerte,
Trasformada por la muerte,
Tendrás existencias mil.

De mundo en mundo viajando
Por los espacios perdida,
También tú de vida en vida
Irás el bien alcanzando.

Y también en las esferas
La materia en que viviste
Con nuevas galas se viste
Al sol de las primaveras.

Con cuantas formas Natura
Se embellece y engalana,
Llena de vida mañana
Saldrá de la sepultura.

Que cada sér de la Tierra,
Eterno como su autor,
Gérmen de vida y amor
En sus entrañas encierra.

Que hecho todo para ser
En continua actividad
Vida de la eternidad,
Jamás debe perecer;

Pues en otras formas bellas
De más ardientes colores,
Queda su cuerpo en las flores,
Y el alma va á las estrellas.

Y sin llegar al confin
Todo sér sigue viviendo,
La perfeccion adquiriendo,
Que es su postrinero fin.

No hay sueño eterno, ni calmas;
Dios hizo en la creacion
Mundos para el corazón,
Espacios para las almas.

En el átomo perdido,
En el aroma que sube,
En las gasas de la nube,
En el germen escondido,

En todas partes, activa
Germina invisible esencia
De otra siguiente existencia
Infinita, progresiva.

Vida de paz y de amores,
Existencia de un instante,
Nacer y morir constante
De la luz y de las flores.

Rayo es la vida que hiere
Al sér en quien se complace.....
Es el minuto que nace;
Es el minuto que muere.

Es la sombra del ocaso,
Que no oculta todavía,
Siente las luces del día
Que la siguen paso á paso.

Es de la noche el capuz
Que por los espacios sube,
Donde viajando la nube,
Halla el raudal de otra luz.

Es el lazo del cariño,
El eslabon de armonía
Que une á la noche y al día,
Que une al anciano y al niño.

Es el eterno crisol
Del fuego de los amores,
Que funde á la vez las flores,
Al hombre, al átomo, al sol.

Es el continuo sentir;
Es el perpétuo acabar,
El eterno despertar,

El infinito morir.

Es la eterna union de dos,
Los divinos esponsales
De los seres materiales
Con su Padre, con su Dios.

Y eterna trasformadora,
La muerte todo lo alcanza,
Y de mudanza en mudanza,
La nueva vida elabora.

Es ella la que consuma
La ley del Supremo Autor,
La que marchita la flor,
La que disipa la espuma.

Ella es la que por igual
Somete á su justa ley,
Desde la vida del rey
Hasta el débil vegetal.

De la larva perezosa
Hace un sér de nuevas galas,
Que tiende al viento las alas
En forma de mariposa.

Al inmóvil vegetal
Resucita con su aliento,
Prestándole el movimiento
De la existencia animal.

Y de la materia humana
Forma otros seres mejores,
Átomos, perlas y flores,
Y efluvios de la mañana.

Nada hay en esta mansion
En que puedas conocer
A ningún muerto de ayer.....
No hay muerte en el panteon.

No busques al sér querido
En la tumba encarcelado,

Sino en la flor animado,
Entre la luz confundido.
Busca en los cielos las huellas
De sus almas superiores,
Besa su cuerpo en las flores,
Mira su alma en las estrellas.
Que el alma ya desprendida
De sus mundanos palacios,
Mira, desde los espacios,
De la materia la vida.
Y comprendiendo la muerte
De nuestra pobre existencia,
Bendice la Omnipotencia
De la vida y de la muerte.
Y bendice al Hacedor
Que dió á la naturaleza,
En sus formas la belleza,
En sus leyes el amor;
En la vida la esperanza
De otra existencia dichosa,
La vida tras de la fosa,
Y en la fosa la mudanza.

Alma de eterno destino,
De luz, de amor, de consuelo,
No me señales el cielo,
Señálame su camino.

Infunde en mí la enseñanza
Con que debo merecer
El infinito placer
De una vida de esperanza.
Hazme la dicha sentir
De esa existencia inmortal
Sin tinieblas y sin mal,

De la vida sin morir.
Y á la luz de eterno día,
Cuando levantes el vuelo
Por el infinito cielo,
Lleva á Dios el alma mia.

MANUEL DE OLAGUÍBEL.

Manuel de Olaguíbel nació en 1845. Concluyó la carrera de abogado, en la que se ha distinguido mucho, especialmente en los ocho años que lleva de ser abogado de pobres. Ha sido Secretario de una sala del Tribunal Supremo de Justicia, y Tesorero de la Junta de Instrucción pública.

Su posición independiente y desahogada le ha permitido dedicarse á extensos estudios bibliográficos, y posee una de las mejores bibliotecas de particulares, que es uno de los tesoros de su muy distinguida familia.

Cómo ha sabido aprovecharse de ella, lo demuestra su interesante obra titulada: *Después de la lectura*, que dió á luz en 1873.

En 1872 publicó su bella colección de poesías, entre las que hay algunas de un mérito superior. Como prosista, tiene excelentes artículos, insertos en casi todos los

buenos periódicos, y en particular en *El Domingo* y *El Artista*.

Ultimamente ha publicado su *Bibliografía mexicana*.

LAS ESTRELLAS.

¿Alumbraréis tan sólo mi camino,
Celestes luminas;
Será vuestro destino
En los revueltos mares
La ruta señalar del peregrino?
Sois en las dulces noches del verano,
Estrellas cintilantes,
El rastro sobrehumano
Que en signos palpitantes
Marca el curso del tiempo al aldeano.
Adorno sois de la divina altura
Y pasmo de la vista,
¿La perenal ventura
Que la virtud conquista,
Al hombre enseña vuestra lumbre pura?
¿Tan sólo entre los mundos habitado
Será nuestro planeta
Y en campo inexplorado
Podrá la mente inquieta
Marcar el hasta aquí de lo creado?
Qué, ¿sólo de la tierra son las flores,
La brisa embalsamada,
Los pájaros cantores,
La mar arrebatada
Y el vendaval funesto y sus horrores

¿ No habitan esos astros luminosos
Mil ángeles divinos,
De cabellos undosos,
De labios purpurinos,
Entonando cantares armoniosos?
¡ Arcano y nada más! Terrible venda
Que cubre nuestros ojos,
Y que en la hora tremenda
Caerá, cuando de hinojos
Toquemos del Señor la ignota senda.

PRIMEROS ALBORES.

Son las flores la gala
De primavera,
Y su aliento el aroma
Que el aura lleva.
Del bosque espeso
Un himno se levanta
Que sube al cielo.
El zenzontli entusiasta
Lanza sus trovas,
Mezclándose al requiebro
De las palomas,
Y en dulces ganas
Las ternezas se cruzan
De rama en rama.
Descienden luego al valle
Desde la altura
Despeñadas las ondas
De la laguna,
Y sonora

Parece entre las zarzas
Que canta y llora.
De puro azul vestido
Se ostenta el cielo,
Que en las cimas nevadas
Halla su espejo;
La brisa sopla,
Y raudas se persiguen
Las mariposas.
Son las flores la gala
De primavera...
Tú el eden de mi alma,
Mi blanca estrella;
Porque eres dulce
Como el himno del bosque
Que al cielo sube.

ESTHER TAPIA.

Esther Tapia de Castellanos es uno de los talentos femeniles más distinguidos de su patria. Despues de haber dedicado á su esposo y á su hijo tiernísimas composiciones que le han valido grandes aplausos, trató de ensayarse en muy distintos géneros, consiguiendo triunfar de las asperezas y dificultades que necesariamente deben presentarse al corazon delicado de la mujer para verter en sus poesías ciertos conceptos que sólo pueden no disonar en los rudos labios del hombre.

Esther Tapia dió á luz en 1871 un volumen de poesías, que fué muy bien recibido, pues como al principio dije, su autora es uno de los talentos femeniles más distinguidos de su patria.

A MI ESPOSO.

No puedo hacer que escuches en tu día
El canto de las aves melodiosas ;
Ni conducirte puedo á las praderas
Esmaltadas de lirios y de rosas.
No puedo hacer que goces la frescura
Del perfumado ambiente,
Ni que oigas el murmurio
Del cristalino arroyo ó de la fuente.

No puedo presentar á tus miradas
Las sonantes, magnificas cascadas
Reflejando del sol los resplandores,
O de la blanca luna los fulgores.

No me es dado ofrecerte cual quisiera,
Riquísimo tesoro,
Que no tengo ni mármoles ni oro.

Entre mis negras trenzas
Una flor he buscado ;
Pero nada, mi bien, nada he encontrado.
Tomé mi rota lira
Para mandarte de ternura un canto ;
Y en vano... no he podido,
Porque el amor mi labio ha enmudecido ;
Y encontrando frustrado mi deseo,
Con tristeza he exclamado :
¡ Nada puedo, mi bien, nada poseo !

Mas, ¿ qué digo?... si tiene
Qué darte el alma mía :
Y si no el suave canto
Que envia el ave enamorada al viento,
Un «yo te amo» ardiente
Puede decirte mi amoroso acento,
En vez de frescas flores,

Puedo darte la flor de mis amores,
En vez de grato ambiente
Y del murmurio de la limpia fuente,
Te daré mi suspiro enamorado;
Y el fuego te daré del pecho mio,
Semejante á los rayos
Que á los campos les manda un sol de Estio.
Y te daré de amor una mirada,
Cual la luz de la luna apasionada;
Como el raudal que vierte
La sonante cascada
Que á torrentes derrama el agua pura,
Yo te daré raudales de ternura;
Y en vez de mármol y luciente oro,
Te doy mi corazón, que es mi tesoro.
No puedo más, mi bien, nada poseo,
Pero si es este amor en tu existencia
Promesa del placer que te desco,
Y ramillete de escogidas flores
De virtud y de amores,
Te le doy en tu día
Con mi ternura y con el alma mía.
Acéptale, te ruego, y si dichosa
Hago tu amarga y tormentosa suerte,
Si dulce paz derramo
En tu vida azarosa,
Podré decir á Dios agradecida:
« Cuando te plazca ya, manda la muerte;
» La misión que me diste está cumplida. »

A MI HIJO

Es una noche preciosa
De esas noches sosegadas,

De la luna iluminadas
Por la tenue claridad.
A mi aposento penetra
Con sus rayos hechiceros,
Misteriosos compañeros
De mi grata soledad!
Arrullo tierna en mis brazos
Al hijo de mis amores,
Hermosa flor de mis flores,
Perla de mi corazón.
El reflejo de la luna
Baña su apacible frente,
Limpio lago trasparente
Que hace nacer mi ilusión.
Beso sus lindas mejillas
Una y mil veces amante,
Y en mi seno palpitante
Le estrecho con santo amor;
Y otras mil veces y ciento
Beso sus ojos divinos
Y sus labios purpurinos,
Como el cáliz de una flor.
En sus alas atrevidas
Mi imaginación ardiente
Me arrebató velozmente,
Y pienso en su porvenir.
Y dos lágrimas resbalan
Mis mejillas abrasando,
Y murmuro suspirando:
¿Qué será, mi ángel, de tí?
¿Qué serás sobre este mundo,
Hijo del alma inocente,
Fruto de mi amor ardiente,
Ídolo del corazón?
¿Por qué adivinar no puedo,

Mi bello ángel, tu destino?
¿Hallarás en tu camino
Las espinas ó la flor?
¿Me será dado mirarte
(Dios me dé larga la vida)
En tu juventud querida
Fuente de toda ilusion?
Te miraré enamorado
De alguna jóven hermosa,
Entre feliz y celosa
Porque me roban tu amor?
¿Te miraré entre el incienso
Al pié del altar sagrado,
Ante el pueblo, arrodillado,
Viendo en tus manos á un Dios?
¿En la cátedra sublime
Oír en el templo sonando
Tu noble acento, enseñando
Nuestra santa religion?
¿O entre los cándidos niños,
Sembrando en sus corazones
Evangélicas lecciones
De moral y de virtud;
O piadoso sacerdote,
Junto al pobre moribundo
Que va á partir de este mundo
Y el cielo le muestras tú?
¿Te verá noble guerrero
En medio á ruda batalla
Asaltando una muralla
De bélica trompa al són,
Y de tu patria querida
Veré en tu mano, altanera,
Tremolando la bandera,
Por tí cubierta de honor?

¿Te verá inspirado artista
Coronado de laureles,
Creando con tus pinceles
Virgenes cual Rafael,
O escucharé los sonidos
De tu lira melodiosa,
En la noche silenciosa
Cantando al Dios de Israel?
¿O serás, como Bellini,
Una fuente de armonía
Que la dulce melodía
Del cielo nos haga oír;
O serás tal vez un sabio,
Un astrónomo profundo,
O un legislador fecundo,
Que haga á su patria feliz?
¿O serás, cual tus mayores,
Un agricultor honrado,
Que virtuoso y respetado
Vivas dichoso y en paz?
¿Serás cual ellos el padre
De los buenos moradores
Y felices labradores
Que cultiven tu heredad?
¿Y pasarás tu existencia
Como ha pasado halagüeña
Nuestra existencia risueña
Entre el trabajo y amor?
Quiera el cielo, hijo del alma,
Que así resbale tu vida,
Y la ambicion acogida
No encuentre en tu corazon.
Sean el campo y el cielo
Los solos libros que leas,
Y más sabio nunca seas

Que el que feliz sabe ser.
Nunca pruebes los placeres
De la corte corrompida
Que abran en tu alma una herida
Que apresure tu vejez.

Cien años de aquellos gozos
No valen, niño inocente,
Ni una hora solamente
De santa tranquilidad.
Bajo dorados palacios,
Mejor se esconden, traidores,
Los más punzantes dolores;
Que el oro no da la paz.

Vive, pues, como tus padres,
Siendo agricultor honrado,
Y feliz y respetado,
Larga vida te dé Dios.
Y si quieres que tus gozos
No turbe fiera desdicha,
Busca en la virtud la dicha
Y en tu propio corazón.

AGAPITO SILVA.

Agapito Silva pertenece al círculo de los más jóvenes literatos de México, y es entre ellos uno de los más distinguidos. Escribió un drama titulado *Después de la falta*, que fué muy bien recibido en su representación. Ha dado á luz un tomo de poesías inspiradas y correctas, llenas de ideas elevadas, y que en su mayor parte dedica á ensalzar las conquistas del progreso, y las virtudes y el porvenir de la clase obrera, no olvidando, como de su juventud debía esperarse, rendir los homenajes de su adoración á la mujer, para la cual reserva en su lira la cuerda mejor templada y más dulce.

FRATERNIDAD.

El hombre para el hombre,
La noche avergonzada ante la aurora,

La paz, el bienestar para el que llora,
Hé aquí el emblema de su augusto nombre,
Divina soñadora
En cuyo altar coloca el pensamiento
De tus flores de amor entre el armiño,
Todo ese inmenso mundo de cariño
Con que acaricia el alma al sentimiento.

Fué tu cuna el dolor, y en esa cuna
En que inmortal te saludó un calvario
Dándote en la desgracia la fortuna,
Hiciste de tu pecho un relicario
Para guardar en él, dulce y amante,
Con el sagrado fuego de la idea,
La queja palpitante
De esa infeliz humanidad que un día
Llena de orgullo se soñó gigante
Para venir á despertar pigmea.
«No importa, no, — clamaste conmovida
Al ver la cuna que te dió la suerte, —
Yo haré que de la noche de la muerte
Surja gentil el astro de la vida!»

Y á tu voz soberana,
Al eco de esa voz en que se encierra
El porvenir de la familia humana,
Rápido descendió sobre la tierra
Rasgando el velo de la noche espesa,
El ángel de la union, ángel bendito,
Que unido á la esperanza con un beso,
Saludó con la voz del infinito
Al Dios del porvenir y del progreso.

Y la noche se hundió.... pura y hermosa
Se presentó la reina del Oriente
Derramando un perfume en cada rosa
Y diamantes de luz en cada fuente.
Las flores saludaron tu llegada

En el idioma dulce en que las flores
Saludan á la brisa perfumada,
Y enviaron á tí los ruiseñores
El eco de su voz enamorada
Para decirte en plática animada
La historia de su amor y sus dolores.
El mundo entónce sacudió anhelante
Su letargo profundo,
Y, vencido en su orgullo de gigante,
Adelante — gritó, — siempre adelante,
Tuyo es, Fraternidad, tuyo es el mundo!

Y humilde mensajera
Del bienestar que con la fe se alcanza,
Vas derramando en cada primavera
Las flores del amor y la esperanza,
Sin que pueda el destino
Manchar el esplendor de su ropaje
Ni sembrar un abrojo en el camino
Que te señala el término del viaje.

El soberbio palacio,
La rústica cabaña
Que amiga silenciosa del espacio
Se eleva solitaria en la montaña,
Han sido el trono augusto y soberano
Donde alentada por su fe sincera,
Has logrado que el hombre comprendiera
Que es del hombre el hermano,
Hermano del que goza y del que espera,
Sin desmayar en su penoso viaje,
La redencion social de ese linaje
Que conocemos por linaje humano.

Bendita tú, Fraternidad sublime,
Tú que á cada dolor das un consuelo,
Y una ilusion al corazon que gime,
Y una promesa al que soñó tu cielo.

Bendita tú, que en tu conciencia llevas
Mundos de luz para la fe del hombre ;
Tú, que nos brindas en tu dulce nombre
Nuevos encantos y esperanzas nuevas.
Es bella tu misión, la misión santa
De unir en dulce y palpitante beso
Al porvenir que rápido adelanta
Por la senda que anuncia la victoria ;
Y el ángel del progreso
Que sus conquistas inmortales canta
En la olímpica lira de la gloria.
¡ Y vencerás !... Y reina y soberana,
Al extender tu imperio sobre el mundo,
Serás feliz con el amor profundo,
Con el amor de la familia humana,
Que combatiendo su destino adverso,
Una sonrisa pedirá al destino
Para regar de flores tu camino
Y erigirte por templo el universo.

AL OBRERO.

Pasó por siempre la edad
En que el mundo te negaba
Los sacrosantos derechos
Que la razón te señala ;
Pasó la noche terrible
En que de angustia llorabas,
Viendo surgir en tu cielo
La imagen de la desgracia ;
Pasó ese tiempo de prueba,
Cual todo en el mundo pasa,

Y hoy aparece en tu cielo
El iris de la esperanza.
La justicia te presenta
El esplendor de sus galas ;
Te brinda con sus perfumes
La libertad sacrosanta,
Y la ciencia te concede
Sus coronas y sus palmas.
Sigue tranquilo tu senda,
Que al final de la jornada
Hallarás la recompensa
Que los mártires alcanzan.
Vé á recoger las coronas
Con que el porvenir te halaga,
Porque es la dicha de todos
La fraternidad soñada.
Mas para alcanzar el fruto
De ese porvenir, no basta
Que el pensamiento lo quiera,
Sino que lo quiera el alma.
Se necesita la fe,
Se necesita constancia ;
Amar á todo el que sufre,
Y protestar con el alma
Ciega obediencia á las leyes
Y eterno amor á la patria.

LUIS GONZAGA ORTIZ.

Luis Gonzaga Ortiz es uno de los poetas líricos mexicanos que más justa nominación consiguió como trovador del bello sexo, que ha tenido en su lira un altar de plata, y en su corazón un templo de flores.

Sus versos son armoniosos y dulcísimos, como conviene á la delicadeza de imágenes que en ellos abundan, y no deja alguna vez de encontrarse también grande elevación en los pasajes dramáticos que suele abordar.

Aparte de éstas, que son sus principales glorias, se ha distinguido como prosista en sus cuentos y leyendas; ha redactado el *Diario Oficial*, y ha presentado en escena alguna traducción de comedias francesas.

Ha hecho detenidos viajes por Europa, y recogido, en bellas poesías, sus impresiones, siendo las más notables las referentes á España é Italia.

Ha publicado diferentes ediciones de sus obras.

HEBERTO.

Poco lejana de París vivía
En casa humilde, mas de honor dechado,
Miserable anciana que perdido había
Su esposo fiel, intrépido soldado.
Mas por egida en su dolor tenía
Un hijo bello, del esposo amado
Vivo recuerdo, en el variable suelo
Único apoyo y fuente de consuelo.

Bello era Heberto, altiva su cabeza,
Correctas formas y mirada ardiente;
Mas leve sombra de letal tristeza
Su faz vestía de expresión doliente;
Aumentaban su noble gentileza
Rubios cabellos sobre la ancha frente,
Los labios frescos y en extremo rojos,
Color del cielo los rasgados ojos.

Una mañana que en Oriente apenas
Su disco el sol magnífico asomaba,
Agobiado el mancebo por sus penas,
Así á la anciana cariñosa hablaba:

—«Siento correr ¡oh madre! por mis venas
De gloria el fuego; mas en tí pensaba,
Pues aunque gloria y porvenir anhelo,
Temo dejarte en soledad y duelo.

»Bella es la senda que mi padre un día
Cruzó, cuando de gloria coronado

Por su rey y su patria combatía,
Y siempre con honor, siempre esforzado.
Concédeme que parta, madre mía,
Quiero gozar la vida del soldado,
Que de mi caro padre la memoria
Me inspira sed de revivir su gloria.

»Voy á París, el filo de mi espada
Me dará nombre y venturosa suerte,
Y si en la fiera lucha, encarnizada,
No corta mi existir la cruda muerte,
Tu seno buscaré, madre adorada,
Y mi nombre y laurel vendré á ofrecerte.»
Así de hinojos el doncel la dice,
Y llorando, la madre le bendice.

El fiel ministro Marigni, que es fama
Que el *Justo* le llamaron, bondadoso
Al huérfano acogió, y al ver que inflama
La sed de gloria al jóven animoso,
A la guardia del rey presto le llama.
Henchido de placer y venturoso
La espada cife que blandió su padre,
Y la nueva feliz manda á la madre.

Con el ministro en soledad vivía
Y huérfana también, pero hechicera,
Jóven hermosa que perdido había
A su padre infeliz, que pereciera
Cuando del rey el trono defendía
Cubierto de laurel en su carrera.
Bondadoso el ministro la adoraba,
Y ella de padre el título le daba.

Blanca llamaban á la jóven bella,
Y era blanca en verdad como la nieve
Que allá en la cuna del volcan descuella;
Pura azucena que la brisa mueve
En el verde jardín; lánguida estrella

Que lanzá al mundo su reflejo leve;
Angel que deja la region del cielo
Y viene sólo para amar al suelo.

En un jardín donde al cruzar hermosa
La dulce primavera, de sus flores
Arrojó la guirnalda, que olorosa
Embriagaba á los dulces ruiseñores,
La virgen paseaba silenciosa
Como vision fantástica de amores;
Profusamente sobre el blanco cuello
Vagaba descuidado su cabello.

Sobre la orilla de tranquila fuente
Que retrataba el azulado cielo,
Sentóse Blanca con la faz doliente,
Regando con sus lágrimas el suelo:
Lloraba su orfandad, y allá en Oriente,
De la noche rompiendo el denso velo,
Envidiosa mirábala la aurora
Al ver que aljófar su pupila llora.

Y al eco de un suspiro á sus pies mira,
Llenos también de lágrimas los ojos,
Al jóven seductor por quien delira,
Que ante ella con afán puesto de hinojos,
Tímido, apenas de emoción respira,
Y temiendo de Blanca los enojos,
«Perdona, dice, si á tu triste llanto
Viene á juntar Heberto su quebranto.

»Huérfano también soy, solo en el mundo,
Sin porvenir, sin nombre, sin fortuna;
Al brotar mi existir del polvo inmundo,
Un genio malhechor meció mi cuna.
Sólo escuché de mi dolor profundo
El eco aterrador, y de una en una
Vi de mi juventud las tiernas flores
Inclinarse á morir ya sin colores,

»Mas despues te miré, y aquí en el alma
Tu imágen se grabó cándida y pura,
Y de la noche en la profunda calma,
Hermosa cual la estrella que fulgura,
Gentil como en desierto altiva palma,
Vagaba en mis ensueños tu hermosura,
Y despertaba tras la noche umbría
Tu imágen viendo al resplandor del día.»

La virgen suspiró; lágrima ardiente
Surcó gozosa la sin par mejilla,
Y con la voz cortada y balbuciente,
Le dijo así con expresion sencilla:
«Fiero dolor el corazon presente,
Lúgubre el porvenir, lánguido brilla...
Mas ¿qué importa que el labio calle incierto,
Si grita el corazon que te amo, Heberto?»

Y el aura suspiró, y en la enramada
La tórtola sus cantos repetía,
Y en su trono de nácar reclinada
La inocencia de gozo sonreía,
Y con la blanca mano delicada
Sus lágrimas preciosas recogía,
Cual ricas perlas de belleza extrema
Para adornar con ellas su diadema.

Horas dichosas, que el dolor no pudo
Interrumpir con su letal veneno,
Pasaron juntos en amante nudo
Blanca feliz, el jóven en su seno.
De la virtud bajo el brillante escudo
Se deslizaba su existir sereno,
Juntos estaban al nacer el día,
Juntos cuando la luna aparecía.

Una tarde en que el sol iba llegando
Adonde de su luz cesa el imperio,
Los nuevos rayos de su luz forjando

Para ir á iluminar otro hemisferio,
Y la noche sus velos desplegando,
Las puertas entreabria del misterio,
Próximo al Louvre Heberto discurría,
Y en pensar en su amor se entretenía.

Y cerca de él, como vision de duelo,
Cruza una dama de figura bella,
Cubierto el rostro con tupido velo,
Dejando apénas de su curso huella.
Mírala el jóven con galante celo,
Fija amoroso su mirada en ella,
E inconstante olvidando á Blanca hermosa,
Contempla á la velada misteriosa.

Ella, tranquila, se acercó al soldado
Y así le dijo con acento ardiente:
— Si cual eres galán y enamorado
Eres tambien intrépido y valiente,
Toma este anillo, y cuando ya sonado
Hayan las ocho, sin temor ni gente,
Del Sena undoso en la escarpada orilla
Aguarda una señal y una barquilla.

Luégo desapareció; y el inconstante,
Olvidando el amor de un ángel puro,
Fuése á vestir un traje deslumbrante
Para entregarse á su placer impuro.
Pensativo vagaba el nuevo amante,
Cuando miró, cual mágico conjuro,
Seguido de la plebe un agorero
Pálido, misterioso y altanero.

Como su negra barba que bajaba
En rizos mil llegando á la cintura,
Fatídico era el saco que formaba
Del adivinador la vestidura.
Sonrióse Heberto, que en amor soñaba,
Al ver la extraña y sin igual figura;

Mas detúvole al paso en su camino
El misterioso y pálido adivino.

Atento examinó con raro empeño
La diestra mano del doncel amante,
Que con aire pacífico y risueño
Miraba al silencioso nigromante.
Más luégo el sabio, con horrible ceño,
Le dijo así con tono penetrante:

«Goza hoy de tu placer, pues ten por cierto
Que mañana, señor, estarás muerto.»

El soldado tembló con la sentencia,
Mas pronto, disipando sus temores,
Dejó del nigromante la presencia
Pensando en dicha, en ilusión y amores:
«Y si sólo me resta de existencia,
Dijo, breves momentos voladores,
Y mi fin anunció mi aciaga estrella,
Quiero morir en brazos de mi bella...»

Aun no pasaba el último sonido
De la hora de la cita, y ya á la orilla
Un hombre se miraba entretenido
A un árbol sujetando su barquilla.
Al eco inesperado de un silbido
El rostro vuelve y su mirada brilla;
Muestra Heberto el anillo, y luégo entrando
En la barca, se aleja y va cantando.

Bogan ligeros, y en la densa sombra
Divisa Heberto la elevada torre
De Nesle, á cuyo pié sirve de alfombra
El ancho Sena que agitado corre.
Nada al mancebo valeroso asombra,
No hay quien osado sus designios borre,
Que lleno de placer ve la morada
Donde debe encontrar á la enlutada.

Se mira una mujer, que aunque es hermosa,
Tiene del tigre la mirada odiosa.

«— ¿Se concluyó?» pregunta. «Está en el río»,
Contestan los verdugos, que enjugando
Están el hierro, y con furor impío
La roja sangre alevos contemplando.
«¡Lástima de doncell! ¡belleza y brío!»
Murmura Margarita, y suspirando,
Vuelve del Louvre á su brillante estancia
La altiva reina de Borgofia y Francia.

La aurora apenas el lejano Oriente
Con sus tintas de rosa iluminaba,
Y á orillas de la plácida corriente
El cuerpo de un soldado se miraba.
Una mujer, tan bella cual doliente,
Sobre el cadáver misera lloraba;
Era blanca Ménier; su labio yerto
La muerte implora por seguir á Heberto.

LAURA MÉNDEZ.

Laura Mendez de Cuenca, á quien el autor de estos renglones ha tenido el honor de contar en el número de sus más ilustradas discípulas, aunque no en literatura, es una muy estimable poetisa que en 1874 comenzó á publicar sus bellas composiciones escudada modestamente con el anónimo.

El efecto que causaron, y más que todo las dificultades que el genio tiene para permanecer oculto, la descubrieron más tarde, y desde entónces figura como una de las glorias de su sexo en su patria, enviable corona que entreteje á las que ya le habian acordado sus virtudes y su ilustracion.

Es esposa de uno de los distinguidos poetas que figuran en esta coleccion.

¡ADIOS!

Adios; es necesario que deje yo tu nido,
Las aves de tu huerto, tus rosas en boton;
Adios; es necesario que el viento del olvido
Arrastre entre sus alas el lúgubre gemido
Que lanza, al separarnos, mi pobre corazon.

Ya ves tú que es preciso, ya ves tú que la suerte
Separa nuestras almas con fúnebre capuz;
Ya ves que es infinita la pena de no verte,
Vivir siempre llorando la angustia de perderte,
Con la alma enamorada delante de una cruz.

Despues de tantas dichas y plácido embeleso,
Es fuerza que me aleje de tu bendito hogar;
Tú sabes cuánto sufro y que al pensar en eso
Mi corazon se rompe de amor en el exceso,
Y en mi dolor supremo no puedo ni llorar.

Y yo que vi en mis sueños al ángel del destino
Mostrándome una estrella de amor en el zafir,
Volviendo todas blancas las sombras de mi sino,
De nardos y violetas regando mi camino,
Y abriendo á mi existencia la luz del porvenir!

Soñaba que en tus brazos, de dicha estremecida,
Mis labios recogian tus lágrimas de amor;
Que tuya era mi alma, que tuya era mi vida,
Dulcísimo imposible tu eterna despedida,
Quimérico fantasma la sombra del dolor.

Soñé que en el santuario, donde te adora el alma,
Era tu boca un nido de amores para mí,
Y en el altar augusto de nuestra santa calma,
Cambiaba sonriendo mi ensangrentada palma
Por pájaros y flores y besos para tí.

¡Qué hermoso era el delirio de mi alma soñadora!

¡Qué bello el panorama alzado en mi ilusión!
Un mundo de delicias gozar hora tras hora,
Y entre crespones blancos y ráfagas de aurora
La cuna de nuestro hijo como una bendición.

Las flores de la dicha ya ruedan deshojadas,
Está ya hecha pedazos la copa del placer!...
En pos de la ventura buscaron tus miradas
Del libro de mi vida las hojas ignoradas,
Y alzóse ante tus ojos la sombra del ayer.

La noche de la duda se extiende en lontananza,
La losa de un sepulcro se ha abierto entre los dos;
Ya es hora de que entierres bajo ella tu esperanza,
Que adores en la muerte la dicha que se alcanza
En nombre de este poema de la desgracia: ¡Adios!

ANSELMO ALFARO.

Anselmo Alfaro se ha hecho conocer y apreciar por sus polémicas periodísticas que mantiene siempre con ilustración y buen juicio, haciendo gala de una grande energía, que alguna vez le ha envuelto en lances que le han proporcionado ocasión de probar su serenidad y destreza.

Es autor de una novela bien recibida, y como poeta lírico es inspirado y brillante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

EL GENIO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quiso Dios dotar á un sér
De los que habitan el mundo
Con espíritu profundo
E indisputable saber;
Para poderlo tener
Como un sol universal

Le dió de ciencia un fanal,
«Genio» el hombre le llamó,
Y el genio se levantó
Como el águila caudal.

Condor de atrevido vuelo,
De penetrante mirada,
Que busca en la misma nada
Una página del cielo;
Mártir que en su propio duelo
Alimenta su existencia
Para darle á la experiencia
Un libro abierto en la vida:
Cada libro es una herida
De donde brota la ciencia.

En cada siglo que crece,
Como en cada firmamento,
Hay un sol, el pensamiento
Que con amor resplandece,
Que nunca el tiempo oscurece,
Ni tendrá jamás nadir:
Es dios para no morir,
Grande como lo infinito,
Cuyo nombre será escrito
Con los astros del zafir.

Como la estela en el mar,
El genio brilla en lo inmenso;
Como el fuego más intenso;
Como el tumbo al resonar,
Así se anuncia al llegar;
Pompas mil no le han bastado,
Ni lauros lo han coronado,
Que no es bastante corona
La que la tierra le abona
Al espíritu elevado.

El se anuncia en tempestades,

En las batallas es gloria,
En las tumbas es memoria,
Y del mundo en las edades,
Sólo deja claridades
Que son sus divinas huellas,
Cuando brillantes y bellas
Cintilan en su palacio,
Que es el azulado espacio,
Las rutilantes estrellas.

¡No cabe en la forma humana
Que ésta es pobre y miserable!
Como el mar es insondable,
Como creación soberana,
Sólo tiene una mañana
Hermosa y primaveral,
Siempre en los siglos igual,
Eterna des que nació,
Porque sin sombras brilló
En la región celestial.

Bajo forma diferente
Cabe el genio en la materia,
El hombre es sólo la arteria
Que comunica á la mente
Luz y ciencia indeficiente:
Puede esta masa morir,
Pero en ella ha de lucir
El soplo en Dios encendido,
Y jamás ha sucumbido
La luz que le ha de seguir.

Por eso el Genio no tiene
Ni hogar, ni patria en el mundo,
Es como el sol de fecundo,
Va al cielo y del cielo viene:
Misterio que se mantiene
Por una ley poderosa,

Ola de mar tempestuosa
Arrolladora y rugiente,
Intensísima corriente
De espuma blanca y undosa.
Tormenta que se desata
En el cerebro de Dios;
El eco que marcha en pos
Del trueno que se dilata;
Rayo que alienta y no mata,
Disputadora potencia
De la clara inteligencia;
Como rey, todo avasalla,
Como Dios, todo lo acalla,
Y es fuego, y es luz, y es ciencia.
Vive á veces olvidado,
Y perdido allá á lo lejos,
Mas cual del sol los reflejos
Por las nubes entoldado,
Siempre romperá el nublado
Un rayo de sus fulgores,
Y si los densos vapores
Se desvanecen del cielo,
Fúlgido y limpio en el suelo
Se reflejan sus colores.
¡Oh, genio! un astro brillante
En la existencia serás;
De Dios te transformarás
En la esencia palpitante!
Será tu grito « ¡adelante! »
Y á tu voz la humanidad
Dejará á tu potestad
Paso libre y anchuroso,
Y grande, inmenso y hermoso
Serás la inmortalidad !

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Ignacio Manuel Altamirano nació el 13 de Noviembre de 1834 en Tixtla, capital del Estado de Guerrero, y como D. Benito Juárez, el más eminente hombre de México, es indígena de pura raza.

Pobre y oscura su familia, apenas en sus primeros años tuvo Altamirano unas ligeras nociones de instrucción primaria, que bastaron, no obstante, para revelar lo que el joven indio podría llegar á ser, y á lo cual debió que las autoridades de su pueblo le escogiesen, previa oposición con otros jóvenes, para enviarle á recibir una educación superior al Instituto de Toluca, lo que se verificó en 1849. Destinado por la Providencia á triunfar á la manera de César, no estudió materia alguna en que no obtuviese la primera calificación y el premio de honor. Pequeño para su talento el Instituto de Toluca, pasó al de San Juan de Letran en México, obteniendo en él triunfos idénticos.

Ante la dictadura del general Santa-Ana y por efecto de sus propios excesos, surgió entonces el gran partido liberal, que hoy domina en la República, y Altamirano se afilió en él tomando como militar parte activa en la revolucion de Ayutla.

Apénas triunfaron sus ideas, volvió de nuevo á sus estudios, y con la mayor brillantez concluyó su carrera de abogado en 1859. Lanzado de nuevo á la lucha el partido liberal á consecuencia de los abusos reaccionarios, estalló entonces la guerra de Reforma, y Altamirano luchó por el triunfo como periodista y como soldado, adquiriendo tal nombradía que fué electo diputado al Congreso general de 1861.

Como el caudillo romano, le bastó llegar y ver para encontrarse victorioso una vez más, y Altamirano brilló en la tribuna parlamentaria hasta deslumbrar, no sólo á sus oyentes, sino á todo el país. No ya los periódicos nacionales, los escritos en idioma extranjero se deshicieron en entusiastas elogios: « Toda la ciudad — decia *L'Estaffete* — resuena todavía con el discurso pronunciado en la Cámara por el Sr. Altamirano.... Su manera de decir es concisa y de una firmeza notable.... La fuerza de su palabra consiste, sobre todo, en una argumentacion cerrada, encadenada sin arte aparente, pero rigurosamente apoyada en

citas históricas oportunas y bien escogidas.... Jamas en México se ha oido un orador tan enérgico y arrebatador.... » Entonces fué cuando se le llamó el *Danton de América*, y su nombre salió por primera vez de su país, publicando el retrato del gran orador *L'Illustration Française* y el *Correo de Ultramar*, en París, acompañado de encomiásticos artículos.

Como si la fama no se hubiese hallado satisfecha con haber elevado á tal altura á Altamirano, le proporcionó nuevas é imperecederas glorias con la guerra de intervencion francesa y del imperio de Maximiliano. Lanzóse á combatir en 1863; en 1866 ganó la accion de Tierra Blanca; tres dias despues, la de los Hornos; en 1867 obligó á los imperialistas á evacuar todas las plazas que ocupaban en los Estados del Sur, se apoderó de Cuernavaca, pereciendo en la accion el jefe imperialista; ocupó el valle de México y llegó á situarse á cuatro leguas de la capital: en Marzo del mismo año marchó al sitio de Querétaro, distinguiéndose en los más reñidos encuentros, tales como en la terrible accion del *Cimatario* del 28 de Abril y el de Callejas de 1.º de Mayo, siendo recomendado por el general en jefe como un héroe.

Restablecida la República, Altamirano fué electo magistrado de la Suprema córte

de Justicia, de la que ha sido fiscal, y últimamente presidente en sustitucion del Sr. Vallarta: ejerció tambien el cargo de Procurador general de la Nacion.

A él sólo debe la literatura moderna mexicana todo su esplendor; á él, que ha sido para todos los escritores más que un amigo, un padre. Se le llama, y lo ha sido, el maestro: con entera justicia se le considera el patriarca de la actual generacion literaria. Él ha fundado ó contribuido á fundar las primeras sociedades en su género: él ha creado y dirigido muchos de los primeros periódicos y semanarios: ninguno de sus compatriotas ha reunido mayor número de diplomas de corporaciones científicas y literarias extranjeras. Como profesor, ha desempeñado en los establecimientos oficiales las cátedras de latinidad, de Derecho Administrativo, de Historia general y de México, de Historia de la filosofía.

Sus principales obras son: *Rimas*, preciosa coleccion de poesías; *Movimiento literario en México*, *Dramaturgia mexicana*; *Baltasar*, *Medea*, revistas criticas en que campea una erudicion desmedida; *Clemencia*, *Antonia y Beatriz*, *Luisa*, *La Navidad en las Montañas*, novelas y leyendas, la primera, sobre todo, inimitable.

Altamirano es una de las más notabilísimas figuras de su patria.

PLEGARIA EN LA MONTAÑA.

¡Oh mártir del Calvario!... ¡Sublime Nazareno,
Que escuchas del que sufre la tímida oracion,
Que amparas y consuelas en su pesar al bueno,
Que alientas del que es débil el triste corazon!

Piedad para los hijos del pueblo, que inocentes
En la miseria yacen; protégelos, Señor;
Tú ves cómo se muestran en sus tostadas frentes,
Que inclinan sollozando, las huellas del dolor.

En tiempos ¡ay! mejores con tierno y dulce acento
Vinieron á cantarte de tu madero al pié;
Mas hoy la agrias heces apuran del tormento
Y sólo con su llanto te expresarán su fe.

¡Perdon!... Hoy no pudimos en medio á los pesares
Que el pecho nos traspasan, venir á tributar,
Ni palmas en el atrio, ni frutos á millares,
Ni aromas en tu templo, ni flores en tu altar.

Los huertos sin cultivo perdieron su verdura,
Baluartes los peñascos de la montaña son,
Cadáveres de hermanos tapizan la llanura,
Y en vez de los arados arrástrase el cañon.

En los maizales tiernos las cañas se doblegan,
Que de la sangre hiriólas el hálito mortal;
Las linfas abrasadas del rio ya no riegan
Sino collados mustios y estéril bejucal.

Nosotros, desdichados, debajo la cabaña
Las lágrimas vertemos en nuestro amargo pan,
Temblando por la guerra que invade la montaña,
Temblando por los hijos que á arrebatarnos van.

Conturban las congojas del alma del creyente,
De duelo está la patria, de duelo está el hogar,
Los brazos caen rendidos, y en la abatida frente
Descarga rudos golpes la mano del pesar.

Señor; cuando en un tiempo vagaban perseguidos

Los hijos de tu pueblo, tú fuiste su sosten:
Tus hijos también somos, llegamos afligidos
Al pie de tus altares; protégenos también.

Tú que la paz quisistes, Apóstol de los cielos,
Si á México contemplas, ¡oh, sálvala, Señor!
Aparta de sus hijos el cáliz de los duelos,
Aparta de sus hijos el bárbaro rencor.

¡Oh, cuál en tu presencia renace la esperanza!
¡Cuán bella entre las sombras empieza á relucir!
¡Ah, sí, la blanca aurora ya ruge en lontananza!
¡Gracias, Señor, es ella..... la paz del porvenir!

Entonces quemaremos incienso en tus altares;
Y en vez de esas coronas de fúnebre saúz,
Tendremos frescas palmas y frutos á millares,
Y flores de los campos que adornarán tu cruz!

A.....

De antiguo templo en la derruida nave,
Donde todo es silencio y soledad,
La paloma un asilo buscar suele

Para vivir en paz.

Y aquí en mi corazón callado y triste,
Que el culto de otro amor no turba ya,
Refugio á tu inocencia hallar podrias

Sobre el desierto altar.

Ni el nombre de los púmenes que un día
Efímeros vivieron hallarás,
Que una sombra siquiera en mis recuerdos

Que te lastime no hay.

Yo en en cambio aspiraré dichoso y mudo
Tu aroma virginal.

ADVERTENCIA.

El orden de colocacion dado á los poetas
incluidos en este libro no obedece á determi-
nado plan alguno, y mucho ménos al que
pudiera referirse al mérito de cada autor.

ÍNDICE.

	Páginas.
Al lector.	5
Isabel Prieto de Landasuri.	9
José Rosas.	22
José María Vigil.	32
Ignacio Ramírez.	39
Manuel M. Flores.	44
Agustín F. Cuesta.	55
Justo Sierra.	62
Manuel Paredo.	72
Guillermo Prieto.	78
José Peón Contreras.	81
Juan de Dios Peza.	86
Juan B. Híjar y Haro.	92
Joaquín Gómez Vergara.	106
José Fernández.	112
Vicente Riva Palacio.	116
Manuel Acuña.	119
Francisco G. Cosmes.	123
Joaquín Téllez.	120
Gustavo Adolfo Baz.	133
Arrelío Luis Gallardo.	138
José Monroy.	144
Manuel de Olaguibel.	152
Ethier Tapin.	156
Agapito Silva.	163
Luis Gonzaga Ortiz.	168
Laura Méndez.	178
Anselmo Alfaro.	181
Ignacio M. Altamirano.	185
Advertencia.	191

BIBLIOTECA POPULAR ECONOMICA

ESCRITORAS ESPAÑOLAS

CONTEMPORANEAS

VERACRUZ — PUEBLA

LIBRERÍA "LA ILUSTRACION"

1882

ÍNDICE.

	Páginas.
Al lector.	5
Isabel Prieto de Landasuri.	9
José Rosas.	22
José María Vigil.	32
Ignacio Ramírez.	39
Manuel M. Flores.	44
Agustín F. Cuesta.	55
Justo Sierra.	62
Manuel Paredo.	72
Guillermo Prieto.	78
José Peón Contreras.	81
Juan de Dios Peza.	86
Juan B. Híjar y Haro.	92
Joaquín Gómez Vergara.	104
José Fernández.	112
Vicente Riva Palacio.	116
Manuel Acuña.	119
Francisco G. Cosmes.	123
Joaquín Téllez.	120
Gustavo Adolfo Baz.	133
Arrelío Luis Gallardo.	138
José Monroy.	144
Manuel de Olaguibel.	152
Ethier Tapin.	156
Agapito Silva.	163
Luis Gonzaga Ortiz.	168
Laura Méndez.	178
Anselmo Alfaro.	181
Ignacio M. Altamirano.	185
Advertencia.	191

BIBLIOTECA POPULAR ECONOMICA

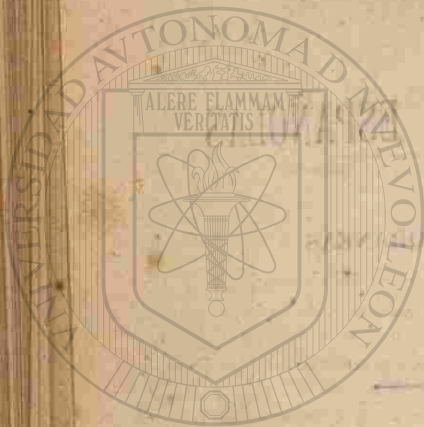
ESCRITORAS ESPAÑOLAS

CONTEMPORANEAS

VERACRUZ — PUEBLA

LIBRERÍA "LA ILUSTRACION"

1882



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS AVES DEL CIELO.

Suave destello que la vida alumbra,
risueña imagen de hermosura extraña,
¿cuál es tu nombre, que saberlo quiero?

• Soy la esperanza. •

.....
¿Por qué te alejas de mis turbios ojos?
¿Por qué en el cielo desplegar tus alas?
¿Dónde caminas que saberlo quiero?...
.....

• ¡Vóyme á mi pátria! •

Palma de flores que me enseña el génio,
rayo de fuego que ilumina el alma,
no sé tu nombre, mas saberlo quiero...

• Gloria me llaman •

.....
¿Por qué tu tallo se pobló de espinas?

¿Por qué se nubla tu luciente llama?
¿Por qué me dejas y te vés al cielo?...
«Vóyme á mi pátria!»

Ángel celeste de purpúreo brillo,
casta paloma de nevadas alas,
diceme el alma que el amor te nombras...
• Y no te engaña. •

.....
¡Oh si la vida detener pudiera
el ténue vuelo de tu lenta marcha!
¡Baja del cielo, que me dejas sola!..
• Vóyme á mi pátria! •

Blanca azucena del vergel frondoso,
reflejo auave de la luz del alba,
¿eres la sombra que ilusion se dice?
• Soy cual me llamas. •

.....
¡No me abandones, que la vida es corta,
y ya entre sombras la existencia vaga!
¡Vuélvete un punto, que la noche llega!
«Vóyme á mi pátria!»

.....
¡Todo se aleja del mundano suelo!

¡Todo en la tierra para siempre acaba!
¡Feliz momento cuando el alma diga...
«Vóyme á mi pátria!»

CANTARES.

A las penas de la vida
no las hagas caso alguno,
que todas se han de acabar
á las puertas del sepulcro.

Tengo un árbol en mi huerto
donde un pájaro se para
y allí canta sus amores
porque los aprenda el alma.

ROSARIO DE ACENA DE LAGLESIA.

LAS LÁGRIMAS.

La lágrima que á solas no se vierte
las inquietudes más acerbadas calma,
siempre encuentra una frase de consuelo,
siempre una mano ansiosa de enjuagarla.

Semejante al rocío que refresca
las flores del amor y la esperanza
que brotaron hermosas, sin espinas,
en lo más hondo del vergel del alma,
ese llanto vertido templar logra
del corazón la pesadumbre amarga,
ese es el llanto que placer ofrece,
esas son las más dulces de las lágrimas.

Pero aquellas que á solas y en silencio
en la sombría noche se derraman;
sin más consuelo que la propia pena,
sin más testigo que la fría almohada,
que como fuego lento ván secando
la flor de la ilusión que se albergaba
en algun corazón amante y puro
que en tristes quejas su dolor no exhala
temiendo que la noche entre sus ecos
lleve el rumor á quien la pena causa,
esas si son las lágrimas que queman,
esas si son las lágrimas que matan.

JULIA DE ASEÑAL.

EL CASTILLO DE NÁIPES.

Sobre una mesa de tabla lisa
materia fácil á resbalar,

incauto niño, con ánsia y risa,
de náipes quiere castillo alzar.

Agrupando náipes.... temblando mira....
resbala uno.... se tienen tres,
y acerca el cuarto y no respira....
¡cuántos afanes! ¡cuánto interés!

El primer cuerpo ya se levanta;
otro más alto quiere intentar,
y es tal su acierto, su dicha tanta,
que hasta un segundo logra formar.
¡Cómo enamora su infantil gozo!
¡Cómo cautiva tanto candor!
¡No causa al hombre más alborozo
una victoria de fé ó de amor!

Mas ¡ay! que apenas ya la techumbre
al edificio falta añadir.
dando al artífice gran pesadumbre,
un soplo de aire le viene á hundir.
¡Te afliges, niño? Es justo el duelo,
Tan noble llanto deja correr;
¡era el castillo todo tu anhelo
y es el primero que ves caer!

Mañana, náipes, cuyos colores
plúten creencias, noble ambición,
sueños de gloria, dichas de amores,
cuanto es del alma rica ilusión,

Tendrás á mano, y el mismo juego,
siendo ya hombre, repetirás
y de tu vida todo el sosiego,
toda la dicha en él pondrás;

Y, como ahora, verás que crece,

que ya te otorgas el parabien,
y cuando casi tu triunfo empieza,
por tierra, en polvo, vendrá también;

Y no ese llanto, que á tu despecho
presta consuelo, podrá salir;
mientras te ahogue dentro del pecho,
habrás al mundo de sonreír.

Llora, pues, llora, por tu sencillo
rostro ese llanto deja correr,
¡llora sobre ese frágil castillo...
es el primero que ves caer!

JOAQUINA BALMASEDA.

Á MIS ALEGRÍAS.

SONETO.

No os busqué me buscásteis, y en mi pecho
Apénas un momento os detuvisteis,
Porque encontrar sin duda lo debisteis
Para vuestro valer, recinto estrecho.
El corazón en lágrimas deshecho
Desde que el bien á conocer le disteis
No llora el mal que con huir le hicisteis
Llora el que al acercaros le habeis hecho.
Avezado al dolor de aciazos días

Ignoraba el placer de horas serenas,
Vinisteis, y tan sólo por ser mías
Mostrásteis condiciones tan ajenas,
Que tuve al disfrutar mis alegrías,
En conocerlas mis mayores penas.

JOAQUINA BALMASEDA.

LA PRIMAVERA.

Leve gasa azulada y transparente
se extiende por el cielo vaporosa,
y su dorada luz esplendorosa
luce el sol magestuoso en el Oriente.

En el césped oscila suavemente
la violeta sencilla y olorosa
unida á la fragante altiva rosa
con placer respirando el puro ambiente.

Blando arrullo de amor y de alegría
expresan con su canto en la pradera
los pájaros en tierna algarabía,

Todo cambia de ser, la térrea esfera
se embellece al influjo que la envía
con sople halagador la primavera.

MARIA BARATHEAR.

FLORES SECAS.

Flores que hermosas un día
fuisteis protestas de amor,
con vuestro vivo color
y vuestra dulce ambrosía:

Sombra triste sois de ayer,
martirio del corazón,
recuerdo de una ilusión
que muerta quedó al nacer.

No pensaron, al cortar
los tallos que os mantenían
que los tiempos que venían
podríais simbolizar.

Mas uno tras otro año
robaron vuestro color,
y emblema fuisteis de amor
y emblema de desengaño.

Si en tal estado arrancáis
unas lágrimas tras otras,
no teneis culpa vosotras
del gran dolor que causáis.

Blanca rosa que perdiste
tu juventud y tu brillo
ramo de humilde tomillo
que tanta dicha ofreciste;

Puro jazmín, flor preciada
que te llamas *no me olvides*,
y gratos recuerdos pides

á la muerte fatigada.

¿Dónde está vuestra hermosura
que el lábio ardiente besó?
Cómo la fé se extinguió
que representábais pura.

Si el sol con benigno rayo
os volviera vuestro brio,
y os adornara el rocío
en las mañanas de Mayo;

Si otra nueva primavera
os diese un tallo lozano
tal vez punzarais la mano
que á tocaros se atreviera.

Mas ya flores inocentes,
quedásteis sin hermosura,
y no habrá una brisa pura
que acaricie vuestras frentes;

Ni seréis emblema fiel
del amor que vive eterno,
siempre dulce, siempre tierno,
pure siempre, no cruel.

¡Ay, flores! quizás la suerte
aún con más ceño os aguarda
cuando la mano que os guarda
helada esté por la muerte.

Pues si os quieren arrojar
en alas del rudo viento,
no podreis un pensamiento
ni un recuerdo despertar.

EULALIA BAUTISTA Y PATIER.

BRUMA Y SOL.

Sobre un fondo de azul desvanecido
El sol, cual hostia de oro trasparente,
Se inclinaba, de rayos desceñido
A ocultarse en los mares de Occidente.
Leda brisa agitaba rumorosa
La niebla que del mar se desprendía
Y al llegar ante el sol, de nieve y rosa
Con reflejos fugaces se teñía.
El disco ardiente sin fulgor ni brillo
En la flotante bruma se ocultaba,
Y al arrollarla el viento, en su amarillo
Color, cintas de nácar perfilaba.
Era un juego gentil : cual soberano
Que descende un instante de su trono
Y deja que el humilde cortesano
Hable con él en plácido abandono.
El sol, cansado de brillar potente
En su trono de luz, se abandonaba
Al juego de la bruma trasparente
Que su foco vivísimo empañaba.
Y nada más gallardo que aquel juego ;
Cual gasa leve la neblina undosa
En su corona de brillante fuego
Se enredaba atrevida y caprichosa.
Y tomaba unas formas tan extrañas

Tan bellas, tan sutiles, tan ligeras
Cual la sombra ideal de las montañas,
Que pueblan el país de las quiméras.

Al ondular, cual sombra fugitiva
Que cambia al más ligero movimiento,
Iba haciendo cambiar la perspectiva
De aquel paisaje de la luz y el viento...

Ora se condensaba en los extremos
De aquel círculo de oro enrojecido
Y fingía el impulso de unos remos
En un bajel del cielo suspendido.

Ya se plegaba cual ligero encaje
Y semejaba ante la dulce llama
Más que la orla movable de un celaje
Un velo sobre el rostro de una dama.

Ya recortando con cincel seguro
Las líneas de aquel óvalo dorado
Le daba al disiparlas en lo oscuro
La forma de un escudo acuartelado.

Ya palmas blanquecinas extendía
Sobre un fondo de fuego sin reflejos
Simulando brillante argentería
Que retrataba el mar en sus espejos.

Ya condensando su vapor, que apenas
Formaba un surco gris vago y sombrío.
Semejaba en el aire las cadenas
De una lámpara ardiendo en el vacío.

O bien, si al ondular se recogían
Los flotantes girones, se agrupaban
Y un altar caprichoso parecían
Del ídolo de luz que sustentaban.

Y dispersos despues al movimiento
De la brisa, tan dulce y tan sonoro,
Eran sobre el azul del firmamento
Flores de nieve en búcaro de oro...

Cuando más variedad y más bellezas
Daba á sus juegos ante el sol la bruma,
Tocó éste la onda azul con su cabeza
Y su frente de luz besó la espuma.

El mar se iluminó: sus olas bellas
Reflejaron magníficos fulgores
Y el infinito azul, si no de estrellas
Se esmaltó con guirnaldas de colores.

Lentamente del globo de topacio
Que se hundia en el agua iluminada
Sólo quedó una linea en el espacio
Cada vez más estrecha, y luego nadat...

La bruma se agitó cual si quisiera
Seguir aquella luz que se extinguia,
Aún brilló con las luces de la esfera
Y deshecha flotó pálida y fria.

Que ya se desplegaba en el Oriente
Cual ámplio manto descogido el broche
Esa oscura neblina trasparente
Que precede á la sombra de la noche.

Y al perderse la luz quedó perdida
La galana belleza de la bruma
Pues, lo que vive con prestada vida
Tiene la consistencia de la espuma.

PATROCINIO DE BIEDMA.

À LA CARIDAD.

Hermosa flor del cielo,
Astro brillante, cuya luz divina
Desciende á nuestro suelo,
Y la senda ilumina
Por la que el hombre hácia su Dios camina.

Tu origen es bendito,
Porque un Dios sabio, bueno, lo ha formado,
En tí nos dejó escrito
Aquel grande dictado
Del nuevo mandamiento que ha enseñado.

Para ensalzar tu nombre,
Un ejemplo de amor creyó preciso;
Y por salvar al hombre,
Ser la victima quiso,
Para abrir de ese modo el Paraíso.

Quién, pues, Caridad santa,
La excelsitud de tu poder no adora?
¿Quién tu gloria no canta,
Y quien sus males llora,
Cuando en tí mil consuelos atesora?

Tú brillas con pureza
Ante el régio dosel del soberano:
En medio su grandeza,
Tiende al pobre la mano,
Y cual hijo de Dios, le llama hermano.
De tu amor inundado,

El hombre poderoso y opulento
Es por tu luz guiado
A llevar el contento
Al triste que implorando va el sustento,
De su alcázar desciende
A la humilde cabaña del mendigo,
Sus lágrimas atiende,
Y cual sincero amigo,
Afanoso le ofrece pan y abrigo,
Tú levantas la frente
Del huérfano infeliz en su existencia;
Generosa, clemente,
Borras con tu influencia
El fatídico sello de indignancia.
Es, ¡oh caridad bella!
Tu destino el más grande, más sublime,
Cuando tu santa huella
A la jóven redime,
Que en el cieno del vicio acaso gime.
El anciano que mira
Su cabeza inclinada por el duelo.
Más dichoso respira
Y recobra consuelo,
Si tú a su lado estás, hija del cielo.
Prosigue cariñosa
En la tierra sembrando tu amor santo,
No dejes fervorosa
De enjugar nuestro llanto
Con los pliegues inmensos de tu manto.
Cubre con gozo tierno
La humanidad entera con tus alas;

Elévase al Eterno
El incienso que exhalas,
Cuando en amor el hombre á Dios igualas.
Y esas lágrimas puras
Que brota un corazón agradecido,
Serán perlas seguras,
Que al cielo habrán subido
A esmaltar un asiento preferido.
Y háran más esplendente
Ese premio inmortal que Dios abona
Al que justo, clemente,
Alcanza la corona
Que tendrá quien al pobre no abandona.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

EL OTOÑO.

I.

Densas y plomizas nubes
Van cruzando el horizonte,
Sobre la cima del monte
Ya no brilla ardiente sol,
Y anunciando el nuevo día,
En vez de celajes bellos
Se ven débiles destellos
De un indeciso arrebol.

El árbol ántes vestido

Con su frondoso ramaje
Va sacudiendo el follaje
De amarillento color;
Los vergeles no renacen
Por benéfico rocío
Y al soplo de cierto impío
Cierra su broche la flor.

Doliente la golondrina
El nido de su amor deja
Y hacia otros climas se aleja
Cruzando veloz el mar;
Pues bajo un cielo bendito
Que lanza un sol que no muere,
En nuevos pensiles quiere
Su tierno canto elevar.

¡Ah!; Por qué el alma se inunda
De amarga melancolía
Con la dulce poesía
De la estación otoñal?
Es que invadiendo la mente
Para ahogar fúgaces glorias
Vienen pasadas memorias
Con su dominio fatal.

II.

De nuevo tornará un día
En que un sol puro, esplendente,

Lanzará su luz ardiente
Entre franjas de oro y tál;
Y en los rosados albores
De poéticos celajes
Hornarán leves encajes
De la aurora el limpio azul.

Sobre un suelo de esmeralda,
Brotarán flores á miles
Impregnarán los pensiles
De aroma el aura sutil
Y rica de nuevas galas
Se ostentará la natura,
En la risueña espesura
De la arboleda gentil.

En el albergue apacible
De los sombríos pinares,
Entonará sus cantares
El gilguero trinador;
Y salvando en rauda vuelo
La azul extensión marina
Volverá la golondrina
Hacia el nido de su amor.

III.

¡Ah! La dulce primavera
Que en la aurora de la vida
Marca la senda florida

Que conduce á un bello edén;
Aquella edad sonriente
Que en perspectivas hermosas
Nos brinda un lecho de rosas
Donde apoyar nuestra sien.

Aquel bello torbellino
Que dá engarzados en flores,
Gratos delirios y amores,
Sueños de eterno placer;
Esos años que atesoran
Cuanto bien acá es posible,
Pasan por ley infalible,
Y huyen para no volver.

Y llego el hombre á su otoño
Sin que esos días renazcan
Ni nuevas quimeras nazcan
En su yerto corazón;
Que al través de sus recuerdos
Lanza una triste mirada
Sobre la urna dorada
De su postrera ilusión.

Por eso al morir las flores
Se acrecienta mi amargura,
Al contemplar la natura
Sin las galas que ostentó,
Que según ya mustio el árbol
Va arrojando tras hoja,

Así el alma se despoja
De los ensueños que amó.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Á UN POETA DEL PORVENIR.

No has nacido á la luz, mas yo te amo;
Espíritu que aún flota en el abismo,
Yo tu futuro corazón reclamo
Cuando no tienes ser para tí mismo.

No á la pureza de mi amor agrada
Forma visible que la mente ofusca;
En los vagos espacios de la nada
La ardiente sé de mi pasión te busca.

¿La nada he dicho? — no: el ser que vive
En el sol, en las nieblas, en el viento,
Que en el espacio inspiration recibe
De la eléctrica luz del pensamiento.

¿Qué importa si fué ayer ó si es mañana,
Si naciste despues, ó si antes vienes,
Si tienes en el mundo forma humana,
O en espíritu sólo te mantienes?

Todo en la eternidad al par existe,
No hay al alma pasado ni futuro,
Y tú, génio, tal vez apareciste
Como lucero en nuestro cielo oscuro.

Tal vez es ya tu voz esa que suena
Del mar en las profundas soledades,
Y no hay en la creacion otra sirena
Que el cantor inmortal de las edades.

Tal vez de nuevo, tú, serás Homero
Que siguiendo en el turno del cometa
Para alumbrar al siglo venidero
Vendrás á visitar nuestro planeta.

Tal vez los que en el siglo hemos nacido,
Cantores hoy del mundo transformado,
Delante de tu carro hemos venido
Y tu genio á canar nos ha impulsado.

Tal vez mi propio sér, mi propia vida,
Tal vez el alto amor que por tí siento,
Son chispa de tu génio desprendida
Que al mundo arrojas para darme aliento.

Tal vez como la pálida alborada
Precursora del ástro scherano
El alma que te canta enamorada
Anuncia de tus glorias el arcano.

Tal vez entre tinieblas descendiendo
A la mente sedienta de armonía,
En implacable sér estás viviendo
Y eres el alma, tú, del alma mía.

Tal vez voy á morir, oruga inerte
Que en ciega cárcel sepultó sus galas
Y en el instante mismo de mi muerte
Extiendas tú las deslumbrantes alas.

Y aún hallarás las flores palpitando
Al beso del amor que puse en ellas,
Y de los valles en el césped blando

Junto á las fuentes hallarás mis huellas.
Y de mí te hablarán todas las aves,
Y mis ensueños te dirá la luna,
Y hasta el contrario mar en sonos graves
Te contará el rigor de mi fortuna.

Y ¿por qué — me dirás — por qué sufriste
• Alma sensible para el bien nacida,
• Por qué tu musa solitaria y triste
• No cantó los placeres de la vida? •
• ¿Quién eres tú, que con audacia extraña
• Rasgando al porvenir el negro velo,
• Desciendes del abismo hasta la entraña
• Para buscarme en tu amoroso anhelo?
• ¿Quién fuiste tú, del siglo trascurrido
• Vaga memoria, evocacion doliente,
• Que luchas con las sombras del olvido
• Para llegar cual rayo hasta mi mente? •
— ¿Quién fui, quién soy? — El eco de este
Del infortunio la viviente queja, [canto,
De la afligida humanidad el llanto,
El adios de la musa que se aleja.

La negra prensa, la moderna lira
Mi libro amante llevará á tus brazos,
Y en estos versos que el dolor inspira
Encontrarás mi alma hecha pedazos.

Mi voz ingénua cantará á tu oído
De nuestro siglo la infernal locura,
Y del alma sabrás cuanto ha sufrido
En sus horas de horrible calentura.

Nosotros somos los que en gran cadena
Lleva el vapor como á la muerte al reo,

Y nos arrastra desde el Ebro al Sena
Las entrañas rompiendo al Pirineo.

Los que del Cénis por la cumbre vamos
Cabalgando en corcel de viva lumbre,
Y sus eternas moles taladramos
Para cruzar despues bajo su cumbre.

Los que en el fondo de insondados mares
Poliglotas serpientes extendimos,
Los que á la industria consagrande altares
Del mar Rojo los límites rompimos.

Los que á Atlante y Pacífico enlazamos
De hierro con perpétuos eslabones,
Los que del arpa eléctrica colgamos
En los aires los mágicos bordones.

Y el Dios de la mecánica triunfante
Su carro ornando de laurel y palmas,
Sobre el cristiano mundo agonizante
Pasó rompiendo nuestras mismas almas.

Y tú nos hallarás como el viajero
Que del Alpe al subir la cumbre helada
Encuentra al atrevido compañero
Que pereció en mitad de la jornada.

Y ráfaga de luz en noche umbría
Tu mente penetrando en lo pasado
Al ver la gloria bajo planta impía
Nos llamarás con grito desolado.

Y en vano clamarás. — Rudos silbidos,
Hierros que crugen como en son de guerra,
Ojos sin vista rojos y encendidos
A todas horas cruzarán la tierra.

Rugiendo con fragor la rueda infame

Que mil guerreros á traicion sepulta,
Cuando el honor á combatir te llame
Entre las selvas hallarás oculta.

Y buscarás la libertad en vano,
La libertad bajo el cañon perece,
Y el cañon de la tierra soberano
Las artes y las glorias ensordece...

Mas ¿por qué has de nacer? Que gire el mundo
Sin la luz inmortal de la poesía,
De la materia al germinar fecundo
Rodando en los espacios todavía.

Y en un astro mejor, y en otra esfera
Nazca la humanidad, y el génio cante:
¡No temais del espíritu que muera,
Esperad que á los cielos se levante!

CAROLINA CORONADO.

Á LA INMACULADA CONCEPCION.

ODA.

Quando en los valles del Eden perdido
Huyendo la justicia

De su Dios y Señor, Adán culpable
Temblando se escondia,

Y Eva, cubierta de rubor la frente
Y llanto las mejillas,

Con amargos suspiros deploraba
Su inocencia perdida,
La voz del Hacedor omnipotente
Vibró con justa ira;
Y Eva y Adán, los cielos y la tierra,
Temblaron al oírla.
• Si una mujer, les dijo, ha sido causa
De la humana ruina,
De otra mujer el fruto bendecido
Será quien la redima,
• Asechanzas de muerte y de pecado
La serpiente maligna
Estenderá á sus piés, mas ella siendo
En gracia concebida,
• Triunfante de Luzbel, llena de gloria,
Inocente y divina,
Hollará con su planta delicada
Su cabeza maldita. »
Así dijo el Señor: y nuestros padres
En su horrible agonía
Vieron entre las sombras de la muerte
La estrella de la vida,
Sus hijos en pecado concebidos
Si heredaron desdichas,
Heredaron también las esperanzas
De la mujer bendita.
En sus arpas de oro los profetas
Con dulces armonías
Celebraron sus castas perfecciones
Y santas maravillas.
Y las generaciones aguardaron

La hora de su venida,
Para elevar al cielo, perdonadas,
Sus frentes abatidas.

H.

¿Quién eres, blanca flor llena de aroma,
Que en la floresta umbria
Del mundo te presentas, y radiante
Por tu pureza brillas?
¿Azucena sin mancha, cuyas hojas
Son páginas escritas
Del poder y grandeza del Eterno
Con su adorada hija?
De la region de luz vienes al mundo
Para darle alegría:
Paloma que en el árbol de la muerte
Halló frutos de vida.
¿Quién eres tú; purísima y hermosa
Dulce Virgen Maria
Para ser á la faz del mundo entero
Tan sólo tú elegida?
La luna de escabel sirve á tu planta,
Tu frente sin mancilla
Las estrellas coronan, y con rayos
Del sol eres vestida.
Espejo en cuya luna immaculada
La trinidad se mira;
Aroma de suave perfumero
Que el mundo purifica.

¿Quién eres? El consuelo de los hombres,
El iris de la vida,
Sello de paz entre el mortal culpable
Y la eternal justicia.
Misterio de las glorias del Eterno
Tu Concepcion divina,
Inmaculada fué, y ha sido sola
En la humana familia,
Para ser del Señor de los Señores
La predilecta hija,
Y del Verbo divino y humanado
Virgen y madre digna
Del Espiritu-Santo dulce esposa,
Compañera querida,
¿Quién puede tus grandezas y virtudes
Cantar, Virgen Maria?
Tú fuiste del Eterno dulce encanto
Y estabas concebida
En su mente creadora mucho antes
Que al mundo diese vida.
Tú lo dices ; oh Madre! • Los abismos
Del mundo no existian
Ni habia montes, ni valles, ni collados,
Y estaba yo nacida. •
Cuando el espacio azul del claro cielo
Brillante se extendia
Y á los mares su limite de arena
Marcaba con ley fija. •
« Cuando la tierra virgen se adornaba
De fuentes y colinas,
Y con preciosas y aromadas flores

Los campos se vestian,
• Con El estaba yo, y ante sus ojos
Como cándida niña
Gozaba en la creacion del Universo
Inocentes delicias. •

III.

¿Concepcion de mi madre inmaculada!
¿De pureza infinita!
¿Por qué desde el principio de los siglos
Das al infierno envidia?
¿Por qué de la serpiente del pecado
La lengua maldecida
Contra ti, dulce Virgen inocente,
Eternos rayos vibra?
Mas ¿qué importa su saña si, triunfante
De su infernal malicia,
Siempre pura dominas su miseria
Y su soberbia humillas?
Como pasan las nubes por el cielo
Aladas fugitivas,
O como el huracan de Otoño lleva
Las hojas ya marchitas:
Así pasan los siglos, y tu nombre
Que á los siglos domina,
Llena de luz y de esplendor y gloria
Las almas que te admiran.
¿Tu España, dulce madre es tu cercado
Y tu heredad querida,

Que el árbol de la fé se extienda en ella
Con rica lozanía!
Que de un extremo al otro, en todo el mundo
Las almas te bendigan,
Porque fué de la culpa preservada
Tu Concepcion purísima,
Como la fresca gota de rocío
En la flor peregrina,
Y como blanca perla nacarada
En su concha escogida.
;Reina del cielo y tierra, Tú que al lado
Del Sér supremo brillas,
Para ser el amparo de los hombres
Y el iris de su dicha!
Concédenos que al fin de una carrera
Tan sembrada de espinas,
Celebremos tus glorias en el cielo,
Oh dulce Madre mía!

ISABEL CHEIX.

DESPUES DE LA LLUVIA.

Se abrió tu mano y descendió el rocío :
;Gracias, oh Dios, mil veces!
;Dudará ya de tí ciego el impío
De tí, que pravisor el bien le ofreces?
Borró de la aridez la infausta huella

Cayendo el agua pura :
La abundancia vendrá; vendrá con ella
El consuelo, y la paz, y la ventura.
Huyan del corazon negros temores,
Renazca la esperanza,
Que su manto de frutos y de flores
Y a nos muestra la tierra en lontananza.
Ya sin verdor el toro enflaquecido
No hallará los oteros,
Ni gemirán con lánguido balido
Trás sus hambrientas madres los corderos
Del hondo valle en la tupida alfombra
Miel tendrán las abejas,
Y nido encontrará de grata sombra
El ruiñen donde exhalar sus quejas.
Para todos el bien. Del rico Mayo
Vendrán auras amigas,
Que agitarán en plácido desmayo
Con armónico son mares de espigas.
Brindarán en Octubre su tesoro
Olivos seculares,
Llenas las trojes se verán de oro,
Colmados de racimos los lagares.
Señor, el velo de tristeza y luto,
Que al mundo oscurecía,
Cual niebla dispóse, y en tributo
Himnos de amor la humanidad te envía.
Que aún el que osado tu grandeza niega
Y á tí su faz no alza,
En el noble placer á que se entrega
Tu providencia, á su pesar, ensalza.

Ostenda tu poder el bosque umbrío,
Y ora dulces, ya graves,
Te aclaman la floresta, el aura, el río,
Los insectos, las fieras y las aves.

Al coro universal, fieles, juntemos
Nuestro sentido canto,
Y con profunda gratitud clamemos :
• ¡Gloria, gloria al Creador, tres veces santo!

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

AL DESPERTAR.

Cuando aún diciendo la postrer plegaria
que en mis convulsos labios cortó el sueño,
con la primera lágrima en los ojos
contra mi voluntad, yo me despierto;
cual si esperase mi primer mirada
y recogiese mi primer aliento,
hallo enfrente de mí, la cruz humilde
dulce memoria de mejores tiempos:
hallo una cruz pequeña y enlutada
que de mi madre protegiera el lecho,
la que guarda tal vez para mi sola
su mirada de amor, su último beso.
Pobre y querida cruz, á cuya visía
con más amor la redencion venero
y pienso más en Dios, que en lo más grande

me hace siempre pensar lo más pequeño.
La tumba abrióse ya de mi alegría
y en ella va á llorar mi pensamiento.
La patria de mi amor está desierta,
pero poblada está con mi recuerdos.
¡Oh! qué grato es dormir, pasar las horas
sin ansias, sin temores, sin deseos,
en un sueño tenáz, sordo, profundo,
sin placer ni dolor, como el eterno.
Con cuánta languidez siento que lanza
mi inteligencia el último reflejo
á punto de dormirme, y como entónces
en Dios, en la virtud, en el bien pienso,
Mas la calma del sueño se deshace
y otra vez á vivir con pena vuelvo :
mis ojos que no ven seres que amaron
otra vez á la luz se hallan abiertos.
Cruz santa que serviste á mis mayores
de fiel custodia y de sagrado templo,
yo miro que te halaga y te rodea
un rayo de la luz que va naciendo
y que algo escribe en ti con formas vagas,
algo que entiendo al fin, algo que es esto :
dichoso aquel que aunque su cruz le pese
no se llama su cruz recordimiento.

CONCEPCION DE ESTEVARENA.

Ostenda tu poder el bosque umbrío,
Y ora dulces, ya graves,
Te aclaman la floresta, el aura, el río,
Los insectos, las fieras y las aves.

Al coro universal, fieles, juntemos
Nuestro sentido canto,
Y con profunda gratitud clamemos :
• ¡Gloria, gloria al Creador, tres veces santo!

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

AL DESPERTAR.

Cuando aún diciendo la postrer plegaria
que en mis convulsos labios cortó el sueño,
con la primera lágrima en los ojos
contra mi voluntad, yo me despierto;
cual si esperase mi primer mirada
y recogiese mi primer aliento,
hallo enfrente de mí, la cruz humilde
dulce memoria de mejores tiempos;
hallo una cruz pequeña y enlutada
que de mi madre protegiera el lecho,
la que guarda tal vez para mi sola
su mirada de amor, su último beso.
Pobre y querida cruz, á cuya visía
con más amor la redencion venero
y pienso más en Dios, que en lo más grande

me hace siempre pensar lo más pequeño.
La tumba abrióse ya de mi alegría
y en ella va á llorar mi pensamiento.
La patria de mi amor está desierta,
pero poblada está con mi recuerdos.
¡Oh! qué grato es dormir, pasar las horas
sin ansias, sin temores, sin deseos,
en un sueño tenáz, sordo, profundo,
sin placer ni dolor, como el eterno.
Con cuánta languidez siento que lanza
mi inteligencia el último reflejo
á punto de dormirme, y como entónces
en Dios, en la virtud, en el bien pienso,
Mas la calma del sueño se deshace
y otra vez á vivir con pena vuelvo :
mis ojos que no ven seres que amaron
otra vez á la luz se hallan abiertos.
Cruz santa que serviste á mis mayores
de fiel custodia y de sagrado templo,
yo miro que te halaga y te rodea
un rayo de la luz que va naciendo
y que algo escribe en ti con formas vagas,
algo que entiendo al fin, algo que es esto :
dichoso aquel que aunque su cruz le pese
no se llama su cruz recordimiento.

CONCEPCION DE ESTEVARENA.

EL DIA DEL SEÑOR.

El que coma este pan vivirá
eternamente.

(Evangelio de san Juan.)

Arda el incienso en pebeteros de oro,
El órgano sonoro
Inunde el templo santo de armonía;
De blanca cera luces á millares
Brillen en los altares:
Las calles y las plazas
Adórnense con púrpura y con flores:
Muestre el sol sus más bellos resplandores,
Cúbranse cielo y tierra de alegría;
Que hoy sale del santuario
Donde por nuestro amor vive en la tierra
En el recinto estrecho del Sagrario,
Entre místicos velos escondido,
Porque no nos deslumbran sus fulgores,
El excelso Señor de los Señores;
Cuyo trono en los orbes tiene asiento,
El que anima los mundos con su aliento.

Venid, niñas hermosas,
Coronada de flores la alba frente:
Venid, puras doncellas,
Gozosa el alma, el labio sonriente.

Venid, castas esposas
Trayendo en vuestros brazos, amorosas;
Vuestros hijos, cual muestran sus capullos
En el tallo gentil las frescas rosas;
Venid á saludar al Dios clemente,
Al más hermoso amor de los amores,
Al que es de cielo y tierra Omnipotente;
Que entre místicos velos vá escondido
Porque no nos deslumbren sus fulgores.

Acuda el tierno niño, el varon grave,
El imberbe mancebo;
Y si el alma turbada
No llega á penetrar ni explicar sabe
El misterio que tiene ante sus ojos,
Postrándose de hinojos
Reconozca que el hombre es polvo, nada.
Los misterios de Dios Omnipotente
En su infinita inexplicable altura,
Aunque soberbia alguna vez lo intente
Jamás podrá alcanzar la criatura.

« De aquí no pasareis : » dijo á los mares,
Y en vano con su ciencia
El hombre intentará romper los diques
Que al mar tragó de Dios la omnipotencia.
Así cual puso dique al mar potente
Límites dió á la humana inteligencia.

El sol que dá á los mundos luz y vida,
La luna y las estrellas,

Celestes luminares
Que brillan á millares
En el espacio inmenso de los cielos,
Misterios son, sublime maravilla
Que sólo Dios tan bella formar pudo,
Ante cuya grandeza
Se admira el hombre rudo
Y el sabio de su ciencia envanecido
Enmudece y se humilla,
E inclina la cabeza
Diciendo con acento dolorido:
Toda una vida en estudiar gastada
Para saber al fin, que no sé nada!

Más que el sabio, dichosa
El alma venturosa
Que tiene fé, y espera
Dice humilde: «¡ Señor, yo no te veo;
Mas la tierra y los mares
Y esos esplendorosos luminares
Que en la celeste esfera
Brillar hermosos veo,
Libros son en que está tu gloria escrita;
Yo los miro y los leo,
Otras pruebas mi fé no necesita:
¡ Te bendigo, Señor, tu nombre creo! »

Como el sol que se oculta entre las nubes,
En el sagrado templo
En estrecho recinto,
Oculto, Jesús mio, te contemplo;

Mas aunque allí te escondes,
Al alma que te busca fervorosa
Como padre amoroso la respondes.
Si la vista mortal no puede verte,
Puede el alma elevarse á contemplarte;
Que tu bondad inmensa en ella vierte
Al conocer su anhelo
Tan clara luz, que al fin logra mirarte,
Gozando en este suelo
La dicha de los justos en el cielo.

En el sagrado cáliz
El bálsamo se encierra prodigioso
Que las profundas llagas cicatriza
Del corazon herido:
Allí el maná sabroso
La cristalina y abundosa fuente
Donde el alma doliente
Que vá por este mundo peregrina
Con hambre y sed de un bien desconocido,
Bien que no puede hallar más le adivina,
Allí todo su anhelo halla cumplido.

La belleza de Dios incomparable
El alma vé, y se anega
En un mar de delicias inefable.
Ama, y en este amor goza y se abisma
Olvidada del mundo y de sí misma.
A expresar su ventura
Nunca la humana lengua se atreviera
Que fuera para hacerlo pobre y dura.

Sólo un ángel pudiera
En divinos conceptos
De inefable dulzura,
En el cielo aprendidos,
Expresar estos goces bendecidos.

¡Oh mi dulce Jesús! ¡Padre amoroso!
El que no logra hallarte
Es que tal vez soberbio y orgulloso,
No pretendió buscarte;
Que si amante y humilde te buscara
¡Oh mi dulce Jesús, él te encontraría!

Venid, niñas hermosas,
Venid, puras doncellas,
Y vosotras también, castas esposas,
Trayendo en vuestros brazos amorosos
Vuestros hijos, cual muestran sus capullos
En el tallo gentil las frescas rosas.
Venid con alma pura
A saludar al celestial Esposo
Que nos dice piadoso :
• Yo soy camino de verdad y vida ;
El alma que me sigue fervorosa
Nunca en tinieblas se verá perdida .
Con un manjar divino
Amante nos convida :
Gustando el alma este manjar precioso
Gozará eterna vida .

¡Ya asoma del gran día la alborada!...

Brille el sol más que nunca esplendoroso :
Venid, cual tierna esposa enamorada,
Coronada de flores,
A saludar al celestial Esposo,
El alma de virtudes adornada,
Cantando mil loores
Al más hermoso amor de los amores.

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

MEDITACION.

En el solitario monte
de la noche en el misterio,
sentada en la dura roca
que presta descanso al cuerpo,
leve apoyo en la rodilla
hallando el brazo derecho,
y la cansada cabeza
sobre la mano cayendo,
siento agitarse en mi alma
un mundo de sentimiento
que crece, que alienta y vive,
y que hace soñar despierto.

A mis piés gigantes árboles,
con suave movimiento,
se agitan cual mar tranquila
que arrulla mis gratos sueños.

Ténues cual la luz del alba
y velados por el tiempo,
pasar veo ante mis ojos
de mi vida los recuerdos,
imágenes que sorien
y se van desvaneciendo
sin que llegue a turbar una
de mi conciencia el sosiego.

Lejanos se oyen del mundo
vagos, misteriosos ecos,
que á mí llegan confundidos
cual tristísimo concierto
de suspiros y canciones,
de risa y de llanto á un tiempo.

Mi espíritu vaga errante
cual desamparado, ciego,
quiere recobrar su vista
y entre sombras vuela incierto,
ya gira triste en la tierra,
ya se alza amante hasta el cielo;
y ni el cielo ni la tierra
calman su constante anhelo,
que para la tierra es grande
y para el cielo... es pequeño.

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ

LA POESÍA.

La poesía es árbol
que llena el mundo;
su flor inútil la deshoja el tiempo,
y eternos son sus provechosos frutos.

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.

NUESTROS NOMBRES.

En una tarde de estío
nuestros nombres escribí
en la arena junto al río,
tu estabas al lado mío,
yo siempre cerca de tí.

Esos nombres que has trazado,
dijiste, recordarán
el amor que hemos jurado;
cual ahí los has grabado
en nuestras almas están.

Alzé la frente serena
y en tu brazo reclinada
dejé aquel sitio sin pena,
no pensando que es la arena
por el viento arrebatada.

Volvi en la tarde siguiente
nuestros nombres á buscar,
uno encontré solamente,
el otro fué en la corriente
; sabe Dios dónde á parar !

El nombre que se borró
por agua y viento deshecho
era el mío, el que quedó
el tuyo, que se grabó
más que en la arena en mi pecho.

Después el agua inclemente
borrar tu nombre intentó,
y al ver mi dolor ferviente
variando su corriente
compasiva se alejó.

Hoy al mirarte pasar

indiferente á mi lado,
te quisiera preguntar,
cómo has podido borrar
el amor que me has jurado.

Tras la perdida ilusión
reina en mi alma la pena,
llanto vierte el corazón
viendo que fué tu pasión
como mi nombre en la arena.

GRACIELLA.

EL INVIERNO DE LA VIDA.

A CELESTINA.

; Cuando te ví era ayer!... La primavera
Vestía de esmeraldas
Y olorosas guirnaldas
El escarpado monte y la pradera,
Y amor con eco blando
Iban aves y fuentes murmurando.

Hoy, segada la mies, en campos de oro
Trocáronse los prados,
Los frutos regalados
Penden del árbol, y el alegre coro,
Que amor cantaba un día,

Tan solo atiende á su naciente eria.

Mañana !... Oh dulce amiga, ese mañana

Que tan bello se muestra,

Al que entra en la palestra

Coronada la sien de flor temprana,

Parece hórrido y frío

Al pisar los linderos del estío.

¡ Mañana ni una flor habrá en los prados !

¡ Ni una yerba aromosa

Se ostentará orgullosa

En los montes de nieves coronados,

Do insectos y avecillas

No cantarán de Dios las maravillas !

¡ Nieveado quier ! Do quier escarcha y nieve !

Pálido sol persiste

En reavivar al triste

Arbol, que el cierzo sin cesar conmueve,

Mas ¡ ay ! que hoja por hoja

De su espléndido manto le despoja.

¡ Silencio y soledad !... Pájaro errante

Cruza con vuelo incierto.

Por el confin desierto,

O á lo lejos, anciano vacilante

Se vé, que tardo hacina

Las secas ramas que al hogar destina.

¡ Hé aquí el invierno lugubre y sombrío !

Hé aquí el triste mañana,

Que á primavera ufana

Sigue por dura ley... ¡ Y cuál, Dios mío,

Cuál será, pues, el nuestro

Limitado por tûmulo siniestro ?

Mas ¡ cómo hermana ? Su semilla esconde

Bajo la nieve el trigo,

El árbol busca abrigo

A su raiz, y el insectillo donde

Su crisálida hermosa

Ocultar á la muerte desastrosa.

Y sólo el hombre, él sólo en podredumbre

Quiere trocarse aleve ?

¡ Oh quien ! ¡ oh quien se atreve

A derribarle así de la alta cumbre,

Do al precio de sí mismo,

Plugo elevarlo al Dios del cristianismo !

¿ No lo crees, verdad ? No, no : Quien siente

Esta ardorosa llama

Que el corazon le inflama,

Que eleva al cielo su tranquilamente,

Sabe qué huesa inmunda

Es quien su germen celestial fecunda.

Sí, sí : lo sé... ¡ lo siento !... Me lo dice

Este afanar tan loco

Que el mundo tiene en poco.

Este gemir del ánima infelice,

Este amor cuyo centro

Busco por todo el orbe y no le encuentro.

Mas al volver la mística paloma

Al arca sacrosanta,

Con su pico levanta

Ramo de oliva que entre el musgo asoma,

¿ Y el alma por tributo

No llevará á su Diospreciado fruto ?

Tú más feliz que yo... tú, dulce hermana,

Al regreso dichoso,
Dirás al juez piadoso :
• Hubo en la tierra un hombre á quien ufana
Consagré mi fé pura
Amándole con fervida ternura :
Le hice feliz, señor : velé su sueño,
Mitigué sus dolores :
Con bálsamo de amores
Conjuré de la suerte el torvo ceño :
; Mira mi copa hermosa
Cual hasta el borde con su bien rebosa !
Y sonarán mil cantos de alegría,
En la mansion serena :
Que esto Dios nos ordena :
Amar sin tregua ; amar, hermana mia,
Cual los querubés aman
Que en el foco eterno de amor se inflaman :
Dichosa tú... ; dichosa !... Mas mi pecho,
Hermana, tú lo sabes
Que de él tienes las llaves,
Jamás á tierna compasión fué estrecho
Y al lloroso, al doliente,
A Dios y á la creación amó ferviente.
; Qué importa, pues, que airado el cierzo
Venga el invierno umbrío [ruja ?
Con su hórrido atavío
Que negra sombra en el confín dibuja ;
Venga en buen hora ufano
Y esgrima su segur con férrea mano.
Que si él de plata mi cabello engasta,
Para venecer su hilo

Fuego me ha dado el cielo
Y con el fuego de mi amor me basta ;
; Que á su luz portentosa
La caduca vejez parece hermosa !
Buscando del amor las flores bellas
Crucemos el desierto ;
La muerte es dulce puerto,
Porque tras esas fúlgidas estrellas
Que el espacio iluminan,
Hay primaveras que jamás terminan.

ANGELA GRASSI.

SUEÑOS.

EN MI HUERTO.

Cuando en la tarde callada,
Amengua el sol sus fulgores,
Y la brisa perfumada,
Jugueteando en la enramada,
Balancea hojas y flores.
Mirar como muere el día
Me place, en tranquila calma,
Y escuchar la poesía
De esa sentida armonía
Que habla, sin voces, al alma,

Allí en la sombra escondida,
Como Pablo, de una higuera,
Prestándoles forma y vida,
Cruzan mi mente abatida
Una tras otras quimera.

Mirando místicas caer
Las flores de los rosales,
Que el alba viera nacer,
Y que mueren para ser
A mis venturas iguales.

Tanto irrealizable sueño
Forja mi cabeza loca
Que juzga que es en su empeño,
Para ellos la tierra poca,
Y hasta el espacio pequeño.

Sueños que en rápido vuelo
Huyen, cual leve vapor,
Y que comparo en mi anhelo
A esas nubes sin color
Que, á veces, cruzan el cielo,

Y mirando, sin ver nada,
Vaga mi errante mirada...
Y del ameno vergel
Se detiene, fatigada,
En un frondoso laurel.

De forma, entónces, se viste
Esa quimera ilusoria
Que forjara mi alma triste;
Era... un algo que no existe...
Y ya es un sueño de gloria.

De laurel es la corona,

Pienso, que el saber abona,
Ella la victoria aclama
Del génio, mientras la fama
Por el mundo la pregonar.

¡Cuán bello será alcanzar
Ese lauro apetecido,
Y tras de breve luchar,
La batalla recordar,
Ya sin temor al olvido!

Mas ¡qué importa que reñida
Sea esa lucha? ¡Tambien
El premio á luchar convida!
No dudes... ya el miedo olvida...
¡Busca uno para tu sien!

Grita, en loco frenesi,
Acallando la razon,
Mi alma; y en tal confusion
Se alza otra voz; ay de mí!
Salida del corazon.

« Sólo—dice—en torno ves
Esa quimera á que aspiras,
¡Oh! ; tan ciego tu afán es
Que, junto al laurel no miras
Fúnebre alzarse un ciprés?

« El te dice, en mudo acento,
Cual la gloria se derrumba,
Fulgor que dura un momento...
¡Vá tras ella el pensamiento
Y antes encuentra la tumba!

« Cese la loca porfía
De tu enferma fantasía,

Sigue tu oculto camino,
; Sea la humildad tu guía
Porque humilde es tu destino ! .

Del corazon á este ruego
Cede el alma; mas como arde
En ella, voraz el fuego
De la ambicion, calla, y luego
Va murmurando ; cobarde !
; Que importa que, en triste suerte,
Yendo de la gloria en pos,
Se encuentre al paso la muerte ?
; Si el hombre su afan no advierte
Lo escribe en el cielo Dios !
Sigue, sigue pensamiento,
Que si es la vida un momento,
Que si un soplo la derrumba,
; Bendito sea el tormento
Que dá un laurel á la tumba !

.....

Y al cerrar la flor su broche,
Que al primer albor incierto
De la mañana hube abierto,
Envuelve en sombras la noche
Los árboles de mi huerto.

Y desaparece aquel sueño
Que hallaba la tierra poca...

.....
! Y en vano, en unir me empeño

Un corazon tan pequeño,
Y una cabeza tan loca !...

SUSANA LACASA.

MARIA INMACULADA.

Angel de la pureza, de tu aliento
Manda un suspiro á mi profano labio.
Génio de la armonía, á quien acento
Dá el sumo Dios omnipotente y sabio ;
Tú, que á los piés de su divino asiento
Su nombre cantas sin hacerle agravio ;
Tú que prestas su dulce melodía
Al ave errante que saluda al día.

Tú, que del mar sobre las turbias ondas
Los anchos senos con tu voz halagas
Y de la selva en las espesas frondas
De auras y vientos el suspiro apagas :
Tú, que entre nubes de celestes blondas
Los aires cruzas y en el éter vagas ;
Dame tu voz purísima y sencilla
Y cantaré á la Virgen sin mancha.

Que es tanta y tanta la inmortal pureza
De su nombre divino y soberano,
Que al adorar el cielo su grandeza
Del poder de su Dios mide el arcano ;
Decir no puede su sin par belleza

En su pobre lenguaje el lábio humano;
Que cielo y tierra ante sus piés postrada
La aclaman sin cesar; Inmaculada!

Y así la llaman en la zona ardiente
Do el sol sin nubes poderoso brilla;
Y así la aclaman con piedad ferviente
Del hondo mar en la apartada orilla;
Al eco de su nombre omnipotente,
Dobla el hombre asombrado la rodilla
Del Africa abrasada en las regiones,
Al salvaje rugir de los leones,
Y en los extensos bosques de Oceanía,

Do lanza el sol su rayo postrimero
Salve, gritan doquier, *Salve, María*,
Respondiendo á la voz del misionero
Y al despuntar en el Oriente el día,
Y cuando brilla trémulo el lucero,
De Thimor el salvaje, su plegaria
Alza en la virgen selva solitaria.

Y del Asia magnífica en los lares,
Que dulce el ámbar sin cesar perfuma,
La invocan entre plácidos cantares,
Que lleva el viento en la perdida bruma

Y si al soplo de Dios hierven los mares,
Alzando montes de agitada espuma,
El náufrago repite en su agonía,
El purísimo nombre de María,

Y los que habitan junto al ancho Nilo,
Y los que al mar de Singapoer navegan,
Y los que al sueño plácido y tranquilo
Entre serpientes sin temor se entregan,

Y los que tienen su ignorado asilo
Donde los rayos de la luz no llegan;
Y los que exponen sin temblar su vida,
Acechando al leopardo en su guarida;
Todos la invocan con ferviente anhelo
Pura y sin culpa manantial de amores,
Y escribe Dios su nombre sobre el cielo,
Del iris en los fúlgidos colores.

Y el serafín al agitar su vuelo
Entre nubes de ardientes resplandores,
De uno al otro hemisferio, con fe santa
Su eterno nombre y su pureza canta.

¿Y cómo no aclamarla con ternura
Inmaculada en tierra y mar y viento,
Si el Dios cuya palabra augusta y pura
Del caos evocara al firmamento,
Y sobre el ancho caos le asegura
Con el poder de su divino acento,
Quiso probar en sér tan peregrino
La inmensidad de su poder divino?

Y la dotó de gracias singulares;
Cifró en ella su encanto y su alegría;
Que escogida y bendita entre millares
Un Dios iba á decirle: Madre mía!

Y la hizo estrella de los anchos mares,
Luz de su luz, aurora de su día,
Y de su amor en el inmenso abismo
Formarla quiso de su aliento mismo.

Y al dirigir sus ojos inmortales
Sobre la augusta emperatriz del cielo,
Creada en sus decretos eternos

Libre de culpa y de mundano duelo,
Dijo en su amor: « Los coros celestiales
Reina te aclamen con ferviente anhelo;
Y pues cielos y mundos hermoseas,
En cielo y mundo bendecida seas.
La sin igual pureza de tu frente
Irradie sólo en la celeste altura,
Como del rojo sol la llama ardiente
Sola en los cielos su esplendor fulgura;
Y el serafín que adora reverente
La augusta plenitud de mi hermosura,
Y que vela el divino santuario,
De mi Suprema Trinidad Sagrario.
Inclinado ante ti do quiera imploré
Tu inocencia purísima y sagrada,
Y de rodillas en su amor adore
El celestial fulgor de tu mirada;
Ante tus piés sus dones atesore
La divina virtud inmaculada,
Que tuyos todos son, y más te diera,
Si más tesoros á mi diestra hubiera.
Y el cielo enmudeció; los serafines
A tus plantas sus alas desplegaron,
Y de Salem los místicos jardines
Sus inmarcitas flores te brindaron,
Con infinito amor los querubines
Tu Concepción divina celebraron,
Y Dios, ¡la inmensidad! de poder lleno,
Dejó los cielos y bajó á tu seno.
¡Quién como tú! Los astros y las nubes
Tu sér adoran y tu nombre santo;

Y en sus himnos de gloria los querubes
Por ti modulan su celeste canto.
¡Quién como tú, que hasta los cielos subes
A darles esplendor, vida y encanto!
¡Quién como tú! Que en la region del viento
Es la pira del sol tu régio asiento.
¡Gloria á María! Su pureza cante
Cuanto tiene poder, voz y existencia;
Que aunque el mundo entusiasta y anhelante
No proclamase su divina esencia,
Para afirmarla yo fuera bastante
Mi sólo corazón y mi creencia.
¡Quísolo Dios, y fué! ¡suyo es el día!
¡Quién como Dios que engrandeció á María!
Y la alzó con su mano creadora
Sobre la inmensidad del firmamento:
Es en la eternidad Reina y Señora;
La augusta Trinidad le presta asiento;
Dios, por amor, su excelsitud adora;
El cielo es su escabel, la luz su aliento;
Y el Espíritu-Santo con sus alas
A su dosel eterno presta galas.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

UN VELATO IO.

RECUERDOS DE ANDALUCÍA.

Más vale morir sin hijos
que dejar hijos impíos.
Eclesiástico, cap. XVI, v. 4

Con la capa á lo torero,
con caireles la chaqueta,
faja verde en la cintura,
color del que bien espera;
en la boca su tabaco,
el calañés en la oreja,
en los ojos la alegría
y en las manos la vihuela,
el hijo de Juan Bizarro,
bizarro también en prendas,
sale ufano de su casa
en traje de gala y fiesta.

Aún las ánimas no tocan
las campanas de la iglesia,
y está por allí la villa
poco menos que desierta,
que es el sitio triste y sólo
y la noche oscura y fresca.

Más sin que al mozo le importe
el luto de las estrellas,
ni la soledad, que el bueno

nunca peligros recela,
una calle y otra calle
baja, sigue y atraviesa,
hasta penetrar en una
cual boca de lobo negra,
que como muchas no tiene
santo en su nicho de piedra,
ante el cual devota mano
algún farolillo enciende.

Por fortuna hacía el confin
de aquel pozo de tinieblas,
largo cual hora de angustia
ó ayuno de anacoreta,
la oscuridad desvanecía
luz que radiante y serena
sale en anchurosa zona
por el poetal y la reja
de una casa, iluminando
hasta la pared frontera.

Sin duda alguna allí tienen
boda, gasto ó francachela,
porque en curioso monton
los muchachos y chiclelas
cual reses en el redil
contra los hierros se aprietan.

Y en tanto que los más fuertes
audaces por ellos trepan,
dándole gusto á los ojos
con lo que la estancia encierra,
envidiosos los de abajo
les pellizcan y golpean;

y entre coces y alaridos.
luchas, zambras y quimeras,
hay empujones de á vara
y alfilerazos de á tercia;
mucho cabello arrancado
y mucha nariz deshecha;
y este baja, y aquel sube
contra corriente y marea,
con las ropas destrozadas
y con las uñas sangrientas.

De vez en cuando de adentro
cortan la infantil reyerta,
amenazando á los chicos
que huyen con planta ligera
para volver como moseas
al plato que les recrea.

Embozados y tapadas
en el zaguan cuchichean,
de donde algunas mujeres,
curiosas cual la primera,
bien tocado el pañolón
que cerviz y cuerpo vela
y hasta el rostro hace invisible
sujeto con mano diestra;
para ver con más espacio
el cancel pasan resueltas,
y éntranse la casa adentro
y van de una á la otra pieza,
y luego cual sombras vanas
como llegaron se ausentan.

Paróse el de la guitarra.

al entrar junto á la puerta,
tiro léjos el cigarro,
destocóse con presteza,
y puesta el alma en los ojos
esperó con faz risueña;
que al mismo tiempo dos soles
vienen por la parte opuesta.

Así aparecen dos damas,
las dos de importancia y bellas;
sin embozo traen la faz,
rumor de crujiente seda
y para evitar tropiezos
un hombre con su linterna.

Tendióles ante los pies
su capa de grazalema
el mozo, con desenfado,
diciendo de esta manera:
— La humildad de este tapiz
con sus pasos enaltezcan,
que quien les rinde la capa
rindióles ya las potencias.

Después de dudar un punto
si aceptan ó si no aceptan,
pasó la de más edad
entre agradecida y seria;
la otra con los ojos bajos,
roja como una cereza,
y en la improvisada alfombra
fijando la planta apenas
— ¡ Viva el rosál que eso cria! —
él dice, y con mano presta

alza el sombrero y la capa
que cual relicario besa.

Los del zaguan abren calle,
el zaguan las damas hueflan,
y con su guitarra en alto
pasa Bizarro tras ellas.

Está la cocina ó sala
como el pico de Veleta
tan brillante es la blancura
que sus paredes ostentan.
A un lado, sobre repisa
de bien calada madera,
encendidos los mecheros
que cuatro antorchas semejan,
hay de reluciente azófar
un gran velón de Lucena,
y en el fondo blanqueado
de la holgada chimenea,
bajo cuya gran campana
se ven los de edad provecta,
un trozo de seca encina
que al arder chisporrotea;
y luz, calor y alegría
esparce con llama inquieta.

A ambos lados de la sala
las mujeres forman rueda,
que hácia el fin de pié los hombres
apiñándose completan.
Y mientras en el hogar

los ancianos se calientan,
y hablan del tiempo presente
y de las pasadas eras,
de la guerra del francés
y de las civiles guerras;
y comparan y suspiran,
y luego echándole tierra
al pasado que murió
vuelven al tiempo, y la siembra;
y á si el barbecho fué malo,
y á si la bina fué buena,
la gente moza murmura
que la funcion no comienza.

Y entre guiños y sonrisas,
plácemes y enhorabuénas,
este requiebra á una jóven,
el otro pisa á una vieja,
aquí se miente una historia
que allá se abulta y comenta;
que está allí, como acontece
donde muchos se congregan,
la juventud con sus sueños,
la vejez con su experiencia,
y la envidia y la maldad
con sus viperinas lenguas.

¡No hay cuadro alguno sin sombra
ni humano goce sin pena!
Por eso en próxima estancia
de angustia indecible presa,

junto á una cuna vacía
á una mujer se contempla:
que en el frontero aposento
vestido de ricas telas,
yace el que fué su esperanza
en tûmulo de inocencia.
Allí está, cándido niño
entre flores y entre velas,
las manecitas cruzadas
con un lirio blanco en ellas,
cubierto con blanca gasa
el rostro cual blanca cera!

Alguna mujer anciana
junto á la triste se sientá,
diciéndole con razones
que ante su dolor se estrellan,
— Por el adulto que muere
se llora, se dobla y reza,
más por el niño, hija mía,
ni se llora, ni se ruega:
que el cielo un ángel recibe
si un niño la tierra deja.
; Si eres de cristianos viejos,
si vienes de buena cepa,
; por qué ha de enojarte el gozo
de los que al ángel festejan?
; Si así des que el mundo es mundo
se hizo en lugares y aldeas,
; quieres tú, como los ricos
que en las ciudades imperan,
donde los usos son otros

si son unas las creencias,
que se conozca que el niño
hácia el trono de Dio vuela,
; tan sólo en que á gloria toquen
las campanas de la iglesia!

— Si era el hijo de mi alma,
la triste madre contesta,
sol á cuya luz vivía,
carne de mi carne misma;
; cómo he de mirar sin llanto
que se lo coma la tierra?

Canten y celebren otros
que en un ángel se convierta;
pero á la que pierde un hijo
dejadla llorar sin tregua,
; que hasta la Virgen lloró
porque también madre era!

Sintióse en esto en la sala
murmullo de gente nueva,
y dando la del sermón
otro giro á su elocuencia,
dijo, poniéndose en pié
y alargando la cabeza,
para ver por qué los grupos
se separan ó condensan:
— Vamos, que tienes ahí
la flor de la villa entera;
la casa está como un oro,
las chicas como azucenas.

y vienen como tres astros
Bizarro y las alcaldesas...

Rompió en valiente rasqueo
la bien templada vihuela,
y un mozo llamado el Duque,
no porque título tenga,
sino porque á los de Frias
un tiempo sirvió su abuela;
después de cantar al niño
una sentida playera,
de su propia inspiracion
terminó con esta letra :
— No lloremos por el niño
que vino al mundo á sufrir,
y ántes de saber qué es pena
ha muerto para vivir.

Aplaudieron el cantar,
sonaron las castañuelas,
y el bailador más garrido
con gallarda gentileza
ante las recién llegadas
pone una rodilla en tierra.

Levantóse la más joven,
y en verdad que es hechicera,
de árabes y ardientes ojos,
de faz un poco aguileña,
trigueñita, sonrosada
y aunque no muy alta, esbelta.
Breve pié, breve cintura,

breve boca y largas trenzas
en la cerviz recogidas
como corona ó diadema.

Lleva tornasol el traje
y de tul la pañoleta,
los pendientes de corai,
junto al rodete diamelas
y al cuello una cruz de oro
en dos hilitos de perlas.
Apénas se puso en pié
cantóle con gracia extrema;
y trinos de ruiaseñor
quien la guitarra punea:
— En toda la Andalucía
hay joya de tu valor,
ni amor como el que te tengo
en cuanto cobija el sol. —

Antes que la postrer nota
de áquel cantar se extinguiera,
cantó otro mozo de chapa
con la altivez del que reta :
— Hásmeme herido de tal modo
que la muerte es mi vivir;
págame el daño en amores
ó no respondo de mí. —

Calló, y saludando al punto
la jóven á su pareja,
volvió á su sitio y cantó
con dulce voz de sirena
miéntras otra bailadora
á su compás da a vuelta:

— Solo un cuerpo tiene el alma,
sola una vida la flor,
una palabra los reyes
y un dueño mi corazón. —

A este cantar que llevaba
dos intenciones diversas,
sintió el que amores pedía
envidia, rabia y vergüenza.

Que vió pintarse en los ojos
del que toca a vihuela,
como el cielo en manso lago
la dicha que el alma llena.

Y otros bailan y otros cantan
con preguntas y respuestas,
hasta que el refresco traen
en anchurosas bandejas.

Sácanlas sobre los brazos
que con el peso retiemblan,
tres muchachas de ojos negros,
cuerpo airoso y tez morena.

Para servirlo se han puesto
toda su gala y riqueza;
zapato de cordobán,

jubon negro y blanca media,
saya cortita de indiana,
pañuelo con lentejuelas,
el moño de picaporte

y sobre la sien izquierda
un clavel, y el cuello preso
en gargantillas de cuentas.

Sus pañizuelos las madres

sobre las faldas despliegan,
que nunca estuvo de más
la pulcritud y limpieza,

Los mancebos se adelantan
y sirven de las bateas

con las tortas de Motril,
los piñonates de Orbera,
polvorones de Morón,

y mantecados de Teba,
ligeros roscos de Loja,
y del pueblo en que se encuentran

dulces secos y bizcochos
con rasolis y mistelas,
y para los padres graves

cosas de más consistencia,
con lo más añejo y caro
que se guarda en las bodegas;

que el padrino paga, y hace
los honores con grandeza,
y es hombre de mucho rumbo

al par que de mucha hacienda.
Todo en la sala es contento
broma, gracejo y belleza,

y aunque se dice que alguno
en faz salió de contienda
con un infierno en el alma,

que infierno los celos crean;
todos de amor ó esperanzas,
dan ó reciben finezas;

todos en la casa olvidan
que tienen la muerte cerca,

que el pasado es un suspiro
el mañana oscura niebla,
relámpago lo presente
y humo que huye la existencia.

Todos olvidan...

No todos :

de angustia indecible presa,
con el llanto en las mejillas
y en el alma la tristeza,
junto á la cuna vacía
la pobre madre aún se encuentra,
y á par suyo el tierno esposo
aunque con dolor, sin queja :

— Mujer, le dice, no llores,
que el corazón me laceras,
Si á Dios llevarse le plugo
de nuestro querer la prenda,
Dios, que de todos es padre,
¡sabrás por qué se la lleva!

Y estrechándole las manos
que siente en las suyas yertas,
sigue, mientras los del baile
ni les miran ni recuerdan,
que dolor que no nos duele
pronto se olvida ó desprecia.

— ¡Quién sabe lo que á ese niño
guardaba la suerte aviesa?

¡Si ora vestido de luz
á Dios por entrambos ruega,
no llores!... Y el triste calla
que honda congoja le asedia,

y á otro lado vuelve el rostro
por que llorar no le vean.

Dando principio al desfile
las que llegaron postreras
se alzaron, que ya dos veces
con aire de confidencia
la madre dijo á la hija :

— Vamos, que tocó la queda,
y madrugar es forzoso
que tempranito le entierran

Y llegando á la que llora

la acarician y consuelan,
y con Bizarro, que pide
para acompañarlas venia,

salen; toma la guitarra

el Duque, hiere sus cuerdas

y á la rosa y al capullo

la despedida les echa :

quedando en el velatorio

hasta que el sol amanezca,

las madres con tanto sueño

que á su pesar cabecean;

con su bien ó su esperanza

las casadas y doncellas;

los chipos con unos ojos

que como fraguas chispean.

y el canto, el baile y la dicha

entre la muerte y la pena...

Iba el del farol delante

con la luz que crece y mengua;

detrás Bizarro y las damas

en plática placentera; cuando de pronto una mano asió al mancebo con fuerza, y apartándole unos pasos un hombre, en la sombra densa así le dijo, con voz aunque amenazante, queda :

— ¡No ha de gozar tus amores quien por tu amor me condena, y pues eres tan dichoso toma, y ventura completa!...

— ¡Dios me asista! — clamó el mozo, y herido cayó en la arena.

— ¡Socorro! — gritan las damas; Socorro! — y lividas, trémulas, ambas corren al herido que alumbra el de la linterna.

A las voces, en tropel todos salen de la fiesta.

— ¿Quién te ha herido? — al triste dicen y él con cristiana enteraza :

— Yo le perdono, — responde.

Y antes que más sangre pierda, con las capas sus amigos forman lecho á dó le llevan, en tanto que el traidor huye al carrascal de la sierra.

— ¡Guay si los dos tienen madre!

— ¡Plegue á Dios que no la tenga!

— ¡Guay de la que al mal herido

entrar mire por sus puertas! ; Guay de la que al criminal, como á perseguida fierá, en el sueño y la vigilia mire por montes y breñas con la mano tinta en sangre y la culpa en la conciencia!

— ¡Oh, cuanto mejor entónces valido á entrambas hubiera, que cuando el niño gozaba de las caricias maternas, á gloria por él tocasen las campanas de la Iglesia!

por MARÍA MENDOZA DE VIVÉS.

LA VIDA.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA
DOÑA TERESA ARAGÓN.

¿Qué es la vida? Una cadena
De frágiles eslabones,
Llena de amor, de ilusiones
Y de desencantos llena.
Un dolor que no declina,

Un placer que se evapora
Una ficción que enamora,
Una verdad que asesina.

Cuando atormentarnos quiere,
En confundir se complace
La bella ilusión que nace
Con la esperanza que muere.
Así, en triste alternativa,
Ya llorando, ya riendo,
Va la existencia corriendo
De la muerte á ser cautiva.

II.

Las hojas de un álbum son
Rayos de un sol que refracta
Con precisión bien exacta
Las luchas del corazón.

Aquí un hermoso paisaje
Lleno de melancolía,
Allá un himno de alegría
O un grito audaz de coraje.
Y en la página siguiente
Junto á la endecha de amor,
El canto desgarrador
De un excéntrico demente.

III.

Careajadas y sonrisas,
Lamentos, quejas, suspiros...

Vagando en revueltos giros
Van á merced de las brisas.

Y extendiéndose en tropel
Por los ámbitos del mundo,
Ora dan goce profundo,
Ora tormento cruel.
¡Ay! y en triste alternativa,
Ya llorando, ya riendo,
Va la existencia corriendo
De la muerte á ser cautiva.

ERMELINDA DE ORMAECHE.

DESCRIPTION DE LAS RIAS

BAJAS.

Dichoso aquel que no ha visto
más río que el de su patria.

Cuando, cansada de la lucha inquieta
A que vive sujeta,
El alma en el bullir de las ciudades,
Dirijo como el ciervo hácia la fuente
Mis pasos nuevamente
De mi patria á las dulces soledades,

No voy ni á las cantábricas riberas
Que rebaño de fieras,
Azotan en su cólera las olas,
Ni á las sierras abruptas, sus vecinas
Donde viejas encinas
Se elevan melancólicas y solas.

No recorrí de Orense los senderos
Los mil desfiladeros
Que surcan la grimitica montaña,
Ni á la fértil Mariña á la aldeana
La del dengue de grana
Pido un puesto al hogar de su cabaña.

Yo sé de un rinconcito de Galicia
Que bajo la caricia
De un sol digno de Nápoles ó Malta,
Produce limoneros y granados,
Y sus alegres prados
Con flores de los trópicos esmaltados.

Donde el mar que es azul como el zafiro,
Con el blando suspiro
De la brisa, se riza mansamente
Como de la pasión ante el lenguaje

Palpita bajo el traje
El seno de la virgen inocente.

Donde en noches profundas, estrelladas,
Las auras van cargadas
De perfumes de azahar y madreselva,
Y remeda un fantástico gemido
El trémulo chasquido
De los pinos gigantes de la selva;

Tiene de su celaje en los fulgores,
En sus extrañas flores,
La gracia sensual del Mediodía,
Y en sus grandes florestas, salpicadas
De arroyos y cascadas,
Del Norte la tenáz melancolía.

El aloes sus hojas africanas
Opone á las lianas
Que le ciñen de blancas campanillas,
Y los bíblicos nardos sus corolas
Al rumor de las olas
Desplegan de la ría en las orillas.

De la luna á los pálidos fulgores
Los dulces ruiseñores
Recelando la luz de la mañana
Lanzan sus trinos, sus canoras notas,
Que mece al aire rotas
Como un hilo de perlas se desgrana.

¡Qué es dejar con el alba el lecho blando,
Y, la costa orillando,
Ver cuajarse la mar de blancas velas
Que á la pesca al salir de la sardina,
Como el ave marina
Van trazando en el agua sus estelas!

¡Qué grato cuando en calma religiosa
La tarde misteriosa
Espira entre celajes del Poniente,
Ascender por veredas escondidas
Al altar de druidas
Que á despecho del tiempo alza la frente!

Aquí el aura sagrada habrá cortado
El muérdago sagrado,
Y, ceñidas las sienes de verbena,
La galaica virgen como un hada

Cruzó por la enramada
A la nocturna claridad serena.

Mi deseo á la playa me encamina,
Y sobre arena fina
Huella mi pié mil conchas caprichosas,
Y viendo como muere sesgo y manso
El mar en un remanso,
Me complace en cojer las más hermosas.

O bien en tardes de huracan y bruma
Reventando en espuma
Oigo la voz de los abismos grave,
Viendo de la tormenta que la azota
Huir la gaviota
A posarse graznando en una nave.

Veo desnudos los robustos brazos,
Entre redes y lazos
Cojer al simple pez los marineros,
Y con gritos de júbilo, arrancados
De los centros salados,
A montonar los pobres prisioneros.

Del pescador el inocente hijuelo,
Revuuelto el rúbio pelo
Con rostro que tostó brisa marina,
Trémulo de ansiedad, con faz risueña
Parece allí en la peña
Una estatua de bronce florentina.

Con leve planta y vivo movimiento
suelta la trenza al viento
Cruzan por los extensos arenales
Las hijas de la costa, en cuyas venas
De griega sangre llenas,
Una sávia febril corre á raudales.

Su vida, en Portonovo, solitaria
Se pasa sedentaria
Labrando encajes y soñando amores,
Y, como piensan siempre en un ausente,
Es de mármol su frente
Y faltan á su rostro los colores.

Yo las he visto, con sus grandes ojos,
Con sus pañuelos rojos
Que se añudan atrás á la cintura,
Mirando al mar, absortas en un sueño,

Y hallé que en su diseño
Es la Vénus de Milo menos pura.

¿Y quien sabe si en épocas remotas,
Cuando las griegas flotas
Vinieron á abordar á estos lugares
El modelo que fué de Praxíteles
No huyó de sus cincelos
Y alzó aquí sus domésticos altares?

¿Y por qué nó? De su inmortal belleza
aquí Naturaleza
revela los misterios seductores,
y una corriente universal de vida
parece difundida
en el mar, en las selvas, en las flores.

Se percibe el secreto movimiento
del gran renacimiento
que está incesante renovando al mundo
y active aún en la nocturna calma,
habla el paisaje al alma
con verbo elocuentísimo y profundo.

Si en la arena abrasada del desierto
como en el polo yerto
Dios anima la nieve y las llanuras,
¡cuanto en el deleitoso panorama
le siente el que le ama
de los mares, los montes y espesuras!

Tanto diverso cuadro que me encanta
el himno son que canta
á su gloria la tierra, el mar, el cielo,
y surge, al espectáculo imponente,
más hondo y más ardiente
de comprenderle el infinito anhelo.

EMILIA PARDO BAZAN.

NAUFRAGAN!

Es un mar hondo, muy hondo,
De superficie brillante,
De corrientes que parecen
Sobre perlas deslizarse,
Por sus lípidos reflejos;
¡Pero es de cieno su base!

Surcan ese mar inmenso
Una multitud de naves;
Llevan blasones y orgullos
Como seguro blindaje
Para no hundirse en el fondo,
¡Y van al fondo á estrellarse!

Pues aunque de orilla á orilla
Esa inmensidad traspasen,
Los navíos corazones
Del mundo sobre los mares,
¡Se zozobran en desengaños,
Bogan sobre vanidades!

SOFÍA PEREZ CASANOVA.

DOLORA.

En el triste cementerio
á un gusano oí decir:
Bien hayas, muerte, bien hayas,
Pues que yo nazco de tí;
Al par que en alas del viento
Un suspiro sollozó:

Vida del placer mal hayas,
Que al nacer tú, muero yo.

SOFÍA PEREZ CASANOVA

CANTARES.

AUSENCIA.

Los que ya cuentan los años
dicen que la vida es corta,
á mí me parece larga
porque ya cuento las horas.

Lo que sé.

Me pides á mí cantares,
y cantares no sé hacer;
desde que te he conocido
sólo he aprendido á querer.

LA VIDA.

La vida es solo un suspiro,
la vida es flor delicada,

una ilusión la sustenta
y un desengaño la mata.

SIEMPRE.

No hay un consuelo tan grande
como este que tengo yo
que aunque me quiten la vida
me queda siempre tu amor.

DOLORES PONCE DE LEÓN.

A LA PAZ.

No para describir rudo combate
no la devastación de Marte fiero
que en sangre de su hermano
tiñe la diestra del audaz guerrero.
Pulsaré del laud las cuerdas de oro,
la paz, la paz amada.
celebraré en mi cántico sonoro
si el sacro núnen que en mi auxilio impióro
un momento no más la galanura
me presta, y la dulcísima armonía
con que la fuente plácida murmura,

y oculto en la espesura
saluda el ruiseñor, al nuevo día.

Que á mi sencilla condicion le agrada
más, en tarde templada,
de hermosa primavera,
tras blanca nube el sol medio velado,
ver alegre esparcirse en la pradera
el jugueton ganado
mientras al son de rústicos cantares,
la sien morena de sudor bañada
y en la robusta mano
del labrador la reluciente azada
rompe los senos de la tierra dura
y zagala gentil derrama el grano
que abundosa cosecha le asegura,
y al fulgor de la aurora, purpurino,
cuando las blancas hojas mece el viento,
y al arado se apresta el campesino,
más me complace modular mi acento
preces alzando al hacedor divino,
que relatar de un héroe el fin sangriento.

Celebren en buen hora otros cantores
lauros funestos de intestina guerra
con que discordia impía
la dulce paz de nuestro hogar medroso
ahuyenta á los horrores
con que su nombre bárbaro la aterra.
yo abomino el encono
conque con fiera saña
se lanza á la pelea
el uno y otro bando.

y á nombre del derecho,
el pendon de Castilla tremolando
riegan con sangre la infeliz España,
esa España que un día,
el rádio de su gloria hallando estrecho,
un nuevo mundo á su ambicion abria,
que domeño á sus leyes
el confín más ignoto
y el poderoso cetro de sus reyes
como tiembla al furor de abrego y noto
el timon de la nave combatida
por tormenta iracunda,
en las débiles manos del marino,
vimos en esa lucha fratricida
marcar el derrotero á las pasiones
sin vislumbrear el fin de su camino

Canten otros la lucha fratricida
que nos sumió en el luto y la amargura,
la juventud de España más florida
arrastrando á sangrienta sepultura.

El bronce centellea
más no el luto y la muerte vomitando,
que hoy alegre retumba
las cóncavas llanuras atronando
la paz dichosa de anhelada nueva
por montes y laderas divulgando.

La paz, la paz amada
que la amistad renueva
entre hermanos que ayer se odiaban fieros
y en cuatros años de lucha, un sólo día
no envainaron ociosos los aceros,

mientras en triste duelo
la madre tierna en el hogar gemía
y la esposa infeliz, plegaría ardiente
y llorosa mirada alzaba al cielo,
al recordar que cien y cien valientes,
como la mies sin sazonar segada,
doblegaban las frentes,
al golpe rudo de enemiga espada.

¿Qué armónico sonido
al nombre de la paz, que dicha esparce,
lleva el viento fugaz hasta su oído?

Como el rostro lloroso
se torna sonriente
y el suspiro medroso
ahogando en su garganta
un vitor y otro y ciento al aire lanza,
y alza la altiva frente,
dó irradian la ventura y la esperanza?

Ya la formida mano
que dió al hijo el sustento
y alivió la miseria del anciano
torna al arte, ferviente,
y Dios enjugará con sabia mano
del trabajo el sudor sobre su frente,
y depuesta la espada asoladora
henchido de esperanza
en alas del ingenio soberano
intrépido se lanza
á robar á la ciencia algún arcano.

El humo denso del feroz combate,
que la vida y los frutos agotaron,

no llenará de sombras la pradera;
pero en cambio, de dichas precursora,
hasta perderse en la azulada esfera
alzará sus penachos, arrogante
gentil locomotora,
uniendo el mundo con sus férreos lazos
cual colosal gigante.

Veinte siglos al mundo han demostrado
que no hay en el soldado
quien nos pueda igualar en hidalgía
ni en arrojo y bravura en la pelea;
que de hoy más en la lucha
de la ciencia y del arte
la noble España sea
quien lleve del progreso el estandarte.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

VELADAS DE INVIERNO.

¡Adios veladas de la infancia mía,
noches de amor, no volveréis jamás!
Las que pasé á las plantas de mi madre
dormida, junto al fuego del hogar.
Jamás, jamás las impías horas,

mientras en triste duelo
la madre tierna en el hogar gemía
y la esposa infeliz, plegaría ardiente
y llorosa mirada alzaba al cielo,
al recordar que cien y cien valientes,
como la mies sin sazonar segada,
doblegaban las frentes,
al golpe rudo de enemiga espada.

¿Qué armónico sonido
al nombre de la paz, que dicha esparce,
lleva el viento fugaz hasta su oído?

Como el rostro lloroso
se torna sonriente
y el suspiro medroso
ahogando en su garganta
un vitor y otro y ciento al aire lanza,
y alza la altiva frente,
dó irradian la ventura y la esperanza?

Ya la formida mano
que dió al hijo el sustento
y alivió la miseria del anciano
torna al arte, ferviente,
y Dios enjugará con sabia mano
del trabajo el sudor sobre su frente,
y depuesta la espada asoladora
henchido de esperanza
en alas del ingénio soberano
intrépido se lanza
á robar á la ciencia algún arcano.

El humo denso del feroz combate,
que la vida y los frutos agotaron,

no llenará de sombras la pradera;
pero en cambio, de dichas precursora,
hasta perderse en la azulada esfera
alzará sus penachos, arrogante
gentil locomotora,
uniendo el mundo con sus férreos lazos
cual colosal gigante.

Veinte siglos al mundo han demostrado
que no hay en el soldado
quien nos pueda igualar en hidalgía
ni en arrojo y bravura en la pelea;
que de hoy más en la lucha
de la ciencia y del arte
la noble España sea
quien lleve del progreso el estandarte.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

VELADAS DE INVIERNO.

¡Adios veladas de la infancia mía,
noches de amor, no volveréis jamás!
Las que pasé á las plantas de mi madre
dormida, junto al fuego del hogar.
Jamás, jamás las impías horas,

que atados á su carro, sin piedad,
nos arrastran al fondo del abismo,
su carrera de muerte detendrán.

Ellas cruzan por cima de las flores,
sin ver que las marchitan al pasar,
mostrándonos la imagen de la dicha,
corren gritando siempre ; más allá !
y nos arrastran por floridas sendas
que nunca volveremos á pisar.

Aún recuerdo las horas de mi infancia,
más dulces porque nunca volverán.

Ya se rompió el hogar y las veladas
que huyeron á su luz no tornan más.

Náufragos restos del bajel perdido,
que á la playa arrojó la tempestad,

somos dos aves que el sagrado techo
de la vejez cobija, en su orfandad.

Planta sin flor junto al marchito sauce,
mi pobre juventud pasando vá,

vivo de la esperanza y los recuerdos,
y más bien que vivir esto es soñar.

—
Cuando bajan las sombras de la noche,
en torno del brasero de metal,
do, cual roja pirámide de oro,
arde el fuego sagrado del hogar,
alredor de una mesa, nos sentamos,
do á Dios nuestras plegarias se alzarán,
do en los libros, herencia de los génios,

la luz mi inteligencia buscará :

que, si es templo el hogar de la familia,
la mesa sobre el fuego es el altar.

Arde la blanca llama de la lámpara,
prisionera en su cárcel de cristal,
las sombras de la blanca porcelana,
cual un crespon, á suspenderse van
del techo, donde, en medio de las sombras
se vé un rayo de luz, jugar :
una estrella parece en las tinieblas
la luz que sube en cándida espiral.

—
El libro abierto, de las santas vidas
la frente de la anciana va á besar ;
quizás vencida al peso de su nieve
la marchita cabeza inclinará

—
Todo es silencio y calma en torno mio,
y en medio de la densa oscuridad,
sólo velan las luces de mis ojos,
la lámpara, y el fuego del hogar.
Rueda á veces la lluvia en los cristales,
ó medroso retumba el huracan,
y del reloj, se escucha imperturbable,
el corazón de acero palpar ;
ó á veces un gemido, con que anuncia
que vá á vibrar su lengua de metal :

parece que suspiran sus entrañas
por las horas que dejan escapar.
El anunció que un año se apagaba
sin combate, ni luz, ni tempestad,
y que otro se engendraba en sus sonidos.
¡Dios sabe para mí lo que será!
Las abrasadas noches del Estío,
á acariciar mi frente volverán?
¡Vosotras, noches de tranquilas horas,
que tan largas parecen á mi afán,
volveréis otra vez á mi camino,
solitarias veladas del hogar?
¡Quizás las que hoy tamento desgraciadas
mi corazón un día envidiará!
¡Tal vez llorando evocaré las sombras
de estas noches que nunca volverán!

BLANCA DE LOS RÍOS.

TU NOMBRE.

(MADRIDAL)

Soné contigo en dulce desvarío,
y despierta á los rayos matinales
escribí con el dedo en los cristales

tu nombre sobre gotas de rocío.
Y al desgarrar el congelado velo
á la lumbre del sol, ví, cielo mío,
que era tu nombre azul el mismo cielo.

BLANCA DE LOS RÍOS.

AL RECUERDO.

Sublime emanación del pensamiento
que en vuelo presuroso,
llevas al alma plácido contento,
amable sentimiento
que de tiempo dichoso
presentas el dulcísimo momento.

Recuerdo celestial, ¡bien de la vida!
hoy con respeto mudo
y por hondo pesar estremecida
á tu influencia acudo;
déjame una memoria, muy querida,
y en éxtasis de amor, yo te saludo.
¡Sentimiento ideal! tu eres la gloria
si ofreces á la mente
de dichas que pasaron la memoria;
tú el prisma resplendente,
tú la palma esplendente
que el corazón anhela en su victoria

Bello cristal de mágica hermosura,
donde reflejas con afán prolijo
la imagen dulce y pura
que nos cierra cruel la sepultura
del adorado hijo
que en la tierra formó nuestra ventura.

La de la tierna madre, que amorosa,
velaba nuestra cuna;
la del esposo fiel, y la donosa
juvenil y graciosa
del amante, que en plácida fortuna
ausente vive de su amada hermosa.

Tú llenas de placer los corazones,
con imágenes puras y halagüeñas,
creas las ilusiones,
y acrecientas al par las emociones
con ideas risueñas
y á veces con terríficas visiones.

Tú del pasado transparente espejo
que olvido no mereces,
luminoso reflejo
que el entusiasmo acreces,
si en el mar de la duda estás perplejo
en óptica ilusión te desvaneces.

Tú, del crimen feroz reproche mudo,
de la conciencia acusador terrible,
que borrarte no pudo
de su alma torva el delincuente rudo,
cuando el pecho sensible
hizo de tí, su generoso escudo.

Tú, que llevas el bien, el mal, la risa,

el dolor, el placer y los tormentos;
que con una sonrisa
presentas á la vez mil pensamientos
y en el alma indecisa
grabas los más amargos sentimientos.
¡Tú, recuerdo inmortal, luz peregrina!
que inflamas el espíritu potente
con llama purpurina,
¡Oh! ; génio del pasado omnipotente!
Ven, enciende en mi mente
con el fuego ideal que en tí germina.

Génio de las tinieblas misteriosas,
si te rechaza el criminal impio,
yo reclamo tus auras luminosas;
ven al corazón mío
y graba en él las horas deliciosas
que me arrancará el huracán bravío.

¡ Recuerdo celestial! ; Bien de la vida!
hoy con respeto mudo,
y por hondo pesar estremecida,
á tu influencia acudo;
déjame una memoria muy querida
y en éxtasis de amor, yo te saludo.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA ROSA DE INVIERNO

Flor que para dar consuelo

Estás en el campo sola,

Sin que te causen recelo

Esos témpanos de hielo

Que te sirven de aureola,

Flor comparable a la estrella

Que nos infunde alegría

Cuando entre nubes destella

Y nos parece más bella

Si es la nube más sombría,

Tú, cuyo manto de grana

Nos causa tanto placer,

Enlazando, flor galana,

Las promesas de mañana

Con los recuerdos de ayer.

Llena el alma de tristeza

Vine a contemplarte yo,

Y me dice tu belleza,

Que duerme naturaleza,

Pero no está muerta, nó...

Y con voz imperceptible

Estás diciendo también :

• Para Dios no hay imposible

• Junto al rigor más terrible

• Hace que florezca el bien.

• Seca el llanto de los ojos

• Eleva tu pensamiento

• Que si yo nazco entre abrojos

• Entre lágrimas y enojos

• Podrá nacer el contento

• La dura cerviz humilla

• Y ten en Dios confianza,

• Que una humilde florecilla

• Bien puede a un alma sencilla

• Dar consuelo y esperanza,

• Bien haya, flor tu destino;

• Bien hayas tú que naciste

• A la orilla del camino

• Para consolar al triste

• Y alentar al peregrino!

• Guarde tu púrpura el cielo

• Y luzca en el campo sola

• Sin que te causen recelo

• Esos témpanos de hielo

• Que te sirven de aureola.

MICHELLE DE SILVA.

Á EL.

¿Por qué dejas en rápida carrera
volar al enfermizo pensamiento,
cómo cruza florestas y llanuras
el soberbio brido que rompió el freno?

Deténle por favor; deténle un punto...
apaga ya, su devorante fuego,
y separa los ojos de la tierra
para elevarlos al radiante cielo.

¿Sabes tú quien soy yo? ¿No, no lo sabes!
no lo sabes sin duda, que á saberlo,
de mí hubieras huido presuroso
cerrándome las puertas de tu pecho.

Yo soy un sér desamparado y débil
que abriga los contrarios sentimientos,
de las dulces palomas de los valles
y del bravo leon, rey del desierto.

Soy fantástico sér, que cruza el mundo
siempre del mundo y sus miserias léjos
y que siente bramar á las pasiones,
con borrasca sin fin, dentro del pecho.

Un sér que poco de la vida sabe
que eleva triste su mirada al cielo,
que busca un *más allá*, que no lo encuentra
y mezcla la sonrisa á los lamentos.

Ya inmoble y silenciosa, yar ligera

como las alas que despliega el viento,
cuando las copas de esmeralda orea
del alto pino, y del ciprés enhiesto.

Eso soy yo; ni á las demás mujeres
me asemeja mi altivo pensamiento,
ni entiendo nada de su vida estéril,
ni sus virtudes negativas quiero.

Quien me llega á querer, jamás me olvida;
yo soy la sombra del amor postrero
y alguno que me amó dejó su juicio
de la locura entre los negros velos.

Yo soy de los afectos más contrarios,
logogrifo sin copia y sin modelo;
casta y apasionada á un tiempo mismo,
mezcla de nieve y devorante fuego.

Móvil como la mar, mi fantasía,
ora se mece en cadenciosos ecos,
ora en montañas de rugiente espuma
quiere escalar el impasible cielo.

Llevo en el alma, como esencia propia,
un himno dulce, melodioso, eterno,
el himno de la santa poesía
que ha sido para mí, el amor primero.

¿Yo busco en más allá; con ansia loca
me consumo en inútiles esfuerzos,
y en cuanto toco de la humana vida,
sólo encuentro vacío y desaliento!

Dióme ingrato el amor amargas horas;
banó sus flores con mi llanto acerbo
y el ídolo que ciega engalanara
en polvo vil le contemplé deshecho.

¿Qué de este herido corazón esperas?
ya no es alma triste, blando lecho
de dulces y risueñas ilusiones,
de imaculados y amorosos sueños.

Incrédula las penas de la vida
aún en edad bien corta me volvieron,
y sentada á la orilla del camino
ya nada pido al mundo, nada espero.

¡Ya ansío que mi rubia cabellera,
la nieve cubra del helado invierno;
que el oro de mis rizos, sea plata
que mármol sea, mi candente seno!

¡Ya ansío que el imán que se desprende
del alma mía, se convertía en hielo;
ya no quiero atraer más corazones
hacia mi corazón helado, yerto!

¡Aléjate de mí; loca tarea,
es querer avivar el débil fuego
que envuelto entre cenizas se conserve
en el triste recinto de mi pecho!

¿Quieres que brote la gigante hoguera?
¿Ansias ver su resplandor inmenso
y hacer saltar la enrojecida llama,
para huir á las luces del incendio?

Triste fuera tu hazaña! Yo, vencida,
víctima fuera de quebrantos nuevos;
pero tú vencedor, por toda gloria
el dardo llevarías en el pecho!

Porque siempre mi sombra entristecida
agitaría tu intranquilo sueño,
y de mi lloro inagotable y triste,

te llegarían los dolientes ecos.

¡Aléjate de mí! ¿de qué te sirve,
mostrar al alma el horizonte nuevo
do brilla el sol resplandeciente y puro,
donde amor y entusiasmo son eternos?

Aléjate de mí; sé tú el más fuerte;
haz que por siempre ya nos separemos;
á tí te esperan dichas, más la mía,
sólo puedo encontrarla ya en el cielo!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

EL MAR.

¡Oh! ¿Qué bello es el mar! exclama el hom-
llo de admiración y de respeto, [bre,
cuando de Dios en la potente mano
el rayo aterrador está sujeto!
¡Cuando la tempestad se halla dormida,
cuando el fragor del trueno
calla, y sobre la espalda poderosa
de ese león en calma,
como cisne sereno
cruza las ondas de apacible lago;
marcha el bajel y el rudo navegante,
mirando cual tachona
un número infinito.

de chispas de diamante,
el azulado espacio,
que sirve á los querubes de palacio,
plácido canto de esperanza: entona

¡ Oh! ¡ Qué bello es el mar! repite el hombre,
cuando en mil copos de rizada espuma
las olas bullidoras
bordando van la playa de zafiros;
cuando suaves suspiros
del blando murmurar de brisa leve
brindan placer al alma
y el corazón se mueve
en dulce, tierna y regalada calma,
contemplando del cielo la hermosura
libre el ánimo fuerte de pavora!

¡ Oh! ¡ Qué bello es el mar cuando escondi-
en sus oscuras y profundas grutas [dos
están los vendavales adormidos,
y el cielo trasparente
deja que de la luna
los plateados rayos
luminen suaves
la silueta gentil de esbeltas naves!

¡ Oh! ¡ Qué bello es el mar cuando la aurora
entre vellones de zafiro y grana,
á las blancas espumas que colora
con sus ricos matices engalana!

¡ Oh! ¡ Qué bello es el mar! cuando en la tar-
sirve de espejo á las doradas nubes [de
y ofrece al sol un lecho de esmeralda,
y de la roca en la pelada cumbre

mira de frente el águila altanera
su roja, viva y encendida lumbre!
Que siempre es bello el mar y su belleza
hace pensar de Dios en la grandeza.

Mas; ah! que si los truenos bramadores
hinchán de sus entrañas el abismo
si de negro crespon visten las nubes
el gigantesco espejo en que Dios mismo
refleja su poder; si destrutores
surgen los rayos y su vivó fuego,
iluminando de la noche oscura
las sombras pavorosas
las hace más oscuras y medrosas:
si las terribles mugidoras olas
en montañas de espuma se levantan,
y su estridente grito
desafiar parece al infinito,
entonces su fiera
es más grandiosa aun que su belleza,

¡ Ruge el leon, y crespá la melena
muestra tendida la sangrienta garra,
la pupila encendida,
la roja fauce abierta;
la ira soberana hincha su pecho,
y se revuelve y brama
y de victimas mil la sangre vierte,
creciendo su furor ante la muerte!

Mas; qué importa

del rey de los desiertos el enojo?
 ¿qué su terrible grito?
 ¿qué su furor insano,
 si por un sólo instante se compara
 con el ronco mugir del Oceano?
 si de las tempestades el aliento
 provoca de los olas los furores;
 si las olas del viento se desatan;
 si rayos voladores,
 cruzando los espacios,
 alumbran el horror de la tormenta,
 y de la mar la saña violenta;
 si se contempla la arrogante nave,
 roto el timon, desarbolado el casco,
 sus velas desgarradas,
 y cual arista leve,
 ó ténue copo de ligera nieve,
 sirviendo de juguete de las ondas
 subir hasta las nubes,
 y en el instante mismo
 hundirse para siempre en el abismo;
 entonces del coloso la belleza
 es tan aterradora
 que al contemplarla el hombre se extremece
 y con su admiracion su temor crece.
 Ante la tempestad cree el ateo;
 solo el poder de Dios, que es infinito,
 puede calmar con su potente mano
 el terrible furor del Oceano.
 Sólo su voluntad omnipotente
 pudo marcar la valla,

que sirve de muralla
 á las mugientes olas.
 Sólo él sujeta el rayo,
 solo él acalla el trueno:
 sólo él pudo mandar á la tormenta
 que haga lugar á la tranquila calma,
 y enfrenando los fieros huracanes,
 y cerrando las bocas del abismo,
 volver al ancho mar lago de plata,
 en donde bello el cielo se retrata.
 ; Grande, fiero es el mar, y su fiera
 muestra el poder de Dios y su grandeza!

SOFÍA TARTILAN.

A LA PÁTRIA.

No voy á cantar tus glorias;
 no voy á cantar grandezas
 ya pasadas;
 no tus inclitas victorias
 no tus brillantes proezas
 olvidadas.
 Otros siglos, hijos fieles
 te corona te ciñeron
 denodados:

mústios yacen sus laureles;
de tu frente ya cayeron
deshojados.

Pobre, triste, abandonada
llora tu amarga querella,
pátria mia;
llora, si, mientras osada,
bajo sus plantas te huella,
gente impia.

Duerme tu león, en tanto
que te desgarran el seno;
llora... llora...
pues tu antiguo régio manto,
de sangre y lágrimas lleno
ves ahora.

Desde el Pirene escabroso
hasta la orilla apacible
que el mar baña,
que ofrece tu suelo hermoso
sino lucha, y lucha horrible
pobre España?

Rugió la tormenta fuerte,
las turbas se desbordaron,
en tus lares
tendió sus alas la muerte,
y en tierra se derrumbaron
tus altares.

Tuvo la Virgen sagrada
tras de las aras divinas,
paz, contento;
y ora gime desolada

sobre las tristes ruinas
de un convento.
Cesó el cántico inspirado;
no alza el incienso su pura
blanca nube;
desde el templo abandonado
santa oracion á la altura
ya no sube.

Y mientras inicia saña
sobre cenizas tremola
sus pendones,
ay! tus hijos, noble España,
manchan de sangre española
tus blasones.

En el monte y en el prado
en el valle y en la aldea
¿que se escucha?
ay! triste del soldado,
la voz del cañon que humea
siempre lucha!

Tendió sus alas sombrías
la Discordia tenebrosa
despiadada
y huyeron los dulces dias,
y huyó la paz venturosa
desolada.

Yerma tus campos la guerra
cual torbellino deshecho
inhumano
y no se labra la tierra
y hiere el hermano el pecho

del hermano...
Sangre matiza tus flores,
en contienda fratricida
derramada,
y lloran los labradores
al ver su herencia querida
devastada.

Entre los montes frágiles
donde su raza altanera
tiene asiento,
los cántabros valerosos
de rebelión la bandera
dan al viento.

Gritos de guerra lanzando
con que aquellas espesuras
se estremecen,
su viejo trono aclamando,
descienden a las llanuras
que enrojecen.

Aquí del mar á la orilla
de altivo fuerte orgulloso
sobre el muro,
pendon que al ibero humilla,
pendon de ignominia odioso,
se alza impuro.

A su sombra malhadada,
el negro crimen impera
con la muerte;
y en pirata, deshonrada,
la antigua nave guerrera
se convierte.

¡Triste ciudad sin ventura!
¡ay de tus hijos huidos
de sus lares!...
que contemplan ¡suerte dura!
por la guerra demolidos
sus hogares.

Y allá do Colón grandioso
clavó la cruz redentora
que adorará,
donde Cortés valeroso
nuestra enseña vencedora
levantará,

Pugna ¡oh mi patria! un partido
por arrojar despiadado
tu bandera
de ese mundo, que al olvido
y al ancho mar arrancado
por ti fuera...

¡Pobre España! todos quieren
hacer de tu rico manto
mil girones;
todos el pecho te hieren
¡y se mofan entre tanto
las naciones!

Vacila tu fé sublime;
cubre el porvenir oscuro
nube densa;
y el buen español que gime,
que tras ella un astro puro
se alza piensa.

¡Será verdad? ¡vendrá un día

en que descienda á tu suelo
la bonanza?
¿será verdad, patria mía,
que llegue á cumplir el cielo
tu esperanza?
¡Huyan, oh España, esas nieblas
que oscurecen tu brillante
limpia historia:
Dios disipe las tinieblas,
y el sol fúlgido levante
de tu gloria!

JOSEFA UGARTE BARIENTOS.

(1874).

Á LA MEMORIA DE MI PADRE.

¡Padre del alma! ¡Venerada sombra!
¡Santa memoria que mi mente llena!
Perdida luz que mi cariño nombra
En la infinita noche de mi pena!
Infundidme valor, prestad aliento
Al débil sér que en su dolor desmaya,
Y en el profundo mar del sufrimiento
Hallar no puede salvadora playa.
Desgarrados los piés por los abrojos
Al borde de un abismo me detengo,

Y huyendo de su horror, vuelvo los ojos
Al camino feliz de donde vengo.
¡Qué léjos miro ya tanta alegría,
Tan dulces sueños y tan gratas horas,
La ilusión que en mi frente se adormía,
Y el raudal de esperanzas seductoras
Que el paternal amor en mí vertía!
Triste desolación, honda amargura
Reinan hoy en mi espíritu abrumado
Al peso de mi inmensa desventura
¡Toda mi dicha existe en lo pasado,
Encerrada en estrecha sepultura
Con los restos de un padre idolatrado!
¡Padre del corazón! Tu amor profundo
No alumbraba ya con resplandor divino
Mi paso por el mundo,
Ni hallo en tu frente, de honradez espejo
El objeto mejor de mis caricias,
Y de todas mis dichas el reflejo.
¡Ay de la triste planta
Que en este suelo sin tu amparo queda!
El árbol de tu amor ya no levanta
Seguros brazos donde asirse puedan
Y en triste soledad tiembla y se espanta.
Mi corazón, á la esperanza abierto
En otras horas para siempre huido,
Cobarde acaso, se juzgaba muerto
Tan sólo al repentin leves heridas;
Y ¡ay! mi pena de entonces, no era pena
Junto al dolor que me consume ahora,
Que era un grano de arena

Y este dolor, montaña abrumadora
 ! Por siempre te perdí! Mi vista errante
 Revuelvo sin cesar en torno mio;
 ¡Ay! yo busco tu amor y tu semblante,
 Y hallo un sitio no más que está vacío.
 Hallo, sí, de tu imagen adorada
 La copia fiel, de mi pesar consuelo,
 Y la quiero anidar con la mirada,
 Mas ella queda inmóvil y callada
 Y te vuelvo á buscar mirando al cielo.
 ¡Ay! Yo tan sólo presenciar debía
 Tu cuerpo con mis lágrimas bañando,
 El momento fatal de tu agonía,
 Mi pobre corazón, mi pena impía
 Te estuvieron no más acompañando.
 Yo enjugaba tu frente sudorosa
 De inquietudes mortales combatida;
 Tú ya insensible á la doliente vida,
 Ni sentiste mi mano temblorosa,
 Ni me diste un adiós de despedida.
 Luego, sin voluntad, acaso ingrata,
 Me dejé arrebatar de tu presencia
 Cual flor que al árbol seco se arrebata,
 ¡Maldita de los vientos la violencia
 Que troncha al árbol, y á la flor no mata!
 A verte no volví; con paso incierto,
 De hondo dolor sintiendo las espinas,
 Entré de nuevo en el hogar desierto
 Que sin tí no era hogar, sino ruinas
 Que iban rodando á tu sepulcro abierto.
 Tus hijos se agruparon

En tan amargas y terribles horas,
 Como tímidas aves que miraron
 Tronchadas ya las ramas protectoras
 Del venturoso albergue en que anidaron
 Y corrieron sus lágrimas unidas,
 Y en uno sólo á confundirse fueron
 Los ayes de sus almas combatidas,
 Como notas de un arpa que rompieron,
 Y se elevan, á un tiempo desprendidas.

Tú, que ya gozas de inmutable calma,
 Protege desde el cielo
 A los pobres pedazos de tu alma
 Que ya no amparas con amante anhelo.
 Hoy, la mente alejada de la tierra,
 La sien ceñida de enlutado velo,
 En la adorada tumba que te encierra
 Vengo á dejar las esperanzas mías,
 Las páginas mas bellas de mi historia,
 Mi humana fé, mis puras alegrías,
 Mi noble afán y mi modesta gloria;
 ¡Para alumbrar mis solitarios días
 Sólo me basta ya con tu memoria!
 Yo adoro tu recuerdo inextinguible
 Como en tiempo mejor pude adorarte,
 Y si volverte á ver es imposible,
 Es también imposible el olvidarte.
 Aquí estoy ya, cumpliendo mi deseo,
 Inmóvil, como el lecho en que reposas,
 Triste, como el recinto en que me veo,
 Y helado el corazón como estas losas
 Que deja aquí la muerte por trofeo.

Alma que al cielo á abandonar se atreve
Otra buscando que le fué querida.
Parece algún ciprés que el viento mueve..
; No sé como á esos á arboles dá vida
Una tierra que cubre tanta nieve!
; Deja que vierta en tu perpétuo asilo
El llanto amargo que mi vista ciega!
; Deja que un alma que sin luz navega
De aflicciones en piélago intranquilo,
Te ofrezca ya cual último tributo,
De la oración las inmarchitas flores,
Y te cuente el caudal de sus dolores.
En prueba cierta de su eterno luto!
Tal vez, sombra querida,
De mi horrible martirio la grandeza
Mirando estás con alma dolorida,
Mientras se inclina al polvo mi cabeza
En tu pecho otro tiempo sostenida.
Tal vez, cuando en la noche solitaria
Olvidando miserias terrenales,
Elevó á Dios mi funeral plegaria
Por tus eternas dichas celestiales,
Desciendas por misterio soberano,
Sobre mi frente que el pesar marchita,
Y en ella viertas con piedad bendita
Un destello de amor que no es ya humano.
Adios... Adios... Aunque de aquí me ausento
En tu sepulcro, altar de mi ternura,
Por siempre quedará mi pensamiento.
No temas, no, la soledad horrible
De esta mansion cuyo contacto hiela,

Que mi doliente espíritu, invisible
En esta tumba sin descanso vela.
Quedan ; oh padre ! sobre el mármol frío
Que esconde tus cenizas veneradas
Y en que se estrella mi dolor sombrío,
Las huellas de mis besos, no borradas
Por el ancho raudal del llanto mío.
; Ay ! Quien los tuyos recibir no espera,
Para llorar sin tregua tu partida
Inagotables lágrimas quisiera :
Mas si ellas faltan, mi dolor no olvida ;
; Sin verter una lágrima siguiera
Yo te puedo llorar toda mi vida !

MERCEDES DE VELILLA Y RODRÍGUEZ

LÁGRIMAS.

Tiene, así como el cielo su rocío,
Su llanto el corazón; lluvia escondida
Que brota á impulsos del dolor impío
En las gigantes luchas de la vida

No sabremos quizás por qué lloramos
Pero si que el llorar es nuestra suerte.

Y si con llanto al mundo saludamos
Con llanto nos despiden en la muerte.

¡ Lágrimas, es verdad ! En nuestra historia
Esa palabra se escribió por lema,
Y queda siempre, al fin de toda gloria
Llanto desolador que el alma quema.

Ancho raudal á nuestros ojos sube,
Que muerta la ilusion, roto el encanto,
El desengaño, cual sedienta nube,
Del mar del corazon recoge el llanto :

Ni aun en la copa del placer bebiendo,
Las penas de la vida han de olvidarse,
Porque en ella al beber, se esta creyendo
Que puede al fin de lágrimas llenarse.

Ellas son la señal consoladora
Que suplica una tregua en la batalla,
Y son tambien la lluvia precursora
De la tormenta que en el pecho estalla.

Emblema son de amor y de ternura,
La voz con que nos habla el sentimiento,
Y son la fuente inagotable y pura
Donde sus alas baña el pensamiento.

La humanidad pagando su tributo,
Inunda con sus lágrimas la tierra,
Porque ellas son de la desgracia el fruto,
Como es la sangre el fruto de la guerra.

Lágrimas ; ay ! por el dolor creadas,
Siempre del hombre compañeras fueron ;
En la cima de un monte derramadas,
La humanidad culpable redimieron.

Cual la luz de una tarde que declina,
Piérdese la esperanza, apenas brota,
Y sólo el sufrimiento no termina
Ni el raudal de las lágrimas se agota.

Ellas, que ofrecen bienhechor consuelo,
No dejarán al mundo en abandono ;
Su cuna es el dolor, su patria el cielo
Y el corazon de la mujer su trono.

MERCEDES DE VELILLA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADVERTENCIA.

Las poesías que á continuacion publica-
mos se han recibido despues de coleccionar
las treinta y seis primeras del tomo, por eso
no van, como aquellas, colocadas por el ór-
den alfabético de los apellidos de sus auto-
ras.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

EN LA MUERTE

de la eminente poetisa doña Gertrudis Gomez
de Avellaneda.

¿Qué acento es ese, lastimero y hueco,
Que en los espacios se dilata y vuela,
Cuyo apagado, estremecido eco
Oprime el corazón, el alma hiela?
Parece de una madre desdichada,
Que el hijo de su amor, triste, ha perdido,
Indefinible exclamación lanzada
De lo más bondoso de su pecho herido:
O bien nébil sonido
Arrancado á una lira misteriosa,
Por invisible mano,
En medio de la noche silenciosa.
Gemido sobre humano,
Desgarrador lamento,
Que al extenderse en ondulantes giros
—De aura fugaz con el suave aliento—
Por la región vacía,
Remedando tiernísimos suspiros,
De una amarga y letal melancolía

El ambiente satura
Que el corazón al aspirarle apura.

Oid ! ya más distinto,
Ya más claro resuena...
Es una voz dulcísima que llena
El anchuroso etéreo recinto...
Voz doliente, apenada,
De timbre sonoro y argentino;
Voz en lágrimas tristes empapada,
Que sólo exhalar puede
De algún ser celestial labio divino...
— ¡Oh! ni un mortal sobre la tierra queda!...
— ¡Lo ois?... la voz conmovedora exclama...
• Que de sus turbios ojos,
De ardiente lloro abrasador torrente
No vierta ante los pálidos despojos
De la que tanto fatigó a la Fama,
Haciéndola llevar de polo a polo,
Las notas de su canto prepotente;
Y a cuyo nombre solo,
¡Hasta el alma más fría
Hervir en ella el entusiasmo siente!

El génio de la excelsa poesía,
Que dió á su lira misteriosos sonos,
Que de la inspiración la dulce llama
— Cuyo puro destello —
El mismo hielo endurecido inflama —
En su mente encendió; que á sus canciones
Puso el celeste sello

De lo sublime, de lo grande y bello
Conque hiciera latir los corazones,
Hoy dobla la cabeza
Bajo el dosel de sus nevadas alas,
Y prosternado ante el cadáver verla,
Presa de indescriptible desconsuelo,
De profunda tristeza,
Marchitas ya las esplendentes galas
Que ornaban su veste, y el laúd cubierto
Con fúnebre crespon, acerbo duelo
Denota en su actitud desesperada;
¡Que nada puede consolarle, nada!

Fúlgido sol, á quien valiente canto
Su voz alzó con brío;
Palida luna que en la noche triste
Tú sola ver pudiste
Los amargos raudales de su llanto,
Y que el origen del dolor sombrío
Oculto en el ignoto santuario
De su alma grande, levantada y noble,
Tú sola penetraste y comprendiste;
De nuestra luz un rayo dulce y pio
Venid á derramar sobre el sudario
En que se envuelve su cadáver frío
Próximo á descender al funerario
Lecho de tierra, en el que á polvo leve
La humana vestitura
Conque cubrió á su hechura
El Criador, reducirse en breve
¡Flores, hermosas flores

Que sois con vuestros mágicos colores
Y espléndida belleza
Gloria de los pensiles,
Y heraldos que, al henchir con vuestro aroma
Las alas impalpables y sutiles
De la ligera brisa, en el idioma
Desconocido, sí, pero elocuente
Que habla naturaleza

— Y solo aprende el corazón que siente, —
Proclamais el poder y la grandeza
De aquel que os dá — desde su excelsa altura —
Hechizos y perfumes y hermosura :
Doblad vuestra cerviz encantadora
Como señal de duelo !
¡ Ay que la amante y férvida cantora
Que tanto os adoraba, huyóse al cielo !
.....
¿ No es ilusión ?... ¿ La parca inexorable

— Con inclemente saña —
Habrá hundido su pérfida guadaña
En el pecho entusiasta y generoso
De la sublime musa ?... Perdurable,
¿ Por qué no es, ¿ oh Dios mío ! la existencia
Del sér privilegiado y venturoso
Cuya alma inteligencia
Un rayo puro de la tuya baña ?...
Más... ; Ah ! otra vez el fugitivo viento
Me trae el eco de una voz extraña,
Cuyo solemne y majestuoso acento
Algo severo é imponente entraña.

— ¿ Quien osa — dice — temeraria queja
Imprudente elevar ? ¿ A quién asusta
Tanto el fallo eternal, que al lábio deja
En nécias frases prorrumpir sin tino
Como increpando al árbitro divino ?
¡ Oh ! ¿ tanto vale ese existir menguado,
Esa vida rüin y miserable
Cuyo áspero camino
Está do quier sembrado
De erizadas espinas, que destrozan
Sin compasión el corazón humano ;
Donde el mayor placer es deleznable
Sombra fugaz que de los brazos huye
Cuando más por asirla lucha en vano,
Sueño que amargo despertar destruye ?
¿ Qué en ese mundo los mortales gozan
Para que así su pérdida deploren,
Para que — ¡ nécios ! — sin consuelo lloren
Cuando una criatura le abandona
Obediente al decreto soberano ?...

¿ Nace el hombre ! tristísimo gemido
La vida al saludar, su boca exhala ;
Tal vez desconocido
Presentimiento se le arranca : acaso
Prevée ya la cohorte monstruosa
De funestos dolores
Porque ha de ser sin tregua perseguido
De su oriente á su ocaso.
Crece despues, y rápida resbala
La bella edad de su niñez dichosa ;

Más ¡ay! que tiene en pòs la adolescencia,
Luego la juventud: de la inocencia
El límpido cristal, negros vapores
Comienzan á empañar... Ya la conciencia

No duerme tan tranquila...

Esperanzas, deseos, ilusiones...
Sueños de amor, de gloria de ventura,
Roban su paz, encienden su pupila,
Exacerban, excitan sus pasiones,
Y le mantienen en cruel tortura.
Llega al umbral de la vejez; gastadas
Están sus fuerzas por la cruda lucha
Entónce, en su interior — ¡misero! — escucha
Una voz vaporosa que le exige

De las horas pasadas

En punible abandono,

Estrecha cuenta, y con adusto tono
Duras reconvenciones le dirige
Con que su pobre espíritu se aterra...

¿Y esto es vivir mortales?

¿Y os duele huir de tan horribles males
Como ese mundo en que habitais encierra?

¡Basta! ¡Jamás el importuno lloro

Llegue á turbar de la callada tumba
En que va á hundirse el cuerpo inanimado
De la augusta cantora, el misterioso
Silencio! El arpa de las cuerdas de oro
Que su mano pulsó, también sucumba
Y á su lado repose.

Para que nunca un eco quejumbroso

— Al agitarla el viento — lanzar ose!

¡Ella es feliz! de inmarcesible gloria

— Luce eternal diadema,

Que el mismo Dios, inmenso, omnipotente
Ha querido poner sobre su frente,
De virtud y de génio como emblema;
No cual la que ceñisteis
A sus mortales sienes, ilusoria
Como el frágil laurel de que la hicisteis
Y qué, cual él tornóse en vil escoria;
Si nó bella, fulgente, inmarchitable,
Lo mismo que su Autor, invariable!

¡Es verdad! ¡Es verdad! En la garganta
El rebelde sollozo

Ahoguemos con valor! Tal vez ahora

Su alma henchida de celeste gozo

Un himno tierno de alabanzas canta.

Mientras que en éxtasis divino adora

Al Supremo Señor de lo creado

Y besa humilde su sublime planta.

¡Que el vulgo de los hombres asombrado

Tiemble al alzar la eternidad su velo;

¡Más la patria del génio está en el cielo! •

ERMELINDA DE ORMAECHE.

LUZ.

De densa niebla, el pabellon flotante
envuelve al mundo entero en su capúz;
¡ay si un rayo de sol puro y brillante
á alumbrarme viniera con su luz!

El mundo cruza con incierto paso
buscando de una estrella el resplandor;
buscando un sol que brille sin ocaso
y alumbre las tinieblas del dolor.

Y pisando del mundo los abrojos
en vano busco con creciente afán,
que si brilla una luz ante mis ojos
es la abrasante llama de un volcan.

Entre sombras cruzando mi camino
en vano busca el pensamiento luz...
en vano nó, que el resplandor Divino
miro del sol que irradia en una Cruz.

FILOMENA DATO MURUAIS.

LA PRIMERA CITA.

IRENE.

Baja á la reja esta noche,
y verás lo que es canela;
que á un peladero de pava
nada en el mundo le llega.

I.

Hay sobre el amor tan varias
y encontradas opiniones,
que cuanto más se discute
se encuentran menos conformes.
Unos le llaman abismo,
y perdicion de los hombres
otros, el mejor consuelo
de los humanos dolores.
Ya le pintan como esclavo
del interés vil y torpe;
ya generoso y sublime,
todo luz, todo ilusiones,
y aunque es verdad que se abusa
con frecuencia de su nombre,
y que de máscara sirve
á las más negras traiciones,
tambien es verdad que encierra

encantos que desconocen
los que jamás le sintieron
latir en sus corazones.
Mas sin intentar siquiera
convencer de sus errores
ni á los que infierno le llamen,
ni á los que gloria le nombren,
me limito á retratarlo
en el valle de las flores,
en la hermosa Andalucía,
en el jardín de la España, donde
una eterna primavera
cubre de verdor los montes
y entre celajes de oro
el ardiente sol se esconde.
Sin seguirle en su camino
que es, con raras excepciones,
igual al que en todo el mundo
por moneda de amar corre,
voy á pintarle tan sólo
en la venturosa noche
que tienen galán y dama
la primer cita de amores.
Horas por cuyo recuerdo
de puros y dulces goces,
aunque el hielo de los años
entibie los corazones,
siempre alguna chispa brota
con encendidos fulgores,
entre la ceniza fría
de las muertas ilusiones.

II.

Es media noche, la luna
esparce rayos de plata,
y las calles de Sevilla
con trémulo fulgor baña.
Perfumadas de azahares
vagan inquietas las auras.
y con suaves murmullos
entre los árboles cantan.
Ya de la Giralda altiva
las armoniosas campanas
han lanzado á los espacios
la misteriosa plegaria.
Notas cuya melodía
hiere dulcemente el alma,
saludo del día que viene,
despedida del que acaba.
Profunda soledad reina,
todo en silencio descansa,
Sevilla entera parece
una ciudad encantada.
Mas en la acera sombría,
donde la luna no alcanza,
un galán, mientras espera,
con su impaciencia batalla.
Su noble y gentil talante
encubre la airosa capa,

cuyo embozo diestramente
la morena faz recata.
Con inquietud se pasea
y una vez y otras mil pasa
ante una reja que mira
por su martirio cerrada.
Y cual si fuera el acero
y hebra de iman la ventana,
si se aleja pronto vuelve
para de nuevo mirarla.
¡ Con qué afán clava sus ojos
En la persiana labrada,
donde espera que se asome
el iris de su esperanza !
Mas, como dice un adagio,
y es una verdad probada,
no hay plazo que no se cumpla
ni deuda que no se paga,
al fin misteriosa mano,
con leve rumor, declara
al impaciente mancebo
la presencia de la dama.
Allí está muda, temblando,
conmovida de su audacia,
en su rubor tan hermosa
como espera ser amada.
Y él encantado la mira
sin hallar una palabra
entre las mil que á sus labios
por salir junas se afanan.
¡ Qué dicha ! persiana y reja

solamente les separan,
y no temen de importunos
las curiosas asechanzas.
La noche, la blanca luna
el duce rumor del aura,
son dichosos mensajeros
de amorosas esperanzas;
y cuando el gallardo amante
el nudo á su voz desata,
estas palabras se lleva
la leve brisa en sus alas :

— Aunque te estoy mirando
dudan mis ojos,
si se engañan al verte :
¡ son tan dichosos !
¡ Cuánto anhelaba
decirte lo que siento,
luz de mi alma !
¡ Ves cuantas estrellitas
tiene ese cielo
que extiende en los espacios
su azul sereno ?
Muchas más penas
llevo por tí sufridas
sin merecerlas.
Recelos y temores
y amargas dudas,
en mi pecho tenían
eterna lucha.
Mas esta hora

me hace olvidar, bien mío,
mis penas todas.
Como á la mar el Bétis
corre sereno,
hácia tí va mi alma,
mi pensamiento,
¡ Cuanto te adoro !
No se cansan de verte,
niña, mis ojos.
Pero no me respondes...
¡ Por qué suspiras ?
Porque temo mudanzas.
— ¡ Luz de mi vida !
Esos temores
son pruebas porque pasan
los corazones.
Antes en noche eterna
la lumbre pura
del sol, ha de trocarse
con triste angustia,
que en fiel anhelo
olvide ni un instante
mis juramentos.
Pero nada contestas...
dí, ¿ no me quieres ?
¿ podrás quizá olvidarme ?
— ¡ Te amaré siempre !
— Y yo te juro
con el alma y la vida
ser siempre tuyo

Y en pláticas semejantes
pasan las horas veloces,
ligando las tiernas almas
con lazos de bellas flores.
Después... vienen desengaños
y las cadenas se rompen;
pero al recuerdo suave
de aquella cita de amores,
aunque el hielo de los años
entibie los corazones,
siempre alguna chispa brota
con encendidos fulgores
entre la ceniza fría
de las muertas ilusiones.

ISABEL CHEIX.

CUENTO.

Una niña gentil, sencilla y pura
á quien la hada Virtud patrocinaba
del mundo en la amargura,
su noble corazón y su hermostra
eran único bien que atesoraba.
Viéndola sola al comenzar la vida,
la maga bien quisiera
darle amorosa maternal egida,

más al libre albedrío sometida
que en el humano impera,
tan sólo puede ser su consejera.

— «Un príncipe, un pastor te aman» — le dice:—

Oye; juzga, y escoje: ya certera
luz á tu mente di: ¡ bastante hice !
Grave la niña espera,

y el príncipe le habló de esta manera :

— « Yo desciendo hasta tí: divina estrella
absorto te admiré, y ardi en el fuego
del deseo que todo lo atropella
cual vivida centella
que dá luz al nacer y abrasa luego !

Oro placer, y halago á los sentidos
quiero darte, y joyeles y brillantes,
que ostenten sus primores rutilantes
á tu hermosura espléndida añadidos !
¡ Dar envidia, gozar, ese es mi emblema !
¡ Tóma, cife de hermosa la diadema ! »

— « Elévame hasta tí » — tierno decia
el pastor con afán — « Te amo de suerte
que por besar el limbo de tu falda
arrostrará feliz hasta la muerte,

Yo tejeré de flores tu guirnalda:
yo te daré el vellón de mi ganado;
fresca leche, y la miel dulce y sabrosa
de panal regalado !

¡ Vivir ante tus plantas prosternado;
dar mi vida á tu amor, llamarte esposa,
es sueño realizado !

Si te aman los sentidos ¡ vida mía !

más te ama el corazón: ¡ tú eres mi cielo !

Trabajar para tí será mi anhelo;

! respeto, amor, virtud, serán mi guía ! »

— La niña no dudó; — « Los dos me aman, »

— pensó: « mas ¡ cuán distintos sentimientos
y cuán distinto amor los dos proclaman !

¡ El corazón comprende sus intentos !

¡ O juguete, ó mujer ! ¡ Dicha modesta !

¡ Vergonzoso esplendor !... ¡ Seré pastora !

Amor, virtud y fé con quien me adora;

¡ Realidad é ilusión !... ¡ La dicha es esta ! »

ELISA DE LUXAN DE GARCIA DANA.

LA VIOLETA Y EL SOL.

En lejano valle oculto
nació una violeta blanca,
allí esparce sus aromas
que el aura envuelve en sus alas.

Nació sola y sola vive;
casualidad, esa maga
que hace y deshace á su antojo
allí quiso colocarla.

Nunca el sol llegó hasta ella
que en diurna carrera pasa
sin que un sólo de sus rayos

temple su oculta morada.
Tan sólo un tibio arroyuelo
su soledad acompaña
que rodando murmurante
vá á perderse entre espadañas.
Por eso la pobre flor
vive á sí misma entregada,
pues que del astro arrogante
el vivo amor no esperaba.
Una tarde, la violeta
más fresca, más perfumada
que nunca, sentidas quejas
en su soledad exala
diciendo: — ¡Y he de vivir
sin amor, sin esperanza,
triste, aislada para siempre?...
¿Por qué no tengo una hermana?
¡Mejor es no haber nacido
que vivir abandonada!
Mas nó, no quiero morir
tan pronto, tan solitaria,
porque vivir es amar
y la vida es la esperanza.
Sin el sol, mi bien amado,
hasta el ambiente me falta:
si uno sólo de sus rayos
en mi alma se infiltrara
por muy dichosa me diera.
y cuán feliz si me amara!
Las quejas de la violeta
siempre el arroyo escuchaba,

y murmurador que era
y ansioso de consolarla,
convertido en débil bruma
al éter azul se alza
y al sol refiere la cuita
de la flor enamorada.
Entónce el ástro que nunca
su luz en ella posára
la miró, y quedó prendado
de tanta modestia y gracia.
Inundóla con su luz
y su amor le dió sin tasa
Desde aquel día sus rayos
dulcemente la cercaban,
pues su rotacion continua
hizo que al valle bajára.
Y como amor es la vida
y la vida es la esperanza,
la flor recobró su brillo,
su frescura, su fragancia,
que entónces todos los días
es por el sol visitada.
Ya es feliz, morir no quiere
que el amor llena su alma:
ya no dá quejas al viento,
el ambiente no le falta.
El cristalino arroyuelo
viéndola feliz se calla
que tanta felicidad
como obra suya estimaba,
y por no evitar sudicha

la envidia en silencio y marcha.
Ambos amantes contentos
su mútua dicha gozaban :
él su amor lo daba inmenso,
ello su esencia le daba.
Dulces las horas corrían,
rápidas para el que ama,
y el astro se despedía
de la florecilla cándida,
para hallarla á la otra aurora
más pura, más perfumada.
Mas como todo termina,
tode en tiempo dado acaba,
la pobre flor que ántes era
tan hermosa, tan lozana,
empezó á languidecer
no por falta de esperanza,
sino por exceso acaso
de ventura tan ansiada.
¡Cuán cierto es que aquello mismo
que nuestra dicha consagra
se convierte en nuestro daño !
Así es que la flor preciada
aunque el amor es la vida,
y el sol la suya llenaba
áquel amor deseado
de su muerte fué la causa.
Las auras no la reaniman,
su rica esencia no exhala,
del sol la dulce influencia
no es ya bastante á salvarla,

decretada está su muerte.
El arroyo que á sus plantas
se arrastra, como tratando
de que su frescura grata
reanime su flor querida
ve perdida la esperanza :
pues cada vez más marchita,
más mustia, más deshojada
de su tallo desprendiose.
yendo á morir en sus aguas

ISABEL CAMPS ARREDONDO.

EL SUICIDA.

Compadeced al infeliz suicida,
respetad al vencido del dolor,
y en vez de murmurar ágría censura
decid una oración.

Quizá como vosotros, algun día
el porvenir sereno contempló
viéndose rodeado de los suyos,
bendecido de Dios.

Un destino fatal y omnipotente
de su felicidad le arrebató
y con mano invisible hacía el abismo
por siempre le arrastró

Una vez junto al borde, sintió el vértigo:
quiso luchar y débil se encontró,
y herido y ciego al intentar asirse,
el vacío abrazó.

ESPERANZA GALLEGO Y DEL BUSTO.

SOLEDADES

¡Qué hermosa soledad! lejos del mundo
oyendo solo el canto de las aves
y el ruido de las fuentes, y el gemido
de las hojas mecidas por el aire.

¡Qué amarga soledad, aquí en el mundo
en medio del bullicio de la fiesta
sin hallar entre tanta muchedumbre
un solo corazón que me comprenda.

ESPERANZA GALLEGO Y DEL BUSTO.

A NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

ODA.

Junto á la hermosa corte de Castilla,
bajo su cielo azul y transparente,
de Atocha el santuario se levanta
en honor de la Virgen sin mancha
¡ Ante esa imagen santa,
cien reyes han doblado la rodilla,
dándola por alfombra de su planta
trofeos y pendones,
y cien generaciones
con fé pura y ardiente
la ofrecieron sus votos y oraciones,
difundiendo su nombre venerando
de nacion en nacion, de gente en gente!

Como en el seco erial florido huerto
ó el oasis de fuente cristalina,
donde apaga su sed el que camina
por la candente arena del desierto,
aquí se eleva el sacrosanto asilo
y auras de paz á todos nos ofrece;
en él descansa el corazón tranquilo
y el alma se dilata y se engrandece.
Rugen, luchando en la ciudad vecina

el orgullo, el rencor, las ambiciones,
y ante esos muros débiles se apaga
del mundo el eco vano,
y se estrella el rumor de las pasiones
en el dintel del templo de María,
como en la blanda arena de la playa
las roncadas olas de la mar bravía.

Los que gozais trayendo á la memoria,
de épocas grandes los gigantes hechos,
venid á este recinto
y arderán de entusiasmo vuestros pechos
siendo en él, agrupadas,
de Aragón y Castilla las banderas,
y el pendon imperial de Carlos quinto.

¡Triunfantes en Granada y en Lepanto,
vencedoras doquier, jamás vencidas,
la tierra las miró muda de espanto!
¡Guiadas por María y bendecidas,
precedíalas siempre la victoria,
y el orbe recorrieron
dejando una ancha ráfaga de gloria
que los futuros siglos no extinguieron!
¡á la augusta Señora hoy consagradas,
son cual brillantes páginas, rasgadas
del poema inmortal de nuestra de historia!

Guarda en la suya bellas tradiciones
la virgen celestial de Antioquia,
que el pueblo, con fé pia,
repite en sus sencillas narraciones.

Ora os referirá, cual la tormenta
cubriendo el cielo con su negro manto
coronada de rayos se presenta,
llenando á Mántua de terror y espanto
de María invocando el nombre santo
queda el rayo en el éter suspendido;
la nude huye y no estalla;
la ronca voz de la tormenta calla;
el iris resplandece;
azul el cielo brilla,
y el sol claro aparece,
inundando los campos de Castilla.

Otra vez, es la peste asoladora
que el aire infesta con letal veneno;
tiembla la virgen y la madre llora
estrechando á sus hijos contra el seno;
la muerte en el ambiente se respira;
se eleva un hondo y lúgubre gemido,
y el tierno niño espira,
con el misero anciano confundido,

¡Llega á María el general lamento;
vé al pueblo que de hinojos la suplica,
y el celestial aroma de su aliento
la atmósfera infestada purifica!

¿Quién no vió las tormentas populares
rugir, crecer y levantarse airadas,
destruyendo los templos, los altares,
y á impulso de sus rudas oleadas,
vacilantes temblar en sus cimientos
altas instituciones seculares?

¿Quién no ha visto, trabada la batalla
con qué furor las armas se esgrimían!

Al áspero silbar de la metralla
ríos de sangre por Madrid corrian,
ruinas, desolacion, lágrimas, duelo,
por doquiera los ojos descubrian...
de súbito, dejando su áureo trono
la Madre del Señor, tendiendo el vuelo,
fija su planta en el sangriento suelo.

Su invisible presencia

al punto calma el fratricida encono;
cediendo á su benéfica influencia,
los que con ira ciega peleaban,
dejan caer las armas de sus manos,
y se unen y se abrazan como hermanos,
los que rencor eterno se juraban!

Tras esos días de maldad y horrores,
otros días mejores
debimos á sus ruegos maternos,
que atesoran sus manos virginales,
bálsamo para todos los dolores,
remedio para todos nuestros males!

Dígalo nuestra reina esclarecida
que vió, dos veces, su preciosa vida
por el puñal traidor amenazada:
el manto de María fué su égida,
y desvió su diestra inmaculada
el brazo criminal del regicida.

Dígalo España entera,
que con amor inmenso la venera
y la aclama su augusta protectora,
A ella su honor confía, en ella espera,
é inundándola en vividos fulgores,
la estrella esplendorosa de Antioquía
la pátria de Pelayo y san Fernando,
ilesa y pura conservó la llama
de la acendrada fé de sus mayores.

Este es su pueblo; el que prefiere y ama;
pródiga para él siempre en favores,
paz vertiendo, rencores apagando,
hará que grande y respetado sea,
y, tal vez, que algun día
más dilatados sus confines vea,
porque á las glorias de la patria mía,
vá unido siempre, el nombre de María.

DOLORES CABRERA Y HEREDIA DE MIRANDA.

Setiembre de 1866.

¡SANTIAGO Y CIERRA ESPAÑA!

¡Guerra! guerra al Islam pueblo altanero
Que nuevamente con audacia tanta,
La excelsitud del pabellon Ibero
Hollar quería con su inmunda planta:
¡Guerra al Arabe infiel! el grito fiero
Desde el Calpe al Pirene se levanta,
Narrando el lábio con tremenda furia,
Antiguos daños y reciente injuria.

Y cual tostada miés que el rayo inflama,
Si el fuego atiza el huracan violento
Por extensas comarcas se derrama
Y amenaza llegar al firmamento,
Así del pátrio amor la intensa llama
VeloZ difunde el belicoso acento,
Y sube y toma cuerpo y se prolonga,
Cual la voz de Pelayo en Covadonga.

¡Oh! bien haya ese ardor! ya no es delito
El entusiasta afan del pecho hispano

(1) Composicion escrita al principio de la guerra de España contra Marruecos en 1859.

Alzar ya puede sin desdoro el grito
Que revela su brio soberano,
Regenerado y por Jehová bendito,
Flota el egregio pabellon cristiano,
Cual flotó del Salado en las arenas
Vencedor de las huestes agarenas.
Ya ni mote ni empresa fratrieida,
De su augusto blason el brillo empaña
Y ondulante en los mástiles convida
A llevar el combate á tierra extraña;
Vuela á su pié la hueste enardecida
Que clavar jura con altiva saña,
En el Miltsin atlántico encumbrado
Nuestro pendon triunfante vindicado.

El que venció en las Navas y en Lepanto
Con asombro y terror de las naciones,
Y en Clavijo sembró muerte y espanto,
Protejido por célicas legiones,
Y en el nombre de Dios tres veces santo
Extrañas greyes conquistó y regiones
¿No domará esas tribus desleales
Del desierto famélicos chacales?

Si domará, partid, partan gozosos
Los entusiastas fuertes adalides
Que heredaron los brios belicosos
De los huenos Guzmanes y los Cides
Háganse al mar los que de prez ganosos
Ansien los laures de guerreras lides,
Justa es la causa, bravo el enemigo,
Extranjero el palenque y Dios testigo.

Desde estas ricas playas catalanas

A do nuestras galeras remadoras,
De las ardientes costas africanas
Pingüe botín trajeron vencedoras
Cautivas aportando á las tiranas
Y aborrecidas galeotas moras,
Desde este puerto rey del mar un día,
Partid, bravos, partid, el cielo os guía.

La Reina de los ángeles potente,
En su trono de luz, desde la esfera,
Os escuda con égida fulgente
Que satánico dardo no vulnera;
Id, venced, eclipsad la decadente
Pálida luna de la infiel señora,
Con la luna creciente que argentada
Brilla al pié de María inmaculada.

Partid, partid, las ondas procelosas
Dejan al veros su profundo seno,
Para asaltar las costas ardorosas
Do os espera soberbio el agareno;
Ya madres no teneis hijos ni esposas,
Sólo la España es hoy madre del bueno,
Aquí la patria está, allí la gloria,
Y entre las dos tan solo la victoria

Con el igneo motor que de la vela
Presta el impulso á la tajante quilla,
La escuadra armipotente rauda, vuela
Con la nueva cruzada de Castilla,
De cada nave en la movable estela
Reflejando fugace el color brilla
De nuestro egregio pabellon flotante,
Que parte altivo y volverá triunfante.

Así en el mar abriéndose sendero
Pronto la armada magestuosa avanza,
Cruza del *Freto hercúleo* el derrotero
Fiada en su justicia y su pujanza,
Por que al llevar al Africa su acero
No mueve á España tanto la venganza,
Como el dejar á la cultura abierta
De esas regiones bárbaras la *puerta*.

Ya al mirar nuestra flota embravecido
Sus cárbos apresta el moro rudo,
Ya del leon hispánico al rugido
Exhala el tigre hircano grito agudo,
Ya del bronce rayado al estampido
Que es para el Atlas lúgubre saludo,
Se extremece la extensa cordillera
Cual si el fragor del terremoto fuera.

Cunde el eco letal, la grey aviesa
Como azuzada jauría de lebreles
Que se lanza rabiosa hácia la presa.
Entra en la lid con bríos bravoneles,
La crueldad va en su semblante impresa,
La miseria en sus rotos alquiceles,
Revelando sus torpes algaradas
Lo brutal de esas hordas desbandadas.

Yedlas, cristianos, ved, como el violento
Y abrasador Símoun llegan furiosas;
Como la roca que rechaza al viento
Rechazad esas turbas impetuosas,
Y en batalla leal vuestro ardimiento
Destruyendo celadas alevosas,
Castigue esa canalla embrutecida

Deshonra de la raza Fatimida.
Como buenos luchad, morid, triunfando,
Dignos los hechos de vosotros sean,
El valor de los héroes demostrando.
Que por su patria y por su Dios pelean;
Como las huestas del tercer Fernando
Vuestras proezas memoradas sean
Y conozca Cartago envilecida,
Que Sagunto conserva honor y vida.
Cuando al blandir la espada vencedora
Cada paso que deis marque una hazaña,
Y lanceis con pujanza áterradora
Antiguos gritos de guerrera saña:
« ¡San Jorge y Aragón! » — « ¡Via, via forat! »
« ¡Por la patria, Santiago y cierra España! »
...; Y arrollando contrarios escuadrones,
Victoriosos alceis nuestros pendones.
Recordad, recordad que del cristiano
La santa ley impone la clemencia,
Que es el héroe más grande el más humano,
Que la crueldad es signo de impotencia,
Tended piadosos la triunfante mano.
Al rendido, al anciano, á la inocencia,
En el combate cébese el coraje,
Para los buitres quédese el carnaje.
Ya la lucha empezó, ya victorioso
El renombre español grande revive,
Ya el Dios de los ejércitos glorioso
Nuestros ilustres mártires recibe;
¡Al Riff bravos, al Riff! el que animoso
Allí perece, eternamente vive,

¡Al Riff! purgad de bárbaros la tierra,
¡Santiago y cierra España! ¡al Moro! guerra.

MARIA JOSEFA MASSANÉS.

ELEGIA

á la temprana muerte de mi querido hijo

Eusebio; tesoro mío!
Mi consuelo, mi esperanza,
Mi ventura más querida,
Mi ilusión más adorada:
Tú que habitas venturoso
En la mansion sacrosanta,
Donde las almas no sufren,
Donde las penas acaban,
Tú que, ángel ya en la tierra,
Volaste á la mansion sacra,
Para aumentar del Señor
El grupo que más le halaga,
Suplícale cariñoso,
Ruégale, hijo del alma,
Cruzando con fervor puro
Tus manecitas nevadas,
Que al tender su extenso manto
La noche oscura y callada,
Cuando todo yace envuelto

Deshonra de la raza Fatimida.
Como buenos luchad, morid, triunfando,
Dignos los hechos de vosotros sean,
El valor de los héroes demostrando.
Que por su patria y por su Dios pelean;
Como las huestas del tercer Fernando
Vuestras proezas memoradas sean
Y conozca Cartago envilecida,
Que Sagunto conserva honor y vida.
Cuando al blandir la espada vencedora
Cada paso que deis marque una hazaña,
Y lanceis con pujanza áterradora
Antiguos gritos de guerrera saña:
« ¡San Jorge y Aragón! » — « ¡Via, via forat! »
« ¡Por la patria, Santiago y cierra España! »
...; Y arrollando contrarios escuadrones,
Victoriosos alceis nuestros pendones.
Recordad, recordad que del cristiano
La santa ley impone la clemencia,
Que es el héroe más grande el más humano,
Que la crueldad es signo de impotencia.
Tended piadosos la triunfante mano
Al rendido, al anciano, á la inocencia,
En el combate cébese el coraje,
Para los buitres quédese el carnaje.
Ya la lucha empezó, ya victorioso
El renombre español grande revive,
Ya el Dios de los ejércitos glorioso
Nuestros ilustres mártires recibe;
¡Al Riff bravos, al Riff! el que animoso
Allí perece, eternamente vive,

¡Al Riff! purgad de bárbaros la tierra,
¡Santiago y cierra España! ¡al Moro! guerra.

MARIA JOSEFA MASSANÉS.

ELEGIA

á la temprana muerte de mi querido hijo

Eusebio; tesoro mío!
Mi consuelo, mi esperanza,
Mi ventura más querida,
Mi ilusión más adorada:
Tú que habitas venturoso
En la mansion sacrosanta,
Donde las almas no sufren,
Donde las penas acaban,
Tú que, ángel ya en la tierra,
Volaste á la mansion sacra,
Para aumentar del Señor
El grupo que más le halaga,
Suplícale cariñoso,
Ruégale, hijo del alma,
Cruzando con fervor puro
Tus manecitas nevadas,
Que al tender su extenso manto
La noche oscura y callada,
Cuando todo yace envuelto

En el reposo, en la calma,
Te permita descender
Cual nube á mi triste estancia
Para estrecharte en mis brazos
Para besarte extasiada!...

Mas no temas, hijo mío,
Que de mi egoismo en alas
Quiera impedirte que vuelvas
Dó gozas de dicha tanta ;

Ni que ; ay ! dejarte anhele
En esta mansion ingrata,
Do todos regando vamos
Nuestro camino con lágrimas ;

Yo, cuando en el cielo asome
La primera luz del alba,
Ahogando con mano firme
Del corazon la batalla,

Te abriré de par en par,
Mi solitaria ventana,
Y tú las alas batiendo
Volverás á tu morada.

Yo te veré del espacio
Cruzar las doradas gasas,
Sin que el llanto del dolor
Me oscurezca la mirada,
Porque el corazon abierta

Al calor de la esperanza,
Te aguardaré cada noche
De rodillas en mi estancia !

.
.

Mas si de dicha tan pura
Gozar no puede mi alma,
Si no es posible á los ángeles
Dejar su mansion sagrada,
Asoma tu cabecita
Entre las nubes de nácar,
Y dime para que sea
Mi pena ménos amarga,
Que gozas de una ventura
Eterna, esplendente y santa,
Que darte yo no podía
En este valle de lágrimas!

DOLORS MONCERDÁ DE MACIÀ.

AGONÍA.

Ni ensueños de dicha, ni loca esperanza,
Me lleva á tu reja, que sé tu desden;
Mas es el cantarte mi sola bonanza,
Creer que me oyes mi único bien.

Sí el Criador al hombre
libre le hizo,

¿por qué en amor tirano
gimo cautivo?

¿Por qué con hielo
en mi pecho prendiste

volcan de fuego?
De muerte me hiere tu crudo desvío,
Gemido se torna mi triste cantar,
Mis ojos se ofuscan... ; Bendito Dios mío,
Si al pie de su reja consigo espirar!

En tu calle mañana
verás mi cuerpo;
quizá entonces me reces
un padre nuestro;
reza bajito,
que á la vida tornara
con percibirlo!

DOLORS MONCERDA DE MACIÀ.

À UNA PASIONARIA.

Fior melancólica y pura
que, con señales divinas,
llevas en la frente espinas
y en el cáliz amargura.

Tú, que, en medio del vergel,
sagrado perfume exhalas
entre las mundanas galas
de la rosa y el clavel,

Deja que te acerque á mí,
y, tus hojas contemplando,
quede absorta meditando
el misterio que hay en tí.

Clavos prenden tu belleza,
cordeles ciñen tu tallo,
señal de pena y desmayo
dá tu inclinada cabeza.

Tienes pálido el color,
ciñes punzante diadema:
eres del dolor emblema
y el mirarte dá dolor

El Calvario fue tu cuna;
testimonio de aquel día,
en aquella cumbre fría
brotaste sin sol ni luna.

Libro eterno y misterioso
que, en doce páginas santas,
tantas verdades y tantas
nos revela silencioso:

El poder claro se ve
en tí, que Dios darte quiso
promesa del Paraíso
símbolo de nuestra fé.

Mientras el tiempo infinito
destruye con torpe afán,
hechos que escritos están
en mármol, bronce y granito;

Mientras se hunde en el olvido,
convertido en polvo vano

el esplendor soberano,
del tirano aborrecido,

En tu cáliz misterioso
de santo recuerdo lleno
del humilde Nazareno
llevarás el nombre hermoso.

Flor que, en tu contemplacion,
silenciosa y solitaria,
elevas una plegaria
y pides una oracion.

Flor amada cual ninguna,
libre de mano profana
te contemple la mañana
y te bendiga la luna.

¡Ni al cierzo ni al aura fria
se marchiten tus primores!
¡Ni los pájaros cantores
turben tu melancolía!

ZULEMA.

LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX.

España, tú que en la lid
con tu valor asombraste
y tanto nombre alcanzaste

con tu Pelayo y tu Cid :

Cuya heroica constancia
contempló Roma altanera
acrisolarse en la hoguera
de la invencible Numencia :

Tú la de los hechos grandes,
la del temible leon,
la que su triunfal pendon
clavara en Roma y en Flandes :

Hoy que el génio simbolizas
láuros á la ciencia dando,
más grande resucitando
cual Fénix de sus cenizas,

Hoy, que en debido tributo,
y en doliente desagravio,
sobre la tumba del sábio
rindes corona de luto ;

Y tu noble juventud
en consorcio soberano
tiendes con amor la mano
al Arte y á la Virtud;

Hoy que con nuevo blasón,
unes en tu frente ufana
la corona de Quintana
al laurel de Calderon;

Hoy que en tronos celestiales
cercaos al gran Murillo,
aumentan tu eterno brillo
los Fortunys y Rosales:

Hoy que Europa rinde fiel
el laurel á tu excelencia,
vencida por tu elocuencia
cegada por tu pincel:

Hoy que con luz de verdad
la ilustracion te acompaña,
hoy eres más grande ¡oh España!
del Orbe en la inmensidad.

ZULEMA.

EL ATEO Y EL CREYENTE.

— El universo es mio, prepotente,
mi brazo se levanta,
hiende las nubes mi exaltada frente,
huella los mufidos mi soberbia planta.

No obedezco otra ley que mi albedrio,
ni hay más Dios que mi gusto,
libre discurre el pensamiento mio,
ignoro el miedo y el cobarde susto.

Ruin y desdichada criatura
que de temor alientas,
y de nécias utopias y locura
tu corazon abrevas y sustentas.

Tienes sed de gozar, y el placer huyes,
y lloras tu quebranto,
¡qué nécio es ese Dios, al que atribuyes,
que le enoja el placer y agrada el llanto!

Alma, Dios, Providencia, nombres vanos,
delirios de la mente,
conciencia, expiation, virtud, tiranos
del cerebro raquítico y demente.

Resurreccion, juicio, infierno, gloria,
moralidad, deberes,
consejos que entretienen la memoria
á temerosos niños y mujeres.

Me das lástima; ven, sigue mis pasos,
sé libre, alienta, goza;
rompe tus claros oprobiosos lozos
y verás tu existencia cuán hermosa.

No temas si fantásticas visiones
van en pòs de tus huellas
atúrdelas en lúbricas canciones
y refúgiate al seno de las bellas

Si un resto de pavor ó cobardía
te dá nécios temores,
sepúltale en el fuego de la orgía
y el espumoso hervir de los licores.

Sé libre al fin; sacude la pesada
carga que arrastrás nécio,
el fruto de tu loca fè soñada
será miserias, llantos y desprecio.

— Yo libre y fuerte soy, y la extendida
tierra me dá homenaje,
y es mi nobleza tanto esclarecida
que hasta Dios se remonta mi linaje.

Es tan clara mi limpia ejecutoria
que ostenta por escudo de nobleza,
un destello mi alma de su gloria,
una imágen mi sér de su grandeza.

El que abarca los cielos anchurosos
de mi vida ha cuidado,
y súrcanme dos ángeles hermosos
que dirigen mi paso reposado.

Los vicios y pasiones de la tierra
conspiran de consuno en contra mía,
dan á mi corazon continua guerra.
híerennme con furor y alevosía.

Mas del cielo repiten los confines
un cántico de gloria
y publican los altos querubines
con sus trompetas de oro mi victoria.

Yo de la tierra las grandezas miro
indignas á mi nombre y mis desvelos,
tanto mi afán remóntase, que aspiro
á un lugar en el reino de los Cielos.

¿ Quien es aquí el esclavo, el vil y necio,
el miserable y loco?
Dí ; quién merece lástima y desprecio?
Dí ; quién á quién ha de tener en poco?

Tú del acaso hijo te declaras,
de Dios hijo me llamo,
por los brutos te riges y comparas,
como el ángel, mi hermano, entiendo y amo.

De nobleza y virtud mi sér blasona,
llevo la luz de Dios en la mirada,
y tú miras ; horror ; en tu persona
una bestia, no más, degenerada.

Esclavo abyecto y vil de tus pasiones,
juguete de tí mismo,
mis victorias de Dios, los escuadrones
cantan y de furor tiembla el abismo

Tu término es el polvo ; la conquista
de tu vida, una fosa,
de Dios mi fin la refulgente vista,
y lo eternal Sion mi patria hermosa.

Reconócete al fin ; tu gerarquía
declara tu derecho,
y confiese una vez la lengua impía
que hay un soplo de Dios dentro del pecho.

Me das lástima, ven ; permite al alma
tender el ráudo vuelo,
; verás cuánto placer, qué hermosa calma
las puras áuras le darán del cielo!

No temas que fantasmas atrevidas
dénle pavor ó enojos,
como niebla serán desvanecidas
con sólo al cielo levantar los ojos.

Si del pasado tentacion traidera,
te sigue temeraria,
más alto que su voz fascinadora
elearás la voz de la plegaria.

Arroja de tu sér la baja escoria,
alza del charco innundo,
y tu génio será la eterna gloria
y tus días felices en el mundo.

AURORA LISTA DE MILBART,

BARCAROLA.

¡Oh! nave que sureas
las ondas ligera,
graciosa velera,
gaviota del mar;
escucha los cántos
que arranco á mi lira,
y cuéntale á Elvira
mi triste penar.

La noche es serena,
sus ráyos de plata,
la luna retrata

con tibio fulgor
y tú, navecilla,
jugando en la espuma,
no ves que me abruma
sombrio dolor.

Dichosa mil veces
la estrella brillante
que sigue constante
tu marcha en el mar;
dichosas las aves
que pueden, sin quejas,
en dulces parejas
tu vuelo alcanzar.

Sosiega mi anhelo,
recoge tus rizos,
y dime qué hechizos
se encierran en tí,
que el pecho suspira,
que mi alma enagenas,
y gozo en mis penas
mirándote aquí.

Deten un momento
tus velas, y atiende
al alma que enciende
volcánico amor;
detente y no bogues,
que al ver que te alejas,
sumido me dejas
en crudo dolor.

No olvides, barquilla,
que quedo en la arena

sufriendo la pena
de amar y sentir;
no olvides mi canto,
tal vez el postrero,
no olvides que muero
al verte partir.

ROSA APARICI.

LA CONQUISTA DE GRANADA.

I.

Dividido, desmembrado,
el reino español se hallaban,
mientras gobernó aquel rey
que Enrique cuarto llamaban
mas despues por el enlace
de Isabel, su digna hermana,
Con Fernando de Aragon
justo y querido monarca,
se agrandó é hizo más fuerte
la fértil y hermosa España.
Una parte á los moriscos
de ese reino les quedaba
era quizá la más bella,
tal vez la más codiciada.
Comprendiéndolo los reyes,
teniendo en Dios confianza,

decidieron al instante
con su valor conquistarla,
y en Mayo partieron juntos
á poner sitio á Granada
en la cual el jóven moro
Abul-Abdallah reinaba.

II.

La Vega, la hermosa Vega
de jardines esmaltada
donde esparacían las rosas
embriagadora fragancia,
los campos con los viñedos,
las altas moreras blancas,
los olivos, los granados
con sus flores encarnadas,
lugares bellos, tranquilos,
por los que el moro pasaba,
unos fueron ocupados
por las mortíferas armas,
fueron cortados los otros
por las destructoras hachas
poniendo allí pabellones,
banderas, tiendas galanas
que en elegancia y buen gusto
entre sí rivalizaban.
En la Vega desde entónces

hubo justas y batallas
y aventuras amorosas
donde ántes fiestas y zambras.
Las damas aragonesas
y las bellas castellanas,
que desde la capital
á la reina acompañaban,
fueron de aquellos lugares
las más seductoras plantas,
astros y flores á un tiempo
que brillando perfumaban.

III.

En la tienda de la reina,
tienda gentil y gallarda
que de la del rey Fernando
muy poco distante estaba,
sin saberse cuándo ó cómo,
sin adivinar la causa
se prendió un fuego violento
que á las tiendas inmediatas
se comunicó bien pronto
sin lograr nadie apagarlas,
y la reina decidió
porque salir no pensaba
de aquellos hermosos campos
hasta tener conquistada

esa tierra tan querida,
que otras tiendas levantara
hechas de madera y piedra
y estas las primeras casas
fueran de aquella ciudad
que aún hoy Santa Fé se llama

IV.

Seis meses duró aquel sitio,
seis meses y aún más durara
que eran los moros tan bravos
cual los bravos que atacaban,
si la falta de los viveres,
la triste desconfianza,
no hubiesen rendido al fin
á aquella gente esforzada
Alentados los cristianos
á cuyo frente marchaban
sus reyes, al fin vencieron
al rey moro de Granada.
Pérdidas por ambos lados
hubo en guerra tan infausta
sensibles en unos y otros
que la sangre derramada
de moros ó de cristianos
era al cabo sangre humana,
y un viernes, el dos de Enero,

en la ciudad penetraban
los cristianos, colocando
sus banderas en la Alhambra.

V.

Conmovedora en verdad
fué aquella primera entrada
en la ciudadela; cuando
los guerreros se acercaban
tomó en la mano una cruz
un fraile de la Orden Santa
subió á lo más elevado
de la torre la más alta
donde arzobispos, obispos
y capellanes se hallaban.
y llevando la cruz,
porque todos la adoraran,
empezaron á cantar
con voz dulce, suave y clara
O cruz ave, Spes unica!
Allí el estandarte estaba
de Santiago, allí también
el pendon real que miraban
con amor los circunstantes
y el de la santa Cruzada,
y tres veces inclinados
ante aquella cruz sagrada

fueron los tres estandartes
que á la luz del sol brillaban.

VI.

En tanto que los cristianos
su victoria celebraban,
pensativo el rey Abul
partía á las Alpujarras.
Allí á solas, en la cumbre
del monte que Padul llaman
se paró por vez postrera
á mirar su tierra amada.

— • Ya no podré veros más,
dijo derramando lágrimas,
mis torres y mis mezquitas,
mis jardines y mi Alhambra.
Las personas que más quise
abandono con mi patria,
puras brisas de la noche,
serenas y dulces auras
con mis suspiros llevadle
vida, corazon y alma.
Mis penas irán conmigo
á donde quiera que vaya,
mis alegrías, mis goces
se quedarán en Granada.

Mientras esto el rey decía

Aixia, la altiva sultana,
preguntó á sus servidores,
que tristes la acompañaban,
lo que hacía Abul, su hijo;
y al escuchar las palabras
de: « Esté llorando, — exclamó
pensativa: — Muy bien cuadra
llorar como una mujer,
dejar su ciudad amada
á quien no supo cual hombre
defenderla y libertarla. »

VII.

Todo es fiesta y alegría,
todo es placer y algazara,
la ciudad de Santa Fé
á recibir se prepara
á los cautivos cristianos,
y caballeros y damas
luciendo costosos trajes,
luciendo preciosas galas,
animan con su presencia
calles, jardines y plazas.
A los reflejos del sol
que brillantes rayos lanza
como estrellas luminosas
se ven perlas y esmeraldas

que adornan ricos vestidos
azules, verdes ó grana.
Por todos lados ondean
penachos de plumas blancas
y lanzan fúlgidos rayos
armaduras, cascos y armas.
Aquí viejas regañonas
con las que algún galán habla,
allí una dama encubierta
que de no ser vista trata,
allá valientes mancebos
y doncellas recatadas,
todos están muy gozosos
y á los cautivos aguardan.
El sonido de las músicas,
los toques de las campanas
anuncian que van á hacer
los prisioneros su entrada.
Ya medio desnudos llegan,
todos los ven, los ensalzan
y ellos abrazan á unos,
á otros cuentan sus desgracias
y de recocio, varios
vierten abundantes lágrimas.
Al lado de los cautivos
de ayer, que ya libres marchen,
va el comendador mayor,
persona digna y sensata,
el mayordomo Alcunzelo
que el pueblo respeta y ama,
Teutelin, don Juan de Santos,

todos son gente esforzada
que han de guardar la ciudad
despues que los reyes partan.
Muchos frailes, muchos clérigos
á los nobles acompañan.
Llegan por fin á presencia
de los reyes, y éstos mandan
se les dén buenos vestidos
y otras cosas les regalan.
La nobleza con el pueblo
á Fernando quinto aclama
y á su dignísima esposa
de Castilla soberana.
Nunca podrán olvidar,
que no han de ser gente ingrata,
que á doña Isabel primera
le debe el reino de España
la expulsión de los moriscos,
la conquista de Granada.

MATILDE GOMEZ.

DESPUES DEL BAILE.

Hubo un gran baile ayer, sus mil encantos
nadie podrá borrar de la memoria,
la casa en que se daba era soberbia.

la sala de la fiesta suntuosa,

Hoy, se ven apagadas las bugias
que en candelabros de diversas formas
sostienen en los ángulos y el centro
esculturas de sátiros y diosas.
Cubiertas las paredes de tapices
con guirnaldas de flores y de hojas
y en las puertas los ámplios cortinajes
con escudos bordados y coronas.
Los espejos de lunas venecianas,
encerrados en tallas primorosas,
se reflejan los unos en los otros
y hacen sin fin la sala ya espaciosa.

Aún parecen vibrar ténues y vagas
del piano y del violin las dulces notas,
aún envuelve la atmosfera caliente
de escencias y de plantas suave aroma.
Aún se ven esparcidos en desórden
objetos varios por la blanda alfombra,
la flor artificial que fué el adorno
de la rizada cabellera blonda,
el lazo de la falda desprendido,
el guante blanco á la brillante joya.

Y en esa misma estancia, allá en el fondo
un tûmulo se eleva... Breves horas
bastan para trocar la extensa sala
de gala ayer, en pieza mortuoria.
Negros paños de rico terciopelo,

cintas de plata, fúnebres antorchas
se ven allí y un féretro lujoso
en el que una mujer jóven reposa.
El mismo traje que lució en la fiesta
le han puesto sus amigas cariñosas;
envuelta en tules, en encaje y raso
una perla parece entre las olas.

En sus manos cruzadas tiene un Cristo,
el que su sueño protegió en la alcoba,
y el breve pie de niña, bien calzado,
bajo la falda con descuido asoma.
El cabello trenzado, largo y negro
sobre su frente una diadema forma
y en sus sedosos hilos aún conserva
los pétalos marchitos de las rosas.

Los ojos entreabiertos han perdido
su brillo, su expresión fascinadora,
y parece que cándida sonrie
radiante de placer aquella boca.

Ya se van acercando poco á poco
una media docena de personas,
convidados de ayer, que al ser inerte
lanzan miradas tristes ó curiosas,
y esto piensan ó dicen en voz baja
por temor que la muerta no los oiga.

— Anoche estaba buena, eso no hay duda.

— Parecía una ninfa vaporosa :

— ¿Su prometido no bailó con ella?

— ¿Que si bailó? Si tal, la noche toda.

— ¿De qué ha muerto, sabéis?

— Segun afirman

de una dolencia extraña y misteriosa.

— ¡Tan jóven !

— ¡Tan bonita !

— ¡Tan amante !

— Y era rica.

— Y feliz.

— Si ; pobre Aurora !

Y una mujer que traje negro viste
al escuchar sus frases, con voz ronca
murmura, sin que advertian su presencia.
— Vosotros la elogiáis porque era hermosa,
no sabéis los tesoros que guardaba
el alma que los cielos hoy me roban.

Su prometido ; ah ! sí, bailó con ella,
¿ quién lo duda ? bailó... mirando á otra,
y ella mientras bailaba sonreía,
¡ la reina de una fiesta nunca llora !

Solo yo comprendía que su pecho
agitaba una lucha tenaz, sorda,
de amor herido y lastimado orgullo
pena implacable que por fin ahoga !
Todos la olvidareis, yo nunca ; era
mi sólo amor, mi fé, mi luz, mi gloria ;
¡ haced una corona de sus galas,
Dios dará á su virtud mejor corona !

Llega la noche y salen los amigos
creyendo aquella estancia dejar sola,
que el alma de la niña es invisible
y la madre infeliz vela en la sombra.

JULIA DE ASENCI

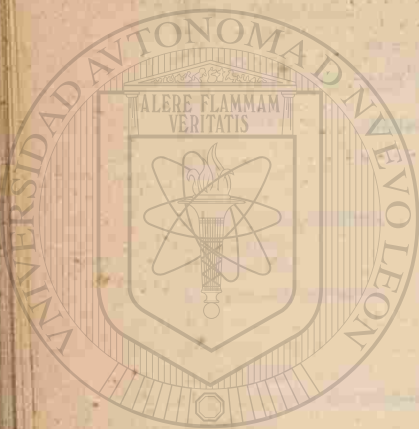


ÍNDICE

	Págs.
Las Aves del cielo.	3
Cantares.	5
Las Lágrimas.	5
El Castillo de náipes.	6
A mis alegrías.	8
La Primavera.	9
Flores secas.	10
Bruma y sol.	12
A la caridad.	13
El Otoño.	17
A un poeta del porvenir.	21
A la Inmaculada Concepción.	23
Después de la lluvia.	30
Al Despertar.	32
El Día del Señor.	34
Meditación.	39
La Poesía.	41
Nuestros nombres.	41

	Págs.
El Invierno de la vida.	43
Sueños.	47
María inmaculada.	51
Un velatorio.	56
La Vida.	71
Descripción de las Rías Balas.	73
¡Naufragan!.	80
Dolora.	81
Cantares.	82
A la paz.	83
Veladas de invierno.	87
Tu nombre.	90
Al Recuerdo.	91
La Rosa de invierno.	94
A él.	96
El mar.	99
A la patria.	103
A la memoria de mi padre.	108
Lágrimas.	113
ADVERTENCIA.	117
En la muerte de la eminente poetisa doña Gertrudis Gomez de Avella- neda.	119
Luz.	126
La Primera cita.	127
Cuento.	133
La Violeta y el sol.	135
El Suicida.	139
Soledades.	140
A Nuestra Señora de Atocha.	141

	Págs.
¡Santiago y cierra España!.	146
Elegía.	151
Agonía.	153
A una pasionaria.	154
La España del siglo XIX.	156
El Ateo y el creyente.	159
Barcarola.	164
La Conquista de Granada.	166
Después del baile.	174

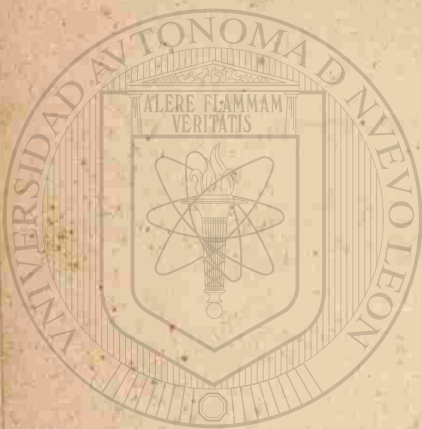


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

POETAS

AMERICANOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
VERACRUZ — PUEBLA
LIBRERÍA "LA ILUSTRACIÓN"

1882



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

ANDRÉS BELLO.

A LA NAVE.

ODA IMITADA DE LA DE HORACIO.

O navis, referent, etc.

¿Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan? Torna,
Torna, atrevida nave,
A la nativa costa.
Aún ves de la pasada
Tormenta mil memorias
¿Y a correr la fortuna
Segunda vez te arrojas?
Sembrada está de sirtes
Aleves tu derrota,
Do tarde los peligros
Avisará la sonda.
¡Ah! vuelve, que aún es tiempo,
Mientras el mar las conchas

De la ribera halaga
Con apacibles olas,
Presto erizando cerros
Vendrá á batir las rocas,
Y náufragas reliquias
Hará á Neptuno alfombra.
De flámulas de seda
La presumida pompa
No arredra los insultos
De tempestad sonora.
¿Qué valen contra el Euro,
Tirano de las ondas,
Las barras y leones
De tu dorada popa?
¿Qué tu nombre, famoso
En reinos de la aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina alcoba?
Ayer por estas aguas,
Segura de sí propia,
Desafiaba al viento
Otra arrogante proa;
Y va, padron infausto
Que al navegante asombra,
En un desnudo escollo
Está cubierta de ovas.
¿Qué! ¿no oyes? ¿el rumbo
No tuerces? ¿orgullosa
Descojes nuevas velas,
Y sin pavor te engolfas?
¿No ves, ¿oh malhadada!

Que ya el cielo se entolda.
Y las nubes bramando
Relámpagos abortan?
¿No ves la espuma cana,
Que hinchada se alborota,
Ni el vendaval te asusta,
Que silva en las maromas?
Vuelve, objeto querido
De my inquietud ansiosa;
Vuelve á la amiga playa
Antes que el sol se esconda.

A LA VICTORIA DE BAIEN.

Rompe el leon soberbio la cadena
Con que atarle pensó la felonía,
Y sacude con noble bizarría
Sobre el robusto cuello la melena.
La espuma del furor sus labios llena
Y á los rugidos que indignado envía
El tigre tiembla en la caverna umbría,
Y todo el bosque atónito resuena.
El leon despertó; temblad, traidores;
Lo que vejez creísteis, fué descanso;
Las juveniles fuerzas guarda enteras,
Perseguid, alevosos cazadores,

A la tímida liebre, al ciervo manso;
No insulteis al monarca de las fieras.

JOSÉ ANTONIO MAITIN

AL ÁVILA

¡Oh coloso, en cuya cima
Se encienden las tempestades
Y á cuyos piés las ciudades
Cual una mancha se ven,
Cómo sorprenden mis ojos
Tus peñascos imponentes,
Tus cumbres y esos torrentes
Que se estrellan á tus piés!

¡Oh! parece que se arrastra
Esa ciudad por el suelo,
Mientras que sube hasta el cielo
Ese monte colosal,
Esa rama de los Andes,
Que se levanta orgullosa;
Esa mole poderosa,
Que ante mis ojos está.

El templo altivo y suntuoso,
El palacio artesonado
Son juguetes, á tu lado,
Estupenda creacion;

Ni es extraño, que á tu visita
Su pequeñez no me asombre:
Aquella es la obra del hombre
Y tú eres la obra de un Dios.

Cuando te miro tan grande,
Tan estupendo y sublime,
Débilmente el labio esprima
Su profunda admiracion;
Y un fin no temo, que debe,
Segun mis luces escasas,
Incorporarme á esas masas,
Maravillas del Criador.

A LA CIUDAD.

Ciudad, desde esta eminencia
De la tarde al sol rojizo,
Esas cúpulas diviso,
Con que coronas tu sien,
Y tus blancos edificios,
Tu catedral con su torre
Y el Guaire veloz, que corre
Entre calles de ciprés.

¡Las cinco!... Cuando resuene
Esta hora otra vez mañana,
Los ecos de esa campana
Escuchar no podré yo,

Ni admirar desde esta altura
El sol, que baja á Occidente
Por ese rastro esplendente
De grana y de tornasol:

Que otra fila de peñascos
Y otras cumbres y otro monte
Del apartado horizonte
Los confines cerrarán;

Y cuando ansiosos te busquen
En la llanura mis ojos,
¡Oh ciudad! troncos, abrojos
Y desiertos hallarán.

¡Ciudad! desde aquí descubre
Tu catedral con su torre
Y el Guaire veloz que corre
Entre calles de ciprés:
Tal vez en esta eminencia
Hago mi último paseo;
Tal vez, ciudad, yo te veo
Por la postrimera vez.

ABIGAIL LOZANO.

NAPOLEON.

Después de Santaná, ni hom-
bre, ni ángel, ni demonio han
caído de tan alto.

BYRON.

I.

¡Aguila del Desierto, cuyo nido
Mecióse entre las roncadas tempestades!
Flamigero cometa, suspendido
Sobre el cielo sin fin de las edades!
Tú que en las mismas aguas del olvido
Has lanzado tus régias claridades,
Dios caído del trono de los dioses,
¿Quién recibió tus últimos adioses?

II.

No en verdad las pirámides que oyeron
Tus pasos de Titan y retemblaron;
Ni el Nilo cuyas Náyades te vieron
Y asombradas tu nombre murmuraron;

No las grandes ciudades que encendieron
Sus torres y en las noches te alumbraron.
¿Quién fué?... ¡Silencio!... Trémula mi boca
Nombra apenas el mar... nombra una roca.

III.

La tierra y el Océano orbe estrecho
Eran para tu anhelo de gigante;
De tu imperial vivienda régio techo
El firmamento colosal, flotante;
Diadema tuya el sol... tu postrer lecho...
El Ponto le dirá con voz tronante...
Tú lápida... ¿Es verdad, Titan del Se
El peñasco fatal de Santa Helena...

IV.

Y así como retiembla la montaña
Al desprenderse el roble corpulento,
Se estremeció el palacio y la cabaña,
Cuando caíste mudo y sin aliento:
El mar qué ese peñon siniestro baña,
Tronó, dicen, con tétrico lamento,
Y que nube de horror, nadando en nieblas,
Derramó en Waterlóo densas tinieblas.

V.

El alma de tu cuerpo desprendida

Surcó el éter con vuelo majestuoso,
Y por tus viudas águilas seguida
Al alcázar llamó del poderoso;
Del pórtico al dintel fué detenida
Por un brazo invisible y vigoroso,
Porque el cielo temió, que en tu demencia
Fueses á conquistar la Omnipotencia.

VI.

¡Mortaja del coloso de la guerra
Tú sola fuiste, Albion, del mar señora!
¿Por qué?... Porque un pedazo de tu tierra
Fué á pedirte el coloso en mala hora...
Y le diste un peñasco!... En él se encierra
Tu más horrenda página, ¡traidora!
Allí arrastra un espectro sus crespones
Y te cubre de eternas maldiciones.

VII.

¡Postrado ya el leon, lo encadenaste!
Y de lejos oyendo su rugido,
¡Tú, del mar la señora, tú... temblaste!!
Por el puñal de la traicion herido
Cayó á tus piés... ¡Entonces respiraste,
Vencedora alevosa del rendido!...
El Océano mismo no podría
Borrar ese padron de cobardía...

VIII.

Tú no eres tan culpable... ¿Dónde estaba
La poderosa Francia, la temida?
¿Por qué no le salvo? ¿Le contemplaba
Desde la alpina cumbre sonreída!...
¿Y él que la hizo tan grande!... Ella danzaba
Sobre sus mil trofeos... y la vida
Del *Heroe-Dios*, volcán ya moribundo,
Lenta espiraba allá en el mar profundo...

IX.

¿Eso es la gloria!... ¡Napoleon! ¡Bolívar!
Génios resplandecientes cual cometas,
Una copa de flores y de almíbar
La diosa os presentó, grandes atletas;
Pero en el fondo, emponzoñado acibar
El destino guardaba... y anchas grietas
Abriendo en vuestro seno, los pesares
Os ahogaron á orillas de los mares.

X.

¿Eso es la gloria!... El génio armipotente,
La homérica deidad de las batallas,
Tú, Bonaparte, sol en Occidente,
Tumba entre rocas maldecidas hallas
En medio de los mares... Y esa frente
Que dasafió mil nubes de metrallas,

Sólo Bertrand, el bravo granadero
La sostuvo en el trance postrimero.

SUSPIROS DEL ARPA.

Perezca el día en que nació,
y la noche en que se dijo:
Concebido ha sido un hombre!..
Job.

¿Génio de las tristezas!... dulce amigo,
Que en tu copa de negra adormidera
Recogiste la lágrima primera
Que convertida en sangre derramé.
Ven y llora conmigo; ven y cubre
Con tus alas pacíficas mi frente...
¡Oh! ¿por piedad! perdon... si yo indolente
La lira que me distes olvidé...

Yo te adoraba como adora el niño
Su religion primera... mas el mundo
La voz ahogó de mi dolor profundo
Con el ronco estallido de su voz.

Yo te adoraba como adora el alma
Su amor primero, su ilusión primera;
Como adoraba el mártir en la hoguera
La imagen invisible de su Dios.

¿Ven!... estoy triste... Tiéndeme los brazos
Y sosten mi cabeza enloquecida

Y el resto de la historia de mi vida,
Desde que adios te dije, lo sabrás.

Oye : vi una mujer cuyos hechizos
El mismo Dios alegre contemplaba ;

Ella como á ese Dios me idolatraba ;

Y yo la amé, cual no se amó jamás.

¡ Oh ! ¡ si la vieras tú !.. Si aquella boca,

Urná en que un beso del amor no cabe,

Te perfumara con su aliento suave,

Esencia voluptuosa de su amor :

Tú mismo, loco, sonriendo, alegre,

De tu negro pesar te olvidarias

Y en santas y celestes alegrías

Se cambiara tu lúgubre dolor.

Y esa mujer ¿ lo escuchas ? ; ya no es mía !

Su cadena de amor eran mis brazos ;

Pero el infierno destrozó los lazos

De aquella dulce dicha que envidió.

¡ Maldición ! ; Ya no es mía ! ; La he perdido !

Viudo mi corazón en vano llora...

Huyó con sus crepúsculos la aurora.

Y todo en negra oscuridad quedó.

Al mar de luz en que nadaba el alma,

Sucede un mar de llantos y tiniebla

Y el cielo entero de mi amor lo puebla

Nube siniestra de infernal color...

Ya no se escucha en mi encantada selva

De su paloma lánguida el arrullo...

La brisa allí no tiene ya murmullo,

Ni suspiros las hojas ni rumor...

¡ Génio de las tristezas ! dulce amigo,

Que mi primer suspiro recibiste,

Ven y llora conmigo que estoy triste,

Conmigo abandonado de mi Dios...

Ven, dulce compañero, hermano mio,

Estréchame á tu seno cariñoso,

Confunde con el tuyo mi sollozo,

Confunde tus adioses con mi adios...

Adios, ¡ hermosa ! religion querida,

¡ Reliquia Santa de mi amor profundo ?

Si hoy nos separa enfurecido el mundo,

Mañana el cielo á uniros volverá ;

Porque el amor que vive en nuestras almas

Es un gran eco del amor del cielo

Y ese gran eco emprenderá su vuelo

Y al gran concierto pronto se unirá.

A Dios, ¡ hermosa !... el arpa vacilante

Rueda á mis piés en lágrimas bañada ;

Y agonizante el alma, desolada,

Solo puede pedirte compasion...

.....

No me maldigas tú, mujer querida,

De mi amor y mis llantos heredera,

Y á quien doy en ofrenda postrimera

Un suspiro... una lágrima... ¡ un adios !

LA FLOR DE MAYO.

Flor voluptuosa de la agreste selva,

Del verde mayo lúbrica sonrisa,

En cuyo seno la sonora brisa
El ámbar de otras flores va á guardar,
Cuando tu cáliz vi tan hechicero
Y tu vivida tinta encantadora,
Me pareciste de la virgen Flora
La huella leve que dejó al pasar.
Bella cual la sonrisa de un arcángel,
Cual los sueños de América inocente,
Mayo, para diadema de tu frente
En un jardín del cielo te escogió,
Y tal vez de la noche en el silencio
El dios de la montaña te enamora,
Y acaso junto á ti la roja aurora
Dulcemente dormido le encontró.

FRANCISCO ARONDA Y PONTE.

POSTRER ADIOS DEL AMOR.

Alegren los jardines de la vida
Las rosas del amor, aunque á su lado
Yerbas crezcan de tallo envenenado,
Que allí destilan su letal licor;
Alégrenlos un día, mas el tiempo
Tras su cuchilla despiadada tala
Ramas y plantas y florida gala,
Si, amor pronuncia su postrer adios!

En vano con promesas intentamos
En su tristeza acariciar el alma;
En balde un más allá de paz, de calma
Señala á nuestro afecto el corazón;
Bien puede, en una hora de infortunio,
Ordenarnos partir la instable suerte;
Mandarnos alejar puede la muerte
¡De nuestro amor tras el postrer adios!

Amable la Esperanza todavía,
Alzando nuestro aliento comprimido,
Inclinase á decirnos al oído:
Aún puede renovarse nuestra unión.

Bajo ese sueño mentiroso al menos
El pesar distraído se aletarga,
Ni apuramos de amor la copa amarga
Envenenada en el postrer adios!
Mirad, ¡ay! ese par que unió el afecto:
Crecieron uno y otro en dulce encanto!
Crecieron... y sus flores, entre tanto,
Vertió sobre sus años el amor;

Por breves días florecieron juntos
De la franqueza en la estación primera;
Mas pronto terminó su primavera
Bajo el invierno del postrer adios!
¿Por qué corre esa lágrima hasta el suelo
Y tu rosada tez así mancilla,
Surcando, virgen bella, esa mejilla,
Hermana de tu seno en el color?
¡Ocioso preguntar! — Víctima fácil
Del intenso dolor que te enajena,
Sucumbió tu razón á la honda pena

Que hirió tu amor tras su postrer adios!

¿Quién es aquel misántropo que huye.

Del recinto y rumor de las ciudades?

Luchando entre mortales ansiedades,

Sus antros pide al bosque por mansion;

Presa allí del delirio que le mata,

Los vientos ensordece con sus ayes;

Los ecos de los montes á los valles

De amor repiten su postrer adios!...

Agita el ódio el corazón que un tiempo

De amor aprisionado en dulces lazos,

Probada, palpitante en sus abrazos,

Halagos y caricias de afección;

Frenético despecho inflama ahora

La sangre de sus venas renegrida;

Sombrio ante el desierto de su vida,

¡Mide el abismo del postrer adios!

¡Oh! ¡cuánta envidia al miserable tiene

De alma de acero, indiferente, duro,

Que si ignora el placer, de bronce un muro

Tiene en el corazón contra el dolor!

Ese con risa los tormentos burla,

Que su pecho jamás sentir podría,

Y no teme por cierto la agonía

Que amor encierra en su postrer adios!

¡Huye la juventud, decae la vida,

Aun la misma esperanza se oscurece!

El primer entusiasmo al fin perece

Y se apaga con él toda pasión!

ULTIMA LUZ.

¡Poco me resta de vida!

Las fuerzas van decayendo

Y el alma va presintiendo

La funesta despedida,

En mitad de mi carrera

Llegando al límite voy!

La luz que mirando estoy

Es quizá mi luz postrera.

Rotos del cuerpo los lazos,

Por las ondas remecido,

Me voy á quedar dormido

Cual de una madre en los brazos

Al frente mi esposa está:

¡Pobre niña, alma sencilla!

Lágrimas de su megilla

Ocultándomelas va.

¡Llora, infeliz! tu quebranto

No será el postrero, no:

Si llego á faltarte yo,

Amargo será tu llanto.

Si la vida transitoria

Se vá cual al mar un río,

Quita por piedad, Dios mío,

A mi mente la memoria!

No asalte mi pensamiento
; Ay! la imagen de mi hija;
Mi hora postrera no aflija,
Santo Dios, ese tormento!

Niña que al mundo despierta
Y que á la vida se lanza
Hallando de la esperanza
Cerrada, al salir, la puerta.

; A dónde, á donde las dos
Irán en duelo profundo

Sin más amparo en el mundo
Que la voluntad de Dios?

Tú á quien los buenos adoran,
Ten piedad de mi dolor,
Tú que eres padre, Señor,
El padre de los que lloran.

Yo sufro en paz mi destino,
Héme humilde y resignado
Como el viajero cansado
En la mitad del camino.

Jamás odio ni rencor
En mi pecho formó nido
Mucho sufrí; estoy rendido
Bajo el peso del dolor.

Constante mi pena fué
Y á la tumba vá conmigo,
Como el perro del mendigo
Que muere del dueño al pie.

Hijita del alma mía,
Tu memoria placentera
Vaya por mi cabecera

En mi lecho de agonía.

Para mí no tuvo gloria
La vida, fulgor de un día,
Mañana sin mediodía
Y recuerdo sin memoria.

; Ay! si mañana mi prenda
Sedienta á una puerta toca,
Calmad la sed de su boca
De mi memoria en ofrenda;

Y si el viento del destino
Contra mi hija se levanta,
; Ay! arrancad de su planta
Las espinas del camino.

Allá en orilla lejana
Con alma pura de niño
Me guarda tierno cariño
Una santa y noble anciana:

Es mi madre; ella también
Por el hijo ausente llora,
Porque la pobre me adora
Como á su perdido bien.

No le digais por piedad,
Que se hijo ya no existe,
Pues la infeliz no resiste
Pesar tan grande á su edad.

Madre, esposa, hija del alma,
Pedazos de mi corazón,
Rezad por mí; la oración
La angustia del pecho calma.

Al abandonar la vida
Pienso en Dios y en ellas pienso,

Pues es mi amor tan inmenso
Cual trisle mi despedida.

Llevo en paciencia mi cruz,
¡ Oh ! Dios, que mi última hora
Bañe tu luz hienhechora,
Pues mira mi última luz.

JOSE H. GARCÍA DE QUEVEDO.

¡ Á ITALIA !

ODA.

Como en la azul atmósfera,
Desde la cumbre alpina,
Rauda se lanza el águila
Hasta que al sol vecina
Un punto el vasto Océano
Y el mundo vé á sus pies;
Mas si flechero impávido
Tiro mortal le asesta,
Herida el ave ciérnese

Y luego en alta cresta
Ya moribunda abátese
Rendida su altivez :

Así caíste, ¡ oh misera !
De la sublime cumbre;
Y ora so el yugo férreo
De odiosa servidumbre
Inclinas mustia y pálida
La ántes soberbia faz;
Te humillas ante el bárbaro
Tirano que te asuela,
Sin que haya un sér magnánimo
Que de tu mal se duela,
¡ Ni un campeón intrépido
Que ose por tí lidiar !

¡ Qué ! ¿ Sólo esclavos tímidos
Se nutren en su seno ?
¡ La raza de los héroes
De Munda y Trasimeno
Ni un solo ilustre vástago
Dejó detrás de sí ?

Tú, patria de los Césares,
Camilos y Escipiones;
Tú, madre de los Régulos,
Los Brutos, los Catones,
¿ No tienes ya ni mártires
Que osen morir por tí ?
Cuánto en el alma inspirame
Honda piedad tu llanto !
¡ Cuánto, oh matrona, el lúgubre
Gemir de tu quebranto

Dolor infunde al fervido
Ansioso corazon !
¿ Y á quién no mueve á lástima,
; Oh Italia ! tú amargura ?
; Ay ! tus arroyos lípidos,
Tus campos de verdura,
; Mas qué ? .. ; tus mismas lágrimas
Libres tampoco son !
Raza de esclavos trémulos,
Nacion degenerada,
De tus abuelos inclitos
Osa empuñar la espada !
; Qué esperas ya ? — ; Levántate !
; No más esclavitud !
El sacrosanto lábaro
De libertad tremola !
; Hay en tus campos fértiles,
Hay una piedra sola,
Que no recuerde altísimas
Memorias de virtud ?
; Sus ! ; Al combate ! el ánimo
No os faltará, guerreros !
Brillen al aire fúlgidos
Desnudos los aceros !
Pueble el espacio el horrible
Bramido del cañon !
Llene la trompa bélica
Los ámbitos del mundo
Y á la ardua lid arrójense,
Con brio sin segundo
Mil y mil dignos émulos

De Bruto y de Caton !
Ya se oye el ronco estrépito
De la feroz batalla ;
Ya en ambas partes mézclanse
La sangre y la metralla :
; Supremo Dios ! ; ayúdales
En la revuelta lid !
; Sus ! mis valientes italos,
Ilustres ciudadanos !
La Italia sus Termópilas
Tendrá y sus Espartanos !
Ya so la régia púrpura
Tiembla el tirano vil !
Y si al romper impávidos
Nuestra servil coyunda
Moris, nunca del héroe
La sangre fué infecunda ;
Que es el morir dulcísimo
Por patria y libertad !
Sabad nuevos Leónidas
Morir con frente altiva !
; Dará á los sacros túmulos
Honor la siempreviva
Y al llanto de las vírgenes
El tauro crecerá !
Mas ; ay ! el estro olimpico
El luego sacrosanto
Del génio sumo faltame
A tan sublime canto ;
Pobre mi lira y rústica,
Mi acento débiles...

¿Qué importa? El fuego eléctrico
Que abrasa mis entrañas
En manantial clarísimo
De insólitas hazañas
Para ese pueblo indómito
Se trocará tal vez!

Tal vez la humilde cítara

Indigna de memoria,
Mejor entone el épico
Cantar de la victoria.

¿Tal vez el eco escúchese
En la remota edad!

Y si su gloria efímera
Con el cantar perece

¿Qué importa? Al vate bástale,
Como a la flor que crece

El sol, el aura plácida
De amor y de amistad.

¡Sus! mis valientes itálos,
¡Sus! al feroz combate!

Responda al rudo cántico
Del extranjero vate,

Responda el grito altisono
De libertad y honor!

Y cuando la vorágine
Del tiempo en lo futuro

Con mi cadáver lívido
Trague mi nombre oscuro

Sólo una antigua lágrima
Os pedirá el cantor.

A LA LIBERTAD.

ODA.

No armada del puñal de la venganza,
Ni teñida la veste en sangre impura,
Tal como la forjó vuestra locura

O torpe iniquidad;

Plácida cual la luz de la esperanza,
Con la paz y el perdon sobre su frente,
Blanda la faz, benigno el continente:

¡Tal es la libertad!

Hija de Dios, de su bondad esencia;
Don el mas alto de su amor divino,
Acaso en el mundano torbellino

Al hombre se ocultó;

Negra ambicion, estúpida demencia,
El temor de los buenos, la osadía
De un tirano, el furor de la anarquía

Tal vez la encadenó...

Más no puede morir: lozana, fuerte,
Crece encorvada bajo el férreo yugo,
Ni el hacha enrojecida del verdugo

Enerva su virtud!

Del seno tenebrosa de la muerte,
Insultada tal vez, jamás vencida,

Cual su padre inmortal, torna á la vida
Con nueva juventud!
Poco son á humillarla los tiranos;
Que el mundo vé y conoce sus derechos:
La oprimen; ay! con sus bastardos hechos

Mil émulos y mil;
Que do el disfraz de nobles ciudadanos,
En su nombre inmortal alzan pendones
Y hacen servir los pueblos y naciones
A su torpeza vil!

Vosotros sois, apóstoles fingidos,
Vosotros embusteros renegados,
Vosotros, sí, los pérfidos soldados
Del crimen y el error.

No ha menester la libertad, bandidos,
Del estruendo y rencor del fiero Marte:
Símbolo del perdón es su estandarte,

Su blando imperio amor!
Y lidia, sí; — pero en leal palestra;
Atacada, jamás provocadora;
Siempre grande en la lid, nunca opresora;
Que es númen celestial;

Y nunca armó su prepotente diestra
El odio, ni el temor, ni la venganza;
Jamás para vencer urdió asechanza
Ni usó traidor puñal!

¡Pueblos! No es el rencor, ni la codicia,
Ni la torpe ambición, ni la impía guerra
Los símbolos que anuncien á la tierra

Que ya lució su edad:
Si veis orden y paz, amor, justicia,

Adunados reinar en grata calma,
Alzad entónces al Criador el alma:
¡Esa es la libertad!

FRANCISCO G. PARDO.

EL NAZARENO.

EH! EH! Iamma
sabacthani.

EL CRISTO.

Mártir sublime! espíritu fecundo! ¡aliento
Dios y hombre! hombre y Dios! de tu alma
Que inflama en luz los ámbitos del mundo,
Fecundiza mi ser; presta á mi acente
Tu fé suprema, tu dolor profundo,
Tus suspiros del Gólgota sangriento,
Cuando al influjo de tu amor divino
Cumplió la humanidad su alto destino!

Sólo á ti acudo; la olvidada lira
Que ecos profanos levantó sonora,
El himno hoy alza que tu fé me inspira,
Y al rayo fugitivo de la aurora,
Al último fulgor del sol que espira
Tras las colinas que su disco dora,
Abjuraré el error; la audacia vana

Cual su padre inmortal, torna á la vida
Con nueva juventud!
Poco son á humillarla los tiranos;
Que el mundo vé y conoce sus derechos :
La oprimen ; ay ! con sus bastardos hechos

Mil émulos y mil ;
Que do el disfraz de nobles ciudadanos,
En su nombre inmortal alzan pendones
Y hacen servir los pueblos y naciones
A su torpeza vil !

Vosotros sois, apóstoles fingidos,
Vosotros embusteros renegados,
Vosotros, sí, los pérfidos soldados
Del crimen y el error.

No ha menester la libertad, bandidos,
Del estruendo y rencor del fiero Marte :
Símbolo del perdón es su estandarte,

Su blando imperio amor !
Y lidia, sí ; — pero en leal palestra ;
Atacada, jamás provocadora ;
Siempre grande en la lid, nunca opresora ;
Que es númen celestial ;

Y nunca armó su prepotente diestra
El odio, ni el temor, ni la venganza ;
Jamás para vencer urdió asechanza

Ni usó traidor puñal !
;Pueblos ! No es el rencor, ni la codicia,
Ni la torpe ambición, ni la impia guerra
Los símbolos que anuncien á la tierra

Que ya lució su edad :
Si veis orden y paz, amor, justicia,

Adunados reinar en grata calma,
Alzad entónces al Criador el alma :
;Esa es la libertad !

FRANCISCO G. PARDO.

EL NAZARENO.

EH ! EH ! Iamma
sabacthani.

EL CRISTO.

Mártir sublime ! espíritu fecundo ! ¡ aliento
Dios y hombre ! hombre y Dios ! de tu alma
Que inflama en luz los ámbitos del mundo,
Fecundiza mi ser ; presta á mi acente
Tu fé suprema, tu dolor profundo,
Tus suspiros del Gólgota sangriento,
Cuando al influjo de tu amor divino
Cumplió la humanidad su alto destino !

Sólo á ti acudo ; la olvidada lira
Que ecos profanos levantó sonora,
El himno hoy alza que tu fé me inspira,
Y al rayo fugitivo de la aurora,
Al último fulgor del sol que espira
Tras las colinas que su disco dora,
Abjuraré el error ; la audacia vana

De mi perdida juventud temprana,
Niveas palomas del Jordán undoso
Cándidos cisnes de Salem, que un día
Contemplásteis del drama tenebroso
El holocausto de la raza impía
Y visteis en martirio generoso
Teñir su sangre la aspereza umbría.
Divinizad mi voz con vuestro arullo,
Del arpa sacra al celestial murmullo
El Sol del viejo mundo en Occidente
Hundió su disco al despertar tu lumbre;
Los ídolos paganos de repente
Cayeron á su propia pesadumbre;
La voz de la verdad omnipotente
Llenó la tierra desde la alta cumbre,
Cambiendo por la nueva teogonía.
Los cultos de la antigua idolatría.
En las aras de Vénus Citeréa,
De Minerva, de Júpiter y Apolo
Se alza la cruz que estiende gigantea
Sus anchos brazos desde polo á polo;
Su inmensa sombra sobre el jaspe oreo
La sangre del altar derruido y sólo
Y los rayos de luz al mundo lanza
De la fé, del amor y la esperanza.
Enmudece la voz de las sibilas
Y callán los oráculos fatales;
Del templo so las bóvedas tranquilas
No mienten los conjuros infernales!
Ni al númen osan las confusas filas
De arúspices, auguros y vestales

Y ruedan hasta el polvo dogmas, leyes
Y misterios y símbolos y reyes.

De la inmensa catástrofe las ruinas
Se hundieron en la sombra del ocaso,
No del hierro al furor, si á las divinas
Gotas que encierra del amor el vaso.
Del Gólgota inmortal por las colinas
Al Cristo ved, que con doliente paso
Trepó al suplicio, su sepulcro cava
Por redimir la humanidad esclava!

Vedle cruzar la dolorosa vía,
Doblado al peso de la cruz la frente
Que guirnalda de espinas le cenía;
Y en cambio de la clámide esplendente
Y la sandalia de oro y pedrería,
Insignias del poder omnipotente,
Manto de grana por baldón le insulta,
Descalzo el pié sobre la roca inculta.

Veinte siglos repiten los acentos
Que en el monte fatal su voz murmura;
Víctima del oprobio y los tormentos,
Perdon reclama por la raza impura;
Las cítaras divinas por los vientos
Llevan al cielo su ideal ternura
Que luego en luz y en esperanza y calma
Trocó la estéril soledad del alma.

La bíblica epopeya en su armonía
Trazó el horror del misterioso drama;
Espíritu de Dios, verdad sombría
De inmensa luz sus páginas inflama;
La musa de la Tierra no podría

Docta pintar sin su celeste llama
Ni la impiedad de la naci6n deicida,
Ni al inmortal sobre la Cruz sin vida.
¡ Proscritos del Eden ! ¡ caed de hinojos
Ante el loño del G6igota sangriento !
Hacia el Inri fatal tornad los ojos,
Va á consumarse el sacrificio cruento ;
Depon, Salem nefanda, tus enojos :
Dios va á exhalar sus postrimer aliento,
Respondiendo á tu encono furibundo
Con el perdon del redimido mundo.
¡ Virgenes de Sion ! ¡ Casta Maria !
Del célico pensil nivea azucena !
Contempla allí la trémula agonía
Del que los mundos en su curso enfrena ;
Ora al pié de la Cruz, derrama pia
Tu llanto y tus suspiros, Magdalena !
Tú, ap6stol del dolor, con voz que asombre
Pinta á los siglos la maldad del hombre !
¡ Dios espiró ! Sus inmortales brazos
Para estrechar la humanidad estiende ;
El velo del altar hecho pedazos
De las judáicas aras se desprende
Y el rayo vibra en deslumbrantes trazos
Y voz de trueno los espacios hiende,
Y el sol vela su lumbré gigantea,
Y el Universo entero bambolea.
Muje el mar, brama el viento, abate el ala
De oro y azul el serafin del cielo,
El huerto pierde su amorosa gala,
Suspende el ave entorpecida el vuelo,

Voz de dolor naturaleza exhala,
Toda la creacion gime de duelo
Y en inmortal prodigio nunca visto
Salva á la humanidad muriendo el Cristo.

SOLEDAD.

¡ A qué tan dulces horas
Traer al corazon, Leonor altiva,
Si el sol de esas auroras
Ya pasó con su lumbré fugitiva ?
Callada está la ola
Del blando río ; el aura no despierta ;
Y mi alma está sola !
Y la tuya, Leonor... la tuya, muerta !
Mira el bosque, sombrío ;
Mústio el ciprés ; fatídica la nube ;
Y tu suspiro frío
Como esa nieblá que del lago sube.
De tanto amor, abrigo,
Allí está ¿ no lo ves ? Seca la palma
Que fué mudo testigo
Del amor de tu alma y de mi alma.
Iris de mil colores,
Que espléndido brillaste una mañana.
Te fuiste con sus flores
Y entre sus orlas de zafiro y grana !

Todo sobre la ola
Pasó del tiempo con tu amor y el mío;
Y mi alma está sola!...
Y está sin ti mi corazón vacío.

HERACLIO M. DE LA GUARDIA

CIENCIA Y POESIA.

A ARISTIDES ROJAS.

Mucho tiempo dudó la musa mía
Si en el recinto de la adusta ciencia
Pudiera hallar calor la fantasía
Y auras propicias de fugaz esencia.
Si aquella es la razón, yo me decía,
Y esta sueño no más, vana demencia,
¿Cómo osará llegar mi pobre lira
A la seria verdad con su mentira?...
Eco de la ilusión, fugaz destello
De ese invisible mundo de la idea;
Armoniosa palabra de lo bello
Que canta un Dios que su entusiasmo crea;
Luz que en sí se refleja y goza en ello;
Prisma de cuanto el corazón desea

Es garza nada más, flor de la espuma,
Que alegre mueve la nevada pluma.
¿Cómo pensar pudiera dulce abrigo
Hallar donde á su gusto es todo extraño,
Y acaso fuera con dolor testigo,
Del desden de la ciencia por su engaño?...
Así mis versos son gaje al amigo,
Y temor no ha de haber de injuria ó daño;
Que él une al pensamiento de su frente
Alma que sueña y corazón que siente.

Si él sabe que ese sol rayos creadores
A fecundar la tierra nos envía,
No desdeña la gracia y los colores
Conque en vestir sus obras se extasia;
No olvida por el fruto de las flores
La gaya pompa y fresca lozanía;
Ni por seguir del sol el régio paso
Crepúsculos del alba ó del ocaso.

Si sabe que ese azul del firmamento
En sólo una ilusión de los sentidos,
Y juegos de la luz, nubes y viento
Esos mantos purpúreos desceñidos,
Lo infinito al buscar su pensamiento
Detiene allí sus pasos decididos,
Y en medio á ese fantástico palacio
Bendice el lujo y gala del espacio.

Si en ese polvo de oro en que esmaltado
Muestra la noche el nebuloso velo,
Otros mundos su espíritu elevado
Descubre y cuenta al contemplar el cielo;
Si del cometa el viaje dilatado

Recorre audaz con incansable anhelo,
De Vénus á la luz diáfana y pura
Se embriaga en el amor de la hermosura.

De Diana no tan sólo en la luz mira
Reflejo de otro foco desprendido,
Ni el raudal escape en que la tierra gira
Lleva no más su espíritu atrevido;
Inquiere, busca, mas buscando admira:
Y ante el concierto universal movido,
De fe sagrada ardiendo en ignea llama
Espera, siente, crece, suspira y ama!

Cual al soplo de Dios, de entre el vacío
Brotó la luz y derramóse ardiente,
Galano con virgen atavío
El mundo se ostentó, de floreciente
Pompa adornado; y la mar y el río,
El viento gemidor y blando ambiente
Y todo en él mostraba el alto sello
Que encubre lo fecundo con lo bello.

El insecto que vá de rosa en rosa,
Como en juego infantil, fugaz propaga
La simiente palpable y vaporosa,
Al propio tiempo que la vista halaga.
No es lujo nada más la mariposa,
Ni el ave solo por deleite vaga;
Y hasta el perfume de la flor más leve
Hacia un objeto real el aura mueve.

Cuando rasga la nube el pardo velo
Y el rayo parte en cólera sublime,
Brillará luego más sereno el cielo,
Libre la esfera al yugo que la oprime:

Y al benéfico influjo el mismo suelo,
Abriendo el seno á nueva vida, exime
Al labrador de inútiles fatigas
Brindando á manos llenas las espigas.

Cuando visita el Sol el polo helado
Que su fecunda luz ansioso espía,
Es que lleva un consuelo al desterrado
De las tierras de Dios del mediodía;
Y, cuando de allí torna fatigado,
A los vientos del norte les enseña
Que con rápidas brizas fuego ardiente,
El ardor calmen de su fresco ambiente.

El ígneo foco que bullendo mora,
Corazon de la tierra palpitante,
No solo con su llama creadora
Hace habitable el mundo y fecundante;
Él funde la esmeralda y la colora,
Presta sus vivos rayos al diamante
Y en caprichosos, pródigos raudales,
Abrillanta y da á el hombre los metales.

Y por mirar los bienes que derrama,
Quebrantando la cárcel que lo encierra,
Corona en luz de abrasadora llama
Las altas cumbres de la madre tierra.
Aliento de gigante que se inflama
E inquieto lucha en sempiterna guerra,
Y que al romper así sus duros lazos
No hace al mundo en su cólera pedazos.

Y todo tiende á un fin; lo bello y bueno
Dios lo sembró con tan profunda mano
Que es bálsamo benéfico el veneno,

Necesario á la vida el vil gusano;
¿Cómo juzgar de tal virtud ajeno
Sólo al hirviente númen soberano
Porque en cantar lo bello se recrea
Hijo del dueño, esclavo de la idea.

A ti la ciencia no robó egoísta
De tempranos abriles la fé pura,
Y las leyes del mundo no á tu vista
Fueron en vez de sol tiniebla oscura.
Ni ciega tu mente materialista
Nec. su propio sér en su locura,
rara ti tiene aún la verdad galas,
El alma voz y el sentimiento alas.

Gozas por eso tú si reverbera
La luz del sol en trémulo rocío;
Y es fiesta al corazón la primavera,
Dulce tristeza el caloroso estío;
Y te place soñar en la pradera,
So fresca sombra, en hondo desvarío,
Volar dejando el alma en las regiones
Do se inundan en luz los corazones.

• Que nada va más léjos ni es más bello
Que lo que el alma en su delirio sueña. •
Cuanto hay grande y sublime es un destello
De lo que entónces su vision enseña.
Rompiendo audaz el misterioso sello
De la materia frágil, la desdena,
Y suelta al fin de odiosas ataduras,
Reina feliz se ostenta en las alturas.
¿Qué del orgullo estúpido arrogante
Importa así de su desden el hielo

Al que sintiendo altento de gigante
Puede en sus sueños visitar el cielo?
¿A áquel que el mundo todo, nuevo Atlante,
Cargar intenta en su insaciable anhelo
Y, todo alma y corazón ardiente,
Un nuevo sol divisa en el Oriente?...
¿Qué importa, no, su falsa indiferencia,
Lo dió á la Fe, Dios á cuanto existe aliento,
Al alma, al corazón, lo á la creencia,
Si misterios creó, fué por la ciencia.
Dió lágrimas y amor al sentimiento,
Y á la eterna beldad y su armonía
La voz de lo ideal, la poesía.

A LA ACTRIZ

Decirte que eres hermosa,
Que tienes gracia y talento,
Es decir muy poca cosa,
Es no decir lo que siento.
Pues pobre es á ti la palma
De amor ó de admiración;
Que artista, robas el alma,
Y mujer, el corazón.

Por eso cuando te miro
Sobre la escena, Ventura,
No sé si tu génio admiro
O si adoro tu hermosura;
Que el arte en ti y la mujer
Se disputan la victoria,
Y nunca es dado escoger
Entre el amor ó la ofensa.
Si de la amantes matices,
Lloro cuanto tú adoras,
Maldigo lo que maldices.
Por ti el arte no es ficción,
Si veodad que palpo y siento,
Desborde del corazón,
Perfume del sentimiento.
Si cantas, tu alma le ofrece
Su dulce expression al canto,
Y cada nota parece
Que es una gota de llanto.
Si sonries, enajenas,
Y refresca tu sonrisa
Cual do un campo de azucenas
Leve y perfumada brisa.
En fin, todo en ti, ventura,
Milagro es, magia, portentoso,
Un prodigio tu hermosura
Y un prodigio tu talento
¿ Quién habrá, pues, que resista
A tu invencible poder,
Sin admirado como artista

Seduces como mujer?...

Cuando aplaudo, por mi parte
Lo confieso y no lo oculto,
Nunca sé si aplaudo el arte
O rindo á tu beldad culto.

Porque el alma seducida
Bajo ese doble esplendor
Permanece dividida
Entre admiracion y amor.

¿ Te amo ó te admiro? Lo ignoro
Y ademas saber no intento
Si es que á la mujer adoro
O me entusiasma el talento;
Pues dudando entre celos,
No habrá temor que mi ofrenda
Ni cause á la artista celos,
Ni que la mujer se ofenda.

JACINTO GUTIERREZ COLL.

ARMONIA. ®

Brillan tus ojos, cual la lumbre pura
Del astro de la luz:
En los mios está la noche oscura
De lúgubre inquietud.
Es tu frente que ciñen crenchas blondas,

Tersa como cristal :
En la mía grabó sus huellas hondas
Incógnito pesar.
Cual pétalos de rosa, tus mejillas
Ostentan su color :
Las mías son las hojas amarillas
Que la tarde secó.
Blanda palpitacion esa que mueve
Tu seno de jazmin :
El mío apenas á respirar se atreve,
Por miedo de gemir.
Tiene tu voz la dulce melodía
De un canto celestial :
Yo no sé quién me dijo que la mía
Parece sollozar.
Del amor embriagada con la esencia,
Te miro sonreír ;
Y bendigo tu cándida inocencia
Y lloro y no por mí.
Irresistible imperio me conduce
A tu lado en mi afán :
Junto al rayo benéfico que luce,
La sombra siempre va !

SOMBRAS.

Gloria, ambición, amores
Yo en el altar de la esperanza mía

Culto de adoracion fiel os rendía ;
Allí regó mi juventud sus flores
Allí mi corazón, mi fantasía
Soñaron con un mundo de esplendores
Huyeron, ¡ ay ! huyeron ;
Y quedó mi horizonte solitario...
¿ Quién volverá la lumbre á los que ardieron,
Como soles, de mi alma en el santuario ?
Mis cándidas y dulces ilusiones,
Múrieron, cual los sonos
Del cisne amante que cantando espira
Como muere la efímera hermosura
De la flor en la cálida llanura
Bajo el ala del viento que suspira.
Y ahora, ¿ quién se levanta en el oscuro
Reposo del pasado desvarío ?
Como al poder de lúgubre conjuro
Sombras siento vagar en torno mío...
Y ni un rayo de luz para mis ojos !
Ni un poco de calor para mi alma !
¿ Qué son estos despojos,
Que así me cercan con siniestra calma ?
Bien os conozco ya : sois las memorias
De cuanto amó mi corazón ardiente ;
Sois las mentidas glorias
Que fatigaron mi abrasada mente ;
Sois las reliquias yertas
De todas las venturas que en un día
Vió la esperanza mía
En el crial del desengaño muertas !
Espectros del pasado,

¿Qué me queréis? Recuerdos punzadores,
En vano en mi redor se alza enlutado
Ese tropel de sombras con que el hado
Acrece, aumenta, exalta sus rigores.

Como el bajel perdido
En los revueltos mares,
Así se hundió en la tumba del olvido

La historia funeral de mis pesares.
Recuerdos, ¡apartad! Quiero la vía,

Donde la planta nuevo,
Solitaria, vacía...
Como la noche que en alma llevo!

CONSOLACION.

Orillas de una fuente,
Un triste peregrino contemplaba
La trémula corriente,
Que la verde campiña fecundaba;
Y una lágrima ardiente,
De sus ojos caída,
Muda señal de su infortunio grave,
Corrió luego en las ondas confundida;
Y él murmuró: Quien sabe
Si esta fuente sin nombre
Que da sávia á la flor y vida al ave,
Es hija de las lágrimas del hombre!

Yo lo escuche; y mi alma
Volví gozosa á quien los orbes rije,
Y, poseído de inefable calma,
El raudal de mis lágrimas bendije.

TINIEBLA.

¿A dónde me conduces? — ¡Ven conmigo
¿Qué sombra es esa que nubló tu frente?
Cállate, por piedad, que el son doliente
Oigo de un funeral si estoy contigo:
Loca ilusión! creí que te salvaba...
— No: soy yo quien te arrastro en mi carrera
— Ilaz de mi sér lo que tu antojo quiera;
No te baste mi amor: seré tu esclava.
La tempestad de tu dolor extraño
Callará junto á mí: ¿no estás contento?
Más horrible que nunca es mi tormento.
Dime; quién eres, pues! — El desengaño.

FRANCISCO DE SALES PÉREZ.

EPIGRAMAS.

I.

Con una enferma casó
Juan por ponerse en dinero;
Y ¿sabes en qué paró?
En que él se murió primero,
Porque el mal se le pegó.

II.

• Pues tan liberal te dices.
Facilitame un doblon!
Le dijo Blas á Ramon.
¿Se lo dió? — Por las narices
Con el puño del baston.

III.

Cuentan que un doctor (no sé
En cuantas ciencias de fijo)
Viendo un burro muerto, dijo:

• Hé aquí lo que yo seré.
El cuento es viejo, mas cierto,
Pues, segun lo que discurro,
Quien es, cuando vive, burro,
Tambien será burro, muerto.

ELOI ESCOBAR.

ADIOS.

I.

Nube que vas por el viento,
Como descarriada y sola,
Llévale mi triste acento,
Llévale mi adios á Lola,
Nube que vas por el viento!
Onda trémula del rio

Que vas tu amor murmurando,
Llévale; ay! el llanto mio,
Tú que vives sollozando,
Onda trémula del rio!

Avecilla cantadora,
Suelta las alas y vuela
Y cántale, con la aurora,
Cántale mi cantinela,
Avecilla cantadora!

Y tú, dulce y tierno Amor,
Dile á Lola desde aquí,
Cuál me tiene Amor, á mi,
Su dolor y mi dolor!

Que si tú te vas, dejando
Sola mi alma noche ó día,
La pobre alma se iría
Detras de ti suspirando.

Dile que cuando la lumbre
Del sol corona el ocaso,
Va conmigo, tardo el paso,
Mi doliente pesadumbre;

Y sobre el altivo monte,
Lleno de este dolor mío,
Miro las vegas y el río,
Blando Tuy, al horizonte;

Y en el azul oleaje,
De la inmensa lejanía,
Miro á Lola, Lola mía,
Como tímido celaje!

Flores que delante de ella
El cuello vais doblegando,
No lloreis, que amor es blando.
Y es levísima su huella.

¡Bajo sus piés, dulce olor
Suspirad, y nueva vida
Os dé mi Lola queridat,
¿Na da la vida el amor?

No hagais como estás que moran,
Cerca de mí, que me miran,
Pobres flores! y suspiran

Y como suspiran lloran!
Que es Lola luz suave y pura,
Es amor, dulce alegría,
Y yo doy, en mi agonía,
Dolor de la noche oscura.

Nube que vas por el viento,
Como descarriada y sola,
Llévale mi triste acento,
Llévale mi adiós á Lola,
Nube que vas por el viento.

II.

La Tarde, suelto el cabello,
Va, la ropa descogida,
Y á llorar y amar convida
El rostro pálido y bello;

Tú amas, Tarde, al sol que viste,
Que te deja triste y sola;
Yo ví también y amo á Lola
Que me deja solo y triste.

Pues, hay, Tarde, entre ambos hoy,
Una inmensa simpatía:
Tú eres la melancolía,
Yo melancólico estoy.

Yo miro palidecer
La incierta luz de tu frente,
A medida que á Occidente
Baja el sol á fenecer.

Mira tú que el rostro mío,
Como va el celaje huyendo,
Va también palideciendo
Melancólico y sombrío.

En tu seno murmurantes,
Como de lágrimas llenas,
Van las fuentes, inserenas,
Y las auras, suspirantes.

En mí murmura y espira
Fuente de inmenso dolor
Y son suspiros de amor
Estas notas de mi lira...

Mas ¡ay! que la excelsa lumbre
Cayó al fin al hondo ocaso...
Ven conmigo, tardo el paso,
Mi doliente pesadumbre!...

Sombra que vas por el viento,
Como descarriada y sola
Llévale un hondo lamento,
Llévale mi llanto á Lola,
¡Sombra que vas por el viento!

JESUS MARIA GISTIAGA.

ESTOY POR LAS FEAS

Hay un hecho, señores, bien probado,
Un hecho por demas particular,
Hecho sobre que pocos han hablado
Y que á mí me provoca á disertar.

Es el caso que nunca hubo poeta,
Desde el más inspirado al más ramplon,
Que al retratar su Filis ó su Clea
No pinte una celeste aparicion.

Y á tanto llega esta pueril manía
Que apellidan Nereida á una mujer...
El cambio á un pez de espada agradaria,
Pero á un hombre, señor, no puede ser;

Que no hay vate tan zurdo y tan belitre
Que quiera contemplar á su Asuncion
Con el rostro bronceado del salitre
Y comiéndose crudo un tiburon.

Voy á probar que es una tontería
Aquello de *albo seno, breve pié,*
De *aliento embalsamado de ambrosi*

Y de cosas que todo el mundo vé;
Que el descosido que á una tuerta adora,
En lo tuerto encontró lo inspiracion;
Que la jiba que á algunos encocora

A otros muchos aumenta la pasión.
He conocido un sabio consumado,
Destilando á torrentes el amor
Por Dorila... de rostro acartonado
Y con un narízon que era un primor.
Pero es esta la ley de los caprichos,
Que en gustos nadie puede decidir,
Pues por mujeres que unos llaman bichos,
Mil otros se apresuran á morir.
Más permito que exista esa hermosura
Que llaman los amantes *dulce imán*,
Y que á mozos de seso y de cordura
Los trasformé en un blando mazapan.
Aun así, mi lector, fuerza es que creas
Que prefiero por más de una razón
Sobre todas las bellas á las feas,
Aunque brame la célica región.
Que es cierto que fué linda doña Elena,
Pero caro, por Dios, costó á Míon,
Y más tarde la bella Ana Bolena
Anegó en sangre la feliz Albion;
Y aunque algunos en trovas de melaza
Me citen bellas y hermosuras mil,
No les he de entregar, por Dios, la plaza,
Ni han de lograr ponerme en fuga vil;
Que para contestarles tengo quorum
Sin maldito el trabajo, vive Dios!
No tengo más que abrir el Flos Sanctorum,
Do para cada linda hay feas dos.
Ahora bien, ¿hubo nunca una bonita
Tan llena de dulzura y de pasión

Como una bizca, y más si es cascadita
Y ha pasado viruela y sarampión?
¿Dónde hallarse podrá tanta constancia
Como en una menguada de nariz,
Que viaja sólo hasta la misma Francia,
Sin cometer jamás ningún desliz?

Y en cuanto á ventajas reales
Hablad, casados, por mí,
Puesto que sufrís los males,
Y caprichos infernales.
De la desposada hurí!

Para mí tengo por cierto
Que esposa de linda faz
Hace dormido á un despierto,
Y sólo cuando está muerto
Tiene su cónyuge paz.

Y si es fea rematada,
Es hacendosa hasta el fin,
Siempre amante, reservada
Y muy poco codiciada
Del vecino figurin.

Y si es bella, como el vino
Tiene un picante vapor
Que pone al cuyo molino
Y le hace perder el tino
Con su diabólico ardor.

Que la fea es cuidadosa,
Religiosa sin igual,
Muy aseada y oficiosa
Y la joya más preciosa

De la vida connubial.

Y la linda es veleidosa

Mariposa en el pensil,

Siempre altiva y desdenosa

Y cuanto ella es más hermosa

Es más carga concejil.

Y la fea con la aguja,

Siempre empleada en su labor,

A su cónyuge no empuja,

Ni lo acosa, ni lo estruja

Con *soirees* y tocador.

Y la linda gasta en trajes

Hasta el último doblon

Y os adeuda con encajes,

Gorras, cintas y otros gajes.

¡ Oh Dios! ; Qué revolución!

¿ Y la fidelidad? ; Oh Dios eterno,

Libranos por piedad de todo mal!

Quiero por novia un trago del infierno

Antes que una escrecencia capital.

Quiero cargar con una mujer *roma*

Que tenga la figura de una col,

Antes que las pupilas me carcoma

Una damita linda como un sol,

Yo quiero, al retirarme por la noche

Encontrar quien endulce mi pesar,

No una Perí que sin piedad me boche

Y, cuando he de dormir, me haga velar.

Quiero mujer que, cuando esté yo enfermo,

No ande con ascos al basilicon;

Que me consuele, si me ataca el muermo,

Y me meta por fin en el cajon.

EL CUENTO.

DE UN GATO Y UN RATON.

Un señor de copete

Que manejaba el fisco el año siete,

Guardaba en su despensa,

En cantidad inmensa,

Muy ricas provisiones

De chorizos, jamones,

Conservas, quesos, ostras y cecinas

Y otras mil golosinas,

Colgadas en lo alto

Para garantizarlas del asalto

Y de las malos tratos

De perros y de gatos

Que, como en casas grandes es costumbre,

Andaban en confusa muchedumbre.

Tan cierto estaba el dueño

De que era vano empeño

Para el gato más ágil y flexible

El poder atrapar un comestible,

Que siempre estaba abierta

De aquel rico depósito la puerta,

Y entraba con frecuencia
(Admirad la paciencia!)
Un espléndido gato
Sólo para gozar con el olfato
De las emanaciones excitantes
De aquellos jamoncitos tan flamantes,
Pues no pensó jamás el desdichado
Atrapar el más mínimo bocado;
Mas quiso su fortuna
Que una noche de luna
En que miraba al techo
Y suspiraba hasta romperse el pecho,
Descubriera un gordísimo raton
Que estaba; oh qué embeleso!
Dormido sobre un queso;
Y observando al momento
Que era vano el intento
De alcanzar con un salto
Aquel lugar tan alto,
Cambió de baterías
Y así dijo con mil zalamerías:

EL GATO.

Ilustre ciudadano,
Vuestro tipo romano
Y el talento profundo
Con que admirais al mundo,
Me fuerzan, en verdad,
A ofreceros mi amor y mi amistad.

EL RATON.

En tu amistad no creo
Porque tus uñas veo
Y siempre has dado caza
A mi valiente raza.

EL GATO.

Allá en los tiempos bárbaros, es cierto
Que algun raton he muerto;
Mas la divina luz del cristianismo
Desterró mi egoismo,
Y ya soy otro gato
Más humano y sensato
Que mira en ti un portento
De amor y sentimiento.
¡Ah! Si me fuera dado
Estar siempre á tu lado
Oyendo tus lecciones
Y admirando tus raras perfecciones:
Pero la grande altura
En que moras me llena de amargura.

EL RATON.

Tienes razon en parte,
Oh pobrecito uñarte,
Y tu candor alabo;
Pero, dime, ¿qué piensas de mi rabo?

EL GATO.

Tu rabo es un magnífico presente.
Con que el cielo elemento
Ha querido ensalzar tu gentileza,
Mostrando su poder y su grandeza.
O soy un ignorante y nada valgo,
O al hombre desrabado le falta algo;
Mas me duele en exceso
La nuca y el pescuezo :
Bájate, amigo mío,
Déjame contemplarte á mi albedrío !

EL RATON.

Yo sé que eres mi amigo ;
Mucho me gusta conversar contigo ;
Mas me asaltan memorias
De sangrientas historias,
Y así no extrañarás de mi hidalguía
Que yo te pida alguna garantía.

EL GATO.]

¡ Oh Dios ! muy bien merece
Este pobre animal que nace y crece
Misero y desdichado,
Que un héroe invicto como tú, criado
Para admirar las gentes
Con tus dotes pasmosas y excelentes,

Llegue á dudar un tanto
De mi sincero llanto
Y recuerde mi pasado
En que tanto he pecado.
Si nada vale mi acendrado amor
Ni mi intachable honor
Para determinar á su excelencia
A dejar por un rato esa eminencia,
En un negro agujero
Muy léjos viviré del mundo entero,
Hasta que al fin la muerte
Término ponga á mi terrible suerte.

EL RATON (enternecido.)

No más, no más : ¡ ya basta !
Eres ¡ oh ! gato, la bondad en pasta,
Hablas con elocuencia
Y ya vas á gozar de mi presencia.
¡ Poder de la lisonja,
Capaz de doblegar hasta una monja !
El ratoncillo al punto, dicho y hecho,
Se bajó pavoneándose del techo,
Con un aire tan vano
Como el más estirado soberano
Y no bien tocó el suelo
Cuando el gatazo al vuelo
Le dió dos manotadas
Y lo estrechó por fin en las quijadas,
Haciendo del raton una comida
Gustosa como pocas en su vida.

*Yo he conocido á muchos que se pagan
De adulaciones viles y se embriagan
Hasta entregarse inermes maniatados
A la merced de pillos desalmados.*

DOMINGO RAMON HERNANDEZ.

ALAS DE MARIPOSA.

Ráfaga de luz y grana
Mostraba allá en el Oriente
El crepúsculo, esplendente
Precursor de la mañana.

En los cálices silvestres
De recién nacidas flores
Lucían sus mil colores
Las mariposas campestres.

Un niño las perseguía
Y, arrancándoles las alas,
Todas sus brillantes galas
En una mano escondía.

Mostró el sol sus rayos de oro
Y el niño alegre y ufano
Abrió la cerrada mano
Para mirar su tesoro.

¡Qué es esto! exclama al momento
El incauto simplecillo,

Viendo un ligero polvillo
Que se disipa en el viento.

¿De qué te asombras, mi amor,
Clama su madre querida,
Si es polvo la humana vida.
Polvo la planta y la flor!

Ese despojo que vuela
Y que á tus ojos se esconde,
Mejor que yo te responde
Y el triste fin te revela.

Calló la madre amorosa;
Y él, en edad tan temprana,
Vió escrita la ley tirana
Con alas de mariposa.

A LA ESTATUA DE BOLIVAR.

El és; el grande! Al contemplarlo siente
El sacro fuego que al poeta inspira,
Arde como un volcan mi pensamiento
Y se estremece mi sonante lira.
Truena mi voz como huracan violento,
O como el aura en el ciprés suspira,
Pues columbro enlazados á su historia
Palma de mártir y laurel de gloria.

Héroe libertador en cuya frente
Puso el Iris sus gasas de colores,

*Yo he conocido á muchos que se pagan
De adulaciones viles y se embriagan
Hasta entregarse inermes maniatados
A la merced de pillos desalmados.*

DOMINGO RAMON HERNANDEZ.

ALAS DE MARIPOSA.

Ráfaga de luz y grana
Mostraba allá en el Oriente
El crepúsculo, esplendente
Precursor de la mañana.

En los cálices silvestres
De recién nacidas flores
Lucían sus mil colores
Las mariposas campestres.

Un niño las perseguía
Y, arrancándoles las alas,
Todas sus brillantes galas
En una mano escondía.

Mostró el sol sus rayos de oro
Y el niño alegre y ufano
Abrió la cerrada mano
Para mirar su tesoro.

¡Qué es esto! exclama al momento
El incauto simplecillo,

Viendo un ligero polvillo
Que se disipa en el viento.

¿De qué te asombras, mi amor,
Clama su madre querida,
Si es polvo la humana vida,
Polvo la planta y la flor!

Ese despojo que vuela
Y que á tus ojos se esconde,
Mejor que yo te responde
Y el triste fin te revela.

Calló la madre amorosa;
Y él, en edad tan temprana,
Vió escrita la ley tirana
Con alas de mariposa.

A LA ESTATUA DE BOLIVAR.

El és; el grande! Al contemplarlo siente
El sacro fuego que al poeta inspira,
Arde como un volcan mi pensamiento
Y se estremece mi sonante lira.
Truena mi voz como huracan violento,
O como el aura en el ciprés suspira,
Pues columbro enlazados á su historia
Palma de mártir y laurel de gloria.

Héroe libertador en cuya frente
Puso el Iris sus gasas de colores,

Insólita diadema refulgente
Con los variados tintes de las flores ;
Espíritu profético y ardiente,
Que, bebiendo del rayo los fulgores,
Fuiste como centella desprendida,

Que alumbra, que colora, que intimida :

A tu soberbio esfuerzo de gigante,
Derramando su espléndido tesoro,
Sobre nube de púrpura y diamante
Mostró la libertad su veste de oro ;
Y al resplandor de su gentil semblante,
Y de himnos mil el armonioso coro,
Nuevo eden que forjó la fantasía,
Grande Colombia de tu amor nació.

Ella se disipó como la espuma
Que los cambiantes reflejó del cielo
Sobre tu alma que el dolor abruma
Cayeron sombras de profundo duelo
Cegó tu vista sempiterna bruma,
Ciñó tus sienes tenebroso velo,
Y de tu noble corazón herido
Murio lá llama, se apagó el latido...
Del hondo abismo de la oscura nada
Hoy tornas á la luz sombra gloriosa ;
Y aunque ya no chispea tu mirada
Y está tu boca yerta, silenciosa,
Aunque no blandes la fulmínea espada
Envuelto en tu bandera victoriosa,
A tu aspecto de bélica grandeza
Levantarán los libres la cabeza.

No ha de tornar la horrible tiranía

Y con júbilo pátrio y ardimiento,
Hasta que trema el orbe en su agonía,
Saludarán tu insigne monumento.
Nadie recordará mi poesía ;
A nadie inflamará mi pensamiento ;
Mas á tu palma y tu laurel en tanto
Bardo más digno elevará su canto.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

FANTASIA.

Mi alma de la vida en el desierto
Cargada de recuerdos siempre avanza,
Buscando en alas de la brisa un huerto
Donde nasca la flor de la esperanza.

De blanco lino en el flotante velo
Tú eres el ángel que en sus sueños quiso
Enviarme Dios para llevarme al cielo
Oh mística Beatriz del Paraíso !

Yo amaba el trueno del volcán que aterra.
La muerte asida al bote de la lanza,
El torrente rodando por la sierra,
El eco repitiendo la venganza,
Pero te miro á tí, naciente rosa,
Y amo la soledad del bosque umbrío
Y amo la flor que osténtase orgullosa,

Ceñida por los besos del rocío.
Rey del dolor, mi imperio de tristeza
Sobre campos y mares el sol dora,
Y en la noche eternal de mi cabeza
Cautiva estaba de tu amor la Aurora.
Pero tu rostro á contemplarme inclinas
Y al bello sol de tu mirada ardiente,
Esta corona tétrica de espinas
Aún puede florecer sobre mi frente.
¿Oyes el ruido en que los pinos crecen,
Y al caer de las hojas lo que hacen?
Son besos de placer que se estremecen,
Son suspiros de amor que se deshacen.
Amemos, pues, sobre el estéril suelo;
Posa en mi frente tu brillante ala,
Que para alzarnos al distante cielo
El arco iris servirá de escala.
Hoy quisiera bajar al Océano,
Y de la tierra al corazón ardiente,
Por una perla para ornar tu mano,
Por un diamante para ornar tu frente;
Y ser quisiera el aura que perfuma
De tu inocencia la bendita palma,
Y recoger tu lágrima en mi pluma
Para escribir tu nombre sobre el alma.

VESPERTINO.

La tarde está muy triste;
Cual virgen desposada
La luna está velada
Pensando en Endimion;
Solo en tu dulce piano
Despiértase el sonido,
Como esclavo dormido
Que llama su señor.

La idea, mariposa
De bullidoras alas,
Al peso de sus galas
Aduérmese en mi sien;
No sueñan los luceros,
Los vientos no palpitan,
Ni las flores meditan
Amando en el vergel.

Los pájaros del bosque
Sus cantos no modulan,
Los árboles no ondulan;
Bañados por la luz:
¿Por qué respira el alma
En lánguido desvelo?
¿Porque está triste el cielo
Y estás enferma tú!

DIEGO JUGO RAMIREZ.

LOS DESENGAÑOS DEL MUNDO.

— Hijo querido del alma!
— Madre del alma querida!
— Vuelves al pecho la calma!
— Tú al corazón das la vida!
— Vienes triste acongojado.
— Triste, acongojado vengo;
— ¿Qué tienes, hijo adorado?
— No sé, madre, lo que tengo!
 Cuando el hogar dejó ansioso,
El bien juzgaba fecundo;
Y el corazón candoroso
Soñó la dicha en el mundo.
 Hoy, dolorido suspira;
Lo ahogan los desengaños.
Mis cabellos, madre, mira!
No es la nieve de los años!
 — Blancos están tus cabellos
De un rubio ayer tan brillante!
— Nevó el dolor sobre ellas;
Blanquearon en un instante!
 El pensamiento golpeando
Sin cesar aquí en la frente,
Sus raíces fué secando

Y encaneci de repente
— Tus ojos eran risueños...
— Las lágrimas los nublaron;
Que en pos de dorados sueños
Sólo decepción hallaron.

Vieron donde quiera el vicio,
De su poder orgulloso,
Ofrecer en sacrificio
El débil al poderoso.

La virtud, hija del cielo,
Olvidada en su retiro,
Sin atreverse en su duelo
¡Ay! ni á exhalar un suspiro.
— Encanto del alma mía!
Ven y llora entre mis brazos:
Mitigarán tu agonía
Mis maternales abrazos.

Para aliviar tus pesares
Diré, con tierno cariño,
Aquellos dulces cantares
Que oías cuando eras niño;

Y si esto á borrar no alcanza
Tu inquietud y tu desvelo,
Cifra, hijo, tu esperanza
En la eterna paz del cielo!

— Si, con tu amor, madre mía,
Volverá al pecho la calma,
Ya que perdió su alegría
Entre martirios el alma;
Y del hogar al abrigo,
Con este pesar profundo,

Madre, lloraré contigo
Los desengaños del mundo.

EL CORAZON Y LA CABEZA.

LA CABEZA.

Inquieto corazon, sueña y olvida
Las pavorosas sombras de tristeza !
¿ Por qué vana quimera te intimida,
Como si fuera á terminar tu vida
Que hoy la esperanza á iluminar empieza?
¿ Por qué vehemente sin cesar palpitas
Y el asilo romper del pecho quieres?
¿ A qué la convulsion en que te agitas?

EL CORAZON.

Tú piensas y pensando te marchitas!

LA CABEZA.

Y palpitando tú, corazon, mueres!...
Te arrastran impetuosas las pasiones
Como á débil arista arrastra el viento.

EL CORAZON.

Y tú sueñas sin tregua con visiones

Que serán tu martirio y tu tormento
Sin acallar jamás tus ambiciones.
¿ A qué te inquietas con soñada ciencia,
A qué te afanas con mentida gloria,
Cuando alcanzar no puedes la conciencia
De tu necio saber? Hé aquí la historia
De orgullo y vanidad en la existencia!
Yo siento, y al sentir sólo obedezco
La voluntad de Dios, ley soberana.

LA CABEZA.

Yo tambien al pensar, y me extremezco
Cuando la duda con teson me afana,
Y entre sombras y luz me desvanezco.

EL CORAZON.

Tú piensas, y al pensar te enorgulleces
Juzgándote con vista, pobre ciega;
Entré impalpables sombras te adormeces,
Y cuando el fin de la existencia llega,
Al observar tu engaño te extremezcas,
Tú me impones el odio, cuando amante
Me forjó para el bien la Providencia;
Por vana emulacion la fé inconstante
Queriendo hacerme esclavo de tu ciencia.

LA CABEZA.

¿ Mas si voy al azar por qué no evitas
Que la senda del mal tome en mi daño?

EL CORAZON.

Con necia presuncion te precipitas,
Y cuando al fin te hiere el desengaño,
A salir y llorar sólo me excitas.
Sigue vagando en pos de tus quimeras,
Mientras voy tras el bien con santo celo,
Que al borrarse esas sombras pasajeras,
En la orfandad te brindaré consuelo
¡Y una eterna esperanza cuando mueras !

LA CABEZA.

¿Dolido acaso de mi mal palpitás ?

EL CORAZON.

¿Con duda impia sin cesar me hieres !

LA CABEZA.

Ley es de Dios : y pienso, tú te agitas...

EL CORAZON.

¡Piensa, sí, que pensando te marchitas !

LA CABEZA

Y palpitando tú, corazón, mueres !

ELÍAS CALISTO POMPA.

ESTUDIA, TRABAJA, DESCANSA.

I.

Es puerta de la luz un libro abierto :
Entra por ella, niño, y de seguro
Que para tí serán en lo futuro
Dios más visible, su poder más cierto,
El ignorante vive en el desierto
Donde es el agua poca, el aire impuro :
Un grano le detiene el pié inseguro ;
Camina tropezando : *vive muerto !*

En ese de tu edad Abril florido
Recibe el corazón las impresiones
Como la cera el toque de las manos :
Estudia, y no serás cuando crecido
Ni el juguete vulgar de las pasiones,
Ni el esclavo servil de los tiranos.

II.

TRABAJA.

Trabaja, joven, sin cesar ;

La frente honrada que en sudor se moja,
Jamás ante otra frente se sonroja
Ni se rinde servil á quien la ultraja :

Tarde la nieve de los años cuaja
Sobre quien léjos la indolencia arroja ;
Su cuerpo al roble, por lo fuerte, enoja ;
Su alma del mundo al lodazal no baja.

El pan que da el trabajo es más sabroso
Que la escondida miel que con empeño
Liba la abeja en el rosal frondoso.

Si comes ese pan serán tu dueño,
Mas si del ocio ruedas al abismo,
¡ Todos serlo podrán, menos tú mismo !

III.

DESCANSA.

Ya es blanca tu cabeza, pobre anciano :
Tu cuerpo, cual la espiga al torbellino,
Se dobla y rinde fácil ; ya tu mano
El amigo bordon del peregrino.

Maneja sin compas, y el aire sano
Es á tu enfermo corazon mezquino...
Deja la alforja, va, descansa ufano
En la sombreada orilla del camino !

Descansa, sí, mas como el sol se acuesta,
Viajero como tú sobre el ocaso
Y al astro que le sigue un sayo presta :
Abre así con amor tus lábios viejos

Y alumbra al jóven que te sigue el paso
¡ Con la bendita luz de tus consejos !

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

INSCRIPCION PARA EL BUSTO DE CERVANTES

A Miguel Cervántes copia
La efigie que ves presente :
Fué pasmo de extraña gente,
Regocijo de la propia.

Fortuna le hirió con saña,
Mas saña tan sin fortuna.
Que ántes fué esa saña, á una,
Su fortuna y la de España.

Fué tornar fausto lo adverso
Grande lo humilde su sino ;
Su ingenio humilló al destino,
Dando á sus fallos reverso.

Falló contra su galera
Con doble estrago y espanto,
Y esa fué la que en Lepanto
Dejó al infiel sin bandera.

Para pena y por baldon
A la Mancha le condena,
Y él hizo númen la pena
Y de la Mancha blason,

Aherrojólo en lo profundo
De un calabozo nocivo
Y fué de allí que el cautivo
Salió á cautivar el mundo.

Ya poeta, ya guerrero,
En ingenioso artificio
Dió muerte su pluma al vicio,
Y entre donaire y hazaña
Inmortalizó en la historia
Con una mano su gloria
Y con ambas la de España.

VICENTE A. RENDÓN

AMÉRICA:

Homérica amazona!
Dormida al pié del Ande magestuoso
Recoge tu corona,
Tu laurel victorioso,
Alza! deja tu sueño voluptuoso!
Eva el alta frente,
A las nubes del cielo, y en tu mano,

El orbe lea, presente,
De su suerte el arcano
Como ley de tu ceño soberano!
De la creacion el día
Dijo el Señor en su saber profundo:
« Perfecta es la obra mía,
Y acabada sería,
Si, habiendo creado el orbe, creara un mundo.

• Lo crearé y al instante
Ese mundo será; pondré su asiento
En el césped fragante;
Será su aura mi aliento
Y su cielo el azul del firmamento

• Del trópico en el cielo
Los esplendentes rayos por lumbrera,
Y por fecundo suelo
La edénica pradera
Con su constante, eterna primavera,
• Cual tierra codiciada
Le daré por linderos los océanos,
Por muros la esferizada
Nación de americanos,
Horror y maldicion de los tiranos.

Lo pronunció y, riendo,
Sacó del seno de la estéril nada
La bella adolescente,
La América preciada,
Por la inocencia y el pudor velada
Contéplala extasiado,
Gozosa de su bien, su Autor divino
Y dice: • He terminado;

La gloria es tu camino;
Levanta! ve á cumplir con tu destino!

.....

Del tiempo llegó un día
Que los siglos absortos presenciaron;
La América reñía

Con fuerzas que aterraron
A los que bravos leones se llamaron.

Y luego victoriosa
En su génio confiada y su bravura
Se duerme perezosa,

Tranquila, inermey pura
A la suerte confiando su ventura.

¡ Homérica Amazona!
Dormida al pié del Ande magestuoso,

Recoge tu corona,
Tu laurel victorioso,
¡ Alza! ¡ Deja tu sueño voluptuoso!

La humanidad espera
Hallar en tu regazo el bien perfido...
¡ América altanera!

El orbe conmovido:
El oráculo, dice, « se ha cumplido. »

De libertad el grito,
Por los aires doquiera resonando,
Al déspota precito

Las horas va contando,
Y sus tronos en lodo sepultando.

El vínculo precioso,
Dictado por el Cristo en los umbrales

Del Gólgota afrentoso,
Unirá á las rivales
Hermanos con sus lazos inmortales.

Los disidentes ritos
Que la falsa piedad llamó profanos
Y yacen hoy proscritos,
Vendrán como cristianos
Al banquete de amor de sus hermanos.

Tan suspirado día
Que fin dichoso da á nuestros afanes,
Aplauda, patria mía,
Al hórrido fragor de tus volcanes!

Con el pendon del libre
Y el acento de paz, de amor divino,
Del Amazona al Tíbre,
Seguir es tu destino
A enseñar á los pueblos su camino.

FELIPE ESTEVES.

LA COMEDIA HUMANA.

Que el mundo es una comedia
Está probado hace tiempo,
Y al que llegára á dudarlo,

Fuerza es tenerle por necio.
Es verdad que algunas veces
Son terribles los sucesos
Que de la humana comedia
Complican el argumento,
Y que, por ser, como son,
A ocasiones, tan tremendos,
En melodrama ó tragedia
Cambiado un sainete vemos;
Pero esto mismo no es cosa
Que dura por largo tiempo,
Y siempre concluir se mira
En un saineton completo.
A probar estas verdades,
Si es necesario pasemos,
Que lo demas no sería
Mas que charla ó puro verso.
¿Que han sido en el mundo siempre
Los que *grandes* se creyeron?
Farsantes y nada más,
Con algun tanto de ingenio;
Cómicos que sus papeles
Facilmente comprendieron
Y á las tablas se lanzaron
Echando á la espalda el miedo.
¿Que fueron Ciro, Alejandro,
Pirro, Aníbal y Pompeyo,
Mario, César y Trajano
Y los semidioses griegos?
¿Que son los conquistadores
Y los que libertan pueblos?

¿Y qué son los Napoleones
Y los que han sido como ellos?
Comediantes entendidos
Qué, su época conociendo
Y sus fuerzas, con gran tino
Sus papeles escogieron.
Y su vida y sus acciones
O lo que llaman sus hechos,
¿No formaron en el mundo
De la comedia el enredo?
¿Y los sábios, los filósofos
Los moralistas, tan serios,
Porque viven engañados
Y nunca nada sabiendo;
Y los hombres de las leyes,
Agitadores eternos,
Que la justicia atropellan,
Cuando la están defendiendo;
Y los médicos, que viven
Enterrando hasta los buenos,
Y los que labran la tierra
Para vivir pereciendo;
Y los que á la usura llaman
Con el nombre de comercio;
Y los que á la mar se lanzan
En un frágil barquichuelo
Y por adquirir se entregan
A la merced de los vientos;
Y el que sueña en un destino
Soñando atrapar el sueldo;
Y que siempre enamorado

Puede pasarlo contento;
Y el que por el matrimonio
Se decidió torpe ó ciego;
Y el que afirma que los goces
Son propiedad del soltero;
Y el que piensa con los naipes
Llegar á ser otro Creso;
Y el que sólo á la pereza
Encuentra ajustado el cuerpo;
Y el que á tribuno se mete
Para burlarse del pueblo;
Y el que le da por hablar
Porque tiene vos de trueno;
Y el que se pone á escribir
En busca de algun provecho:
Y el que se aplica á poeta
Para estar de hambre muriendo;
Y el que viene á ser soldado
O se mete de picapleitos
Para vivir en la holganza
O gozarse con lo ageno;
Y todos los que se afanan
Corriendo tras el dinero
Y pensando que la vida
Es esta que aquí tenemos;
Y todos, todos, que somos
En este mundo, este infierno,
Sino unos locos de atar,
Unos cómicos completos,
Que al engaño y la maldad
Siempre inclinados nos vemos,

Que nunca queremos ser
Lo que á ser fuimos dispuestos?
No hay duda que en este mundo
Todo es comedia; es lo cierto
Que somos cómicos todos,
Buenos unos, otros lerdos,
Unos por cartas de mas
Otros por cartas de ménos,
Y que el más empedernido
En tomar la cosa en serio
Ese es el que más padece,
Porque es, sin duda, el más cuerno
O el que está de su papel,
Sin sospecharlo, más léjos,
Yo, que todo esto he podido
Comprender sin mucho esfuerzo,
Sabido tengo, cual pocos,
El papel que represento,
Y si á algunos, en mi turno
Y aunque me pese, entretengo,
Me burlo tambien de todos
Y con todos me divierto.

JUAN A. PEREZ BONALDE

AYER Y HOY.

I.

Como ama el ave su nido,
Como al espacio la luna,
Como la perla su cuna
De nácar y rosicler,
Así tú me amaste un día,
Cuándo luciendo tus galas
Me arrullabas en las alas
De tu alma virgen, mujer!

Como la luz al diamante,
Como al Señor el querube,
Como á los cielos la nube
De plateado color,
Así también te quería,
Así, mujer, te adoraba,
Cuándo perfumes quemaba
En el altar de tu amor...

II.

Cual se deshoja una rosa,
Como se quiebra una rama,
Como se extingue una llama,
Como se rompe un cristal:
Ciego, desaté un instante
Los de tu amor puros lazos
Y desgarré en mil pedazos
Tu corazón virginal,
Creencia que se evapora,
Flor que rasga el torbellino,
Sueño que borra el destino,
Ángel que pierde su Eden:
Herida en lo más sensible,
Sin esperanza y sin calma
Así si dobló tu alma
Al peso de mi desden.,.

III.

El tiempo pasa... Ne emociones ávida
Lanzóse el alma en pos de un ideal,
Fugitiva deidad que vuela rápida
Al quererla tocar,
Lumbre buscaron mis pupilas áridas
Goze supremo ansió mi corazón,
Pero sólo aspiró las brisas cálidas
De mentiroso amor...

IV.

Triste, sin fé, cual moribunda lámpara
El alma en sus recuerdos se fué á hundir
Y entre gasas de luz tu imágen cándida
Alzarse ví, gentil.

Te vien mis sueños, sí, cual lumbre diáfana
Que viene el corazon á iluminar,
Y de mi pecho desatóse en lágrimas
La inmensa tempestad...

V.

Volví, mujer, á adorarte,
Volví á doblar la rodilla
Ante el santuario en que brilla
Tu inocente corazon;
Aromas regué en sus aras,
Pero, abrigada en tu orgullo,
Me negaste el blando arrullo
De tu primera pasión.

Por eso ya no te amo
Cual la tarde á sus celajes,
Como á los blandos encajes
De sus espumas el mar;
Te adoro, como se adora
Un imposible soñado,
Como adoda el desgraciado
La fortuna en su pesar...

VI.

Eres para mí una sombra
De vaporosa hermosura,
Un ensueño de ventura
Que se borra al despertar,
Rayo del sol encantado
Que alegre en los aires gira
Y que el espíritu admira
Sin alcanzarlo á tocar,

.....
¡Adios mujer! si mañana
Hasta el pié de tus altares
Ruedan mis pobres cantares,
No los oigas con horror:
Piensa que los he entonado,
Entre quebrantos sumido;
Mira que escritos han sido
Con mil lágrimas de amor!

JOSÉ LUIS RAMOS.

A LAS MATEMÁTICAS.

SILVA.

¡Salud! Ó Reina de las ciencias, gloria
Del espíritu humano;
Progenie esclarecida del divino
Geómetra potente;
¡Salud! y desde el solio refulgente
Do Newton y Cartesio á tu memoria
Himnos entonan, permitid que ufano
Con ruda voz me junte al peregrino
Concierto universal, cuya armonía
Inunda de placer el alma mía!
Tu excelso señorío
Brilla en el mar, la tierra y firmamento,
Y también cede el aire á tu albedrío.
Con áureo compás mides
El vasto espacio, el tiempo y movimiento
Y hasta la inmensidad abarcas.
¡Quien, sino tú, en las lides
A triunfar enseñara? Tú demarcas
Seguro rumbo al leño desvalido
Que las iras arrostra de Neréo,

A tu ley sometido,
Por insondable elipse divagando
Su flamígera faz muestra el cometa,
Cual audaz Prometeo,
Del cielo arrebatando
La sacra luz, á tu razón sujeta,
El albo laberinto desplegaste
De sus rayos etéreos y ostentaste
A la echizada vista los colores;
Entónces el hermoso
Iris con siete rutilantes zonas
Circundó el horizonte nebuloso;
Y en el prado las flores
De sus ricos matices los primores
Alegres explicaron: Tú estabas
En la sucesión, sublime ciencia,
Los choques, rapidez y vehemencia,
Con que el ambiente herido
Nos trasmite el sonido
Y á gustar nos convida
De la melíflua música el encanto,
Dulce solaz al triste en su quebranto.
Por tí bullen las fuentes,
En regulares cauces divididas,
Bajando sus corrientes
Al quieto lago ó turbulento Océano.
¡No se debe á tu esfuerzo soberano
Levantar con sencillos instrumentos
De un diest. o mecanismo
Esas soberbias moles poderosas,
Que la industria del hombre preconiza?

¿No es por tí?... Mas ;qué digo! Mis acentos
No bastan á elogiarte; yo me abismo
Absorto entre tus obras prodigiosas;
Solamente eterniza
Tu renombre la gran naturaleza,
Que ensalza de tu espíritu la alteza.
Sea, pues, el silencio quien repita,
Con idioma elocuente,
La admiración que tu poder excita,
Mi gratitud y mi entusiasmo ardiente!

VICENTE CORONADO.

EL CONDOR.

En la empinada roca
Que los valles domina
Y con su frente hasta las nubes toca,
Hé allí el águila andina,
El soberbio Condor, rey del espacio,
Pisar con altivez la excelsa cumbre,
Medir la inmensidad, bañarse en lumbré
Del etéreo palacio.
Alza el desnudo cuello

Y cresta y corvo pico luce ufano,
Y con ojos de vivido destello
Penetra la extensión, el bosque, el llano.
Bate las alas de potencia suma,
Arrójase á escalar el firmamento,
Devora espacio, y á través del viento
Lleva rizada la morena pluma.
Atrás deja la nube.
Donde el rayo se forja y brama el trueno,
Y en ondulante giro sube y sube
A las regiones del azul sereno.
Ni el aire encarecido ni la llama
Del astro abrasador — candente hoguera
Que los mundos inflama —
Parar pueden un punto su carrera.
Nada ataja este ardor, esta osadía :
Inmensidad y luz busca en su anhelo,
Y luz é inmensidad le brinda el cielo
Y hácia el cráter del sol el rumbo guía.
Allá se cierne en estupenda altura.
Por los desiertos del espacio avanza,
Y un leve punto en la extensión figura
Que humano ser á distinguir no alcanza :
No más pronto del mar por lontananza
Aljero bajel corta la espuma
Y se disipa entre lejana bruma.
Ya el fuego aspira de la ardiente zona
Y su ambición la intrepidez corona :
Ve de cerca los vivos resplandores
Con que se ciñe el luminar del día,
Y debajo los mares luchadores

Y por do quiera la región vacía.
En esta soledad goza su pecho,
Rey de los seres que el espacio encierra,
Todo el azul para volar estrecho,
El sol delante, y á sus pies la tierra.
Tal se encumbra el ingenio peregrino
Y á la gloria inmortal se abre camino.

JOSÉ A. CARRILLO Y NAVAS.

ODA

A LA REPUBLICA.

Sobre los viejos tronos

Que tu poder quebranta,

República, levanta

La frente colosal!

Que las naciones todas

Contemplan, poderoso,

Tu pabello glorioso

Ondeando sin rival,

Amparo de los buenos,

Terror del criminal!

Tú fijas en tus códigos

Del hombre los derechos
En los humanos pechos
Infundes la virtud;
Levantas el espíritu
Del pueblo que te adora,
Y al que en cadenas llora
Devuelves la salud.

Por tí se va extinguiendo

La odiosa esclavitud.

Alcanza en su seno

Reparacion la ofensa,

El justo recompensa,

Sus fueros la razón,

Las artes y las ciencias

También por tí florecen,

Los vicios desaparecen

Y es bueno el corazón.

Le das al pueblo fuerza,

Porque le das unión.

Allí donde tú infundes

Tus máximas sagradas,

No hay almas enconadas,

Sólo hay *Fraternidad*;

Pues no consiente nunca

Ni siervos ni tiranos,

Los hombres son hermanos,

Tu ley es la *Igualdad*,

Y brilla en tus dominios

Perpétua *Libertad*.

Propaga, si, propaga

Tus sacrosantas leyes,

Y príncipes y reyes,
Cobardes temblarán;
Como señal de oprobio,
Como de vicio emblema,
La régia, vil diadema
Los hombres mirarán.

Cuando los pueblos te amen,
Los tronos se hundirán.

Descenderán las luces
Destruído el monopolio
Del esplendente sólio
De oro y de marfil
A la modesta choza
De la sencilla gente,
Do suena dulcemente
La gaita pastoril.

Aplaudirá tus triunfos
Toda alma juvenil.

Entonces no habrá ejércitos.

Entonces no habrá guerra,
Que reinará en la tierra
La paz universal.

Mezquinas distinciones

No habrá desde la cuna;

Al rico de fortuna

El pobre será igual,

Y tu poder benéfico

La imprenta hará inmortal,

No habrá conciencia esclava,

Ni pechos desleales,

Tiranos infernales,

Ni corazón servil,
El ciudadano libre
Resistirá valiente
Al déspota insolente
Con alma varonil,

Que el libre nunca doble

La frente al yugo vil;

Por eso yo te adoro
Desde mis tiernos años,

Y amargos desengaños

Mi amor no entibiarán.

¿Qué importa que renieguen

De ti los descreídos

Y los que al carro uncidos

Del despotismo van?

Yo sé que entrambos mundos

Tus triunfos cantarán.

Con entusiasmo fervido

Amor á mis hermanos

Y guerra á los tiranos

Juré mi corazón.

Puedan mis ojos ávidos

Repúblicas ver sólo

Del uno al otro polo

En todo la extensión;

Y cubra el universo

Tu inmenso pabellón!

FLORENCIO BALCARCE.

EL CIGARRO.

En la cresta de una loma
Se alzo un ómbú corpulento,
Que alumbra el sol cuando asomo
Y bate, si sopla, el viento.

Bajo sus ramas se esconde
Un rancho de paja y barro,
Mansion pacífica en donde
Fuma un viejo su cigarro.

En torno los nietos mira,
Y con lábios casi yertos,
• ¡ Feliz, dice, quien respira
El aire de los desiertos !

• Pueda en fin, aunque en la fuente
Aplaque mi sed sin jarro,
Entre mi prole inocente
Fumar en paz mi cigarro.

• Que os mire crecer contentos
El ómbú de vuestro abuelo,
Tan libres como los vientos
Y sin más Dios que el del cielo.

• Tocar vuestra mano tema
Del rico del derado carro :

A quien lo toca, hijos quema
Como el fuego del cigarro.

• No siempre movió en mi frente
El pampero fría cana ;
El mirar mío fué ardiente,
Mi tez rugosa, lozana :

• La fama en tierras ajenas
Me aclamó noble y bizarro ;
Pero ya ¿ qué soy ? Apénas
La ceniza de un cigarro.

• Por la patria fui soldado
Y seguí nuestras banderas,
Hasta el campo ensangrentado
De las altas cordilleras.

• Aún mi huella está grabada
En la tumba de Pizarro,
Pero ¿ qué es la gloria ? — nada ;
Es el humo de un cigarro.

• ¿ Qué me dejan de sus huellas
La grandeza y los honores ?
Por la paz hondas querellas,
Los abrojos por las flores.

• La patria al que ha perecido
Desprecia como un guijarro...
Como yo arrojo y olvido
La punta de mi cigarro.

• Las horas vivid sencillas
Sin correr tras la tormenta ;
No dobleis vuestras rodillas
Sino al Dios que no alienta,

• No habita la paz más casa

Que el rancho de paja y barro;
Gozadla, que todo pasa,
Y el hombre como un cigarro.

BENJAMIN BLANCO.

EL SUSPIRO.

CANCION.

Soplo vano que apaciguas
De los males la inclemencia,
Tan fugaz en tu existencia
Como inmenso en tu poder
Dióte amor su dulce fuego,
La belleza su misterio,
Cuyo blando dulce imperio
Es tu afán engrandecer.

Tú descubres el afecto
Que el rumor no permitía,
Das al tímido osadía
Y eres nuncio del amor;
De dos almas entretienes
La simpática ternura,
Y protejes la hermosura

Contra el tedio y desamor.

Tú conviertes en sonrisa
Del amante los recelos,
Y disipas de sus celos
El veneno matador.
Por ti nace la esperanza
Ya no más alimentada,
Y la llama sofocada
Recupera su fervor.

Nunca faltes á los lábios
De la bella á quien adoro,
Cuando en blando ruego imploro
Un favor á su esquivez:
Ni le niegue una sonrisa
De mi pecho al ¡ay! ardiente,
Cuando acusa de inclemente
La crueldad de su altivez.

CLAUDIO MAMERTO CUENCA.

DAMAS RELAMIDAS.

Varias pasiones sustenta
El corazón mujeril:
Los celos, la envidia vil,

La rabia y venganza cruenta;
Pero jamás alimenta
El amor bien entendido
Sino falaz y fingido,
Pero con tanta doblez,
Que aún descubierto despues
Parece que fué sentido.

Todas ellas siempre quieren
Ser tentadas por amores,
De cumplidos amadores,
Que á complacerlas se dieren.
Y si acaso no se vieren
Distinguidas y obsequiadas,
Están tristes y aquejadas,
Pero con tanto disfraz,
Que al más astuto y sagaz
Le hacen creer son amadas.

La más prudente y medida
Si alguno le habla de amor,
Muda al momento el color,
Se pone rosa encendida:
Pero nunca se descuida
De fingirse indiferente,
Y se creyera imprudente
Si no mostrara tibieza;
Pues en ellas es rareza
Decir lo que el pecho siente.

No hay una que no se crea
La primera en hermosura,
Y es muy falta de cordura
La que se tiene por fea:

De cualquier modo que sea
Todas tratan de agradar,
Todas quieren conquistar
Voluntad y corazon
Sin mirar en condicion,
Fortuna, estado y lugar.

No hay coloquio entre doncellas
En que amor no halle cabida,
Y es cosa muy sabida
Que en conversaciones de ellas
Se siguen siempre las huellas
De las damas más enteras,
En ardides y maneras,
Lo más propio á sus intentos
De novio y de casamientos,
Que son sus ansias primeras.

Cuando lloran, ántes miran
Si hay hombres que las consuelen;
Si lidian es porque suelen
Vencer de amor; si suspiran,
Si se enfadan, rien ó admiran
Siempre lo hacen con malicia,
Pues no conoce impericia
Para fingirse abrasada.
La soltera, la casada,
La veterana ó novicia.

Tienen tal tino y cordura
Para ocultar sus fealdades.
En todos tiempos y edades.
Que si mucho se me apura
Digo que es una locura

Pensar que mujer alguna
Mostrara falta ninguna
Cuando ocultarla pudiera;
Y si así no sucediera,
De mil engañara una.

Como siempre esperan todas
Cuando viudas ó solteras,
Que las estrechen de veras
Para hablar luego de bodas :
Como vestidos y modas
Mudan de amante á la vez,
Entretienen seis ó diez
Con mil ardides y engaños,
Trascursando así los años
Hasta que cae algun pez.

Nunca son más cariñosas
Que cuando llegan á ver
Que pueden enriquecer
Haciéndose bondadosas;
Mas quien entiende estas cosas
Sabe bien que es el dinero
Y no el hombre, el verdadero
Objeto de su afición,
Pues le aman de corazón
Como su galán primero.

Si entrasen en competencia
Por alguna dama bella
Tres ó cuatro que por ella
Gastan dinero y paciencia,
Ella da lá preferencia
Al que más pesetas tiene.

Porque amor también previene
Que se mire con decoro
A doña Plata y don Oro,
Pues que á todos les conviene.

LA MAÑANA.

FRAGMENTO DEL ERMITAÑO.

Entre indecisos celajes
Adorna el alba en Oriente
Sus colores :
Y brillan por los ramajes
Del pálido sol naciente
Los fulgores.

Del dulce trinar sonoro,
Que se escucha en la enramada
Va la brisa
Formando sentido coro,
Que en la selva perfumada
Se desliza.

Y revistiendo natura
De su esplendor y grandeza
Sus primores,
Contemplamos su hermosura,

Y el perfume y la belleza
De las flores,
Y la linfa cristalina
Do el blanco cisne se extiende
Y recrea,
Al pié de verde colina,
Sus serenas hondas hiende
Y serpea,
Y el balar del corderillo...
Y el murmullo de la fuente...
Y á lo lejos,
En el alto montecillo,
Del ténue rayo naciente
Los reflejos.
Todo anuncia el nuevo día...
Corre el aura embalsamada
Del azahar,
De la arboleda sombría,
Donde el alma enamorada
Va á gozar.

LUIS L. DOMINGUEZ.

EL OMBÚ.

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente :
El Brasil, su sol ardiente;

Minas de plata, el Perú;
Montevideo, su cerro;
Buenos Aires, — patria hermosa, —
Tiene su pampa grandiosa;
La Pampa tiene el Ombú.

Esa llanura estendida,
Inmenso piélago verde,
Donde la vista se pierde
Sin tener donde posar;
Es la Pampa misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza de su nombre
Que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas;
Pero lagos y espadañas
Inundan toda su faz,
Que dan paja para el rancho,
Para el vestido dan pieles,
Agua dan á los corceles
Y guarida á la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
Esmaltan modestas flores
De aromáticos olores
Y de risueño matiz. —
El bibí, los marcachines,
El trébol, la margarita,
Mezclan su aroma exquisita
Sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondoso
Ni hermosas aves en ellos;

Pero si pájaros bellos,
Hijos de la soledad,
Que siendo únicos testigos
Del que habita esas regiones,
Adivinan sus pasiones
Y acompañan su orfandad.

Así, nuncio de la muerte
Es el cuervo o el carancho, —
Si la peste amaga el rancho
Sobre el techo el buho está; —
Y meciéndose en las nubes
Y el desierto dominando,
Las horas está cantando
El vigilante yajá.

No hay allí bosques frondosos,
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza á divisar,
El ombú solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

El Ombú! — Ninguno sabe
En qué tiempo, ni qué mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó,
Mas su tronco tan nudoso,
Su corteza tan roida,
Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió.

Al mirar cómo derrema

Su raíz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijera
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del Pampero
Que es tremendo su huracán.

Puesto en medio del desierto,
El ombú, como un amigo,
Presta á todos el abrigo
De sus ramas con amor;
Hace techo de sus hojas
Que no filtra el aguacero,
Y á su sombra el sol de Enero
Templa el rayo abrasador.
Cual museo de la Pampa
Muchas razas él cobija:
La rastrera lagartija
Hace cuevas á su pié,
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza;
Y un enjambre en su corteza
De insectos varios se vé.

Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube á Dios decoro,
Que le entona al despertar
Esa Pampa misteriosa
Todavía para el hombre
Que á una raza de su nombre
Que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
Que en las llanuras se oculta
Hasta la porcion más culta
De la humana sociedad,
Como un linde está la Pampa
Sus dominos dividiendo
Que va el bárbaro cediendo
Palmo á palmo á la ciudad.

Y el rasgo más prominente
De esa tierra donde mora
El salvaje que no adora
Otro dios que el *Valichù*,
Que en *chamal* y poncho envuelto,
Con los *laques* en la mano
Va sembrando por el llano
Mudo horror, es el ombú.

Cuánta escena vió en silencio!
Cuántas voces ha escuchado,
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
A su pié se ha combatido;
Su quietud ha interrumpido
Por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
Grabados con el cuchillo,
Quizá por algun caudillo
Que á los indios venció allí:
Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejen memoria

Porque nacieron aquí!...

A su sombra melancólica
En una noche serena,
Amorosa cantinela
Tal vez un gancho cantó;
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.
Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra
De su ganado la yerva
Presencia alegre tal vez;
O tomando el *matecito*
Bajo sus ramos frondosos,
Pone paz á dos esposos
O en las carreras es juez,
A su pié trazan sus planes
Haciendo círculo al fuego.
Los que van á salir luégo
A correr el avestruz...
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano,
Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.
Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gancho á su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza á divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, hermosa planta,

Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

A MONTEVIDEO.

De las entrañas de América
Dos raudales se desatan;
El Paraná, faz de perlas,
Y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
O entre floridas barrancas,
Como dos grandes espejos
Entre marcos de esmeralda,
Salúdantlos en su paso
La melancólica pava,
El picaflor y el jilguero,
El zorzal y la torcaza.
Como ante reyes se inclinan
Ante ellos ceibos y palmas,
Y arrojantes flor — del — aire,
Aroma y flor de naranja,
Así siguiendo su senda
Sobre sus lechos se arrastran;
Luego en el Guazú se encuentran,
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas
Se derraman en el Plata.

¿El Plata? y es verdad. Ancha llanura
De bruñido metal que nunca acaba
Parece el río, cuya diestra lava
De Buenos Aires el soberbio pié.
Cuya izquierda tendiendo hácia el Oriente,
De una jóven beldad la falda toca;
Beldad guardaba por gigante roca,
Que el Plata inmenso desde lejos vé.

Y es fama que esa roca majestuosa
A la bella ciudad pusiera el nombre,
Cuando en medio del mar al verla un hombre
; Monte veo ! del mástil exclamo;
En frente de ese monte nació un pueblo
Con un cinto de muros y cañones!
Do clavarón tres reyes sus pendones,
Que colérico el Plata contempló.

Te envidiaron los reyes, rica joya,
Y un día en sus coronas te ostentaron,
Y al mirarte otro día sólo hallaron
En vez de joya duro pedernal.
Entónces adornaste la diadema
De la jóven república de Oriente,
Que te muestra á los pueblos en su frente
Desde el Cerro, su eterno pedestal.

Ahi está Montevideo
Estendida sobre el río,
Como virgen que en estío
Se vé en un lago nadar.
La Matriz es tu cabeza,
Es la Aguada tu guinalda,
Blancos techos son tu espatida

Y tu cintura la mar.

Ciudad coqueta, sonríes
Cuando ves los pabellones
De poderosas naciones.
Flamear en rico bajel,
Y les pagas las ofrendas
Que ellos traen á tu belleza,
Con tu campo, y la riqueza
Que derrama Dios en él.

En tu puerto á centenares
Mécese los masteleros
Como bosques de palmeros
Que sacude el vendabal,
Y si en él se ve de noche
Navegar rápida vela
Parece garza que vuela
De algun lago en el juncal.

En las noches sin estrellas
Tenebrosas del invierno,
Cuando el mar es un infierno
Que al marino hace temblar,
Tu, benéfica, iluminas
Sobre tu roca gigante
Un fanal que al navegante
Seguro norte va á dar.

En otro tiempo los reyes
Levantaron alta valla
De impenetrable muralla
Para oprimirte, Beldad.
Pero el hierro del esclavo
Sacudiste de tus brazos,

Y los muros á pedazos
Derrumbó la libertad.

Eres tú, Montevideo.
Del Plata blanca sirena,
Y es tu entraña una colmena
Cuya miel es el amor.
Feliz el labio que guste
De tu miel, ciudad de amores,
Que tus hijas son las flores
Que dan tan dulce licor.

Tus hijas todas son ángeles
En dulzura y en pureza;
Son estrellas en belleza,
De la vida el iris son.
Por ellas, sólo por ellas,
Eres tú, Montevideo,
De mi memoria, recreo,
De mis sueños, ilusión.

Y si tú crees en los sueños,
Escucha, oh pueblo, uno mío:
Yo soné que veía al río
Salir de su ancho cristal,
Y que á ti y á Buenos Aires
En sus brazos estrechaba,
Y así unidos os dejaba
En un abrazo inmortal!

Si eres sólo un ensueño, dulce idea,
Que fascinas mi ardiente fantasía,
No amanezca jamás el triste día
Que te borre de mí.

¡Pero no! que en los cielos está escrito

En la página de oro del destino,
La union del Oriental y del Argentino,
Que en mis ensueños vi.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

DESEO.

Silencio, nada más, y no gemido,
Lágrimas ó suspiros y demandó,
En el instante lastimero cuando
Descienda helado á la mansion de olvido.
Jamás estéril llanto á la ternura
Debió mi pecho en sus acerbos males;
Solo apuré los tragos más fatales
Que me brindó la impia desventura.
Dormir sin ser al mundo tributario,
Quiero en la noche tenebrosa y fría,
Sin que nadie interrumpa su alegría;
Morir, como he vivido, solitario,
Que el mundo no sepa de mi vida,
Que el mundo no sepa de mi vida,
Encubre con tus alas silencioso
El sepulcro de un ser desconocido.

LA NOCHE EN EL MAR.

¡O noche! ¡oscuridad! del alma mia
Alimento precioso;
Tu majestad sombría
Place á mi pensamiento borrascoso.
De anhelar con la turba fatigado
Los bienes mentirosos
Del mundo, deslumbrado
Me acojo en tus asilos misteriosos,
Y arrojando de mí los viles lazos
De las torpes pasiones,
Encamino mis pasos
A ménos vacilantes ambiciones.
En tu seno fecundo en armonía,
Serenó ó espantoso,
Busca mi fantasía
Audaz ocupacion, sino el reposo.
Tempestades, naced! frágiles vientos,
Dejad vuestras cavernas,
Y que los elementos
Quebranten sus murallas sempiternas.
Silben los huracanes inclementes,
Lanzándose furiosos
Por los llanos fervientes
De los inquietos mares espumosos
Como el bravo guerrero en la batalla
Y ruidosas victorias

Su ardor bélico acalla
Persiguiendo el fantasma de la gloria;
O como águila audaz en las regiones

Más allá de la tierra,
Gurra los aquilones,

Y ni la horrible tempestad la aterra;

Así, ante el espectáculo imponente

De la natura altiva,

Se complace mi mente,

Inspiracion sublime la cautiva.

Allí olvido deleites y pesares,

Y todo lo mundano,

Y sin temor de azares

Vuelo altivo cual genio sobrehumano.

Y mirando de faz el universo,

Exento de conflicto,

Con sus genios converso,

Mi pensamiento vaga en lo infinito.

—
A UNA LÁGRIMA.

Si la magia del arte

Cristallizar pudiera

Esa gota ligera

De origen celestial,

En la más noble parte

Del pecho la pondría:

Ningun tesoro habria

En todo el orbe igual.

Por ella amor se inflama,

Por ella amor suspira,

Ella á la par inspira

Ternura y compasion.

Su luz es como llama

Del cielo desprendida,

Que infunde al mármol vida,

Penetra el corazon.

¡Quién mira indiferente

La lágrima preciosa,

Que vierte generosa

La sensibilidad!

Su brillo, transparente

Del alma el fondo deja,

Y hasta el matiz reflej

De la felicidad.

Permite que recoja

Esa preciosa perla;

Los ángeles al verla

Mi dicha envidiarán:

Amor en su congoja

Para calmar enojos,

En tus divinos ojos

Puso ese talisman.

JUAN J. GODO.

A UNA JÓVEN VESTIDA DE LUTO.

De aquella que negro viste,
Deseubre la parda toca
Dos corales en su boca,
Una azucena en su tez,
Dos luceros en sus ojos,
Una rosa en su megilla;
Y el oro que en trenzas brilla
Símbolo es de su niñez.

Su estatura es más gallarda
Que la palma del desierto,
Y su talle, aunque cubierto
Por los pliegues del manton.
Se vé que es suelto y rotundo,
Y que su aérea ligereza

No le cede en gentileza
Al de la madre de amor.

De su linda mano, el guante
No deja ver la blancura
Ni las gracias de su hechura,
Pero sí su pequeñez:
Su andar es el de una virgen
Que ha descendido del cielo,
Para lucir en el suelo

Sus pequenísimos piés.

¡Por piedad! jamás te quites,
Si á la calle sales, niña,
Ese manto, esa basquiña,
Esos guantes; porque así
La ardiente antorcha que lleva
En su mano el niño ciego,
No tiene bastante fuego
Para que incendie sin tí.

Pero si quieres que el mundo
En hoguera se convierta,
Suelta el manto, y descubierta
Un día déjate ver;
Y yo te juro que el fuego
De tus ojos celestiales,
A los míseros mortales
Hará de improviso arder.

Nécio yo, mil veces nécio,
Cuando por piedad te pido
Que ocultes lo más cumplido
Que hay en toda la creación
No escuches esta plegaria,
A tus gracias quita el velo,
Y arda la tierra y el cielo
Como arde mi corazón.

LA PALMA DEL DESIERTO.

Palma altiva y solitaria
Que en los bosques te presentas,
O en agreste falda ostentas
Tu gigante elevacion :
Ese ruido misterioso
Que se escucha en tu ramaje,
¿Es acaso tu lenguaje:
Es tu idioma, tu expresion?
Repondes, quisá, y no entiendo
La respuesta, palma bella,
Por más que quisiera en ella
Lo que dices comprender :
Mas yo escucho tu murmullo,
Y que tú me hablas sospecho.
¡Ay! no puedo satisfecho
Tus palabras entender!
De tus abanicos verdes,
Por el céfiro movidos,
Los misteriosos sonidos
Creo que palabras son.
Porque ¿qué es la vos humana
Si palabras articula,
Sino el aire que modula
El hombre con precision?
Si él expresa sus palabras,
Ideas y pensamientos,
Quién sabe si tus acentos

Ideas no son tambien?
Ideas que tú á tu modo
Expresas en tu lenguaje
Modulando en tu ramaje
El aire con tu vaiven?
Pero sea lo que fuere,
Básteme á mi para amarte,
Tan gallarda contemplarte,
Tan altiva y tan gentil;
Mas, sabiendo que á las naves
Do truena el bronce horadado,
Jamás una tabla has dado
Ni á una lanza duro astil.

Por ti ningun pueblo llora
Los males de la conquista :
Ninguno se halla en la lista
De los esclavos por tí.
Al contrario al hombre enseñas
Que el primer bien de la vida,
Es buscar una querida
Cuando tú lo haces así.

En vano la primavera
De flores el campo inunda;
Tu cáliz no se fecunda
Si compañera no ves;
Pero si otra copa erguirse
Divisas á la distancia,
Racimos en abundancia
Le desgajas á tus piés.

Alzarse graciosa he visto
Ías que el pino tu cabeza,

Y ostentas tu gentileza por un árbol
A orillas del Paraná; he visto al
He visto al añoso cedro
Dominar la selva ufano,
Y me ha parecido enano
Siempre que á tu lado está el árbol.

Si las aves del desierto
En tu copa hacen su nido,
Jamás al pichón querido
Tu altura le ha sido infiel;
Cuando sin alas implume
No puede arrojarse al viento,
Entre tus ramas contento
No teme un asalto cruel.

¡Ah! si en ardorosa siesta
Me das tu sombra propicia,
Y el ceñirillo acaricia
Tu verde copa al pasar,
Cuán dulces, cuán deliciosos
Es quedarme aquí dormido,
Al son del blando gemido
Que repite sin cesar!

En tí la imagen admiro
Del ángel que es mi tesoro,
De la bella que yo adoro
Tú me das la copa al pasar
En ese tallo gallardo
Con que se engalana el valle,
De su delicado tallo
La redondez veo en él.

La fragancia de tus flores,

El aroma es de su aliento,
Que al acercarme á ella siento
Perfumar su alrededor;
Y embriagado al espirarlo
Es tan dulce su incentivo,
Que si entonces sé que vivo
Es porque muero de amor.

Cada ramo de tu copa
Que sombra al tronco bello,
Un rizo es de su cabello
Que el cuello viene á sombrear.
Y los racimos de esconces
Linda palma tu simiente,
El blanco pecho turgente
Me parecen diseñar.

Ojalá que un siglo entero
Te mire verde y frondosa;
Ojalá que magestuosa
Tu tronco eleves galán,
Sin que roedor gusano
Haga de horarlo ensayo;
Sin que lo consuma el rayo
Ni lo quiebre el huracán.

Otra fortuna no envidio
Que descansar á tu sombra,
Sobre la dorada alfombra
De trébol que hay á tu pie;
No importa que sepultura,
En la bella Pátria mía,
Me niegue la tiranía,
Con tal que á tu sombra esté.

RICARDO GUTIERREZ

EL CUERPO Y EL ALMA.

Sobre los llanos de la tierra mía,
Sobre los montes de la tierra extraña,
Sobre el abismo de la mar inquieta,
Sobre el fúnebre campo de batalla,
Como una sombra,
Como un fantasma,
¡Ay! ; siempre lejos de tu hogar querido
La sombra de la vida me arrebató!
Parece que la fuerza del Destino
El cuerpo mío de tu cuerpo aparta,
La senda tuya de mi senda borra,
La vida mía de tu vida arranca,
Y lejos hunde
Y lejos alza
El rumbo sin oriente de mi huella,
El paso sin reposo de mi planta!
Sobre la tierra de la patria tuya,
Sobre la roca de la tierra extraña,
Sobre las ondas del desierto amargo,
Sobre el campo sin Dios de la matanza
Como los cielos
Y la alborada,
¡Siento en el alma la existencia mía
Ligada á la existencia de tu alma!

Parece que la fuerza del Destino
¡El cuerpo mío de tu cuerpo arranca!
Parece que el Señor ató en la vida
¡Tu alma con mi alma!

Y el cuerpo errante sobre el mundo inmenso
¡Sigue la maldición que le arrebató!
¡Y el alma dolorosa y abatida
A tu desierto espíritu se amarra!

EL SÍ.

Sueños de amor dulcismos que embriagan
Creaciones fantásticas del alma,
Doradas horas de ilusión y calma;
Recuerdo dulce del amor, venid!

Venid! venid! vuestras visiones bellas
Tornan de nuevo á entusiasmar mi mente;
Venid de prisa, y ceñireis mi frente
Con corona de dalias y jazmin.

La imagen de otro sér, cándido, puro,
Siento bullir en mi amoroso seno,
Cual la celeste imagen que el Dios bueno,
Con sonrisa de gozo imaginó:
Yo le siento bullir, y mi alma entera
Bañarse en el aliento de su risa,
Y en ondas que perfuma su sonrisa,
Embrigarse de amor mi corazón.

Sueños de amor, venid! traedme el recuerdo

Adornado de lirios y amapolas,
Cuando Celina, ruborosa, á solas,
« Si, ¡yo te amo! » murmuró sutil,
¡Venid! ¡venid! espléndidas de oro,
Palabras del amor, candidas, puras;
Derramad en mi alma las dulzuras
De ilusiones de nácar y zafir.

Noche de amor! dulcissimas sonrisas!
Palabras tiernas de misterios llenas!
Suave suspiro que endulzó mi penas,
Bella esperanza, en el querer, salud!
Salud, salud, brillantes ilusiones
Que embriagásteis de amor el alma mía!
Yo os adoro... pues en solo un día,
Me disteis mi perdida juventud!

Si, mi Celina, tu divina imagen
Vaga á toda hora en mi exaltada mente;
Creo escuchar tu voz y dulcemente,
« Si, yo te amo » murmurar también;
Y veo en mi delirio con encanto,
Clavados nuestros ojos como antes,
Y nuestros labios trémulos, vibrantes,
Buscar ansiosos la encendida sien.

De encantos é ilusión á toda hora
Sorprendo mi alma trasbordando llena;
Y, envuelta en blanca espuma, á mi sirena
Nadando veo cual mimoso pez;
Sus brazos de marfil sueltos agitan
Las cristalinas, transparentes olas,
Y un « si te amo » murmurando á solas
Oigo en sus labios espirar también.

MANUEL INURRAIETA

LA QUE VÍ EN EL BAILE.

Era jóven y era linda,
De una estatura mediana,
Negro el cabello, ojos grandes,
La megilla sonrosada;
En su festivo semblante
De expresion abierta y franca,
Por una mano invisible
La bondad lleva grabada,
Dulce su voz, armoniosa,
Penetrantes sus miradas,
De afable y sencillo trato,
Alegre como unas pascuas,
Sin melindres de doncella
Ni escrúpulos de beata,
De blanco toda vestida
De sencillez hace galla:
Tanto más bella parece
Cuanto ménos esmerada.
Un chal de color celeste,
Sujeto al pecho llevaba
Con una « mariposita »

Adornado de lirios y amapolas,
Cuando Celina, ruborosa, á solas,
« Si, ¡yo te amo! » murmuró sutil,
¡Venid! ¡venid! espléndidas de oro,
Palabras del amor, candidas, puras;
Derramad en mi alma las dulzuras
De ilusiones de nácar y zafir.

Noche de amor! dulcissimas sonrisas!
Palabras tiernas de misterios llenas!
Suave suspiro que endulzó mi penas,
Bella esperanza, en el querer, salud!
Salud, salud, brillantes ilusiones
Que embriagásteis de amor el alma mía!
Yo os adoro... pues en solo un día,
Me disteis mi perdida juventud!

Si, mi Celina, tu divina imagen
Vaga á toda hora en mi exaltada mente;
Creo escuchar tu voz y dulcemente,
« Si, yo te amo » murmurar también;
Y veo en mi delirio con encanto,
Clavados nuestros ojos como antes,
Y nuestros labios trémulos, vibrantes,
Buscar ansiosos la encendida sien.

De encantos é ilusión á toda hora
Sorprendo mi alma trasbordando llena;
Y, envuelta en blanca espuma, á mi sirena
Nadando veo cual mimoso pez;
Sus brazos de marfil sueltos agitan
Las cristalinas, transparentes olas,
Y un « si te amo » murmurando á solas
Oigo en sus labios espirar también.

MANUEL INURRAIETA

LA QUE VÍ EN EL BAILE.

Era jóven y era linda,
De una estatura mediana,
Negro el cabello, ojos grandes,
La megilla sonrosada;
En su festivo semblante
De expresion abierta y franca,
Por una mano invisible
La bondad lleva grabada,
Dulce su voz, armoniosa,
Penetrantes sus miradas,
De afable y sencillo trato,
Alegre como unas pascuas,
Sin melindres de doncella
Ni escrúpulos de beata,
De blanco toda vestida
De sencillez hace galla:
Tanto más bella parece
Cuanto ménos esmerada.
Un chal de color celeste,
Sujeto al pecho llevaba
Con una « mariposita »

De filigrana de plata.
En cada una de sus formas,
En sus modales, en su habla
Hay un secreto que hechiza,
Hay un hechizo que encanta.
Cuando baila ; qué donaire!
;Qué gentileza! ; qué gracia!
Si parece que no toca
Al suelo la leve planta.
Entre el bullicio y tumulto
De la alegre contradanza,
Atónito la seguía
Con la vista y con el alma;
Sólo á ella veían mis ojos,
Sólo su voz escuchaba.
Si fuera como esta hermosa
La que el destino me guarda,
;Cuán dichoso me creyera!
;Oh, cómo tierno la amara!
Mientras bailaba ligera
Una presurosa valsa,
Cayérasele un ramito
Que en la cabeza llevaba;
Recogilo en el momento
Como una cosa sagrada,
Y guardélo aquí en mi pecho
Que agitado palpitaba.
Entre confiado y dudoso,
Acerquémeme luego á hablarla,
Y mirándome risueña
Extendió su mano blanca,

Brindándome una diamela
Que sobre el pecha ostentaba.
Al tomarla yo le dije.
Con no sé qué desconfianza :
• ¿Por qué la empleais tan mal? •
• En nadie mejor empleada,
Me contestó cariñosa,
Que en el que humilde se baja
A levantar una flor
Acaso va pisoteada... •
Desde entonces ando loco,
Ya no sé lo que me pasa:
Soñé con ella esa noche,
También soñaré mañana.
Ella, el ramo, la diamela,
Y aquella boca torneada
Como el arco del amor,
Me siguen como fantasmas;
Unas veces todas juntas,
Otras veces separadas,
Siempre las tengo presentes
Y no pudiera olvidarlas,
Ni aunque tú me lo pidieras,
Ni aunque ella me lo mandara,
Ni porque traiga en el pecho
La imagen de la inconstancia. •

PEDRO LACAZA

A MI HIJA HILARIA.

Del turbulento océano de la vida
Volaste, Hilaria, á la mansion de paz,
Dejando mi alma de dolor transida
Y envuelta en nubes mi marchita faz.
Si algo pudiera tu afligido padre,
Si algo valiera su plegaria á Dios,
Que en el regazo poses de tu madre
Sólo pidiera mi doliente voz.
Pidiera sólo que tus tiernos hijos,
Hijos de mi alma, porque tuyos son,
Siempre imitaran tu virtud, prolijos,
Amando tu memoria con pasión.
Sólo pidiera que tu esposo tierno,
Modelo de cariño y de bondad,
Jamás faltara del hogar paterno,
Para cubrir con su ala la orfandad.
¡Padres y esposas! ; séres adorados
Que repite con fé la humanidad,
Los que sois como yo, tan desgraciados,
Conoceis de mi mal la intensidad.
Pero ¿qué hacer? doblemos la rodilla

A los decretos que fulmina el cielo;
Que es la vida constante pesadilla,
Y el hombre polvo que reclama el suelo.
Es planta sin raíz, que el viento azota,
Desgaja y arrebatada sin piedad,
Sin dejar de su sávia ni una gota
Al crugir de la horrible tempestad.

Desgraciado de áquel que equivocando
El pasaje que hacemos por la tierra,
Con la vida inmortal está esperando
Salir del caos que su vida encierra.

Desgraciado de áquel que ciego y loco,
No mira arriba por asirse al suelo,
Cambiando así la eternidad por poco,
Y los bienes de aquí por los del cielo.

Hay sólo un medio de apocar los males
Y de hacer llevadera la existencia,
Y es posponer los bienes terranales
A la tranquilidad de la conciencia.

Dichosa tú, pedazo de mi vida,
Que al volar de la tierra no ha dejado
Más que recuerdos para ser querida
Y bendito tu nombre idolatrado.

CANCION.

Jazmines y aromas
Merece mi amada;

Su tez delicada
Me brinda el amor.
Mas es tan esquivo
La ingrata conmigo,
Que cual enemigo
Me niega un favor.
Desciendan claveles,
Violetas y rosas,
Para las hermosas
Que saben amar.
Para las esquivas,
Que lluevan abrojos.
Ya que con los ojos
Se saben vengar.

—
JOSÉ MÁRMOL
—

EL RELOJ.

Sómo en la vecina iglesia
La campana del reloj,
Diciendo : « pasó una hora
Y á la eternidad cayó »
Eco lúgubre del tiempo

Que con fatídico son
Nos manda que repitamos
En cada momento : ¡adiós!
Pero el mundo sólo mira
Porvenir en el reloj :
Y las doce de la noche
El amante corazón,
Las horas que van pasando
No se cuentan al reloj ;
Cuenta el hombre las que faltan,
Mas nunca la que pasó.
Así al sonar la campana
Suele en secreto decir :
• Las que he de marcar espero,
Porque esperar es vivir. •
Es, pues, entónces en el mundo mío
Indiferente para mí el reloj ;
Pasen las horas á su antojo, pasen ;
Tráenme lo mismo que los diez las dos.
Yo nado espero, mi cansada vida
Ni llorar puede ni sentir amor ;
Del llanto mío se agotó la fuente,
La llama activa del amor murió.
Ya con el mundo los estrechos lazos
Mi descontento corazón rasgó ;
Lo mismo el día de mañana espero
Que ayer las horas esperé de hoy.
Activo foco de pasión mi alma
A los incendios del amor cedió,
Y grande placa de cristal mi mente
Vida y verdades transparentes vió.

Sé que si escucho de mujer querida,
Latiendo el alma en amorosa voz,
O ella se engaña al pronunciar : « te amo, »
O á mi me miente con doblez mayor.

Sé que si el seno de los hombres busco
Y mi cabeza y corazon les doy,
Luego que espriman de mi sér la esencia
Con risa amarga me dirán : « ¡adios ! »

Y sé que es hoy lo que será mañana
El mundo, el hombre, la mujer y el sol ;
Y, pues que toda lo que viene he visto,
Tráenne lo mismo que las diez, las dos.

Yo nada espero, ni dolor ni risa,
En la indolencia en que mi ser cayó :
Si hoy tengo hastío lo tendré mañana ;
Es mueble inútil pora mí el reloj.

CRISTOBAL COLON

Dos hombres han cambiado la existencia
De este mundo en los siglos peregrino :
El lábió de Jesus le dió otra esencia,
Y el génio de Colon otro destino.

Completaron de Dios la mente misma
A inspiraciones de su amor profundo :
Uno del alma iluminando el prisma,
Otro haciendo de dos un solo mundo.

Angel, génio, mortal, que no has logrado
Legar tu nombre al mundo de tu gloria ;
Que ni ves en su suelo levantado
Un pobre monumento á tu memoria.

¡ Ah ! bendita la pila da tu frente
Se mojara en el agua del bautismo,
Y el ala de tu génio amaneciente
Se tocara en la unción del cristianismo !

Angel, génio, mortal, yo te saludo
Desde el seno de América, mi madre ;
De esta tierra beldad que el mar no pudo
Robarla siempre á su segundo padre.

La hallaste, y levantándola en tu mano
Radiante en sus gracias virginales,
Empinado en las ondas del Océano
Se la enseñaste á Dios y á los mortales.

Despues de Cristo en el terráqueo asiento,
Siglo, generacion, ni raza alguna,
Ha conmovido tanto su cimiento,
Como el golpe inmortal de tu fortuna.

A tu grandeza un siglo era pequeño ;
Y en los futuros siglos difundida,
Es el eterno tiempo el solo dueño
De tu obra inmensa en su grandiosa vida,

Tu como Dios al derramar fulgentes
Los mundos todos en la oscura nada,
At más allá de las futuras gentes
Diste sin fin tu América soñada.

En cada siglo que á la tierra torna,
La tierra se columpia, y paso á paso
Su destino la América trastorna,

Y muda el sol su oriente en el Ocaso.

Obra es tuya, Colon; la hermosa perla
Que sacaste del fondo de un Océano,
Al través de los siglos puedes verla
Sobre la frente del destino humano.

El ángel del futuro rompió el lazo
Que á las columnas de Hércules le ataba,
Y saludó en la sien del Chimborazo
Los desiertos que América encerraba.

No de la Europa quebrará la frente
El rudo potro del sangriento Atila:
Pero ¡ay! el tiempo, en su veloz corriente,
Mina el cimiento donde ya vacila!

El destino del mundo está dormido
Al pié del Andes sin soñar su suerte;
Falta una voz bendita que á su oído
Hable mágico acento y le despierte.

Un hombre que á esta tímida belleza
Le quite el azahar de sus cabellos
Y ponga una diadema en su cabeza,
Y el manto azul sobre sus hombros bellos.

Si no te han dado monumento humano,
Si no hay Colombia en tu brillante historia,
¿Qué importa? ¡ah! tu nombre es el Océano,
Los Andes la columna de tu gloria.

¿Qué navegante tocará las olas
Donde se pierde la polar estrella,
Sin divisar en las llanuras solas
Tu navío, tus ojos y tu huella?

Sin ver tu sombra allí, do misterioso
El imantado acero se desvía,

Y un rayo de tu génio poderoso
Que va y se quiebra donde muere el día?

¿Quién, al pisar la tierra de tu gloria
No verá en sus montañas colosales,
Monumentos de honor á tu memoria,
Como tú grandes, como tú inmortales?

Salve, génio feliz! mi mente humana
Ante tu idea de ángel se arrodilla,
Y de mi láhio la expresion mundana
Ante tu santa inspiracion se humilla.

Por un siglo tus alas todavía
Plegadas ten en los etéreos velos,
De donde miras descender el día
Hasta el cristal de los andinos hielos.

Baja despues: de la alta cordillera
Los ámbitos de América divisa;
Y, como Dios al contemplar la esfera,
Sentirás de placer dulce sonrisa.

El ángel del futuro á quien sacára
De los pilares de Hércules tu mano,
Te mostrará, Colon, tu virgen cara,
Feliz y dueña del destino humano.

Vuelve despues á tu mansion de gloria
A respirar la eternidad tu alma,
Mientras queda en el mundo á tu memoria
Sobre el Andes eterno, eterna palma.

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA

YO ERA FELIZ.

Yo era feliz; el mundo sonreía,
Brindándome amoroso su ternura;
Y yo; pobre inexperta! le creía,
Gozando de su mágica ventura.
Todo era bello entónce... enamorada,
Con mis sueños de virgen me adormía...
Una voz cariñosa me arrullaba,
Y un ángel en sus alas me mecia.
Las flores me embriagaban con su esencia...
Las auras me arrullaban con su amor...
Resbalaba mi lánguida existencia,
Pura como el aliento de una flor.
La brisa acariciaba mi cabello,
Deslizándose amante en el jardín;
La luna descendía, y un destello
Alumbraba mi frente juvenil.
¡Todo era bello entónce! mi camino
De flores por doquier veía sembrado;
Y el ángel tutelar de mi destino,
Me enseñaba mi ideal enamorado.
Mas de pronto las flores se inclinaron...
El cielo de mi amor se oscureció...

Los rayos de la luna se ocultaron
Y la brisa su soplo me negó.
Encontré todo helado, mudo y frío,
Como la yerta palidez del lirio,
Y el pago de mi amante desvarío
Fué la lúgubre palma del martirio!

A MI ESPOSO.

Yo encontré en ti un algo indefinible
Que en otros hombres no encontré famás;
Un algo régio, puro, indescriptible,
De altivez y dolor sobre tu faz.
Yo encontré la expresion de un sacrificio
En la dulce tristeza de tu voz,
Y en tu frente la huella de un supleio
Que comprendió mi amante corazon.
Yo te encontré tan bello, tan perfecto
Cual la imágen purísima de Dios;
Te di mi adoracion y el santo afecto
Que profesan los fieles al Señor.
Tú comprendiste mi cariño santo...
Comprendiste mi loco frenesí:
Me adorastes y fui tu dulce encanto,
Y haciéndote dichoso, soy feliz.

JOSÉ RIVERA INDARTE

TUYA ES MI GLORIA.

Virgen de negros ojos
Y de cabello ondeante;
La de los labios rojos
Y seno palpitante
Con tez de nieve cándida
Y fuego abrasador.
Graciosa cual la palma,
Suave como las flores,
Como perfume de alma
Que es santuario de amores,
O soñolienta brisa
En noche de pasión.
Tú á quien mi ardiente pecho
Esclavo su albedrío,
Aun en el blando lecho
Sueña con desvarío
Que con piedad lo acojes
O que le burlas cruel;
A quien yo di la vida
Desde el primer instante
Que mi alma conmovida
Miró de tu semblante

La peregrina lumbre,
La plácida altivez;
De quien espero y temo,
Por la duda turbado,
Y con placer me quemo,
Y con angustia helado
En vano intento misero
Mis ansias revelar;
A quien más que á los cielos
Mi corazón adora,
Tú por quien tengo celos
Del sol que tu sien dora,
Y aún de la flor que besas
Y que mi amor te da.
¿Dudas que mi guirnalda
De gloria y poesía,
Con lazos de esmeralda
Brillante cual el día
Es tuya, y solo tuyo
Mi porvenir será?
La música envidiada
Que brota de mi lira,
Tu eléctrica mirada
Tan solo me la inspira;
Sin ella no pudiera
Mi canto modular.
Del vate la victoria
A la mujer que él ama
No presta agena gloria,
Sino envidiable fama
Que ella á su génio diera

Alas con que volar.
Y al lado del poeta
Surca ella los espacios
Cual fúlgido cometa
Con caudal de topacios,
Que estático el profano
No acierta á descifrar.

La Beatriz de Dante,
La Laura de Petrarca,
Con gloria rutilante
Por cuanto el orbe abarca
De sus poetas cifien
El inclito laurel.

Sin ellas sus acentos
De dulce poesía
Ecos de extraños vientos
No el alma entendería :
El verso es enigmático
Sin nombre de mujer.

Si tú mi amor coronas,
Yo ceñiré á tu frente
Esa de verdes zonas
Aureola refulgente
Que entre las nubes brilla
Y alcanzaré por tí.

Y tu negro cabello,
Hermoso cual la noche
Cuando se adorna el cuello
Con diamantino broche
Al mundo dará asombro,
A mi alma frenesi.

Permite que tu nombre
Mi dulce plectro escriba
Y que lo escuche el hombre,
Por que tu fama altiva
No entre misterios vague
Enigma de pasión.

Deja que con las flores
Mi lábio lo concierte,
A pronunciar amoros
Que yo sin él no acierte;
No de desden y angustia
Símbolo sea de amor.

¿Qué vale la belleza,
Relámpago del suelo,
Desnuda la cabeza
Del lauro que da el Cielo
Al vate afortunado
Por su inclito afanar?

¡Ay! la vejez rugosa,
Su tersa faz marchita,
Y en pos la muerte odiosa
Su planta precipita
En tumbas donde en polvo
Se trueca de beldad.

De Otoño hoja perdida
Nada nos resta de ella,
Despareció su vida
Como en el mar la huella
De errante, frágil nave
Que empuja el huracán.
Mas la mujer del vate

Nunca se amustia ó muere;
Siempre amorosa late,
Y más frescor adquiere :
Sañudo en vano el tiempo.
La ve con torva faz.

Y si con mano aleve,
En rápida carrera,
Cubre la blanca nieve
Su dulce primavera,
Ella de lauro sacro
Ciñe la altiva sien,
Y todo amor tributo
Da á su memoria amante,
Y de ella es atributo
Angélico semblante,
O gracia sobrehumana
Blason de otra mujer.

En su pasión • mi Laura •
Exclama el pecho amado,
Y lleva este eco el aura
Hasta el sepulcro helado,
Y en él despierta y lo oye
La que Petrarca amó.

Luz de mi vida, aroma
Que angustia y da consuelo,
La palma de oro toma
Que envía al vate el Cielo :
Toda mi gloria es tuya
¿ De quién será tu amor?

JUAN CRUZ VARELA

MI MUERTE.

Ora benigno me dilate el Cielo
Estos momentos que llamamos vida,
Ora la plazca que el presente sea
Mi último día ;

Bien me acostumbre la dolencia larga
A ver de léjos que la muerte llega,
Bien como rayo que imprevisto hiere,
Súbito venga.

Ya me arrebate del festín alegre,
Entre los brindis del ligero Baco,
Y cuando, á solas, de mi patria lloro
Triste los hados,

Iré á presencia de mi juez severo
Sin ese miedo que al impío turba ;
Que por mi causa no corrió en la tierra
Lágrima alguna.

Tiemble el malvado que evitar pudiendo
Llanto y dolores, corazón de piedra,
Al afligido que á su vista gime
Bárbaro muestra.

Torpe calumnia que mi vida amarga,
Fiero me pinta con colores negros,

Y el pecho blando que me dió natura
Finge de acero.

Mas como el númen que al mortal espera
En las regiones donde no se miente,
No me hará cargo de dolor ageno,
Mi alma no teme.

¡Oh, Cielo! escucha mi ferviente voto,
Y no me niegues lo que sólo ruego
Para el momento en que la tumba helada
Me abra su seno.

Primero muera que mi tierna esposa,
Muera primero que mis dulces hijas,
Y moribundo con errante mano
Pulse la lira.

POETAS CUBANOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y el pecho blando que me dió natura
Finge de acero.

Mas como el númen que al mortal espera
En las regiones donde no se miente,
No me hará cargo de dolor ageno,
Mi alma no teme.

¡Oh, Cielo! escucha mi ferviente voto,
Y no me niegues lo que sólo ruego
Para el momento en que la tumba helada
Me abra su seno.

Primero muera que mi tierna esposa,
Muera primero que mis dulces hijas,
Y moribundo con errante mano
Pulse la lira.

POETAS CUBANOS

JOSÉ MARÍA HEREDIA

Nació en 1803 en Santiago de Cuba, y se distinguió como poeta desde su infancia. A los diez años empezó sus estudios en la universidad de Santo Domingo, patria de su familia, y los terminó en la Habana. Perseguido por sus ideas políticas en la época de la emancipacion de la América continental, emigró á los Estados-Unidos. Allí dio á luz en 1825 sus primeras y más inspiradas poesías, que le colocaron desde luego á una envidiable altura como literato. En cambio le cerraron para siempre las puertas de su patria, y murió en la república mejicana en 1839.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dadme mi lira, dádme la, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiracion. ¡Oh! ; cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente

Brillase con su luz!... Niágara undoso,
Sola tu faz sublime ya podría
Formarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Y déjame mirar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte : siempre
Lo comun y mezquino desdénando,
Ansí por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracan furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé : ví al océano
Azotado del austro proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Sus abismos abrir, y amé el peligro
Y sus iras amé : mas su fiereza
En mi alma no dejara

La profunda impresion que tu grandeza.

Corres sereno y magestuoso, y luégo

En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.

¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente

La aterradora faz? El alma mía
En vagos pensamientos se confunde
Al contemplar la férvida corriente.
Que en vano quiere la turbada vista

En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo; mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil, y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

Mas llegan... saltan... El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados :
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpe se el agua, y salta, y una nube
De revueltos vapores
Cubre el abismo en remolinos; sube,
Gira en torno, y al cielo
Cual pirámide inmensa se levanta,
Y por sobre los bosques que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en tí busca mi anhelante vista
Con inquieto afanar? ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente pátria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del océano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible magestad conviene.
La palma y mirtó, y delicada rosa,

Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín; á tí la suerte
Guardó más digno objeto y más sublime.
El alma libre, generosa y fuerte
Viene, te vé, se asombra,
Menosprecia los frívoles deleites,
Y aún se siente elevar cuando te nombra.
Dios, Dios de la verdad! En otras climas
Vi mentidos filósofos, que osaban
Excrutar tus misterios ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los miseros hombres arrastraban;
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz baja á mi seno
De este raudal en el eterno trueno.
¡Asombroso torrente!
¡Como tu vista mi ánimo enagena
Y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen esta? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el océano?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despenadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Miró tus aguas que incansables corren,

Como el largo torrente de los siglos
Rueda en la eternidad: así del hombre
Pasan volando los floridos días,
Y despierta al dolor... ¡Ay! ya agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita.
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
Mi misero aislamiento, mi abandono,
Mi lamentable desamor... ¿Podría
Un alma apasionada y borrascosa
Sin amor ser feliz...? ¡Oh! ¡si una hermosa
Digna de mí me amase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y mi andar solitario acompañase!
Cuál gozara el mirar su faz cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreirse
Al sostenerla en mis amantes brazos...
¡Delirios de virtud!... ¡Ay! desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores,
Niágara poderoso!
Oye mi última voz: en pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Al contemplar tu faz algún viajero.
Dar un suspiro á la memoria mía.
Y yo, al hundirse el sol en Occidente,

Vuele gozoso do el Criador me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

GABRIEL DE LA CONCEPCION
VALDÉS (PLÁCIDO)

Nació en la Habana en 1809 y fué bautizado en la casa de maternidad. Sus primeros versos se publicaron en Cuba con el título de *Poesías de Plácido*, y, no obstante sus incorrecciones, llamaron extraordinariamente la atención. Peinetero de oficio, sin padres conocidos, menospreciado por su color, viviendo en la sociedad de otros mulatos como él, desprovistos de educación literaria, es ciertamente pasmoso que escribiera con tanta gallardía, elevándose á veces á la más sublime inspiración. El eminente literato y crítico cubano señor Fornaris, le considera como uno de los poetas que más honran á Cuba, y pregunta con razon: «¿qué poeta, por elevado que lo tengan las glorias de este mundo, no se gloriaría de ser autor de los cuatro siguientes versos?

*De gozo enagenados mis sentidos
Fijé mi vista en las serenas ondas,
Y ví las niñas revolver gallardas
Las rubias hebras de sus trenzas blondas.* •

Este inspirado vate fué fusilado el 27 de Junio de 1844, gobernando á la sazón la isla de Cuba D. Leopoldo O'Donnell.

LA FLOR DE LA CANA.

LETRILLA.

Yo ví una reguera
Trigueña tostada,
Que el sol, envidioso
De sus lindas gracias,
O quizá bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,
Le quemó la cara,
Y es tierna y modesta
Como cuando saca
Sus primeros tilos
— La flor de la caña.
La ocasión primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida

Vuele gozoso do el Criador me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

GABRIEL DE LA CONCEPCION
VALDÉS (PLÁCIDO)

Nació en la Habana en 1809 y fué bautizado en la casa de maternidad. Sus primeros versos se publicaron en Cuba con el título de *Poesías de Plácido*, y, no obstante sus incorrecciones, llamaron extraordinariamente la atención. Peinetero de oficio, sin padres conocidos, menospreciado por su color, viviendo en la sociedad de otros mulatos como él, desprovistos de educación literaria, es ciertamente pasmoso que escribiera con tanta gallardía, elevándose á veces á la más sublime inspiración. El eminente literato y crítico cubano señor Fornaris, le considera como uno de los poetas que más honran á Cuba, y pregunta con razon: «¿qué poeta, por elevado que lo tengan las glorias de este mundo, no se gloriaría de ser autor de los cuatro siguientes versos?

*De gozo enagenados mis sentidos
Fijé mi vista en las serenas ondas,
Y ví las niñas revolver gallardas
Las rubias hebras de sus trenzas blondas.* •

Este inspirado vate fué fusilado el 27 de Junio de 1844, gobernando á la sazón la isla de Cuba D. Leopoldo O'Donnell.

LA FLOR DE LA CANA.

LETRILLA.

Yo ví una reguera
Trigueña tostada,
Que el sol, envidioso
De sus lindas gracias,
O quizá bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,
Le quemó la cara,
Y es tierna y modesta
Como cuando saca
Sus primeros tilos
— La flor de la caña.
La ocasión primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida

Con cintas rosadas;
Llevada una gorra
De brillante paja,
Que tejió ella misma.
Con sus manos castas,
Y una hermosa pluma
Tendida, canaria,
Que el viento mecía
Como flor de caña:

Su acento es divino,
Sus lábios de grana,
Su cuerpo gracioso,
Ligera su planta:
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornadas,
Como con las gotas
Que destila el alba,
Candorosa ríe

— La flor de la caña.

El domingo ántes
De Semana Santa,
Al salir de misa
Le entregué una carta,
Y en ella unos versos,
Donde le juraba
Mientras existiera
Sin doblez amarla.
Temblando tomóla
De pudor velada

Como con la nieve
— La flor de la caña.

Habléla en el baile
La noche de Páscoa,
Púsose encendida,
Descosió su manta,
Y sacó del seno
Confusa y turbada,
Una petaquilla
De colores varias.
Diómela al descuido,
Y al examinarla

He visto que es hecha

— Con flores de caña.

En ella hay un rizo
Que no lo trocará
Por todos los tronos
Que en el mundo haya;
Un tabaco puro
De Manicaragua
Con una sortija

Que ajusta la *capa*,

Y en lugar de *tripa*

Le encontré uno carta,

Para mi más bella

— Que la flor de caña.

No hay ficción en ella;

Sino estas palabras:

• Yo te quiero tanto

Como tú me amas. •

En una reliquia

De rasete, blanca,
Al cuello conmigo
La traigo colgada,
Y su tacto quema,
Como el sol que abrasa
En julio y Agosto

— La flor de la caña.

Ya no me es posible
Dormir sin besarla;
Y mientras que viva
No pienso dejarla;
Veguera preciosa
De la tez tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama,
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas,
Sufriendo vaivenes

— Como flor de caña.

Juro que en mi pecho
Con toda eficacia,
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas;
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idalia;
Y si me preguntan
Los que saber ánsian
Quien es mi veguera,
Diré que te llamas
Por dulce y honesta
— La flor de la caña.

LA FLOR DE LA PIÑA.

La fruta más bella
Que nace en las Indias,
La más estimada
De cuantos la miran,
Es la piña dulce
Que el néctar nos brinda,
Más grato y sabroso
Que aquel que en la antigua
Edad saborearon
Deidades olímpias;
Pero es más preciosa

— La flor de la piña.

Cuando sobre el tallo
Preséntase erguida,
De verde corona
La testa ceñida,
Proclámala reina
La feraz campiña,
La saluda el alba
De perlas con risa,
Favonio la besa,
Y al astro del día
Contempla extasiado
— La flor de la piña
Como si tejiéseis

Una canastilla
De juncos al sesgo
Formando una pira,
Y en cada distancia
Que aljófar simila
Un rubí pusiérais
Fingiéndolo conchitas
De aquellas pequeñas
Que el mar da en su orilla,
Así se presenta
— Con flores de piña.
Ella es un emblema
De la infancia viva,
Fecunda en su tronco,
Feraz en su guía;
Y como le suelen
Nacer á las niñas
Amantes deseos
Más bien por la vista,
Así porque quede
La imagen cumplida,
Brotó por los ojos
— La flor de piña.

LA FLOR DE LA CERA.

Una mañana de Abril,
Antes que el alba serana

Ornara el cielo de nácar
Y los pensiles de perlas,
Paseaba yo divertido
Del San Juan por la ribera,
En un jardín que á su orilla
Preciosas plantas ostenta.

Con un cestillo de mimbres
Y unas tijerillas nuevas,
Estaba una jóven linda
Cortando flores de cera;
Ocultéme en unas ramas
De jazmin y madre selva,
Que abrazan á un rojo Adónis
Formando bóveda espesa.

Era su frente brillante
Como del amor la estrella;
Sus ojos vivos y hermosos,
Negras y largas sus trenzas;
De marfil su dentadura,
Su boca purpúrea y bella,
Y su cutis fresco y blanco
— Como la flor de la cera.

Llevaba una manta azul
Bordada de blanca seda,
Cadena y manillas de oro
Y aretes de finas piedras;
Hablando consigo misma
De que la oyesen agena.
Tomando la más lozana
Dijo la simple doncella:
Dice bien Delio que eres

De los jardines la reina :
¡Si yo fuera tan hermosa
— Como la flor de la cera!

De su voz el eco suave
Me hizo conocer á Lesbia,
Con la cual bailé mil veces
De Pueblo Nuevo en las fiestas,
Y de Delio bajo el nombre

La hice amorosas protestas,
¡Con que aquí mi Lesbia mora
Y de su Delio se acuerda!...
¡Podré dudar que me ama
Esta inocente belleza,
Tan sencilla, alegre y pura
— Como la flor de la cera?...!

Escogió despues algunas,
Sentóse sobre la yerba,
Formó una hermosa guirnalda
Y se coronó con ella.
Fuese á orillas de un estanque
De agua clara, limpia y tersa:
Vióse el rostro en el cristal;
Y exclamó de gozo llena:

« Ya estará Delio en el puente,
Y cuando pasar me vea,
Dirá que voy tan preciosa
— Como la flor de la cera. »

LA FLOR DEL CAFÉ.

Prendado estoy de una hermosa
Por quien la vida daré
Si me acoje cariñosa;
Porque es cándida y graciosa
Como la flor del café.

Son sus ojos resplandecientes,
Grana en sus labios se vé,
Y son sus menudos dientes,
Blancos, parejos, lucientes
— Como la flor del café.

Una sola vez la hablé
Y la dije: « ¡Me amas Flora?
Y más cantares te haré;
Que perlas llueve la aurora
— Sobre la flor del café.

Ser fino y constante juro,
De cumplirlo estoy seguro;
Hasta morir te amaré,
Porque mi pecho es tan puro
— Como la flor del café. »

Ella contestó al momento:
— De un poeta el juramento
En mi vida creeré,
Porque se vá con el viento
— Como la flor del café.

Cuando sus almas fogosas

Ofrecen eterna fé,
Nos llaman Ninfas y Diosas,
Más fragantes que las rosas
— Y las flores del café.

Mas cuando y han conseguido,
Cual céfiro que embebido
En el valle de Tempé
Plega sus alas dormido
— Sobre la flor del café,
Entónces abandonada
En soledad desgraciada
Dejan la que amante fué,
Como en el polvo agostada
— Yace la flor del café.

Yo repuse: — Tanta queja
Suspende, Flora, porque
Tambien la mujer se deja
Picar de cualquier abeja
— Como la flor del café.

Quiéreme, trigueña mía,
Y hasta el postrimero día
No dudes que fiel seré;
Tú serás mi poesía

— Y yo tu flor de café.
A tu vista cantaré

Y lucirá el arrebol
Que á mis dulces trovas dé
Como á los rayos del sol
— Brilla la flor del café.

Suspiró con emocion,
Miróme, calló, y se fué;

Y desde tal ocasion
Siempre sobre el corazón
— Traigo la flor del café.

PLEGARIA Á DIOS.

Sér de inmensa bondad! Dios poderoso!
A vos acudo en mi dolor vehemente...
Estended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso,
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el hombre manchar quiere mi frente!
¡ Rey de los reyes! ¡ Dios de mis abuelos!
Vos solo sois mi defensor! Dios mio!...
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al Sur, giro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al rio.

Todo lo podeis vos, todo fenece
O se reanima á vuestra voz sagrada.
Fuera de vos, señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece:
Y aun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.
Ya no os puedo engañar, Dios de clemencia;
Y pues vuestra eternal sabiduría
Vé á través de mi cuerpo el alma mia

Cual del aire á la clara transparencia,
Estorbad que humillando á la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impia.

Estorbadlo, Señor, por la preciosa
Sangre vertida, que la culpa sella
Del pecado de Adán, ó por aquella
Madre cándida, dulce y amorosa,
Cuando envuelta en pesar, mística y llorosa
Siguió tu muerte como heliaca estrella.

Mas si cuadra á tu suma Omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impio,
Y que los hombres mi cadáver frio
Ultragen con maligna complacencia...
Suené tu voz, acabe mi existencia...
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!...

JICOTENCAL.

Dispersas van por los campos
Las tropas de Moctezuma,
De sus dioses lamentando
El poco favor y ayuda.
Mientras, ceñida la frente
De azules y blancas plumas,
Sobre un palanquin de oro
Que finas perlas dibujan
Tan brillante que la vista,

Heridas del sol, deslumbran, nobre!
Entra glorioso en Tlasecala,
El jóven que de ellas triunfa.
Himnos le dan de victoria,
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean
Y el pueblo que le circunda,
A que contestan alegres
Trescientas virgenes puras,
• Baldon y afrenta al vencido,
Loor y gloria al que triunfa.
Hasta la espaciosa plaza
Llévate, donde le saludan
Los ancianos senadores
Y gracias mil le tributan.
Mas ¿por qué veloz
Atropellando la turba
Del palanquin salta y vuela
Cual rayo que el éter surca?
Es que ya del caracol
Que por los valles retumba,
A los prisioneros muerte
El eco sonante anuncia.
Suspende á lo lejos hórrida
La hoguera su llama fúlgida
De humanas víctimas ávida
Que bajan sus frentes místicas.
Llega, los suyos al verle
Cambian en placer la furia,
Y de las enbiestas picas
Vuelven al suelo las puntas.

• Perdon, exclama, y arroja
Su collar; los brazos cruzan
Aquellos miseros séres
Que vida por él disfrutan.
• Toruad á Méjico, esclavos,
Nadie vuestra marcha turba,
Y decid á vuestro amo
Vencido ya veces muchas,
Que el jóven Jicotencal
Crueldades como él no usa,
Ni con sangre de cautivos
Asesino el suelo inunda.
Que el cacique de Tlascala
Ni batir ni quemar gust^o
Tropas dispersas y hermes
Sino con ^{las} flecheros más bravos
Que ^{me} encontrará en la lucha,
Con sola una pica mía
Por cada trescientas tuyas:
Que tema el día funesto
Que mi enojo al punto suba:
Entónces ni sobre el trono
Su vida estará segura.
Y que si los puentes corta
Porque no vaya en su busca,
Con cráneos de sus guerreros
Calzada haré en la Laguna.
• Dijo, y marchóse al banquete
Do está la nobleza junta,
Y el néctar de las palmeras

Entre vítores se apura;
Siempre vencedor despues
Vivió lleno de fortuna;
Mas como sobre la tierra
No hay dicha estable y segura,
Vinieron atras los tiempos
Que eclipsaron su ventura,
Y fué tan triste su muerte
Que aún hoy se ignora la tumba
De aquel ante cuya clava
Huyeron de ^{las} aureas puntas
Las tropas de Moctezuma.

DÉCIMAS.

El ciudadano Faustino
Al juez del barrio se queja
Porque dormir no le deja
El burro de su vecino.
Llegó el juez, y le previno
De su falta con bondad;
Pero el de la vecindad
Alega (no sin razon)
Que tambien los burros son
Cargas de la sociedad.
Persigue el gato al raton

No por servir á su dueño,
Mas por natural empeño
De maligna oposicion:
Cuántos hay que tales son
Viéndose en alta privanza,
Pues con, rastrera asechanza
Y depravada malicia,
Fingen amar la justicia,
Por ejercer la venganza.
Quiere cierto caballero
Ver lozano un florin
— pagar al jardinero.
¿ Se dirá que engañar quiero
Con ejemplos mal urdidos?
Pues yo conozco maridos
Como el dueño de estas flores,
De la honra celadores,
Del gasto desentendidos.

MUERTE DE GESLER.

Sobre un monte de nieve transparente,
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de fuego coronada,
Muestra Guillermo Tell la herbícea frente.
Yace en la playa el déspota insolente

Con férrea vira al corazon clavada,
Despidiendo al infierno, acelerada
El alma negra en forma de serpiente.

El calor le abandona, sus sangrientos
Miembros brota á la tierra el océano:
Tórnanle á echar las ondas y los vientos;

No encuentra humanidad el inhumano:
Que hasta los insensibles elementos
Lanzan de sí los restos de un tirano:

MUERTE DE CÉSAR.

• En cadenas mis palmas se han trocado,
En pesares mis dichás y en afrenta,
Y nadie osando restaurarme intenta
De Emílio y Numa el esplendor pasado.

Así exclamaba Roma, cuando armado
Ante mónstruo feroz que la atormenta,
El vencedor del Ponto se presenta
Con torvo ceño y ademan airado.

• Depon ¡oh patria! el ominoso luto,
Un hijo tienes que el acero vibre;
Hoy muere César ó parece Bruto!

Mientras exista yo, tú serás libre. ®
Dijo, y alzando la potente mano,
Descargó el golpe, y espiró el tirano.

A LA FATALIDAD.

Ciega deidad que sin clemencia alguna
De espinas al nacer me circuíste,
Cual fuente clara cuya márgen viste
Maguey silvestre y punzadora tana:
Entre el materno tálamo y la cuna
El férreo muro del honor pusiste,
Y acaso hasta los cielos me subiste
Por verme descender desde la luna.
Sal de los antros del averno oscuros.
Sigue oprimiendo mi existir cuitado.
Y si sucumbo á tus decretos duros,
Diré lo que ejército cruzado
Clamó al divisar los rojos muros
De la santa Salem: « Dios lo ha mandado. »

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Esta celebrada poetisa nació en la ciudad de Puerto-Príncipe en 1816. Componia versos á los nueve años, y á ninguna edad pudieron conseguir sus buenos padres que cultivase su ingenio con el estudio. Segun con-

fesion propia la Avellaneda nunca pudo aprender ni los más sencillos rudimentos de la gramática. Por eso maravilla que escribiera tan delicadas poesías, mereciendo justos aplausos de autoridades literarias como Lista, Gallego, Breton y el mismo Quintana. Su tragedia *Alfonso Flunio*, *La hija de las flores* y otras varias obras dramáticas, le conquistaron un puesto culminante en la república de las letras. Murió hace pocos años en un convento de Cuba.

A LA MUERTE

DEL CÉLEBRE POETA CUBANO DON JOSÉ
M. HEREDIA

« Le poète est semblable aux oiseaux de passage
Qui ne bâtissent point leur nid sur le rivage. »
LAMARTINE.

Voz pavorosa en funeral lamento,
Desde los mares de mi patria vuela
A las payas de Iberia! tristemente,
En son confuso la dilata el viento;
El dulce canto en mi garganta hiela,
Y sombras de dolor viste á mi mente.

¡Ay! que esa voz doliente,
Con que su pena América denota,
Y en estas playas lanza el océano,
— Murio, pronuncia el fervido patriota,
Murio, repite, el trovador cubano,
Y un eco triste, en lontananza gime;
Murio el cantor del Niágara sublime!
Y es verdad? y es verdad? la muerte impía
Apagar pudo con su suplo helado
El generoso corazón del vate,
Do tanto fuego de entusiasmo ardía?
¿No ya en amor se enciende, ni agitada
De la santa virtud al nombre late?
Bien cual cede al embate
Del aquilon sañoso el roble erguido,
Así en la fuerza de la edad, lozana
Fué por el fallo del destino herido:
Astro eclipsado en su primer mañana,
Sepúltañle las sombras de la muerte,
Y en luto Cuba su placer convierte.
¡Patria! númen feliz! nombre divino!
¡Idolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino...
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?
Ostenta, sí, tu duelo,
Que en tí rodó su venturosa cuna,
Por tí clamaba en el destierro impío
Y hoy condena la pérdida fortuna
A suelo extraño su cadáver frío,

De tus arroyos ¡ay! con su murmullo
No darán á su sueño blando arrullo.
¡Silencio! de los hados la fiereza
No recordemos en la tumba helada
Que la defiende de la injusta suerte;
Ya reclinó su lánguida cabeza
De génio y desventuras abrumada,
En el inmóvil seno de la muerte.
¿Qué importa al polvo inerte
Que torna á su elemento primitivo,
Ser en este lugar ó el otro hollado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?...
Que el vulgo de los hombres, asombrado
Tiemble al alzar la eternidad su velo;
Mas la patria del génio está en el cielo.
Allí jamás las tempestades braman,
Ni roba al sol su luz la noche oscura,
Ni se conoce de la tierra el lloro:
Allí el amor y la virtud proclaman
Espíritus vestidos de luz pura,
Que cantan el Hosanna en arpas de oro.
Allí el raudal sonoro
Sin cesar corre de aguas misteriosas
Para apagar la sed que enciende al alma;
Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,
Nunca este mundo satisface ó calma:
Allí jamás la gloria se manchilla,
Y eterno el sol de la justicia brilla.
¿Y qué al dejar la vida deja el hombre?
El amor inconstante, la esperanza,
Engañosa vision que lo extravía:

Tal vez los vanos ecos de un renombre
Que con desvelo y con dolor alcanza :
El mentido poder, la amistad fria.
Y el venidero dia,
Cual el que espira breve y pasajero,
Al abismo corriendo del olvido :
El placer cual relámpago ligero
De tempestades y pavor seguido;
Y mil proyectos que medita á solas,
Fundados ¡ay! sobre agitadas olas!
De verte ufano, en el umbral del mundo
El ángel de la hermosa poesía
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,
Y hora lanzas, Heredia, el barro inmundo
Que tu sublime espíritu oprimia,
Y en alas vuelas de tu génio ardiente.
No más, no mas lamente
Destine tal nuestra ternura ciega
Ni la inoportuna queja al cielo suba.
¡Murió! á la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba :
Que el génio, como el sol, llega á su ocaso,
Dejando un rastro fúlgido su paso.

JOSÉ J. MILANÉS

En la poética Matanzas nació el desventurado cantor del Yumurí, hácia el año de

1815. Extraviada su razon, y muerto cuando aún hubiera podido cosechar laureles, es su memoria tan popular como sus poesías en todo el territorio que se extiende desde la punta Maisí al cabo de San Antonio.

BAJO EL MANGO.

¡ Quieres, mi luz, nos vamos á la aldea?
« En hora buena sen. »
Floreta de rimas antiguas castellanas

Oh! si pudieras tú, dando la espalda
A esta ciudad activa y negociante,
Y llamados tal vez, hermosa mía,
Por una fresca y purpurina tarde
Salir conmigo á pasear á solas,
Tu mano fiel bajo mi brazo amante,
Y así gozar los dos de esas tres dichas :
El cielo azul, la libertad y el aire!
Yo te llevara, caminando lento,
A un escondido y pintoresco valle
Que al pié de un monte se ocultó modesto
Por no mostrar su gentileza á nadie. (R)
Yo vagabundo trovador, un dia
Le sorprendí, me alborocé de hallarle,
Y desde esa ocasion tengo jurado
Que con rima sonora ó prosa fácil

Habré de revelar en donde existe
A todo aquel que los paisajes ame.
Pará el amor que cavilando llora,
Para el dolor que se disuelve en ayes,
Para todo el que sienta y el que gima
No hay asilo más bello. — Tú no obstante,
Que no ves nube en horizonte puro
Y existir sin amor no lo alcanzaste,
Tú cuya frente cándida y serena
La inocencia y beldad ornan iguales,
No vendrás á gemir al valle alegre,
Sola vendrás, observadora amable,
Dando á cada aircillo una sonrisa
Y á cada flor admiradoras frases,
A demandar al sonrosado cielo
Por qué es tan bello al fenecer la tarde,
Por qué al unir la voluptuosa noche
Con el día ardoroso y centelleante
Parece alzar naturaleza entónces
Un gran himno de boda al bello enlace,
Mientras que susurrando la acompañan
Monte, valle, raudal, insecto y ave.
Ya nos espera en actitud pomposa,
Formando un pabellon con su follage,
Aquel mango gentil, que porque fije
La curiosa atencion el caminante,
Le supo aislar. — Enriquecido siempre
Por el amor de su terrestre madre,
De verde ramo y aromosa fruta,
Su grueso tronco engalanado atrae.
Salúdalo, mi bien. — Tú que eres bella,

Y en ese tu mirar casto y suave
Y en ese ingenio sonreir descubres
El inocente corazon de un ángel;
Tú que sabes hallar palabras dulces,
Palabras tan hermosas é inefables
Que Dios no más á la mujer inspira,
Y que las busca y las bendice el vate!
Tú sola encontrarás el raro idioma
Bañado de color, rico de esmalte
Con que habla al mundo vegetal á veces
Una tierna beldad que á solas vague.
Y mientras llena de placer recorras
Tan rica infinidad de novedades,
Ya la brisa fugaz que arruga el lago,
Ya el vago azul del horizonte amable,
Ya la yerba sutil que forma al cerro
Un vestido talar de cola grande,
La blanca quinta entra un monton de palmas,
Y el negro buey que en la colina paca,
Yo clavaré mis ojos en tus ojos.
Y á cada ¡ay Dios! que alborozada exhales,
Iré sintiendo retornar al alma
Mi ausente dicha y mi ventura errante,
Despues te rogaré... pero ¿que digo?
¿Cómo nos lleva y nos arrastra fácil
Al hermoso pais del desvario
La gallarda ilusion, que toda es aire!
No, hermosa, no. La sociedad ordena,
Legisladora, autorizada y grave,
Que no debes romper el noble culto
Con qué tu sábia y advertida madre

Te enseña á amar el femenino decoro;
Amalo, pues, y sin venir al valle,
Que yo pretendo visitarlo solo,
Y en cada flor me volverá tu imagen,
Cuando tu aguja y tu lección te pinten
La dicha fiel del que trabaja y sabe,
Acuérdate de mí triste poeta,
Que en ti confundo á la mujer y al ángel.

LA FUGA DE LA TORTOLA.

CANCION.

Tórtola mía! Sin estar presa,
Hecha á mi cama y echada á mi mesa,
A un beso ahora y otro despues
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es esa,
Cimarronzuela de rojos pies?

¿Ver hojas verdes solo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró? —
¿Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que al miedo exhala:
¿De qué te sirve batir el ala
Si te amenazan con muerte igual,

La astuta liga, la ardiente bala
Y el cauto *jubo del manigal*?

Pero ¡ay! Tu fuga ya me acredita
Que ansías ser libre, pasión bendita
Que aunque la lloro la apruebo yo. —
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita
Que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves, ¿á quién confío
Mi amor oculto, mi desvario,
Mis ilusiones que vierten miel,
Cuando me quede mirando al río,
Y á la alta luna que brilla en él?

Inconsolable, triste y marchita
Me iré muriendo, pues en mi cuita
Mi confidente me abandonó. —
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita
Que al monte ha ido y allá quedó!

REQUIESCAT IN PACE.

I.

Yo la vi resplandeciente
En las filas del sarao,
Y la juzgué al vivo sueño
Lel poeta enamorado;
El melancólico brillo
De un lucero en el espacio
Y el místico son del aura

En torno de un campanario,
Eran la luz de sus ojos
Y el acento de sus labios.
Como los ángeles puros
Iba vestida de blanco:
Su mejilla fresca y roja
Como la flor del granado.
Sus amigas le reían,
Su madre en luengos abrazos
Devoraba á puro beso
Aquél su hermoso retrato.

II.

Pobre doncella!... Dos soles
Después del baile bizarro
Vagaba yo silencioso
En torno del campo santo,
Cuando el quejido del hierro
Nueva tumba socavando,
Me hizo entrar. El hombre oscuro
Que cuida de sepultarnos
Con aire estóico acostaba
En nuestro lecho de barro
Una beldad. Clavé en ella
Mi vista... oh Dios justo y santo!
Vi la rosada mejilla...
Conoci el vestido blanco!

FIN.

ÍNDICE

Págs.

ANDRÉS BELLO (ECUADOR).

A la nave.....	3
A la victoria de Bailén.....	5

JOSÉ ANTONIO MAITIN (VENEZUELA).

Al Avila.....	6
A la Ciudad.....	7

ABIGAIL LOZANO (VENEZUELA).

Napoleon.....	9
Suspiros del arpa.....	13
La flor de Mayo.....	15

FRANCISCO ARANDA Y PONTE
(NUEVA GRANADA).

Postrer adios del amor.....	16
-----------------------------	----

VICENTE CAMACHO (VENEZUELA).

Ultima luz.....	17 ^R
-----------------	-----------------

JOSÉ H. GARCÍA QUEVEDO
(NUEVA GRANADA).

A Italia!.....	22
----------------	----

En torno de un campanario,
Eran la luz de sus ojos
Y el acento de sus labios.
Como los ángeles puros
Iba vestida de blanco:
Su mejilla fresca y roja
Como la flor del granado.
Sus amigas le reían,
Su madre en luengos abrazos
Devoraba á puro beso
Aquél su hermoso retrato.

II.

Pobre doncella!... Dos soles
Después del baile bizarro
Vagaba yo silencioso
En torno del campo santo,
Cuando el quejido del hierro
Nueva tumba socavando,
Me hizo entrar. El hombre oscuro
Que cuida de sepultarnos
Con aire estóico acostaba
En nuestro lecho de barro
Una beldad. Clavé en ella
Mi vista... oh Dios justo y santo!
Vi la rosada mejilla...
Conoci el vestido blanco!

FIN.

ÍNDICE

Págs.

ANDRÉS BELLO (ECUADOR).

A la nave.....	3
A la victoria de Bailén.....	5

JOSÉ ANTONIO MAITIN (VENEZUELA).

Al Avila.....	6
A la Ciudad.....	7

ABIGAIL LOZANO (VENEZUELA).

Napoleon.....	9
Suspiros del arpa.....	13
La flor de Mayo.....	15

FRANCISCO ARANDA Y PONTE
(NUEVA GRANADA).

Postrer adios del amor.....	16
-----------------------------	----

VICENTE CAMACHO (VENEZUELA).

Ultima luz.....	17
-----------------	----

JOSÉ H. GARCÍA QUEVEDO
(NUEVA GRANADA).

A Italia!.....	22
----------------	----

	Págs.
Oda á la liberta.	27
M. PARDO (PERU).	
El Nazareno.	29
Soledad.	33
HERNANDEZ DE LA GUARDIA (VENEZUELA).	
Ciencia y poesia.	34
A la actriz Ventura Mur.	39
JACINTO GUTIERREZ COLL (VENEZUELA).	
Armonía.	41
Sombras.	42
Consolacion.	44
Tiniebla.	45
FRANCISCO DE SALES PEREZ (ECUADOR).	
Epigramas.	46
ELOI ESCOBAR (BOLIVIA).	
Adios.	47
JESUS MARIA SISTIAGA (VENEZUELA).	
Estoy por las feas.	51
Un gato y un raton.	55
DOMINGO RAMON HERNANDEZ (CHILE).	
Alas de mariposa.	60

	Págs.
A la estatua de Bolivar.	61
MIGUEL SANCHEZ PESQUERA (NUEVA GRANADA).	
Fantasia.	63
Vespertino.	65
DIEGO JUGO RAMIREZ (VENEZUELA).	
Los desengaños del mundo.	66
El corazon y la cabeza.	68
ELÍAS CALIXTO POMPA (VENEZUELA).	
Estudia, trabaja, descansa.	71
JOSÉ ANTONIO CALCAÑO (NUEVA GRANADA).	
Inspiracion para el busto de Cervantes.	7
VICENTE A. REENDON (VENEZUELA).	
América.	74
FELIPE ESTEVES (NUEVA GRANADA).	
La comedia humana.	77
JUAN A. PEREZ BONALDE (VENEZUELA).	
Ayer y hoy.	82

	Págs.
José Luis Ramos (Ecuador.)	
A las matemáticas.	86
Vicente Coronado (Peru.)	
El Cóndor.	88
José A. Carrillo y Navas (Venezuela.)	
A la República.	90
Florencio Balcarge. (República Argentina.)	
El cigarro.	94
Benjamin Blanco (Bolivia.)	
El suspiro.	96
Claudio Mamerto Cuenca. (República Argentina.)	
Damas relamidas.	97
La mañana.	101
Luis L. Domínguez (República Argentina.)	
El Ombú.	102
A Montevideo.	108
Estéban Echeverría (República Argentina.)	
Deseo.	112
La noche en el mar.	113

	Págs.
A una lágrima.	114
Juan J. Godoi (República Argentina.)	
A una joven vestida de luto.	116
La palma del desierto.	118
Ricardo Gutiérrez (República Argentina.)	
El Cuerpo y el alma.	122
Palemon Huergo (Chile.)	
El sí.	123
Manuel Inurraieta (República Argentina.)	
La que vi en el baile.	125
Pédro Lacasa (Perú).	
A mi hija Hilaria.	128
Cancion.	129
José Marmol (República Argen- tina.)	
El reloj.	130
Cristóbal Colon.	132
Josefina Pelliza de Sagasta. (República Argentina.)	
Yo era feliz.	136
A mi esposo.	137
José Rivera Indarte (Uruguay).	
Tuya es mi gloria.	138

JUAN CRUZ VARELA (REPUBLICA
ARGENTINA.

Mi muerte. 143

POETAS CUBANOS.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

Niágara. 147

GABRIEL DE LA CONCEPCION
VALDÉS (PLACIDO.)

La flor de la caña. 152

La flor de la piña. 157

La flor de la cera. 158

La flor del café. 161

Plegaria á Dios. 163

Jicotencal. 164

Décimas. 167

Muerte de Gesler. 168

Muerte de César. 169

A la fatalidad. 170

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

A la muerte del célebre poeta cubano

D. José M. Heredia. 171

JOSÉ J. MILANÉS.

Bajo el mango. 175

La fuga de la tórtola. 178

Requiescat in pace. 179

